

AFORTUNADA

Alice Sebold



se

Esta es una historia real de una violación. Cuando Alice Sebold, autora de *Desde mi cielo*, tenía 19 años y estudiaba en la Universidad de Syracuse fue asaltada y brutalmente violada. En *Afortunada* la autora habla de ello con total libertad, haciendo un retrato profundo de la tragedia de una mujer americana, de clase media y su lucha por salir adelante. *Afortunada* empieza con el relato detallado de la violación, que tuvo lugar en un parque a media noche. La autora explica cómo sintió la muerte muy cercana, cómo reconoció a su violador, un hombre negro joven, y cómo la justicia manejó su caso.



Alice Sebold

Afortunada

ePUB r1.1
OZN 23.09.13

Título original: *Lucky*
Alice Sebold, 1999
Traducción: Aurora Echevarría
Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.0



Por respeto a su intimidad, he cambiado los nombres de algunas de las personas que aparecen en estas páginas.

Prologo

En el túnel donde me violaron, un túnel que había sido una entrada subterránea a un anfiteatro, un lugar por el que los actores salían repentinamente de debajo de los asientos del público, una chica había sido asesinada y descuartizada. La policía me contó su caso. A su lado, me dijeron, yo había sido afortunada.

Sin embargo, en aquel momento me pareció que tenía más en común con la chica asesinada que con los corpulentos y fornidos agentes de policía o con mis perplejas amigas de la universidad. La chica asesinada y yo habíamos estado en el mismo lugar subterráneo. Habíamos yacido entre hojas muertas y botellas de cerveza rotas.

Durante la violación vi algo entre las hojas y los cristales. Un lazo rosa para el pelo. Cuando me hablaron de la chica asesinada, me la imaginé suplicando como había hecho yo, y me pregunté cómo se le había desprendido el lazo del pelo. Tal vez se lo había arrancado su asesino o quizá ella misma se había soltado el pelo para ahorrarse el dolor, creyendo, esperando sin duda poder permitirse más tarde reflexionar sobre las consecuencias de «ayudar al agresor». Nunca lo sabré, del mismo modo que nunca sabré si era suyo el lazo, o si, como las hojas, se había abierto camino hasta allí de forma natural. Siempre pensaré en ella cuando me acuerde del lazo rosa. Pensaré en esa chica en los últimos momentos de su vida.

Esto es lo que recuerdo. Tenía los labios cortados. Me los mordí cuando él me cogió por detrás y me tapó la boca. Dijo estas palabras: «Si gritas te mataré». Me quedé inmóvil. «¿Lo entiendes? Si gritas date por muerta». Asentí con la cabeza. Me sujetaba los brazos a los costados rodeándolos con el brazo derecho mientras con el izquierdo me tapaba la boca.

Me quitó la mano de la boca.

Grité. Rápida, bruscamente.

Empezó el forcejeo.

Volvió a taparme la boca. Me dio un rodillazo en las piernas por detrás para tirarme al suelo.

—No lo has entendido, zorra. Te mataré. Tengo un cuchillo. Te mataré.

Volvió a quitarme la mano de la boca y caí gritando al sendero de ladrillos. Se sentó a horcajadas sobre mí después de darme una patada en el costado. Hice ruidos que apenas se oyeron, como pisadas suaves. Lo incitaron a seguir, le sirvieron para justificar su comportamiento. Me moví con dificultad por el camino. Llevaba mocasines de suela blanda con los que, frenética, traté de darle patadas. No lo alcancé o sólo lo rocé. Yo nunca había peleado antes, siempre era la última en la clase de gimnasia.

De alguna manera, no recuerdo cómo, volví a ponerme de pie. Recuerdo que le mordí, lo empujé, no sé qué más le hice. Luego eché a correr. Como un gigante que es pura fuerza, él me agarró por el extremo de mi larga melena castaña. Tiró de ella con fuerza y me hizo caer de rodillas delante de él. Fue mi primer intento de fuga fallido, a causa del pelo, del pelo largo de mujer.

—Tú te lo has buscado —dijo él, y yo empecé a suplicarle.

Se metió una mano en el bolsillo trasero y sacó un cuchillo. Yo seguí forcejeando; sentía cómo se me arrancaba dolorosamente el pelo del cuero cabelludo mientras hacía lo posible por zafarme. Me abalancé hacia él y le sujeté la pierna izquierda con los brazos, haciéndole perder el equilibrio y tambalearse. Yo no lo sabría hasta que la policía lo encontró más tarde en la hierba, a unos palmos de mis gafas rotas, pero con aquel movimiento se le cayó el cuchillo de las manos y lo perdió.

Entonces utilizó los puños.

Tal vez estaba furioso por haber perdido su arma o porque yo no le obedecía. Fuera cual fuese la razón, aquello significó el final de los preámbulos. Yo estaba boca abajo en el suelo y él se sentó sobre mi espalda. Me golpeó la cabeza contra los ladrillos. Me maldijo. Me dio la vuelta y se sentó sobre mi pecho. Yo balbuceaba. Suplicaba. Fue entonces cuando me rodeó el cuello con las manos y empezó a apretar. Perdí el conocimiento durante un segundo. Cuando volví en mí, supe que estaba mirando a los ojos al hombre que iba a matarme.

En ese momento me entregué a él. Estaba convencida de que no saldría con vida. Ya no podía seguir forcejeando. Él iba a hacer lo que quisiera conmigo, eso era todo.

Todo se hizo más lento. Él se levantó y empezó a arrastrarme por el pelo a través de la hierba. Yo me retorció y medio gateaba, tratando de seguirle el paso. Desde el sendero había entrevisto la oscura entrada del túnel del anfiteatro. A medida que nos acercábamos a ella y me di cuenta de que era allí adónde nos dirigíamos, sentí una oleada de pánico. Supe que iba a morir.

A pocos pasos de la entrada del túnel había una vieja puerta de hierro. Tenía casi un metro de altura y dejaba un estrecho espacio por el que tenías que meterte para entrar en el túnel. Mientras él tiraba de mí y yo gateaba sobre la hierba, vi la verja y supe que si me llevaba más allá de ese punto no sobreviviría.

Por un instante, mientras él me arrastraba por el suelo, me agarré débilmente a la parte inferior de aquella puerta de hierro, antes de que un fuerte tirón me obligara a soltarla. La gente cree que una mujer deja de luchar cuando está físicamente agotada, pero yo estaba a punto de empezar la verdadera lucha, una lucha de palabras y mentiras, una lucha cerebral.

Cuando la gente habla de escalar montañas o bajar en canoa por rápidos, dice que se funde con ellos, su cuerpo está de tal modo en sintonía con ellos que a menudo, cuando les pides que expresen en palabras cómo lo hicieron, no son capaces de explicarlo del todo.

Dentro del túnel, donde había esparcidas por el suelo botellas de cerveza rotas, hojas muertas y otras cosas que no pude reconocer, me fundí con aquel hombre. Tenía mi vida en sus manos. Los que dicen que preferirían luchar a muerte antes que ser violados son unos necios. Yo prefiero que me violen mil veces. Haces lo que tienes que hacer.

—Levántate —dijo él.

Obedecí.

Yo temblaba de manera incontrolable. Afuera hacía frío, y el frío combinado con el miedo y el agotamiento hicieron que me estremeciera de pies a cabeza.

Él tiró mi bolso y la cartera con mis libros a un rincón del túnel cerrado.

—Desnúdate.

—Tengo ocho dólares en el bolsillo trasero —dije—. Mi madre tiene tarjetas de crédito y mi hermana también.

—No quiero tu dinero —dijo, y se echó a reír.

Lo miré. Esta vez a los ojos, como si fuera un ser humano, como si pudiera dialogar con él.

—Por favor, no me violes —dije.

—Desnúdate.

—Soy virgen —dije.

No me creyó. Repitió la orden.

—Desnúdate.

Me temblaban tanto las manos que no podía controlarlas. Tiró de mí hacia él cogiéndome del cinturón hasta que mi cuerpo quedó pegado al suyo, que estaba apoyado en la pared del fondo del túnel.

—Bésame —dijo.

Me acercó la cabeza y nuestros labios se encontraron. Yo tenía los labios fuertemente apretados. Él tiró con más fuerza de mi cinturón, apretando más mi cuerpo contra el suyo. Me cogió el pelo e hizo un ovillo con él en su puño. Me echó la cabeza hacia atrás y me miró. Empecé a llorar, a suplicar.

—Por favor, no lo hagas —dije—. Por favor.

—Cállate.

Volvió a besarme y esta vez me metió la lengua en la boca. Al suplicar, yo había abierto la boca, exponiéndome a aquello. Volvió a echarme la cabeza bruscamente hacia atrás y dijo:

—Bésame.

Y lo hice.

Cuando quedó satisfecho, se detuvo y trató de desabrocharme el cinturón. Era un cinturón con una hebilla extraña y no supo abrirla. Para que me soltara, para que me dejara en paz, le dije:

—Deja, ya lo hago yo.

Me observó.

Cuando terminé, me bajó la cremallera de los téjanos.

—Ahora quítate la blusa.

Llevaba una chaqueta de punto. Me la quité. Trató de ayudarme a desabrochar la blusa. Lo hizo con torpeza.

—Ya lo hago yo —volví a decir.

Me desabroché la blusa de tela oxford, y, como la chaqueta, me la quité. Era como arrancarme plumas, o alas...

—Ahora el sujetador.

Lo hice.

Me los cogió —los pechos— con las manos. Los manoseó y apretó, restregándomelos contra las costillas. Retorciéndomelos. Supongo que no es necesario que diga que me dolió.

—Por favor, no hagas eso, por favor —dije.

—Bonitas tetas blancas —dijo él.

Esas palabras me hicieron renunciar a las demás, entregaba cada parte de mi cuerpo a medida que él la reclamaba: la boca, la lengua, los pechos.

—Tengo frío —dije.

—Tumbate.

—¿En el suelo? —pregunté bobamente, inútilmente.

Vi, entre las hojas y los cristales, la tumba. Mi cuerpo abatido, descuartizado, amordazado, sin vida.

Primero me senté, o más bien me tambaleé hasta quedarme sentada. Él me cogió los pantalones por los extremos y tiró de ellos. Mientras yo trataba de ocultar mi desnudez —al menos tenía las bragas puestas—, él examinó mi cuerpo. Todavía siento cómo durante aquel examen sus ojos iluminaron mi piel enfermizamente pálida en aquel túnel oscuro. Hizo que todo —mi cuerpo— pareciera de pronto horrible. «Feo» es una palabra demasiado suave, pero es la que más se acerca.

—Eres la peor zorra a la que le he hecho esto —dijo. Lo dijo con asco, como si me analizara. Veía la pieza que había cazado y no le gustaba.

Pero no importaba, terminaría.

A partir de aquel momento empecé a mezclar la realidad con la ficción, utilizando lo que fuese para intentar que se pasara a mi bando. Inspirarle lástima, que me viera en peor situación que él.

—Soy adoptada —dije—. Ni siquiera sé quiénes son mis padres. Por favor, no me hagas esto. Todavía soy virgen.

—Tumbate.

Lo hice. Temblando, me acerqué más a él y me tumbé boca arriba sobre el frío suelo. Me quitó las bragas con brusquedad e hizo un ovillo con ellas. Las arrojó lejos de mí, a un rincón donde las perdí de vista.

Lo vi bajarse la cremallera de los pantalones y dejarlos caer hasta los tobillos.

Se tumbó sobre mí y empezaron las embestidas. Yo estaba familiarizada con aquello. Era lo que Steve, un chico del instituto que me gustaba, había hecho contra mi pierna porque no le dejé realizar lo que más deseaba, que era hacer el amor conmigo. Con Steve yo estaba totalmente vestida y él también. Se fue a su casa frustrado y yo me sentí a salvo. Mis padres estuvieron en el piso de arriba todo el tiempo. Me dije que Steve me quería.

Trató de excitarse sobre mí, bajando una mano para tocarse el pene.

Yo lo miraba a los ojos. Estaba demasiado asustada para no hacerlo. Creía que si los cerraba desaparecería. Para salir de aquello tenía que estar presente todo el tiempo.

Me llamó zorra. Me dijo que estaba seca.

—Lo siento —dije; no dejaba de disculparme—. Soy virgen.

—Deja de mirarme —dijo—. Cierra los ojos. Para de temblar.

—No puedo.

—Deja de hacerlo o te arrepentirás.

Lo hice. Me concentré más. Lo miré con más intensidad todavía. Él empezó a frotar la abertura de mi vagina con el puño. Metió en ella los dedos, tres o cuatro a la vez. Algo se rompió y empecé a sangrar. Ahora estaba mojada.

Aquello le excitó. Estaba intrigado. Mientras me metía todo el puño en la vagina y lo movía con fuerza, me refugié en mi cerebro. Allí me esperaban poemas, poemas que había aprendido en clase: un poema de Olga Cabral que no he vuelto a encontrar, «Lillian's Chair», y otro llamado «Dog Hospital», de Peter Wild. A medida que un entumecimiento hormigueante se apoderaba de la parte inferior de mi cuerpo, intenté recitar los poemas mentalmente, moví los labios.

—Deja de mirarme —dijo.

—Lo siento —dije, y añadí tanteando—: Eres fuerte.

Aquello le gustó. Empezó a embestirme otra vez, con fuerza. Yo tenía la parte inferior de la columna aplastada contra el suelo. Los cristales rotos me hicieron cortes en la espalda y en las nalgas. Pero algo seguía sin funcionar. Yo no sabía lo que él hacía.

Se arrodilló.

—Levanta las piernas —dijo.

Como no sabía a qué se refería porque no lo había hecho nunca con nadie ni había leído libros sobre esas cosas, levanté las piernas estiradas.

—Ábrelas.

Lo hice. Mis piernas eran como las de una Barbie de plástico, pálidas, inflexibles. Pero él no quedó satisfecho. Me puso una mano en cada pantorrilla y me las abrió más de lo que yo podía

soportar.

—Mantenías así —dijo.

Volvió a intentarlo. Me metió el puño. Me asió los pechos. Me retorció los pezones con los dedos, los lamió con la lengua.

Se me saltaron las lágrimas y noté cómo me corrían por las mejillas. Estaba a punto de desmayarme cuando de pronto oí ruidos. En el sendero. Pasaba gente, un grupo de chicos y chicas que reían. Mientras me dirigía al parque había dejado atrás una fiesta, organizada para celebrar el último día de clase. Lo miré; él no los había oído. Era el momento. Solté un grito repentino y, tan pronto como lo hice, me tapó la boca. Al mismo tiempo volví a oír las carcajadas. Esta vez iban dirigidas hacia el túnel, hacia nosotros. Gritos y burlas animándonos a seguir.

Nos quedamos allí tumbados, él me tapaba la boca y apretaba con fuerza mi cuello, hasta que el grupo se marchó. Continuamos. Había perdido mi segunda oportunidad para escapar.

Las cosas no marchaban como él había previsto. Estaba tardando demasiado. Me ordenó que me levantara. Me dijo que podía ponerme las braguitas. Utilizó esa palabra. La odié.

Pensé que se había acabado. Temblaba, pero creí que él había tenido suficiente. Había sangre por todas partes, de modo que pensé que ya había hecho lo que le había llevado hasta allí.

—Hazme una mamada —dijo.

Se había levantado. Yo estaba en el suelo, tratando de buscar mi ropa entre los desechos.

Me dio una patada y yo me hice un ovillo.

—Quiero una mamada. —Se sostenía el pene con la mano.

—No sé cómo se hace —dije.

—¿Qué quieres decir con que no sabes?

—Nunca he hecho ninguna —dije—. Soy virgen.

—Métetela en la boca.

Me arrodillé delante de él.

—¿Puedo ponerme el sujetador?

Yo quería mi ropa. Vi sus muslos delante de mí, cómo se ensanchaban a partir de las rodillas, los fuertes músculos y el vello negro, y su pene flácido.

Me sujetó la cabeza.

—Métetela en la boca y chupa —dijo.

—¿Como una pajita?

—Sí, como una pajita.

La cogí. Era pequeña. Estaba caliente, pegajosa. Palpitó involuntariamente cuando la toqué. Me empujó la cabeza hacia delante y me la metió en la boca. Me tocó la lengua. Sabía a caucho sucio o a pelo quemado. Chupé con fuerza.

—Así no —dijo, y me apartó la cabeza—. ¿No sabes cómo mamar una polla?

—No, ya te lo he dicho —dije—. No lo he hecho nunca.

—Zorra —dijo.

Su pene seguía flácido, lo cogió con dos dedos y orinó sobre mí. Sólo un poco. Sentí el líquido acre en la nariz y los labios. Su olor —olor a fruta, fuerte, nauseabundo— se me quedó impregnado

en la piel.

—Tumbate otra vez y haz lo que te diga.

Obedecí. Cuando me dijo que cerrara los ojos le dije que había perdido las gafas y que en realidad no podía verlo.

—Háblame —dijo—. Te creo, eres virgen. Yo soy el primero.

Mientras trataba de excitarse frotándose de nuevo contra mí, le dije que era fuerte, poderoso, que era un buen hombre. Se empalmó lo suficiente para penetrarme. Me ordenó que le rodeara la espalda con las piernas y lo hice, y me embestió contra el suelo. Yo estaba presa. Todo lo que le quedaba por poseer de mí era mi cerebro, que observaba y catalogaba todos los detalles. Su cara, sus intenciones, qué podía hacer yo para ayudarlo.

Oí a otro grupo que estaba de fiesta acercarse por el sendero, pero esta vez yo me hallaba muy lejos. Él hacía ruidos mientras me embestía. Me embestía una y otra vez, y yo ya no podía llegar a los del sendero, estaban muy lejos, viviendo en el mundo donde yo antes había vivido.

—¡Tíratela, sí señor! —gritó alguien hacia el túnel. Era la típica voz de juerguista de las fraternidades que me había hecho sentir que, como estudiante de la Universidad de Syracuse, nunca me integraría.

Pasaron de largo. Yo le miraba a los ojos. Estaba con él.

—Eres fuerte, eres un hombre de verdad, gracias, gracias, esto es lo que quería.

Luego todo terminó. Se corrió y se desplomó sobre mí. Yo yacía debajo de él, el corazón me palpitaba con fuerza. Con la mente absorta en Olga Cabral, en la poesía, en mi madre, en cualquier cosa. De pronto, lo oí respirar de forma regular y poco profunda. Roncaba. Escapa, pensé. Me moví debajo de él y se despertó.

Me miró, no sabía quién era yo. Luego empezaron los remordimientos.

—Lo siento —dijo—. Eres una buena chica. Lo siento mucho.

—¿Puedo vestirme?

Se movió hacia un lado, se levantó y se subió los pantalones y la cremallera.

—Claro —dijo—. Deja que te ayude.

Yo me había permitido temblar de nuevo.

—Tienes frío —dijo—. Toma, ponte esto.

Me sostuvo la ropa interior del mismo modo que una madre se la habría sostenido a su hija, cogiéndola por los lados. Se suponía que yo tenía que levantarme y ponérmela.

Me arrastré hasta mi ropa. Me puse el sujetador sentada en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Su tono me dejó perpleja. Estaba preocupado. Pero no me paré a pensar en aquello entonces. Todo lo que sabía era que prefería aquel tono al anterior.

Me levanté y le cogí las bragas de las manos. Me las puse; casi me caí por falta de equilibrio. Tuve que sentarme en el suelo para ponerme los pantalones. Me preocupaban mis piernas. No parecía capaz de controlarlas.

Él me observaba. Mientras me subía poco a poco los pantalones, cambió de tono.

—Vas a tener un hijo, zorra —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

Me di cuenta de que aquello podía ser una razón para matarme. Sería una prueba. Le mentí.

—Por favor, no se lo digas a nadie —dije—. Abortaré. No se lo digas a nadie, por favor. Mi madre me mataría si se enterara de esto. Nadie puede enterarse, por favor. Mi familia me odiaría. No hables de esto con nadie, por favor.

Él rió.

—De acuerdo.

—Gracias —dije. Me levanté y me puse la blusa. Del revés—. ¿Puedo irme ahora? —pregunté.

—Ven aquí —dijo—. Dame un beso de despedida.

Para él era una cita. Para mí todo volvía a empezar.

Lo besé. ¿He dicho que era libre de escoger? ¿Todavía lo crees?

Volvió a disculparse y esta vez lloró.

—Lo siento mucho —dijo—. Eres una buena chica, una buena chica, como has dicho.

Sus lágrimas me dejaron perpleja, pero a esas alturas sólo era otro horrible matiz que se me escapaba. Para que no volviera a hacerme daño, yo debía decir las palabras adecuadas.

—No te preocupes —dije—. De verdad.

—No —dijo—, no está bien lo que te he hecho. Eres una buena chica. No me has mentido. Siento lo que te he hecho.

Siempre he odiado esto en las películas o en las obras de teatro, una mujer es violentamente ultrajada y luego se le pide que perdone durante el resto de su vida.

—Te perdono —dije.

Era lo que tenía que decir. Me moriría a trozos con tal de salvarme de la muerte real.

Levantó la vista y me miró.

—Eres guapa —dijo.

—¿Puedo recoger mi bolso? —pregunté. Tenía miedo de moverme sin su permiso—. ¿Mis libros?

Él volvió a entrar en materia.

—¿Has dicho que tenías ocho dólares?

Los sacó de mis téjanos. Estaban doblados alrededor de mi carnet de conducir. Era un carnet con foto. En el estado de Nueva York no los había, pero en Pensilvania sí.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Es una de esas tarjetas que puedo utilizar para comer en McDonald's?

—No —dije.

Estaba aterrada de que se quedara con mi documentación. Que se fuera con algo más de lo que ya me había arrebatado: todo menos mi cerebro y mis pertenencias. Yo quería salir del túnel con ellos.

Lo miró un rato más hasta que se convenció. Tampoco se quedó el anillo de zafiro de mi tatarabuela que yo había tenido en la mano todo el tiempo. No le interesaban esa clase de cosas.

Me dio el bolso y los libros que había comprado aquella tarde con mi madre.

—¿Hacia dónde vas?

Señalé con una mano.

—Bueno —dijo—, cuídate.

Le prometí que lo haría y eché a andar. Salí del túnel, crucé la puerta a la que me había aferrado hacía una hora y salí al sendero de ladrillo. Para ir a mi casa tenía forzosamente que adentrarme más en el parque.

Un momento después él me gritó:

—¡Eh, tú!

Me volví. Era, como lo soy en estas páginas, suya.

—¿Cómo te llamas?

No podía mentir. No tenía otro nombre que el mío.

—Alice —respondí.

—Encantado de conocerte, Alice —gritó—. Hasta la vista.

Se alejó corriendo en dirección contraria, a lo largo de la valla metálica de la caseta de la piscina. Me volví. Había hecho lo que debía: le había convencido. Eché a andar.

No vi un alma hasta que llegué a los tres pequeños escalones de piedra que conducían del parque a la acera. Al otro lado de la calle había una fraternidad masculina. Seguí andando, manteniéndome en la acera del parque. En la explanada de césped de la fraternidad había gente. Eran los últimos coletazos de una fiesta. Al llegar a la calle de mi residencia, que moría en el parque, me metí en ella y eché a andar cuesta abajo, pasando por delante de otra residencia, más grande.

Era consciente de que me miraban. Juguistas que volvían a sus casas o empollones que tomaban la última bocanada de aire fresco antes del verano. Hablaban, pero yo no estaba allí. Los oía fuera de mí, como si hubiera tenido un ataque de apoplejía; estaba atrapada dentro de mi cuerpo.

Se acercaron a mí, algunos corriendo, pero cuando yo no respondí retrocedieron.

—Eh, ¿la has visto? —se decían.

—Está hecha polvo.

—Mira la sangre.

Bajé la colina y pasé por delante de aquella gente. Me daba miedo todo el mundo. Afuera, en la plataforma elevada que rodeaba la puerta delantera de la residencia Marion, había gente que me conocía. Me conocían de vista si no de nombre. Marion tenía tres pisos, uno de chicas entre dos de chicos. Afuera había sobre todo chicos. Uno de ellos me abrió la puerta principal para dejarme pasar. Otro me sostuvo la de dentro abierta. Me observaban, ¿cómo no iban a hacerlo?

En una pequeña mesa cerca de la puerta estaba el ayudante de seguridad residente, que era un estudiante de posgrado, un árabe menudo y estudioso. Se levantó apresuradamente al verme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No llevo el carnet —dije.

Me quedé frente a él con la cara destrozada, cortes en la nariz y los labios, y laceraciones en una mejilla. Tenía hojas enredadas en el pelo, la ropa del revés y manchada de sangre, los ojos vidriosos.

—¿Estás bien?

—Quiero ir a mi habitación. No llevo el carnet —repetí.

Me indicó por señas que entrara.

—Prométeme que te cuidarás —dijo.

En la escalera había chicos. También varias chicas. La mayoría de los estudiantes de la residencia estaban despiertos. Pasé por su lado. Silencio. Miradas.

Recorrí el pasillo y llamé a la puerta de mi mejor amiga. No había nadie. Llamé a la mía, esperando encontrar a mi compañera de habitación. Nadie. Por fin llamé a la puerta de Linda y Diane, dos del grupo de seis que nos habíamos hecho amigas aquel año. Al principio no hubo respuesta. Luego el pomo giró.

La habitación estaba oscura. Linda sostenía la puerta arrodillada en la cama. La había despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Linda, me acaban de violar y golpear en el parque —respondí.

Cayó hacia atrás en la oscuridad. Se había desmayado.

La puerta era de bisagras con muelle y se cerró de golpe.

El ayudante de seguridad residente se había interesado por mí. Di media vuelta y volví a bajar a su mostrador. Él se levantó.

—Me han violado en el parque —dije—. ¿Puedes llamar a la policía?

Empezó a hablar muy deprisa en árabe, sin darse cuenta, y luego dijo:

—Sí, claro. Ven, por favor.

Detrás de él había una habitación con las paredes de cristal. A pesar de que se había concebido como oficina, nunca se utilizaba. Como no había ninguna silla, me senté encima de la mesa.

Afuera se habían apiñado algunos chicos que me miraban fijamente con la cara pegada al cristal.

No recuerdo cuánto tardaron en venir, pero no fue mucho porque el hospital pertenecía a la universidad y estaba a sólo seis manzanas al sur. La policía llegó primero, pero no me acuerdo de qué les dije allí.

Poco después estaba en una camilla, a la que me ataron. Me sacaron al pasillo. Esta vez había una gran multitud bloqueando la entrada. Vi al ayudante de seguridad residente mirar hacia mí mientras lo interrogaban.

Un policía se hizo cargo de la situación.

—Apartaos —dijo a mis compañeros, curiosos—. Acaban de violar a esta chica.

Salí a la superficie lo suficiente para oír brotar aquellas palabras de sus labios. Yo era aquella chica. La onda expansiva empezó en los pasillos. Los camilleros me bajaron por la escalera. Las puertas de la ambulancia estaban abiertas. Una vez dentro, mientras nos poníamos en marcha a toda prisa, con las sirenas aullando, hacia el hospital, me permití venirme abajo. Me refugié en algún lugar dentro de mí, acurrucada y lejos de lo que estaba ocurriendo.

Me llevaron corriendo a través de las puertas de la sala de urgencias hasta una sala de reconocimiento. Un agente de policía entró mientras la enfermera me ayudaba a desvestirme para ponerme la bata del hospital. A ella no le gustó ver al agente allí, pero éste desvió la mirada y pasó una hoja en blanco de su bloc de notas.

No pude evitar pensar en las películas policíacas de la televisión. La enfermera y el agente discutieron sobre mí cuando él empezó a hacer preguntas y a coger mi ropa como prueba mientras ella me limpiaba la cara con alcohol y me prometía que enseguida llegaría el médico.

Recuerdo a la enfermera mejor que al agente. Utilizó su cuerpo como un escudo entre nosotros. Mientras él reunía pruebas preliminares —mi sencilla explicación de lo ocurrido—, ella me hablaba y recogía muestras.

—Debes de haberle hecho sudar —comentó. Y mientras recogía lo que me había sacado raspando de debajo de las uñas, añadió—: Estupendo, tienes un trozo de él.

Llegó la médico, una ginecóloga, la doctora Husa.

Empezó a explicar lo que iba a hacer mientras la enfermera se llevaba al policía. Me tendí en la camilla. Iba a inyectarme Demerol a fin de que me relajara lo suficiente para que pudiera recoger pruebas. Era posible que me entraran ganas de orinar. Debía contenerme, me dijo, porque podía estropear el cultivo de mi vagina y destruir las pruebas que necesitaba la policía.

Se abrió la puerta.

—Hay alguien aquí que quiere verte —dijo la enfermera.

Por alguna razón pensé que sería mi madre y me entró el pánico.

—Una tal Mary Alice.

—¿Alice? —Oí la voz de Mary Alice. Débil, asustada, controlada.

Me cogió la mano y yo se la apreté con fuerza.

Mary Alice era guapa —rubia natural con unos preciosos ojos verdes— y aquel día en particular me recordó a un ángel.

La doctora Husa nos dejó hablar un momento mientras preparaba el instrumental.

Mary Alice, como todos los demás, había estado bebiendo mucho en una fiesta de fin de curso de una fraternidad cercana.

—Luego no digas que no sé quitarte una borrachera —dije. Y me eché a llorar.

Dejé que me brotaran las lágrimas mientras ella me ofrecía lo que yo más necesitaba, una pequeña sonrisa en respuesta a mi broma. Fue lo primero de mi vida anterior que reconocí al otro lado. La sonrisa de mi amiga horriblemente cambiada y marcada. No fue espontánea ni abierta, ni nacida de una tontería como habían sido nuestras sonrisas durante todo el año, sino una sonrisa para consolarme. Ella lloró más que yo; se le hinchó la cara y le aparecieron manchas rojas. Me explicó cómo Diane, que, al igual que Mary Alice, medía casi metro ochenta, había poco menos que levantado del suelo al menudo ayudante de seguridad para sonsacarle dónde estaba.

—No quería decírselo a nadie aparte de a tu compañera de habitación, pero Nancy se había desmayado.

Sonreí al imaginarme a Diane y Mary Alice levantando al ayudante de seguridad, y a éste moviendo frenético los pies en el aire como un policía de *Keystone Kops*.

—Estamos preparadas —dijo la doctora Husa.

—¿Vas a quedarte conmigo?

Lo hizo.

La doctora Husa y la enfermera trabajaron juntas. De vez en cuando tenían que masajearme los muslos. Les pedí que me explicaran lo que hacían. Quería saberlo todo.

—Esto es distinto de un reconocimiento corriente —dijo la doctora—. Necesito tomar muestras para reunir pruebas de la violación.

—Son pruebas para poder coger a ese perverso —explicó la enfermera.

Me pasaron un peine por el pubis para recoger los pelos sueltos que pudiera haber, me cortaron un poco de vello púbico y me tomaron muestras de sangre, semen y flujo vaginal. Cuando hice una mueca de dolor, Mary Alice me apretó la mano con más fuerza. La enfermera trató de darle conversación, preguntó a Mary Alice en qué se había especializado en la universidad, me dijo que tenía suerte de tener una buena amiga, dijo que el hecho de que me hubieran golpeado de aquella manera haría que la policía me escuchara con más atención.

—Hay tanta sangre... —la oí decir preocupada.

Mientras me pasaban el peine por el pubis, la doctora Husa dijo:

—¡Tenemos un pelo de él!

La enfermera sostuvo la bolsa de las pruebas abierta y la doctora dejó caer el pelo dentro.

—¡Magnífico! —exclamó.

—Alice —dijo la doctora Husa—, vamos a dejarte orinar, pero luego tendré que darte unos puntos.

La enfermera me ayudó a sentarme y me puso una cuña debajo. Oriné tanto rato que la enfermera y Mary Alice lo comentaron y se rieron cada vez que creían que había acabado. Cuando terminé, lo que vi fue una cuña llena de sangre, no de orina. La enfermera la tapó rápidamente con el papel que cubría la camilla.

—No hay necesidad de que lo mires.

Mary Alice me ayudó a tumbarme de nuevo.

La doctora Husa se dispuso a darme los puntos.

—Estarás dolorida unos días, tal vez una semana —dijo—. Deberías hacer reposo, si es posible.

Pero yo no podía pensar en días o semanas. Sólo podía concentrarme en el siguiente minuto y esperar que con cada uno que pasara mejoraría, que poco a poco todo aquello desaparecería.

Le pedí a la policía que no llamara a mi madre. Ignoraba cuál era mi aspecto y creía que podría ocultarles la violación a ella y a mi familia. Mi madre sufría ataques de pánico en un embotellamiento; estaba segura de que mi violación la destrozaría.

Después del examen vaginal me llevaron en camilla a una sala blanca. Aquella habitación se utilizaba para guardar grandes e increíbles máquinas de respiración artificial, todas brillantes, de acero inoxidable y fibra de vidrio immaculado. Mary Alice había vuelto a la sala de espera. Me fijé en las máquinas, en lo limpias y nuevas que parecían; era la primera vez que me quedaba sola desde que se había puesto en marcha mi rescate. Estaba tumbada en la camilla, desnuda bajo la bata del hospital, y tenía frío. No estaba segura de por qué estaba allí, junto a aquellas máquinas. Pasó mucho tiempo hasta que vino alguien.

Era una enfermera. Le pregunté si podía tomar una ducha en la que había en un rincón. Consultó una hoja sujeta a una tablilla que colgaba del extremo de la camilla y que yo no había visto. Me pregunté qué diría de mí e imaginé la palabra VIOLACIÓN, en grandes letras rojas, escrita en diagonal a lo largo de la hoja.

Me quedé inmóvil, sin respirar apenas. El Demerol hacía todo lo posible por relajarme pero me sentía todavía sucia y me resistía. Cada palmo de mi piel me picaba y me escocía. Quería desprenderme de él. Quería ducharme y frotarme la piel hasta dejarla en carne viva.

La enfermera me dijo que esperábamos al psiquiatra de guardia, y luego salió de la habitación. Sólo habían transcurrido quince minutos —pero con la sensación de suciedad que se iba apoderando de mí se me hicieron muy largos— cuando un psiquiatra entró apresuradamente en la sala.

Pensé, incluso entonces, que aquel médico necesitaba más que yo el Valium que me recetó. Estaba exhausto. Recuerdo haberle dicho que conocía el Valium y que no necesitaba explicarme nada.

—Te tranquilizará —dijo él.

Mi madre había sido adicta al Valium cuando yo era pequeña. Nos había sermoneado a mi hermana y a mí sobre las drogas, y al hacerme mayor entendí su miedo: que me emborrachara o me colocara y perdiera mi virginidad con algún chico torpe. Pero en aquellos sermones siempre veía a mi madre, llena de vida, apagada de algún modo, menguada, como si hubieran cubierto con una gasa sus afilados bordes.

Yo no podía ver el Valium como la droga benigna que el médico daba a entender. Se lo dije, pero él no me hizo ni caso. Cuando se marchó de la sala, hice lo que casi inmediatamente había sabido que haría y arrugué la receta para echarla a la papelera. Fue una sensación agradable. Una especie de «a la mierda», para que nadie pudiera correr un velo sobre lo que yo había sufrido. Incluso entonces creí saber lo que podría pasar si dejaba que la gente cuidara de mí. Desaparecería. Nunca más sería Alice, fuera lo que fuese.

Entró una enfermera y me dijo que podía llamar a otra de mis amigas para que me ayudara. Con los analgésicos iba a necesitar a una enfermera o a alguien que me ayudara a mantener el equilibrio en la ducha. Yo quería que fuera Mary Alice, pero no quería ser egoísta, de modo que pregunté por Tree, la compañera de habitación de Mary Alice, que era otra de nuestro grupo de seis.

Esperé y, mientras lo hacía, traté de pensar en lo que podía decirle a mi madre, algo que explicara por qué estaba tan soñolienta. No podía saber, a pesar de las advertencias de la médico, lo dolorida que estaría a la mañana siguiente, o que un elegante entramado de cardenales aparecería por mis muslos y pecho, en la parte inferior de mis antebrazos y alrededor de mi cuello, en los que, unos días después, en mi habitación de casa, empezaría a distinguir las señales de la presión de los dedos de mi violador en mi cuello: una mariposa hecha con dos pulgares unidos en el centro y los demás dedos aleutando alrededor de mi cuello. «Voy a matarte, zorra. Calla. Calla. Calla». Cada repetición acompañada de un golpe de mi cráneo contra el ladrillo, cada repetición cortando cada vez más la llegada de oxígeno a mi cerebro.

La cara de Tree y el gritito sofocado que dio deberían haberme advertido que no podría ocultar la verdad. Pero se recuperó rápidamente y me ayudó a llegar hasta la ducha. Se sentía incómoda conmigo: ya no era como ella, sino diferente.

Creo que si sobreviví a aquellas primeras horas que siguieron a la violación fue gracias a mi creciente obsesión por cómo evitar decírselo a mi madre. Convencida de que la destrozaría, dejé de pensar en lo que me había pasado a mí y me preocupé por ella. Mi preocupación se convirtió en mi

salvavidas. Me aferré a él mientras perdía y recobrabam el conocimiento camino del hospital, mientras me daban los puntos después del examen vaginal y mientras el psiquiatra me recetaba las mismas pastillas que habían dejado atontada a mi madre años atrás.

La ducha estaba en un rincón de la habitación. Yo caminaba como una anciana que se tambalea y Tree me sostenía. Me concentré en mantener el equilibrio y no me miré en el espejo que había a mi derecha hasta que levanté la vista y estuve casi delante de él.

—Alice, no lo hagas —dijo Tree.

Pero yo estaba fascinada, como lo estuve de niña al ver una pieza expuesta en una sala tenuemente iluminada del Museo de Arqueología de la Universidad de Pensilvania. La habían llamado Blue Baby, una momia con la cara destrozada y el cuerpo de un niño que había muerto hacía siglos. Vi en ella una semejanza: yo era una niña como lo había sido Blue Baby.

Vi mi cara en el espejo. Me llevé una mano a las marcas y cortes. Ésa era yo. Había algo innegable: ninguna ducha se llevaría los rastros de la violación. No tenía más remedio que decírselo a mi madre. Ella tenía demasiado sentido común como para creer cualquier historia que pudiera inventar. Trabajaba para un periódico y se jactaba de que era imposible engañarla.

Era una ducha pequeña con baldosas blancas. Pedí a Tree que abriera el grifo.

—Lo más caliente que puedas —dije.

Me quité la bata de hospital y se la di.

Tuve que agarrarme del grifo y de una barra que había en un lado de la ducha para sostenerme. Aquello me impedía frotarme. Recuerdo que le comenté a Tree que me gustaría tener un cepillo de alambre pero que ni siquiera eso sería suficiente.

Ella corrió la cortina y yo me quedé allí, dejando que el agua cayera sobre mí.

—¿Puedes ayudarme? —pregunté.

Tree descorrió un poco la cortina.

—¿Qué quieres que haga?

—Me da miedo caerme. ¿Podrías coger el jabón y ayudarme a lavarme?

Ella alargó una mano a través del agua y cogió la gran pastilla cuadrada de jabón. Me la pasó por la espalda con cuidado de no tocarme con la mano. Volví a oír las palabras del violador —«la peor zorra»—, como las volvería a oír durante años cada vez que me desvestía delante de otras personas.

—Olvídalo —dije, incapaz de mirarla—. Ya lo hago yo. Vuelve a dejar el jabón en su sitio.

Ella así lo hizo y corrió la cortina antes de marcharse.

Me senté en la ducha. Cogí una de esas toallitas que se utilizan a modo de esponja y la enjaboné. Me restregué con fuerza bajo un agua tan caliente que se me quedó la piel enrojecida. Lo último que hice fue llevarme la toallita a la cara y con las dos manos frotármela una y otra vez, hasta que los cortes y la sangre la dejaron rosada.

Después de la ducha caliente me vestí con la ropa que Tree y Diane habían seleccionado a toda prisa entre las pocas prendas limpias que encontraron en mi habitación. Se habían olvidado la ropa interior, de modo que no tenía ni sujetador ni bragas. Lo que tenía era unos vaqueros de mis tiempos

de instituto en los que había bordado flores y había cosido intrincados parches hechos a mano cuando se me habían rasgado las rodillas: largas tiras de estampado de cachemir y terciopelo verde. Mi abuela los había llamado mis pantalones de «rebelde». Encima me puse una fina camisa a rayas rojas y blancas. Me dejé la camisa por fuera, esperando tapar lo más posible los vaqueros.

El calor de la ducha junto con el Demerol tuvieron el efecto de dejarme grogui durante el trayecto en coche a la comisaría. Recuerdo haber visto a la consejera residente, una estudiante de segundo año llamada Cindy, frente a la puerta de seguridad de la tercera planta de la comisaría, llamada edificio de Seguridad Pública. Yo no estaba preparada para ver a alguien con una cara radiante, con aquel aspecto de alumna de colegio mixto tan típicamente americana.

Mary Alice se quedó fuera con Cindy mientras los agentes me hacían cruzar una puerta de seguridad. En el interior encontré a un detective vestido de paisano. Era bajo, con el pelo negro y tirando a largo. Me recordó a Starsky de *Starsky y Hutch*, parecía diferente de los otros policías. Fue amable conmigo, pero acababa su turno. Debía relevarlo el sargento Lorenz, que aún no había llegado a la comisaría.

Sólo puedo intentar imaginar cómo me vieron. Con la cara hinchada, el pelo mojado, la ropa que llevaba —concretamente los pantalones de «rebelde» y sin sujetador—, y para colmo, el efecto del Demerol.

Hice un retrato robot a partir de facciones grabadas en microfilm. Trabajé con un agente y me sentí frustrada porque ninguna de las facciones de mi violador parecían encontrarse entre las cincuenta y tantas narices, ojos y labios. Las describí con exactitud, y cuando ninguna de las diminutas facciones en blanco y negro entre las que podía escoger me parecía aceptable, el policía decidía cuál era la mejor. El retrato robot que hicimos aquella noche se parecía poco a él.

A continuación, el policía me hizo una serie de fotos, sin saber que aquella noche ya había tenido otra sesión fotográfica. Ken Childs, un chico que me gustaba, me había sacado casi un rollo de fotos en varias poses por todo su apartamento.

Ken estaba colado por mí, y yo sabía que hacía las fotos para enseñarlas a la gente ese verano. Sabía que juzgarían las fotografías. ¿Era guapa? ¿Parecía lista? ¿Se limitarían sus amigos a un «Parece simpática»? ¿O peor aún: «Lleva un bonito jersey»?

Había engordado, pero los vaqueros que llevaba seguían yéndome demasiado grandes, y había tomado prestados de mi madre una camisa de tela oxford y una chaqueta de punto de ocho trenzas. El adjetivo que primero acude a mi mente es «demodé».

Así pues, en las fotos de «antes» que había tomado Ken Childs, al principio estoy posando, luego me da la risa tonta y acabo riéndome a mandíbula batiente. A pesar de toda mi timidez, me perdí en la tontería de risitas bobas de nuestro enamoramiento de adolescentes. Estoy sosteniendo en equilibrio una caja de pasas sobre la cabeza, leyendo con atención la etiqueta de detrás como si fuera un texto apasionante, con los pies apoyados en el borde de la mesa del comedor. Y sonriendo, sonriendo sin parar.

En las fotos de «después» que me hizo la policía estoy conmocionada. La palabra «conmocionada», en este contexto, quiere decir que yo ya no estaba allí. Si has visto fotos de víctimas de crímenes sabrás que parecen descoloridas o más oscuras de lo normal. Las mías eran de

la variedad sobreexpuesta. Había cuatro clases de fotos: cara, cara y cuello, cuello y de cuerpo entero con un número de identificación. Nadie te dice en ese momento lo importantes que serán esas fotos. La «cosmética» de una violación es fundamental para demostrar cualquier caso. Hasta entonces, aparentemente, yo tenía a mi favor dos cosas: había llevado ropa holgada, poco seductora; y saltaba a la vista que me habían golpeado. Si sumas a eso mi virginidad, empezarás a comprender gran parte de lo que importa en una sala de tribunal.

Por fin me dejaron marchar del edificio de Seguridad Pública con Cindy, Mary Alice y Tree. Prometí a los agentes de la comisaría que volvería en unas horas, y que entonces haría mi declaración jurada y miraría las fotos del archivo de la policía. Quería que vieran que era seria, que no iba a fallarles. Pero ellos trabajaban en el turno de noche. Aunque volviera —y para ellos, estaba lejos de ser seguro que lo hiciera—, no estarían allí para ver que había cumplido mi palabra.

El agente volvió a llevarnos en coche a la residencia Marion. Era por la mañana temprano y había empezado a clarear por encima del Thorden Park, en lo alto de la colina. Tenía que decírselo a mi madre.

En la residencia reinaba un silencio sepulcral. Cindy entró en su habitación situada al comienzo del pasillo, y Mary Alice y yo acordamos que nos reuniríamos con ella de un momento a otro. Ninguna de las dos teníamos un teléfono privado.

Fuimos a mi habitación, donde encontré un sujetador y unas bragas que ponerme debajo de la ropa.

De nuevo en el pasillo, nos encontramos con Diane y su novio, Victor. Llevaban despiertos toda la noche, esperando a que yo volviera.

Mi relación con Victor, antes de aquella mañana, había consistido principalmente en no comprender qué tenía en común con Diane, quien me parecía una chica estridente. Era guapo y atlético, y se mostraba muy callado cuando estaba con todas nosotras. Había entrado en la universidad sabiendo ya la especialidad que quería hacer. Era algo parecido a ingeniería eléctrica. Muy distinto de la poesía. Victor era negro.

—Alice —dijo Diane.

Salieron otras chicas por la puerta abierta de Cindy. Chicas que conocía de vista o ni siquiera conocía.

—Victor quiere abrazarte —dijo Diane.

Miré a Victor. Aquello era demasiado. Él no era mi violador, eso lo sabía. Ése no era el problema. Pero me estaba impidiendo hacer lo último que quería hacer en este mundo y sabía que tenía que hacer: llamar a mi madre.

—No sé si puedo —le dije a Victor.

—Era negro, ¿verdad? —preguntó él. Tratava de atraer mi mirada.

—Sí.

—Lo siento —dijo. Lloraba. Las lágrimas le corrían despacio por las mejillas—. Lo siento mucho.

No sé si lo abracé porque no podía soportar verlo llorar (no le pegaba nada al Victor que yo conocía, el Victor callado que estudiaba con ahínco o sonreía con timidez a Diane), o porque me instaron a hacerlo los que nos rodeaban. Él me abrazó hasta que tuve que apartarme y entonces me soltó. Estaba destrozado, y yo no atinaba a comprender qué le estaba pasando por la cabeza. Tal vez ya sabía que tanto familiares como extraños dirían cosas como «Apuesto a que era negro», y quería darme algo que lo contrarrestara, una experiencia en las primeras veinticuatro horas que me hiciera resistir la tentación de encasillar a la gente y volcar en ellos todo mi odio. Fue el primer hombre — negro o blanco— al que abracé después de la violación, y sólo supe que no podía darle nada a cambio. Los brazos que me rodeaban, la vaga amenaza de fuerza física, todo fue demasiado para mí.

Cuando terminamos, Victor y yo teníamos público. Era algo a lo que tendría que acostumbrarme. De pie cerca de él, pero sin abrazarlo ya, fui consciente de la presencia de Mary Alice y de Diane. Ellas formaban parte del cuadro. Los demás estaban borrosos y retirados a un lado. Veían mi vida como si fuera una película. En su versión de los hechos, ¿qué papel les correspondía? Con los años descubriría que en unas cuantas versiones, yo había sido su mejor amiga. Conocer a una víctima es como conocer a alguien famoso. Sobre todo cuando el crimen representa un tabú. Cuando reunía datos para escribir este libro en Syracuse, conocí a una mujer así. Al principio no me reconoció, sólo sabía que yo estaba escribiendo un libro sobre la violación de Alice Sebold, y entró apresuradamente en la habitación y me dijo a mí y a los que me ayudaban que «la víctima de aquel caso había sido su mejor amiga». Yo no tenía ni idea de quién era ella. Cuando alguien me llamó por mi nombre, ella parpadeó, se acercó a mí y me abrazó para guardar las apariencias.

En la habitación de Cindy, me senté en la cama más próxima a la puerta. Estaban allí Cindy, Mary Alice y Tree, y tal vez Diane. Cindy había echado a los demás y había cerrado la puerta.

Había llegado el momento. Me senté con el teléfono en el regazo. Mi madre estaba a sólo unos kilómetros de distancia; había venido en coche el día anterior para llevarme a casa. Estaría levantada y dando vueltas por su habitación del Holiday Inn. Por aquel entonces viajaba siempre con una cafetera para hacerse café descafeinado en su habitación. Había reducido su consumo diario a diez tazas, y los restaurantes todavía no tenían costumbre de servir café descafeinado.

Antes de que me dejara en casa de Ken Childs la tarde anterior, acordamos que vendría a la residencia hacia las ocho y media de la mañana, tarde para ella pero una concesión al hecho de que yo habría estado levantada hasta las tantas despidiéndome de mis amigos. Miré a mis amigas, esperando que me dijeran «No tienes tan mal aspecto», o me proporcionaran la explicación perfecta para los cortes y cardenales de mi cara, la explicación que yo no había logrado inventar en toda la noche.

Tree marcó el número.

—Señora Sebold —dijo cuando mi madre contestó—, soy Tree Roebeck, una amiga de Alice.

Es posible que mi madre la saludara.

—Voy a pasarle el teléfono a Alice. Necesita hablar con usted.

Tree me pasó el teléfono.

—Mamá —empecé a decir.

Ella no debía de haber notado que me temblaba la voz, aunque a mí me parecía evidente. Estaba irritada.

—¿Qué pasa, Alice? Sabes que dentro de nada estaré allí. ¿No puedes esperar?

—Mamá, necesito decirte algo.

Esta vez lo notó.

—¿Qué... qué pasa?

—Anoche me golpearon y me violaron en el parque.

Lo dije como si estuviera leyendo una frase de un guión.

—Dios mío —dijo mi madre, y tras inhalar rápidamente aire y dar un grito sofocado, se recuperó—. ¿Estás bien?

—¿Puedes venir a buscarme, mamá? —pregunté.

Dijo que estaría allí en menos de veinte minutos, todavía tenía que hacer la maleta y pagar, pero llegaría.

Colgué el teléfono.

Mary Alice propuso que esperáramos en su habitación hasta que llegara mi madre. Alguien había comprado bollos y donuts.

En el tiempo transcurrido desde que habíamos vuelto a la residencia, los estudiantes se habían ido despertando. Todo eran prisas a mi alrededor. Muchos de ellos, incluidas mis amigas, debían reunirse con sus padres para desayunar o correr a las paradas de autobús o a los aeropuertos. Me prestaban atención un minuto y a continuación desconectaban para acabar de hacer las maletas. Me senté con la espalda apoyada contra la pared de hormigón de la residencia. Según la gente entraba y salía por la puerta, oía fragmentos de conversaciones: «¿Dónde está?», «¿violada...?», «¿...visto la cara?», «¿... lo conoce?», «... siempre rara...».

Yo no había comido nada desde la noche anterior —desde las pasas en casa de Ken Childs—, y no podía mirar los bollos y los donuts sin recordar lo último que había tenido en la boca: el pene del violador. Traté de mantenerme despierta. Llevaba levantada más de veinticuatro horas —muchas más si contaba todas las noches que me había quedado estudiando la semana de exámenes finales—, pero tenía miedo de dormirme antes de que llegara mi madre. Mis amigas y la consejera residente, que, después de todo, sólo tenía diecinueve años, trataban de cuidar de mí, pero yo había empezado a darme cuenta de que ahora estaba al otro lado de algo que ellas no podían entender. Ni yo misma lo entendía.

Mientras esperaba a mi madre la gente empezó a irse. Me comí una galleta salada que me ofreció Tree o quizá Mary Alice. Los amigos se despedían. Mary Alice no iba a marcharse hasta más tarde aquel día. Había hecho instintivamente lo que casi nadie hace ante una crisis: había decidido no apearse hasta el final del trayecto.

Me pareció que tenía que vestirme bien por mi madre y para volver a casa. Mary Alice ya se había sorprendido cuando en Navidades y en las vacaciones de Semana Santa yo había insistido en ponerme un traje de chaqueta para coger el autobús a Pensilvania. En ambas ocasiones ella había esperado en el bordillo de la acera delante de la residencia vestida con un pantalón de chándal y un anorak de plumón, y una hilera de bolsas de basura llenas de ropa, listas para que sus padres las metieran en el coche. Pero a mis padres les gustaba verme arreglada, habían discutido sobre mi forma de vestir muchas mañanas cuando iba al instituto. Yo había empezado a hacer régimen a los once años, y mis kilos de más y cuánto estropeaban mi figura era un tema de conversación de gran importancia. Mi padre era el rey de los cumplidos equívocos. «Pareces una bailarina rusa —me dijo una vez—, sólo que demasiado gorda». Mi madre no paraba de repetir: «Si no fueras tan guapa, no importaría». Supongo que yo debía deducir de ello que me consideraban guapa. El resultado, por supuesto, era que me encontraba fea.

No hubo probablemente mejor forma de confirmármelo que la violación. En el «testamento de clase» que escribimos el último año en el instituto, dos chicos me habían dejado unos palillos y pigmento. Los palillos eran por mis ojos asiáticos, el pigmento por mi palidez. Yo siempre estaba pálida y era poco musculosa. Tenía los labios gruesos y los ojos pequeños. La madrugada que me violaron tenía los labios cortados, los ojos hinchados.

Me puse una falda escocesa verde y roja, y me aseguré de utilizar el imperdible que mi madre había buscado por los grandes almacenes después de que compráramos la falda. La indecencia de aquella clase de faldas era algo en lo que hacía hincapié a menudo, sobre todo cuando veíamos a una mujer o a una chica que no parecía ser consciente de que se le había abierto por delante, y nosotras, el público en el aparcamiento o en los grandes almacenes, alcanzábamos a verle más pierna de la que, en palabras de mi madre, «querría ver nadie».

Mi madre era partidaria de comprarnos la ropa grande, de modo que crecí oyendo a mi hermana mayor, Mary, quejarse de lo enorme que era toda la ropa que nos compraba mamá. En los probadores de los grandes almacenes, mamá calculaba el tamaño de los pantalones o las faldas metiendo la mano por la cinturilla. Si no podía deslizarla fácilmente entre nuestra ropa interior y cualquier prenda que nos estuviéramos probando, nos iba demasiado ajustada. Si mi hermana se quejaba, mi madre decía: «Mary, no sé por qué insistes en llevar los pantalones tan ceñidos que no dejan nada, pero nada, a la imaginación».

Nos sentábamos con las piernas cruzadas. Llevábamos el pelo limpio y peinado hacia atrás por encima de las orejas. No se nos permitía llevar vaqueros más de una vez a la semana hasta que empezáramos el instituto. Teníamos que ir con vestido al colegio al menos una vez a la semana. Los tacones estaban prohibidos, excepto los zapatos de salón Pappagayo, que eran ante todo para ir a la

iglesia y cuyo tacón no excedía los cuatro centímetros. Me decían que únicamente las fulanas y las camareras mascaban chicle, y sólo las mujeres diminutas podían llevar cuellos de cisne y tobilleras.

Yo sabía, ahora que me habían violado, que debía intentar tener buen aspecto para mis padres. Haber engordado los consabidos kilos que todo el mundo se ponía encima el primer año de universidad significaba que aquel día la falda me iba bien. Trataba de demostrarles a ellos y a mí misma que seguía siendo la de antes. Era guapa aunque gorda. Elegante aunque gritona. Buena aunque hecha una ruina.

Mientras me vestía llegó Tricia, una representante del Centro de Crisis de Violaciones. Repartió folletos a mis amigas y dejó montones de ellos en el vestíbulo de la residencia. Si alguien ignoraba el motivo de todo el follón de la noche anterior, ahora lo sabía con seguridad. Tricia era alta y delgada, con el pelo castaño claro, fino y ralo, que le caía ondulado alrededor de la cabeza. Su actitud, una especie de «Estoy aquí para ayudarte», no me inspiró confianza. Tenía a Mary Alice. Mi madre iba a venir. No quería agradecer la amabilidad de aquella desconocida ni quería pertenecer a su club.

Me avisaron con dos minutos de antelación de que mi madre subía por la escalera. Yo quería que Tricia se callara —no veía cómo sus palabras podían ayudarme a afrontar aquel encuentro—, y me paseé nerviosa por la habitación, preguntándome si debía salir al pasillo a saludar a mi madre.

—Abre la puerta —le dije a Mary Alice.

Respiré hondo y me quedé de pie en medio de la habitación. Quería que mi madre supiera que estaba bien. Que nada podía vencerme. Me habían violado pero estaba bien.

Al cabo de unos segundos vi que mi madre, que yo había esperado que se viniera abajo, tenía la clase de energía vitalista que se necesitaba para ayudarme a pasar aquel día.

—Ya estoy aquí —dijo.

A las dos nos temblaba la barbilla cuando estábamos al borde de las lágrimas, un rasgo en común que odiábamos.

Le hablé de la policía, que teníamos que volver a la comisaría. Necesitaban una declaración jurada formal y había fotos del archivo de la policía que yo debía mirar. Mi madre habló con Tricia y Cindy, dio las gracias a Tree y a Diane, y sobre todo a Mary Alice, a quien ya conocía. Observé cómo se hacía cargo de la situación. La dejé hacer encantada, sin cuestionarme de momento el efecto que había tenido en ella la noticia.

Las chicas ayudaron a mi madre a hacer mis maletas y a llevarlas al coche. Víctor también ayudó. Yo me quedé en la habitación. El pasillo se había convertido en un lugar difícil para mí. Las puertas se abrían a habitaciones donde había gente que me conocía.

Antes de que mi madre y yo nos fuéramos, y como último gesto para demostrarme su afecto, Mary Alice me recogió el pelo en una trenza. Era algo en lo que tenía muchísima práctica, por haber cuidado caballos cuyas crines trenzaba para las competiciones. Me hizo daño, tenía el cuero cabelludo muy dolorido de los tirones que me había dado el violador, pero con cada mechón de pelo que ella trenzaba traté de aunar las fuerzas que me quedaban. Supe antes de que Mary Alice y mi madre bajaran conmigo la escalera y me acompañaran al coche, donde Mary Alice me abrazó y se despidió de mí, que iba a fingir lo mejor que pudiera que estaba bien.

Fuimos en coche al edificio de Seguridad Pública, que estaba en el centro de la ciudad. Había que cumplir con aquel deber antes de volver a casa.

Miré las fotos del archivo de la policía, pero no vi al hombre que me había violado. A las nueve de la mañana llegó el sargento Lorenz y lo primero que decidió hacer fue tomarme declaración. Yo sentía cómo se me cerraba el cuerpo y tenía dificultades en mantenerme despierta. Lorenz me llevó a la sala de interrogatorios, cuyas paredes estaban cubiertas de una gruesa moqueta. Mientras yo contaba lo ocurrido, él permaneció sentado ante una máquina de escribir, tecleando despacio y de manera poco eficiente. Yo estaba adormilada e hice un gran esfuerzo por mantenerme despierta, pero se lo conté todo. Fue tarea de Lorenz reducirlo a una hoja para el expediente y a tal efecto de vez en cuando gritaba furioso: «¡Eso es intrascendente, sólo los hechos!».

Yo me tomé cada reprimenda por lo que era, una constatación de que los detalles de mi violación sólo importaban en la medida en que se ajustaban a los cargos establecidos: Violación I, Sodomía I, etcétera. Cómo me había retorcido los pechos o metido el puño en la vagina, arrebatándome la virginidad, era intrascendente.

Durante mi lucha por mantenerme despierta me fijé en aquel hombre. Estaba cansado, extenuado, no le gustaba la parte burocrática de su trabajo, y tomar una declaración jurada en un caso de violación era una forma desagradable de empezar su jornada.

También se sentía incómodo en mi presencia. En primer lugar, porque yo era la víctima de una violación y tenía información que a cualquiera le incomodaría escuchar, pero también porque estaba teniendo dificultades en mantenerme despierta. Me miró con los ojos entornados, juzgándome desde detrás de la máquina de escribir.

Cuando le dije que no sabía que un hombre tenía que estar erecto para penetrarme, Lorenz me miró.

—Vamos, Alice —dijo sonriendo—. Los dos sabemos que eso no es posible.

—Lo siento —dije escarmentada—. No lo sé, nunca he tenido relaciones sexuales con un hombre.

Guardó silencio y bajó la mirada.

—No estoy acostumbrado a tratar con vírgenes en mi profesión —dijo.

Decidí que el sargento Lorenz me cayera bien, verlo como un padre. Era la primera persona a la que le había explicado con detalle lo ocurrido. No podía sospechar que tal vez no me había creído.

El 8 de mayo me fui de la casa de mi amigo, en 321 Westcott St, hacia las 12.00 horas de la noche. Procedí a ir a mi residencia, en 305 Waverly Ave, cruzando el Thorden Park. A las 12.05 aprox, mientras recorría el sendero que pasa por delante de la caseta de la piscina y cerca del anfiteatro, oí pasos detrás de mí. Empecé a andar más deprisa, y de pronto un hombre me cogió por detrás y me tapó la boca. El hombre dijo: «Cállate, no te haré daño si haces lo que te digo». Me quitó la mano de la boca y yo grité. Luego me arrojó al suelo y me tiró del pelo, diciendo: «No hagas preguntas, podría matarte aquí mismo». Estábamos los dos en el suelo y él me amenazó con un cuchillo que no vi. Luego empezó a forcejear conmigo y me dijo que caminara hacia el anfiteatro. Mientras caminaba me caí y él se enfadó, me agarró por el pelo y tiró de mí hasta el anfiteatro. Procedió a desnudarme hasta que me quedé en sujetador y bragas. Me los quitó, él me dijo que me

tumbara y yo obedecí. Se quitó los pantalones y empezó a hacer el acto sexual conmigo. Cuando terminó, se levantó y me pidió que le hiciera una «mamada». Le dije que no sabía lo que quería decir, y el hombre dijo: «Sólo chúpamela». Entonces me cogió la cabeza y me metió su pene a la fuerza en la boca. Cuando terminó, me dijo que me tumbara en el suelo y volvió a hacer el acto sexual conmigo. Se quedó dormido un rato encima de mí. Luego se levantó, me ayudó a vestirme y cogió nueve dólares de mi bolsillo trasero. Después me dejó marchar y yo volví a la residencia Marion, donde informé a la policía de la universidad.

Quiero declarar que el hombre del parque es un negro de dieciséis o dieciocho años, menudo y musculoso de aproximadamente sesenta y cinco kilos, llevaba una camiseta azul oscuro, vaqueros oscuros y el pelo corto al estilo afro. En caso de que capturen a este individuo, deseo que se le procese.

Lorenz me entregó la declaración jurada para que la firmara.

—Eran ocho dólares, no nueve —dije—. ¿Y qué hay de lo que me hizo en los pechos y con el puño? Luchamos más de lo que pone aquí.

Todo lo que yo veía eran los errores que creía que él había cometido, lo que había omitido o las palabras que habían reemplazado las que yo había dicho.

—Todo eso es irrelevante —dijo—. Sólo necesitamos lo esencial. En cuanto firmes podrás irte a casa. Lo hice. Me fui con mi madre a Pensilvania.

Aquella mañana temprano, en la residencia, yo le había preguntado a mi madre si era necesario decírselo a papá. Ella ya se lo había dicho. Fue a la primera persona que llamó. Discutieron por teléfono sobre si decírselo a mi hermana en ese momento, pues le quedaba un examen final más por hacer en Pensilvania. Pero mi padre necesitaba decírselo a mi hermana tanto como mi madre había necesitado decírselo a él. La llamó a la habitación de su residencia de Filadelfia la mañana en la que mi madre y yo volvíamos a casa. Mary se presentó a su último examen sabiendo que me habían violado.

Y así, poco después empecé a elaborar mi teoría sobre las personas principales frente a las secundarias. No tenía inconveniente en que las personas principales, como mis padres, mi hermana y Mary Alice, contaran lo que me había ocurrido. Necesitaban hacerlo, era natural. Pero las personas a quienes se lo habían contado, la gente secundaria, no debían contarlo a otros. De ese modo creí poder impedir que se divulgara la noticia. Me olvidé convenientemente de todas las caras de los que me habían visto en la residencia y no tenían gran interés en serme leales.

Regresaba a casa.

Mi vida había terminado; mi vida acababa de empezar.

Paoli, en Pensilvania, es una ciudad propiamente dicha. Tiene un centro y una línea de tren que lleva su nombre, el cercano Paoli. Yo le decía a la gente que era de allí. O al menos que ésa era mi dirección postal. Pero en realidad era de Frazer. Crecí en un amorfo valle de tierras de labranza que habían sido divididas en parcelas sin árboles y vendidas a promotores inmobiliarios. Nuestra urbanización, Spring Mili Farms, era una de las primeras que se habían construido en la zona. Durante muchos años fue como si aquellas quince primeras casas hubieran aterrizado en medio de un antiguo cráter producido por el impacto de un meteoro. No había nada a kilómetros a la redonda salvo el instituto, igualmente nuevo y sin árboles. Nuevas familias como la mía se habían instalado en las casas de dos pisos, y habían comprado tepe o pequeños y runruneantes esparcidores de semillas con los que los padres recorrían las parcelas de acá para allá como si fueran disciplinados animales de compañía. Deprimida por su incapacidad para cultivar algo que se pareciera al césped de las revistas, mi madre recibió con los brazos abiertos la llegada del garranchuelo. «Al diablo con todo —dijo—. ¡Al menos es verde!».

Las casas eran de dos tipos: con un garaje que sobresalía de la fachada o con un garaje adosado al lateral. Se podía escoger entre dos o tres colores para las tejas de madera y los postigos. Era, desde mi punto de vista adolescente, un erial que suponía un continuo podar, segar, plantar, arrancar malas hierbas y competir con los vecinos de ambos lados. Hasta teníamos una pequeña cerca blanca. Mi hermana y yo conocíamos cada estaca de la cerca, ya que éramos las encargadas de gatear por allí con unas podadoras manuales para cortar la hierba que el cortacésped no alcanzaba.

Con el tiempo empezaron a aflorar otras urbanizaciones alrededor de la nuestra. Sólo los primeros residentes de Spring Mili Farms sabían dónde terminaba nuestra urbanización y dónde empezaban las demás. Fue a aquel barrio de las afueras, diseminado y semiderruido, adónde fui después de mi violación.

El viejo molino, que había dado nombre a mi vecindario, aún no había sido restaurado cuando yo era adolescente y la casa del dueño del molino del otro lado de la calle era una de las pocas viejas casas de la zona. Alguien le había pegado fuego y la gran casa blanca tenía ahora agujeros negros por ventanas y una barandilla de madera verde chamuscada que se caía a pedazos.

Al pasar por delante de ella en coche con mi madre, como hacía cada vez que salía de la urbanización, me quedaba fascinada: los años que tenía, la maleza y las malas hierbas que la cubrían, y las huellas del fuego, cómo las llamas habían salido por las ventanas y habían dejado negras cicatrices por encima de sus bordes como coronas.

Los incendios parecen formar parte de mi niñez, y me indicaban por señas que había otro lado de la vida que yo no había visto. Los incendios eran sin duda terribles, pero lo que me obsesionaba era que parecían, inevitablemente, señalar un cambio. Una chica que había vivido en nuestra misma manzana y cuya casa había sido alcanzada por un rayo, se había mudado. Nunca había vuelto a verla. Alrededor del incendio de la casa del molino había un aura de maldad y misterio que daba rienda suelta a mi imaginación cada vez que pasaba por delante.

Cuando cumplí cinco años entré en una casa que había cerca del viejo cementerio Zook de Flat

Road. Estaba con mi padre y mi abuela. El fuego había arrasado aquella casa, que estaba apartada de la carretera. Yo tenía miedo, pero mi padre estaba intrigado. Creyó que tal vez podríamos rescatar de su interior cosas para la casa parecida a una caja de zapatos a la que él y mi madre acababan de mudarse. Mi abuela le dio la razón.

En el patio delantero, a cierta distancia de la casa, había un muñeco Raggedy Andy medio carbonizado. Fui a cogerlo, pero mi padre me dijo:

—¡No! Sólo queremos cosas aprovechables, no juguetes.

Creo que fue entonces cuando caí en la cuenta de que estábamos entrando en un lugar donde había vivido gente como yo —niños—, pero ya no estaban allí. No podían.

Una vez dentro, mi abuela y mi padre se pusieron manos a la obra. La mayor parte de la casa estaba en ruinas; lo que tenía algún valor había quedado tan ennegrecido por el humo que no era aprovechable. Todavía había muebles, y alfombras y cosas colgadas en las paredes, pero estaban renegridos y abandonados.

De modo que decidieron llevarse los balaustres de la escalera.

—Es madera buena —dijo mi abuela.

—¿Qué me dices de arriba? —preguntó mi padre.

Mi abuela trató de disuadirlo.

—Está muy oscuro allá arriba. Además, no me fío de esa escalera.

Yo soy una buena probadora de escaleras. Siempre me fijo en eso en las películas en que hay un incendio y los héroes entran corriendo. ¿No prueban primero la escalera? Si no lo hacen, la crítica que hay en mí grita: «¡Falso!».

Mi padre decidió que como yo era pequeña, era la más indicada para correr el riesgo. Me hizo subir la escalera mientras él y la abuela se ocupaban de arrancar los balaustres.

—¡Di qué ves! —dijo—. Muebles y cosas así.

Lo que recuerdo es una habitación de niños con juguetes desparramados por el suelo, concretamente Matchboxes que yo coleccionaba. Estaban de lado y boca abajo sobre una alfombra trenzada, el metal vaciado despedía brillos amarillos, azules y verdes en la oscura casa incendiada. Había ropa de niño chamuscada por los bordes en el armario abierto; una cama sin hacer. Había ocurrido de noche, recuerdo que pensé cuando me hice mayor. Mientras dormían.

En el centro de aquella cama había una pequeña cavidad oscura y chamuscada que llegaba al suelo. Me quedé mirándola. Un niño había muerto allí.

Cuando volvimos a casa, mi madre llamó idiota a mi padre. Estaba pálida. Él llegó con lo que creía que podía ser un botín.

—Estos balaustres serán unas buenas patas de mesa —anunció.

Yo preferí recordar los Matchboxes y el Raggedy Andy, pero ¿qué niño deja atrás juguetes, aunque estén ligeramente ennegrecidos? ¿Dónde estaban los padres?, me pregunté aquella noche y en las pesadillas que siguieron. ¿Habían sobrevivido?

El incendio dio lugar a una historia. Inventé para aquella familia una nueva vida. La convertí en una familia como la que yo había querido: mamá, papá, hijo e hija. Perfecta. El incendio era un cambio que señalaba un nuevo comienzo. Lo que habían dejado atrás había sido a propósito: el niño

se había hecho demasiado mayor para sus Matchboxes. Pero el recuerdo de los juguetes me persiguió. La cara del Raggedy Andy en el sendero, sus ojos negros y brillantes.

El primer juicio acerca de mi familia llegó de una niña de seis años con la que yo solía jugar. Era menuda y rubia, la clase de rubio casi blanco que se disuelve con los años, y vivía en mi misma calle al final de la manzana. En todo el vecindario sólo había tres niñas de mi edad, incluyéndome a mí, y ella y yo jugamos a ser amigas hasta que nos perdimos en el mundo más amplio de la escuela primaria.

Estábamos sentadas en el césped delante de mi casa, cerca del buzón, arrancando hierba. Aquella semana precisamente habíamos empezado a coger el autobús juntas. Mientras arrancábamos hierba a puñados y hacíamos pequeños montones junto a nuestras rodillas, ella dijo:

—Mi madre dice que eres rara.

Me quedé tan sorprendida que adopté un falso tono adulto.

—¿Qué?

—No te enfadas, ¿verdad?

Le aseguré que no.

—Mis padres y los padres de Jill dijeron que tu familia es rara.

Me eché a llorar.

—Yo no creo que seas rara —dijo—. Creo que eres divertida.

Ya entonces conocía los celos. Quería tener el pelo rubio pajizo que ella llevaba suelto, y no mis estúpidas trenzas morenas con el flequillo que mi madre me cortaba pegándome una tira de esparadrapo en la frente y cortando a ras del borde. Quería tener un padre como el suyo, que pasaba tiempo en el jardín y, en las pocas ocasiones que había ido a su casa, decía cosas como «¿Qué hay de nuevo, vieja?» o «Hasta luego, cocodrilo». Oía a mis padres por un oído —el señor Halls era de clase baja, tenía panza de bebedor de cerveza, vestía como un obrero— y a mi compañera de juegos por el otro: mis padres eran raros.

Mi padre trabajaba en casa detrás de una puerta cerrada; tenía un enorme diccionario de latín en una estantería de hierro forjado, hablaba español por teléfono, bebía jerez y comía carne cruda con forma de chorizo a las cinco de la tarde. Hasta aquel día en el patio con mi compañera de juegos había creído que eso era lo que hacían los padres. Entonces empecé a fijarme y a catalogar. Segaban el césped. Bebían cerveza. Jugaban con sus hijos en el patio, paseaban con sus mujeres por la manzana, se apretujaban dentro de sus autocaravanas y, cuando salían, llevaban corbatas cantarinas o polos, no insignias de la Phi Beta Kappa ni chalecos entallados.

Las madres eran otro asunto y a mí me encantaba la mía, de modo que nunca admití sentir celos. Sí me fijé en que mi madre parecía más nerviosa y menos preocupada en maquillarse, vestirse y cocinar que las otras madres. Quería que mi madre fuera normal, como las otras mamás, sonrientes y aparentemente preocupadas sólo por sus familias.

Una noche vi con mi padre una película por televisión, *Las viudas de Stepford*. A mi padre le encantó; a mí me aterrorizó. Yo, por supuesto, pensé que mi madre era Katharine Ross, la única

mujer de verdad en una ciudad donde el resto de mujeres eran sustituidas por perfectos robots de esposa. Tuve pesadillas durante meses. Tal vez quería que mi madre cambiara, pero no que muriera y nunca, nunca, que la sustituyeran.

Cuando era pequeña me preocupaba perder a mi madre. A menudo se escondía detrás de la puerta cerrada de su cuarto. Mi hermana o yo reclamábamos su atención por las mañanas. Veíamos a nuestro padre salir de su habitación, y mientras nos acercábamos él decía: «A tu madre le duele la cabeza esta mañana», o «Tu madre no se encuentra bien. Saldrá dentro de un rato».

Aprendí que si de todos modos llamaba a la puerta, después de que mi padre hubiese bajado y se hubiera encerrado en su despacho, donde no nos estaba permitido molestarlo, mi madre a veces me dejaba entrar. Me metía en su cama con ella e inventaba historias o le hacía preguntas.

En aquella época ella vomitaba y le vi hacerlo una vez que mi padre olvidó cerrar la puerta con llave. Cuando entré en la habitación de mi madre, que tenía su propio cuarto de baño, vi a mi padre junto a la puerta del cuarto de baño, dándome la espalda. Oí a mi madre hacer unos ruidos horribles. Doblé la esquina a tiempo para ver el vómito rojo brillante que le salía de la boca y caía en el lavabo. Ella vio que la miraba, mis ojos a la altura de las caderas de mi padre y reflejados en el espejo del lavabo. Entre arcadas me señaló, mi padre me hizo salir de la habitación y cerró la puerta con llave. Luego discutieron.

—Por Dios, Bud —dijo mi madre—, sabes que tienes que cerrar la puerta.

Cuando yo era pequeña las almohadas de mi madre olían a cereza. Era un olor empalagosamente dulce. Así era cómo olía mi violador aquella noche. Hasta años más tarde no quise admitir que ése era el olor del alcohol.

Me gusta la historia de cómo se conocieron mis padres. Mi padre trabajaba para el Pentágono más como burócrata que como militar. (Cuando, en el entrenamiento básico que recibió, él y un compañero del ejército recibieron la orden de escalar un muro, le rompió la nariz a su compañero al apoyar el pie en ella en lugar de en las manos que éste había colocado a modo de estribo). Mi madre vivía con sus padres en Bethesda, Maryland, y trabajaba para *National Geographic Magazine*, y luego para *The American Scholar*.

Se conocieron en una cita a ciegas y se odiaron. Mi madre pensó que mi padre era un «imbécil pomposo», y después de salir con la pareja que lo había organizado, se olvidaron de aquella experiencia.

Pero volvieron a encontrarse un año después. No congeniaron exactamente, pero esta vez no se odiaron, y mi padre invitó a mi madre a salir una segunda vez. «Tu padre era el único que era capaz de coger el autobús desde la capital y luego caminar los ocho kilómetros que había de la estación a nuestra casa», contaba siempre mi madre. Al parecer, se granjeó con ello la simpatía de mi abuela, y al final mis padres se casaron.

Para entonces mi padre era doctor en Literatura española en Princeton, y mis padres fueron a

vivir a Durham, Carolina del Norte, donde él consiguió su primer empleo académico en la Universidad de Duke. Fue allí, todo el día sola e incapaz de hacer amigos en aquel nuevo lugar, donde la afición a la bebida de mi madre dio un nuevo giro: empezó a beber a escondidas.

Mi madre siempre había sido una mujer nerviosa; nunca se adaptó al tradicional papel de ama de casa. Nos decía muchas veces a mi hermana y a mí la suerte que teníamos de haber nacido en otra época. La creímos. La década de los cincuenta nos parecía horrible. Tanto su padre como el mío la habían convencido para que dejara su empleo a tiempo completo, haciendo hincapié en que las mujeres casadas no trabajaban.

Ella bebió durante menos de una década, pero el tiempo suficiente como para que mi hermana y yo viniéramos al mundo y tuviéramos nuestra infancia. El tiempo suficiente para que mi padre prosperara en las filas académicas aceptando ascensos que los llevó a los dos, y luego a los cuatro, a Madison, en Wisconsin; a Rockville, Maryland, y por último a Paoli, en Pensilvania.

Hacia 1977 mi madre llevaba diez años sobria. Durante aquel período empezó a tener lo que llamábamos «crisis». Era la palabra que utilizábamos cuando mi madre se ponía como loca. Si mi padre estaba ausente —a veces desaparecía literalmente unos meses en España—, mi madre se convertía en una presencia excesiva. Su ansiedad y su pánico eran contagiosos, hacían cada momento dos veces más largo y más duro cuando la dominaban. A diferencia de las familias normales, no podíamos contar con que al ir a comprar al supermercado cumpliéramos nuestro objetivo. Todavía no nos habíamos adentrado ni dos pasos en el supermercado que ella podía empezar a tener una crisis.

—Coge un melón o lo que sea —me decía cuando me hice mayor, poniéndome un billete en la mano—. Te espero en el coche.

Durante aquellas crisis se encorbaba y se frotaba rápidamente el esternón para aliviar lo que describía como el corazón a punto de estallar. Yo entraba corriendo en el supermercado para comprar el melón y tal vez alguno de los productos rebajados que había cerca de la entrada, preguntándome todo el tiempo: ¿Logrará llegar al coche? ¿Estará bien?

En el cine y en la vida real, los hombres fornidos con bata blanca que están a cada lado de un paciente psiquiátrico son anodinos e indistinguibles. Así, en muchos sentidos, éramos mi hermana y yo. Mary no aparece en muchos de mis recuerdos porque mi madre y su enfermedad lo dominaban todo. Si intentaba recordar... Sí, Mary también iba en el coche, así es exactamente como la veo: el otro apoyo para nuestra madre, que podía venirse abajo en cualquier momento.

A veces Mary y yo funcionábamos como un equipo de cuidadores; Mary, como un marido, la acompañaba al coche mientras yo iba por el melón. Pero yo veía cómo mi hermana se transformaba de una niña que creía que el mundo iba a derrumbarse en una joven que veía con resentimiento cómo las crisis nos habían hecho diferentes, cómo provocaban miradas y comentarios en público.

—Deja de frotarte las tetas —siseaba a mi madre.

A medida que Mary se volvió menos comprensiva, yo me convertí para compensarlo en un dictador emocional: tranquilizaba a mi madre y condenaba a mi hermana. Cuando ésta ayudaba, me alegraba de poder contar con ella. Cuando se quejaba y se sumía en su propia e incipiente versión del pánico de mi madre, yo la dejaba fuera.

El único recuerdo que tengo de mi padre haciendo una demostración de cariño a mi madre fue un breve beso cuando lo acompañamos en limusina al aeropuerto, desde donde se disponía a emprender su viaje académico anual a España. La razón para ese incidente aislado podría tener el título «No hagamos una escena». Sencillamente, fue mi insistencia seguida de mis ruegos y finalmente mis protestas lo que dio lugar a aquel beso.

Para entonces yo había empezado a notar que, a diferencia de mis padres, las demás parejas se tocaban; se cogían de la mano, se besaban en la mejilla. Lo hacían en los supermercados, paseando por el barrio, en los actos escolares a los que acudían los padres y delante de mí, en sus casas.

Pero fue el beso que mi padre dio aquel día porque yo insistí lo que me hizo saber que la relación de mis padres, aunque sólida, no era nada apasionada. Él, después de todo, se iba a separar de nosotros varios meses, como hacía cada año, y yo creí que, ya que se ausentaba tanto tiempo, debía una muestra de cariño a mi madre.

Mi madre se había bajado del coche para ayudar a mi padre con las maletas y despedirse. Mary y yo nos quedamos en el asiento trasero. Era la primera vez que yo iba a despedir a mi padre en su viaje anual. Él estaba azorado como siempre. Mi madre, siempre nerviosa, también lo estaba. Sentada en el asiento trasero, recuerdo que se me metió en la cabeza que fallaba algo en la escena familiar que tenía delante. Empecé a decir quejumbrosa:

—Dale un beso de despedida a mamá.

Mi padre dijo algo como:

—Vamos, Alice, no hace falta.

Sin duda, lo que siguió no era lo que él había esperado.

—¡Dale un beso a mamá! —grité más fuerte, sacando la cabeza por la ventanilla trasera—. ¡Dale un beso a mamá!

—Hazlo, papá —dijo mi hermana con amargura a mi lado. Tenía tres años más que yo y tal vez, pensé más tarde, estaba al corriente de la situación.

Pero si lo que había pretendido yo era confirmar que mis padres eran realmente como el resto de las parejas de Spring Mili Farms, y tal vez como aquella famosa pareja de televisión del momento, el señor y la señora Brady, el beso forzado no funcionó. Me abrió los ojos. Me hizo saber que en casa de los Sebold el amor era una obligación. Él le dio un beso en la frente, la clase de beso que satisfaría la exigencia de su hija y nada más.

Muchos años después encontraría fotos en blanco y negro de mi padre con margaritas en la cabeza y sumergido en el agua rodeado de flores. Sonreía enseñando los dientes que odiaba porque los tenía mal colocados y su familia no había tenido dinero para arreglárselos. Pero en aquellas fotos era lo bastante feliz para que eso no le importara. ¿Quién las había hecho? Mi madre no, eso lo sé. La caja de fotos había llegado a nuestra casa a la muerte de mi abuela Sebold. Busqué en ellas alguna pista. Desoyendo la severa advertencia de mi madre de que no me quedara ninguna foto de la caja, me guardé una dentro de la cinturilla de la falda.

Incluso entonces sentí la ausencia de algo a lo que no sabía poner nombre, y me dolió por mi

madre, pues intuía que ella lo necesitaba y que habría florecido, imaginé, bajo su influencia. Nunca volví a suplicar o a hacer una escena a mi padre por su falta de muestras de afecto, porque no quería encontrarme con aquel vacío en su matrimonio.

No tardé en descubrir que el único contacto físico que había en casa ocurría de forma involuntaria. De niña, a veces planeaba un ataque cuyo objetivo era que me tocaran. Mi madre estaba sentada en su extremo del sofá, haciendo punto de cruz o leyendo un libro. Para lo que yo me proponía era mejor que leyera o viera la televisión. Cuanto más absorta estaba ella, menos posibilidades había de que se diera cuenta de que me acercaba.

Me sentaba en el otro extremo del sofá, me acercaba poco a poco y me las ingeniaba para apoyar la cabeza en su regazo. Si lo conseguía, tal vez ella dejaba descansar la mano con que cosía, si hacía punto de cruz, y me acariciaba los rizos. Recuerdo el frío dedal en mi frente y cómo, con la actitud alerta del ladrón, yo sabía cuándo ella se daba cuenta de lo que estaba haciendo. A veces la alentaba a seguir diciéndole que me dolía la cabeza. Pero aun cuando consiguiera con ello unas caricias de más, sabía que se había acabado. Antes de que me hiciera demasiado mayor para tales juegos, traté de decidir si era mejor separarme voluntariamente de ella o esperar a que me arrancara de su lado, diciéndome que me sentara o fuera a leer un libro.

Lo único tierno en mi vida eran nuestros perros: dos afectuosos y mimosos bassets llamados *Feijoo* y *Belle*. El primer nombre venía de un autor español que mi padre admiraba; el segundo, era una palabra que, según decía él con condescendencia, los «incultos» tal vez reconocerían. «Quiere decir “bella” en francés», explicó.

Mi padre a menudo nos llamaba a mi hermana y a mí por los nombres de los perros, lo que da una pista de quiénes eran los que estaban más cerca del corazón de todos, así como de lo absorto que estaba mi padre en su trabajo. Los perros y los niños eran lo mismo para él cuando trabajaba. Criaturas pequeñas que pedían atención y había que soportar.

Los perros sabían que en nuestra casa había cuatro ambientes distintos que raramente se mezclaban: el despacho de mi padre, la habitación de mi madre, el cuarto de mi hermana y cualquier parte de la casa en la que yo pudiera estar escondida. Así, *Feijoo* y *Belle*, y más tarde *Rose*, disponían de cuatro lugares donde tratar de reclamar atención. Cuatro lugares donde una mano podía alargarse distraída para acariciarles las orejas o darles una palmada. Eran como caravanas, transportando sus pesados y babeantes cuerpos de habitación en habitación. Eran lo que nos hacía reír y lo que nos mantenía unidos, porque, por lo demás, mi padre, mi madre y mi hermana vivían enfrascados en los libros.

Yo me esforzaba por no hacer ruido por la casa. Mientras los tres leían o trabajaban, me mantenía ocupada. Hacía experimentos preparando comida de formas extrañas: almacenaba gelatina Jell-O y la preparaba debajo de mi cama de cuatro columnas, o trataba de hacer arroz en el deshidratador del sótano. Mezclaba los perfumes de mi madre y de mi padre en pequeños frascos para crear nuevos aromas. Dibujaba. Llevaba cajas a un espacio en el sótano al que sólo podía accederse a gatas y me pasaba horas sentada en aquel oscuro agujero de cemento con las piernas

dobladas. Jugaba a juegos histriónicos con Ken y Barbie en los que Barbie, a los dieciséis años, se había casado, dado a luz y luego divorciado de Ken. En el simulacro de juicio, en un juzgado hecho con un cartel recortado, Barbie explicaba sus motivos para divorciarse: Ken no la tocaba.

Pero me aburría. Horas y horas de «buscar formas de entretenerme» dieron paso a urdir pequeñas intrigas. Los bassets, sin saberlo, eran a menudo mis ayudantes. Como todos los perros, fisqueaban entre la basura y debajo de las camas. Se llevaban trofeos: ropa maloliente, calcetines sucios, envases de comida abandonados, lo que fuera. Cuanto más les gustaba algo más luchaban por conservarlo, y lo que más les gustaba, con una pasión animal que da sentido a la frase, eran las grandes compresas desechadas de mi madre. Los bassets y las compresas eran como un matrimonio por amor. No había forma de hacer entender a *Feijoo* y *Belle* que esos artículos en particular no eran para ellos. Estaban locos por ellos.

¡Ah, y qué escena tan encantadora seguía! No era tarea de una o dos personas, era la casa entera que vociferaba. El «horror» que suscitaba ponía histérico a mi padre y hacía que mi madre le exigiera con firmeza que se involucrara en la persecución. ¡La sola idea era abominable! ¡Compresas! Los bassets y yo estábamos encantados porque aquello había hecho que todos salieran de sus habitaciones para correr, saltar y gritar.

El piso de abajo de nuestra casa tenía una distribución circular y los bassets lo sabían. Los perseguíamos del vestíbulo delantero al trasero a través del cuarto de la televisión, la cocina, el comedor y la sala. El basset ayudante —el que no tenía la compresa— ladraba sin parar y nos cortaba el paso cuando tratábamos de atrapar al afortunado. Nosotros nos volvimos más hábiles en nuestras tácticas, tratamos de impedirles el paso cerrando las puertas o acorralarlos en el rincón de una habitación. Pero ellos eran astutos y contaban con una ayudante secreta.

Yo los dejaba pasar. Fingía arremeter contra ellos y daba a mis padres y a mi hermana pistas falsas.

—¡En la parte trasera, en la parte trasera! —gritaba, y tres personas histéricas corrían en esa dirección. Mientras tanto los bassets se escondían alegremente con su botín debajo de la mesa del comedor.

Con el tiempo empecé a intervenir personalmente y, cuando mi madre bajaba a la cocina o leía en el porche, llevaba al basset que tenía más a mano a su habitación y volvía.

Al cabo de unos minutos:

—¡Bud! ¡*Feijoo* tiene una Kotex!

—¡Por Dios!

—¡Mamá, la está haciendo pedazos! —decía yo tratando de cooperar.

Las puertas se abrían de golpe, se oían pasos por la escalera y sobre la alfombra. Gritos, ladridos, una escena alegre y ruidosa.

Pero siempre, como si aquellas escenas se resolvieran solas —los bassets, descontentos, se retiraban para lamerse las patas—, mi madre, mi padre y Mary volvían a sus habitaciones. Yo volvía a estar en la casa ociosa. Sola.

En el instituto me consideraban un bicho raro. Un bicho raro porque tocaba el saxófono soprano y, como se requería de casi todos los músicos menos los afortunados violinistas, si tocabas un instrumento participabas en desfiles. Tocaba con la banda de jazz en la que, como segundo soprano, practicaba melodías como *Funky Chicken* y *Raindrops Keep Falling on My Head*. Pero dar rienda suelta a lo peor de mí no bastaba para compensarme de que me encasillaran como el bicho raro de una banda. Así fue como, en el intermedio de una actuación de Philadelphia Eagles en la que nuestra banda había desfilado formando la Campana de la Libertad en el campo (como muestra de mis dotes para desfilar se me pidió que formara parte de la grieta), dejé la banda. Más tarde, sin mí, la banda ganó un concurso estatal de desfile. La alegría que supuso mi ausencia fue mutua.

Dejé la música para dedicarme al arte. Nuestro departamento de arte estaba orientado hacia la artesanía y a mí me encantaban los materiales que utilizábamos. Había plata, montones de ella. Y si eras lo bastante bueno, oro. Hice joyas, corté pantallas de seda para hacer serigrafías y cocí cerámica esmaltada. Una vez con la señora Sutton, la mitad del equipo compuesto por marido y mujer que llevaba el departamento, me pasé la tarde vertiendo peltre derretido en latas de café llenas de agua fría. ¡Qué formas salieron! Me encantaban los Sutton. Aprobaban todos mis proyectos, por imposibles que fueran de realizar. Hice una serigrafía de una Medusa de pelo largo, y una gargantilla esmaltada de dos manos sosteniendo un ramo de flores. Me apresuré a terminar un juego de campanas para regalárselo a mi madre. Representaba la cabeza de una mujer con dos brazos en forma de marco. En el marco había dos campanas con pezones de color morado a modo de badajos. Las campanas tenían un sonido agradable.

Académicamente, iba a la zaga de mi hermana perfecta. Ella era callada, ordenada y sacaba sobresalientes. Yo era ruidosa, rara, anticuada. Vestía como Janis Joplin diez años después de su muerte, y desafiaba a todo aquel que quisiera hacerme estudiar o interesarme por algo. Aun así, aprobaba. Los profesores, las personas, me influían. Los Sutton y unos pocos profesores de lengua y literatura se aliaron para impedir —sin que me diera cuenta— que pasara de todo y acabara convertida en una drogata, o pasara los descansos en la sala de fumadores escondiéndome cigarrillos de marihuana en las botas.

Pero yo nunca sería una drogata porque tenía un secreto. Había decidido que lo que más deseaba en este mundo era ser actriz. Y no una actriz cualquier, sino una de Broadway. Una estridente actriz de Broadway. Ethel Merman, para ser exactos.

Me encantaba. Creo que me encantaba aún más porque mi madre decía que no sabía cantar ni actuar, pero tenía una personalidad tan fuerte que eclipsaba al resto de los actores del escenario. Yo llevaba una vieja boa de plumas y una chaqueta de lentejuelas que el padre Breuninger me había conseguido en un mercadillo de beneficencia. Lo que yo cantaba, tan estridente y carismáticamente, esperaba que como mi ídolo, era su canción más famosa. Subiendo y bajando la escalera con los bassets como público, cantaba a grito pelado: «There's No Business Like Show Business». Hacía reír a mi madre y a mi hermana, pero a quien más le gustaba era a mi padre. Yo tampoco sabía cantar, pero cultivaría lo que tenía Merman, o al menos lo intentaría: una gran personalidad. Los

bassets a mis pies. Unos cuantos kilos de más. Siete años de ortodoncia y gomas en el pelo. No parecía haber un momento mejor para ponerme a cantar.

Mi obsesión con Broadway y mis escasas dotes para cantar me llevaron a hacer amistad con chicos gay del instituto. Nos sentábamos a la puerta de la heladería Friendly, en la carretera 30, y cantábamos la banda sonora de *La rosa*, de Bette Midler. Gary Freed y Sally Shaw, elegidos como la pareja más simpática de nuestro colegio, pasaron por delante de nosotros camino de la casa de Gary, en su Mustang del 65, después de tomarse un helado el sábado por la noche. Se rieron de nosotros, vestidos de negro y con las joyas de plata que nos hacíamos nosotros mismos en la clase de arte.

Sid, Randy y Mike eran gays. Estábamos enamorados de gente como Merman, Truman Capote, Odetta, Bette Midler, y el productor Alan Carr, que aparecía en *Merv* con holgados vestidos para estar por casa de vivos colores y que hacía reír a Merv como ninguno de los demás invitados. Queríamos ser estrellas porque siendo una estrella podías salir de allí.

Nos quedábamos fuera del Friendly porque no teníamos otro lugar adónde ir. Todos corríamos a casa para ver *Merv* si sabíamos que iba a salir Capote o Carr. Estudiábamos a Liberace. Una vez entró suspendido de un cable sobre su piano con candelabro y con la capa extendida a su alrededor. A mi padre le encantaba, pero a mi amigo Sid no. «Está haciendo el tonto cuando en realidad tiene mucho talento», dijo mientras fumábamos fuera del Friendly cerca de Dumpsters. Sid iba a dejar el instituto e irse a vivir a Atlantic City. Había conocido en el verano a un peluquero de allí que había prometido ayudarlo. A Randy sus padres lo enviaron a una escuela militar tras «un incidente en el parque». No nos estaba permitido volver a hablar con él. Mike se enamoró de un jugador de fútbol y recibió una paliza.

—Cuando sea mayor viviré en Nueva York —empecé a decir yo.

A mi madre le encantó la idea. Me habló de la «mesa redonda» del hotel Algonquin y de lo extraordinaria que era la gente que se sentaba a ella. Idealizaba Nueva York y a los neoyorquinos, y le entusiasmó la idea de que yo acabara allí.

Cuando cumplí quince años mi madre decidió regalarme un viaje a Nueva York. Creo que pensaba que mi ilusión le impediría venirse abajo.

En el tren que cogimos en Filadelfia empezó a sentir pánico. La temida crisis. Empeoró a medida que nos acercábamos a Nueva York. Yo estaba muy ilusionada, pero cuando ella empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás en su asiento y le empezaron a temblar las manos —una en la sien derecha y con la otra frotándose entre los pechos—, decidí que debíamos volver a casa.

—Iremos otro día, mamá —dije—. No importa.

—Pero ya estamos de camino —alegó ella—. Te hacía tanta ilusión... —Luego añadió—: Deja que lo intente.

Hizo un esfuerzo. Luchó por comportarse con normalidad. Deberíamos haber regresado al llegar a la estación de Pensilvania. Probablemente, las dos lo sabíamos. Ella estaba fatal. No podía andar erguida. Había querido ir a pie desde la estación de Pensilvania hasta el Metropolitan de Arte, entre la calle Ochenta y dos y la Cincuenta, para que viéramos las tiendas y Central Park por el camino. Se había pasado las semanas anteriores haciendo planes. Me dijo que el Algonquin estaba en la Cuarenta y cuatro, y que iba a ver el Ritz y el Plaza, donde estaba segura de que se alojaba a menudo

mi ídolo, Merman. Tal vez podríamos dar una vuelta por Central Park en un carruaje antiguo, y ver el famoso edificio de pisos, el Dakota. Bergdorf y Lexington. El barrio de los teatros, donde se representaban los musicales de Merman. Mi madre quería detenerse frente a la estatua de Sherman y, como hija del sur, rezar una oración en silencio. El estanque de patos, el tiovivo, los ancianos con sus veleros en miniatura. Era el regalo de mi madre.

Pero no podía andar. Hicimos cola en la parada de taxis de la Séptima Avenida y nos subimos a uno. Ella no podía sentarse erguida y ocultó la cabeza entre las rodillas para no vomitar.

—Voy a llevar a mi hija al Met —dijo.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó el taxista.

—Sí —respondió ella. Me imploró que mirara por la ventana—. Esto es Nueva York —dijo con la mirada clavada en el sucio suelo del taxi.

No recuerdo nada del trayecto excepto que lloré. Trataba de hacer lo que ella me pedía, pero veía los edificios y a la gente borrosos.

—No voy a poder —empezó a decir ella—. Quiero hacerlo, Alice, pero no voy a poder.

El taxista pareció aliviado cuando llegamos al Met. Al principio, mi madre se quedó en el asiento trasero.

—Mamá, demos la vuelta y volvamos —supliqué.

—¿Bajan o no? —preguntó el taxista—. ¿Qué pasa?

Nos bajamos y cruzamos la calle. Delante de nosotras estaba la monumental escalinata que conducía a la entrada del Met. Yo trataba de mirar alrededor y asimilar lo que veía. Quería subir corriendo aquellos escalones atestados de gente que sonreía y hacía fotos. Conduciendo despacio a mi madre encorvada, subimos unos veinte escalones.

—Tengo que sentarme —dijo—. No puedo entrar.

Estábamos tan cerca...

—Lo hemos conseguido, mamá —dije—. Tenemos que entrar.

—Entra tú —dijo ella.

Mi frágil y provinciana madre estaba sentada con su mejor vestido en el caliente cemento, frotándose el pecho y tratando de no vomitar.

—No puedo entrar sin ti —dije.

Ella abrió el bolso y sacó de su cartera un billete de veinte dólares. Me lo puso en la mano.

—Ve corriendo a la tienda y cómprate algo —dijo—. Quiero que tengas un recuerdo de este viaje.

La dejé allí. No volví la vista hacia su pequeña figura en la escalera. En la tienda me sentí abrumada y con veinte dólares no se podía comprar gran cosa. Vi un libro titulado *Dada y el arte del surrealismo* por 8,95 dólares. Volví corriendo después de pagar. Alrededor de mi madre había un corro de gente que trataba de ayudar. Ella ya no fingía.

—¿Podemos hacer algo? —preguntaron un alemán y su preocupada mujer en un inglés impecable.

Mi madre no les hizo caso. Los Sebold se valían por sí mismos.

—Alice, tienes que parar un taxi —dijo—. Yo no puedo.

—No sé cómo se hace, mamá —dije.

—Ve al borde de la acera y levanta la mano —dijo ella—. Alguno parará.

La dejé allí e hice lo que me dijo. Un viejo calvo que conducía un Checker amarillo se detuvo. Le expliqué que mi madre era la mujer de la escalinata. Se la señalé.

—¿Podría ayudarme?

—¿Qué le pasa? ¿Está mareada? No quiero gente mareada en mi taxi —dijo él con marcado acento yiddish.

—Sólo está nerviosa —expliqué—. No vomitará. No puedo moverla yo sola.

Me ayudó. Después de haber vivido en Nueva York sé lo insólito que fue que lo hiciera. Pero algo en mi desesperación, y, con franqueza, en mi madre, le hizo compadecerse. Conseguimos llegar al taxi; mientras yo me sentaba en el asiento trasero, mi madre se tendió a mis pies en el gran suelo negro del viejo Checker.

El taxista mantuvo la clase de parloteo que rezas para que no termine.

—Usted échese allí, señora —dijo—. Yo jamás conduciría uno de esos taxis nuevos. Los Checkers son la única clase de taxi que me interesa. Son espaciosos. Eso hace que la gente se sienta cómoda en ellos. ¿Cuántos años tienes, jovencita? Te pareces mucho a tu madre, ¿lo sabías?

En el tren de regreso, el pánico de mi madre dio paso a un profundo agotamiento. Mi padre nos vino a buscar a la estación y, una vez en casa, ella subió inmediatamente a su habitación. Me alegré de que estuviéramos de vacaciones. Tendría tiempo para inventar una buena historia.

El día de mi violación, me eché en el asiento trasero del coche y traté de dormir mientras mi madre conducía. Sólo dormí a ratos. El interior del coche era azul e imaginé que flotaba mar adentro. Pero cuanto más cerca estábamos de casa, más pensaba en mi padre.

Había aprendido a una edad temprana que si lo interrumpía en su despacho, más me valía tener un buen pretexto que disipara su irritación por haber sido molestado. A menudo intentaba diferenciarme de mi hermana, más seria. Trataba de comportarme como un chico malhablado por el bien de un hombre que vivía en una casa donde, según se quejaba a menudo, «las mujeres lo superaban en número». (Mi padre se alegró mucho de la llegada de su nuevo perro —un cruce con caniche—; declaró abiertamente lo agradable que era tener por fin otro varón en casa). Yo quería ser la niña que siempre había sido para mi padre.

Mi madre y yo nos detuvimos en el camino de acceso y entramos en casa por el garaje.

Mi padre es un hombre alto y siempre lo había visto como un hombre obsesionado con su trabajo: corregir, escribir y hablar en español por teléfono con colegas y amigos. Pero aquel día temblaba cuando lo vi en el fondo del largo pasillo de la entrada trasera de casa.

—Hola, papá —dije.

Mamá siguió andando por el pasillo. Yo vi a mi padre lanzarle una mirada y luego fijar la vista, o tratar de fijarla, en mí a medida que me acercaba.

Nos abrazamos. Fue un abrazo torpe, poco natural.

No recuerdo que me dijera nada. Si hubiera dicho «Oh, cariño, qué alegría que estés en casa», o «Te quiero, Alice», habría sido tan poco propio de él que creo que me acordaría, pero tal vez no lo recuerdo por esa misma razón. Yo no quería experiencias nuevas. Quería lo que conocía, la casa que había dejado en otoño por primera vez en mi vida, y el padre que conocía.

—¿Qué tal estás, papá? —pregunté. Había pensado en esa simple pregunta durante todo el trayecto a casa.

Con nervioso alivio, él respondió:

—Después de la llamada de tu madre me he tomado cinco tragos de whisky, y nunca he estado más sobrio en toda mi vida.

Me tendí en el sofá de la sala de estar. Mi padre, en un esfuerzo por estar ocupado aquella mañana, había preparado algo para almorzar en la cocina.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó.

En mi respuesta quise dejar claro que no era necesario que nadie se preocupara por aquella chica dura.

—No me vendría mal —dije—, teniendo en cuenta que lo único que he tenido en la boca en las últimas veinticuatro horas ha sido una galleta salada y una polla.

A los que no son de la familia puede que les suene fatal; a mi padre, de pie en el umbral de la cocina, y a mi madre, ocupada con nuestras maletas, los escandalizó en la misma medida que les informó de una sola cosa: la chica que conocían seguía estando allí.

—Cielos, Alice —respondió mi padre. Esperaba mis instrucciones al borde del precipicio.

—Sigo siendo yo, papá —dije.

Mis padres entraron juntos en la cocina. No sé cuánto tiempo estuvieron allí, haciendo sándwiches que probablemente ya estaban preparados. ¿Qué hicieron? ¿Se abrazaron? No me lo imagino, pero es posible. ¿Le susurró mi madre los detalles acerca de la policía y mi estado físico, o le prometió contárselo todo en cuanto yo me hubiera dormido?

Mi hermana había logrado acabar sus exámenes. Al día siguiente de mi llegada a casa, cuando mis padres fueron a buscarla a Filadelfia y a recoger sus cosas para el verano, los acompañé.

Yo seguía teniendo la cara magullada. Mi padre fue en un coche y mi madre en el otro. La idea era que yo me quedara en el coche mientras entre los tres bajaban las cosas. Sólo los acompañaba para que mi hermana me viera y supiera inmediatamente que estaba bien. También porque no quería dejarlos solos y que hablaran de mí.

Fui en el coche de mi madre. Ella prefería ir a la ciudad por una carretera secundaria. Era una ruta más larga, pero todos estábamos de acuerdo en que era más pintoresca. La verdadera razón, por supuesto, era que si tomaba la autopista Schuylkill, conocida extraoficialmente como la Surekill (muerte segura) por los que circulaban por la Main Line de Filadelfia, sufriría una crisis. De modo que cogimos la carretera 30 y a continuación serpenteamos por varias carreteras secundarias hacia nuestro destino, la Universidad de Pensilvania.

Con el tiempo, las vías abandonadas del tren elevado de Filadelfia llegaron a indicar para mí la verdadera entrada a la ciudad. Era allí donde empezaba el tráfico de peatones, donde un hombre vendía periódicos a los conductores en mitad de la carretera, y donde había una iglesia baptista en la que durante todo el año se celebraban bodas y funerales cuyos asistentes, vestidos de etiqueta, se desperdigaban por las calles.

Había hecho aquel trayecto muchas veces con mi madre. Nos reuníamos con mi padre en su oficina o utilizábamos los servicios del seguro médico del profesorado a través del hospital de la Universidad de Pensilvania. Una característica común a todos aquellos viajes era la creciente ansiedad de mi madre a medida que nos acercábamos a la ciudad. Por Chesnut Street, pasadas las vías del tren elevado, mi madre siempre conducía por el carril central en una carretera de un solo sentido. Mi papel consistía en permanecer sentada en el asiento del pasajero y anticiparme a la crisis.

Sin embargo, el día que fuimos a recoger a mi hermana algo cambió. Una vez pasadas las hileras de casas adosadas, que variaban de una manzana a otra en lo que se refiere a buen mantenimiento, la calle se ensanchaba. A ambos lados había edificios abandonados, gasolineras destartadas y edificios gubernamentales de ladrillo. De vez en cuando en mitad de una manzana había apiñadas un par de casas adosadas todavía en pie.

Hasta entonces, durante aquellos trayectos en coche me había concentrado en los edificios; me gustaban las marcas dejadas por las escaleras en los laterales de las casas adosadas que aún quedaban en pie, las veía como fósiles de una vida anterior. Esta vez cambió mi centro de atención, lo mismo que el de mi madre. En el coche de detrás, pronto me daría cuenta, también lo había hecho

el de mi padre. Se trasladó a la gente de la calle. Y no precisamente a las mujeres o a los niños.

Hacía calor. El calor húmedo y bochornoso de las ciudades del nordeste en verano. El olor a basura y a tubos de escape entraba por las ventanillas abiertas de nuestro coche sin aire acondicionado. Unos gritos nos hicieron aguzar el oído. Escuchamos atentas esperando oír alguna amenaza en los saludos entre amigos; mi madre preguntó por qué había tantos hombres apiñados en las esquinas de las calles y apoyados en las fachadas de los edificios. Aquella parte de Filadelfia, salvo una comunidad italiana cada vez menos numerosa, era de mayoría negra.

Dejamos atrás una esquina donde había tres hombres de pie. Detrás de ellos, dos hombres de más edad estaban sentados en sillas plegables poco seguras, que habían sacado a la acera para escapar del calor del interior de sus casas. Yo sentía la tensión en el cuerpo de mi madre a mi lado. Los moratones y cortes de la cara me ardían. Tenía la sensación de que cada hombre de la calle podía verme, que todos lo sabían.

—Tengo náuseas —dije a mi madre.

—Ya casi hemos llegado.

—Es muy raro, mamá —dije mientras trataba de mantener la calma.

Sabía que aquellos ancianos no me habían violado. Sabía que el hombre negro y alto con traje verde sentado en una parada de autobús no me había violado. Y sin embargo tenía miedo.

—¿Qué es raro, Alice? —Empezó a frotarse el pecho con los nudillos.

—Tengo la sensación de que he estado debajo de todos estos hombres.

—Eso es ridículo, Alice.

Nos detuvimos en un semáforo. Cuando se puso verde aceleramos. Pero íbamos lo bastante despacio para que pudiera quedarme mirando la siguiente esquina.

Allí estaba, apartado de la calle y acucillado en el cemento, apoyado contra el limpio ladrillo de un edificio casi nuevo. Lo miré a los ojos. Él me sostuvo la mirada.

«He estado debajo de ti», dije para mis adentros.

Era un principio de revelación que tardaría años en aceptar. Comparto mi vida, no con las chicas y chicos con los que crecí, ni con los estudiantes con los que fui a Syracuse, ni siquiera con los amigos y la gente que he conocido luego. Comparto mi vida con mi violador. Está ligado a mi destino.

Salimos de aquel barrio y nos adentramos en el mundo de la Universidad de Pensilvania, donde vivía mi hermana. Las puertas de las casas alquiladas a los estudiantes estaban abiertas, y había furgonetas U-Hauls y Ryder aparcadas en doble fila a lo largo de la cuneta. A alguien se le había ocurrido organizar una fiesta de despedida. Había chicos blancos y altos, con camisetas de camionero o el torso desnudo, sentados en sofás en la acera, bebiendo cerveza en vasos de plástico.

Mi madre y yo nos abrimos paso hasta la residencia de mi hermana y aparcamos.

Mi padre llegó unos minutos después y aparcó a poca distancia. Yo me quedé en el coche. Mi madre, que trataba de ocultarme una crisis, había bajado y paseaba cerca.

Esto es lo que oí decir a mi padre antes de que mi madre le lanzara una mirada de advertencia:

—¿Has visto a esos malditos animales en cada poste...?

Mi madre me miró rápidamente y luego a mi padre.

—Calla, Bud —dijo.

Él se acercó al coche y se inclinó junto a mi ventanilla.

—¿Estás bien, Alice?

—Estoy bien, papá.

Estaba sudado y acalorado. Se sentía impotente. Asustado. Yo nunca le había oído hablar así de los negros ni condenar a ninguna otra minoría.

Mi padre entró para decirle a mi hermana que habíamos llegado. Yo me quedé sentada en el coche con mi madre. No hablamos. Yo observaba el ajeteo del día de mudanza. Los estudiantes utilizaban grandes bolsas de lona, como las que utilizan para llevar la correspondencia en la parte trasera de las oficinas de correos, para amontonar dentro de ellas sus pertenencias. Las familias se saludaban unas a otras. En una pequeña extensión de césped dos chicos se lanzaban un *frisbee*. A través de las ventanas de la residencia de mi hermana se oían radios a todo volumen. Se respiraba libertad en el ambiente; el verano era como una infección que se propagaba a través del campus.

Allí estaba mi hermana. La vi salir del edificio. Observé cómo caminaba de la puerta hasta nuestro coche, que estaba a unos cien metros, la misma distancia a la que había estado mi violador cuando me dijo: «Eh, tú, ¿cómo te llamas?».

Recuerdo que ella se inclinó junto al coche.

—Tu cara —dijo—. ¿Estás bien?

—He tardado mucho, pero por fin he encontrado la manera de boicotear tus sobresalientes —dije en broma.

—Vamos, Alice —dijo mi padre—, tu hermana te ha preguntado cómo estás.

—Voy a bajar del coche —dije a mi madre—. Me siento idiota.

Mi familia parecía incómoda, pero yo bajé de todos modos y me quedé allí parada. Dije que quería ver la habitación de Mary, ver dónde vivía, ayudar.

Yo no estaba lo bastante malherida como para darme cuenta inmediatamente. A menos que alguien se fijara en mí, no se notaba que yo era diferente. Pero mientras mi familia y yo caminábamos hacia la residencia de mi hermana, las caras vieron a una familia como cualquier otra —madre, padre y dos hijas—, luego se quedaron mirando, sólo por un instante, y advirtieron algo. El ojo y los labios hinchados, los cortes a lo largo de la nariz y la mejilla, los moratones de delicados tonos violeta que afloraban. Mientras andábamos, las miradas aumentaron y yo me di cuenta aunque fingí no hacerlo. Me rodeaban chicos y chicas guapas de una de las universidades de la Ivy League, cerebros y genios. Yo creía que hacía todo aquello por mi familia, porque no sabían lidiar con ello. Pero también lo hacía por mí. Entramos en el ascensor y vi en una de las paredes un graffiti.

Aquel año una chica había sido violada por un grupo en una fraternidad. Ella lo había denunciado, había presentado cargos y trataba de llevar el caso a los tribunales. Pero tanto los miembros de la fraternidad como los amigos de éstos le habían hecho imposible quedarse en la universidad. Para cuando yo fui al campus de Pensilvania ella ya se había ido. En el ascensor de la residencia de mi hermana había un burdo dibujo hecho con bolígrafo de ella con las piernas abiertas. Un grupo de figuras masculinas hacían cola a su lado. Debajo se leía: «Marcie puede con todos».

Apretujada en el ascensor con mi familia y estudiantes que volvían a subir a por más cosas,

permanecí de cara a la pared, mirando fijamente el dibujo de Marcie. Me pregunté dónde estaba y qué había sido de ella.

Mis recuerdos de mi familia aquel día son borrosos. Estaba ocupada actuando, creyendo que me querían por eso. Pero hubo cosas que me afectaron profundamente. El negro acucillado en aquella acera del oeste de Filadelfia. O los chicos guapos de Pensilvania que se lanzaban un *frisbee*. El brillante disco anaranjado se elevó en un arco y cayó a mis pies. Me detuve bruscamente y uno de los chicos se acercó corriendo imprudente para recogerlo. Cuando se irguió, vio mi cara.

—Mierda —dijo mirándome, perplejo por un instante, olvidando el juego.

Después de eso lo que te queda es tu familia. Tu hermana tiene una habitación en una residencia que enseñarte. Tu madre tiene un ataque de pánico que hay que atender. Tu padre, bueno, no se está enterando de nada, y tú puedes cargar con el peso de educarlo. No todos son negros, empezarán. Eso es lo que haces en lugar de derrumbarte bajo un sol radiante delante de chicos guapos, donde corre el rumor de que Marcie pudo con todos.

Volvimos los cuatro en coche a casa. Esta vez yo fui con mi padre. Ahora me doy cuenta de que mi madre debió de contarle a mi hermana todo lo que sabía; las dos se preparaban para lo que podía avecinarse.

Mary bajó del coche lo imprescindible y subió a su habitación para deshacer el equipaje. La idea era comer cualquier cosa, lo que mi madre llamaba «busca y encontrarás», y después mi padre volvería a retirarse a su despacho para trabajar y yo podría pasar tiempo con mi hermana.

Pero cuando mi madre llamó a Mary para que bajara, no respondió. Mi madre volvió a llamarla. Vociferar nombres hacia el piso de arriba desde el vestíbulo delantero era una práctica común entre nosotros. Ni siquiera era raro hacerlo varias veces. Por fin mi madre subió y volvió a bajar unos minutos después.

—Se ha encerrado en el cuarto de baño —nos dijo a mi padre y a mí.

—¿Para qué? —preguntó mi padre. Cortaba trozos de queso provolone y se los tiraba al perro con picardía.

—Está afectada, Bud —explicó mi madre.

—Todos lo estamos —dije yo—. ¿Por qué no se une a la fiesta?

—Alice, creo que significaría mucho para Mary que hablaras con ella.

Puede que protestara un poco, pero fui. Era una costumbre familiar. Mary se enfadaba y mi madre me pedía que hablara con ella. Yo llamaba a la puerta de su habitación y me sentaba en el borde de su cama mientras ella se quedaba tumbada. Hacía de «animadora de la vida», así lo llamaba yo; a veces lograba que se recobrara hasta el punto de que bajara a cenar o al menos se riera de las bromas obscenas que yo escogía con tal propósito.

Pero ese día también sabía que era a mí a quien necesitaba ver. Ya no era sólo la animadora designada por mi madre; yo era el motivo por el que ella se había encerrado en el cuarto de baño y

no quería salir.

En el piso de arriba, llamé a la puerta con poca confianza.

—¿Mary?

No hubo respuesta.

—Mary —dije—, soy yo, déjame entrar.

—Vete.

—Mary. —Sabía que estaba llorando—. Bien, tratemos esto de forma racional. En algún momento voy a tener que orinar, y si no me dejas entrar, me veré obligada a hacerlo en tu habitación.

Siguió un silencio y luego descorrió el cerrojo de la puerta.

La abrí.

Aquél era el cuarto de baño de las «niñas». El promotor inmobiliario lo había revestido de azulejos rosa. Me imagino qué habría pasado si se hubieran mudado chicos a esa casa, pero Mary y yo juntas logramos acumular suficiente odio hacia el color rosa. Lavabo rosa. Azulejos rosa. Bañera rosa. Paredes rosa. No había forma de escapar.

Mary se había apoyado contra la pared, entre la bañera y el inodoro, lo más lejos posible de mí.

—Eh —dije—. ¿Qué te pasa?

Quería abrazarla. Quería que ella me abrazara.

—Lo siento —dijo ella—. Lo estás llevando tan bien. Sencillamente, no sé cómo actuar.

Cuando me acerqué, ella se apartó.

—Mary —dije—. Estoy jodida.

—No sé cómo puedes ser tan fuerte. —Me miró con lágrimas deslizándosele por las mejillas.

—No te preocupes —le dije—. Todo se arreglará.

Aun así, no me dejó tocarla. Se movía nerviosa de la cortina de la ducha al toallero, como un pájaro atrapado en una jaula. Le dije que estaría abajo poniéndome ciega de comida y que se apuntara, luego cerré la puerta y salí.

Mi hermana siempre había sido la más frágil de las dos. En un campamento de una jornada de la YMCA al que habíamos ido de niñas, nos habían repartido chapas el último día. De modo que cada niño recibió una con el título que se habían inventado los monitores. A mí me dieron una chapa de artes y oficios, simbolizada por una paleta y pinceles. Mi hermana recibió la de la niña más callada del campamento. Las chapas estaban hechas a mano y en la suya habían pegado con cola un ratón de fieltro gris. Mi hermana lo aceptó como su símbolo y acabó incorporando un pequeño ratón en el rabo de la «y» de su firma.

De nuevo en el piso de abajo, mi madre y mi padre me preguntaron por ella. Les dije que bajaría enseguida.

—Bueno, Alice —dijo mi padre—, si tenía que ocurrir esto a una de las dos, me alegro de que te haya ocurrido a ti y no a tu hermana.

—Por Dios, Bud —dijo mi madre.

—Sólo me refería a que de las dos...

—Sé qué quieres decir, papá. —Y le puse una mano en el antebrazo.

—¿Lo ves, Jane? —dijo él.

Mi madre creía que la familia, o la idea de familia, debía estar por encima de todo durante aquellas primeras semanas. No resultaba nada fácil para cuatro almas solitarias, pero aquel verano vi más televisión basura en compañía de mi familia de la que había visto antes o he visto después.

La hora de la cena se volvió sagrada. Mi madre, cuya cocina está decorada con letreros expresivos y concisos que, traducidos libremente, vienen a decir «La cocinera ha salido», ahora cocinaba todas las noches. Recuerdo a mi hermana intentando contenerse de regañar a mi padre por «relamerse». Todos nos portábamos de forma ejemplar. No puedo imaginar qué pasaba por sus cabezas. Lo cansados que probablemente estaban. ¿Se tragarón mi actuación de mujer fuerte o sencillamente fingieron hacerlo?

En aquellas primeras semanas yo iba a todas horas en camisón. Camisones largos de franela, comprados a propósito por mis padres. Tal vez mi madre había aconsejado a mi padre, cuando salía a hacer las compras, que se detuviera a comprarme un camisón nuevo. Era una manera de hacernos sentir ricos a todos, un derroche racional.

Así, mientras el resto de la familia estaba sentada alrededor de la mesa con la ropa corriente de verano, yo lo hacía con un largo camisón blanco.

No puedo recordar cómo salió por primera vez a colación, pero una vez que lo hizo fue el centro de la conversación.

El tema era el arma del violador. Tal vez yo había estado hablando de que la policía había encontrado mis gafas y el cuchillo del violador junto al sendero de ladrillo.

—¿Quieres decir que no tenía el cuchillo en el túnel? —preguntó mi padre.

—No —respondí.

—Creo que no lo entiendo.

—¿Qué hay que entender, Bud? —preguntó mi madre. Tal vez después de veinte años de matrimonio, sabía adónde quería ir a parar.

—¿Cómo es posible que te violara si no tenía el cuchillo?

Mientras comíamos podíamos elevar mucho el tono de voz al hablar de cualquier tema. Uno de los temas de discusión preferidos era la ortografía y definición de una palabra determinada. No era raro que lleváramos al comedor el *Oxford English Dictionary*, aun en vacaciones o con invitados. A nuestro cruce de caniche le habíamos puesto el nombre del mediador más manejable, *Webster*. Pero esa vez la discusión consistió en una clara división entre sexos: entre dos mujeres, mi madre y mi hermana, y mi padre.

Me di cuenta de que si excluíamos a mi padre, lo perdería. Mi hermana y mi madre salieron en mi defensa y le gritaron que se callara, pero yo les dije a las dos que quería ocuparme yo. Le pedí a mi padre que subiera conmigo al piso de arriba, donde pudiéramos hablar a solas. Mi madre y mi hermana estaban tan enfadadas con él que tenían la cara enrojecida. Mi padre era como un niño que, creyendo que ha entendido las reglas del juego, se asusta cuando los demás le dicen que está equivocado.

Subimos a la habitación de mi madre. Lo hice sentar en el sofá y yo tomé asiento frente a él en la

silla del escritorio de mi madre.

—No voy a atacarte, papá —dije—. Sólo quiero que me digas por qué no lo entiendes y trataré de explicártelo.

—No entiendo por qué no intentaste escapar —dijo él.

—Lo hice.

—Pero ¿cómo pudo violarte a menos que le dejaras?

—Eso sería como decir que yo quería que él lo hiciera.

—Pero él no tenía el cuchillo en el túnel.

—Papá, piensa en ello. ¿No sería físicamente imposible que me violara y me golpeara sosteniendo todo el tiempo en las manos un cuchillo?

Reflexionó un segundo y luego pareció acceder.

—La mayoría de las mujeres violadas —dije—, aunque haya un arma durante la violación, no la tienen delante de la cara. Él me tenía dominada, papá. Me golpeó. Yo no quería que lo hiciera; es imposible que creas eso.

Cuando miro atrás y me veo en aquella habitación, no entiendo cómo tuve tanta paciencia. Sólo se me ocurre que su ignorancia me parecía inconcebible. Me horrorizó, pero tenía una imperiosa necesidad de que lo comprendiera. Si él no lo hacía, que era mi padre y evidentemente quería entender, ¿qué hombre lo haría?

Él no comprendía por lo que yo había pasado o cómo podía haber ocurrido sin cierta complicidad por mi parte. Su ignorancia me dolió. Todavía me duele, pero no le culpo. Tal vez mi padre no acabara de entenderlo, pero lo más importante para mí fue que salí de la habitación sabiendo lo mucho que había significado para él que lo llevara al piso de arriba e intentara responder, lo mejor que podía, a sus preguntas. Yo le quería, y él me quería a mí, pero nuestra comunicación era imperfecta. Eso no me parecía tan terrible. Después de todo, había contado con que la noticia de la violación destrozara a todos los miembros de mi familia. Vivíamos, y en aquellas primeras semanas eso bastaba.

Aunque la televisión era algo que podía ver con mi familia, cada uno metido en su propia isla de dolor, también era problemático.

A mí siempre me había gustado *Kojak*. Era calvo y cínico, y hablaba en tono brusco mientras chupaba un caramelo con palo, pero tenía un gran corazón. También mantenía el orden en una ciudad y tenía una hermana inepta a la que mangoneaba. Aquello le hacía atractivo a mis ojos.

De modo que veía *Kojak* tumbada con mi camión largo, tomando batidos de chocolate. (Tuve dificultades para ingerir alimentos sólidos, al principio porque tenía la boca dolorida por la felación y, después, porque tener comida en ella me recordaba demasiado el pene del violador contra mi lengua).

Ver *Kojak* sola era soportable, porque, aunque era violento, era evidente que la violencia era de ficción (¿dónde estaba el olor, la sangre?, ¿por qué todas aquellas víctimas tenían caras y cuerpos perfectos?). Pero en cuanto mi hermana, mi padre o mi madre entraban para ver la televisión

conmigo, me ponía tensa.

Recuerdo a mi hermana sentada en el balancín frente al sofá en el que yo estaba tumbada. Siempre me preguntaba, antes de ponerlo, si un determinado programa me parecía bien y se mantenía alerta el par de horas que duraba. Si le inquietaba mi reacción, yo veía cómo empezaba a volver la cabeza para mirarme.

—Estoy bien, Mary —empezaba a decir yo, capaz de predecir cuándo se preocupaba.

Aquello hacía que me enfadara con ella y con mis padres. Necesitaba fingir que dentro de casa seguía siendo la misma de siempre. Era absurdo pero esencial, y las miradas de mi familia eran para mí como traiciones, aunque la razón me dijera lo contrario.

Lo que tardé un poco más de tiempo en comprender era que aquellos programas de televisión eran más perturbadores para ellos que para mí. No tenían ni idea, porque nunca se lo había contado, de qué me había ocurrido exactamente en aquel túnel. Ensamblaban los horrores que imaginaban con sus peores pesadillas, y trataban de dar forma a lo que debía de haber sido la realidad de su hermana o de su hija. Yo sabía exactamente qué había ocurrido. Pero ¿puedes contárselo a las personas que quieres? ¿Decirles que orinaron encima de ti o que correspondiste a los besos porque no querías morir?

Esta pregunta sigue atormentándome. Cada vez que he contado los hechos concretos a alguien, ya sea un amante o un amigo, le he mirado a los ojos. A menudo he visto respeto o admiración, a veces repulsión, en un par de ocasiones han arrojado directamente sobre mí su cólera por motivos de los que todavía no estoy segura. A algunos hombres y lesbianas les parece excitante o lo ven como una misión, como si al sexualizar nuestra relación pudieran rescatarme del naufragio de aquel día. Por supuesto, sus esfuerzos son normalmente inútiles. Nadie puede rescatar a nadie de ninguna parte. Te salvas por ti mismo o no te salvas.

Mi madre era sacristana de la Iglesia Episcopaliana de Saint Peter. Íbamos a aquella iglesia desde que nos habíamos trasladado a Pensilvania cuando yo tenía cinco años. Me caían bien el pastor, el padre Breuninger, y su hijo Paul, que tenía mi edad. En la universidad reconocí al padre Breuninger en la obra de Henry Fielding. Era un hombre afable si bien no demasiado perspicaz, y era el centro de una pequeña y devota congregación. Paul vendía coronas de Navidad a los feligreses cada año, y su mujer, Phyllis, era alta y nerviosa. Esta segunda cualidad la convertía en el blanco de los comentarios compasivos y competitivos de mi madre.

A mí me gustaba jugar en el cementerio después del oficio; me gustaban los comentarios que hacían mis padres antes y después en el coche; me gustaba que los feligreses me adoraran, y me fascinaba, estaba totalmente enamorada de Myra Narbonne. Era mi anciana preferida y también la de mi madre. A Myra le gustaba decir que «se había hecho vieja antes de que se pusiera de moda». A menudo su gran barriga o su ralo cabello de ángel eran el remate de un chiste. En el seno de una congregación llena de distinguidas personas de Main Line, donde cada domingo se llevaban los mismos atuendos, impecablemente confeccionados pero en un tris de parecer raídos, Myra era un soplo de aire fresco. Tenía toda la sangre azul que necesitaba, pero llevaba largos vestidos cruzados de los años setenta que eran, según sus propias palabras, «horteras como un mantel». A menudo no podía abotonarse la blusa hasta abajo porque el pecho se le había ido cayendo. Se ponía pañuelos de papel debajo del sujetador, lo que también hacía mi abuela del este de Tennessee, y me daba galletas cuando volvía de jugar en el cementerio. Estaba casada con un hombre llamado Ed. Ed no iba mucho a la iglesia, pero cuando lo hacía parecía estar contando los minutos que faltaban para irse.

Yo había estado en su casa. Tenían una piscina y les gustaba ver a la gente joven bañarse en ella. Tenían un perro al que llamaban *Pecas* por sus manchas, y unos cuantos gatos, entre ellos el gato manchado más gordo que yo jamás había visto. En mis años de instituto Myra avivó mi deseo de ser pintora. Ella también pintaba y había convertido su invernadero en estudio. Creo que también entendió, sin hablar conmigo de ello, que yo no estaba muy contenta en casa.

Durante mi primer año en la universidad, mientras estaba en Syracuse yendo con Mary Alice a los bares universitarios de Marshall Street, ocurrieron cosas en Pensilvania.

Myra siempre dejaba las puertas de su casa abiertas. Entraba y salía de la casa al jardín. *Pecas* necesitaba salir. Nunca habían tenido ningún problema, y aunque su casa estaba muy apartada de la carretera y oculta por árboles, vivían en un vecindario de granjeros ricos. Así pues, Myra nunca habría imaginado que un día tres hombres enmascarados con medias cortarían los cables del teléfono antes de entrar por la fuerza en la casa.

Separaron a Ed de Myra, y a ella la ataron. No les gustó que no hubiera dinero en la casa. Golpearon tanto a Ed que cayó de espaldas por la escalera del sótano. Un hombre fue tras él mientras otro registraba la casa. El tercero, al que los demás llamaban Joey, se quedó con Myra, llamándola «vieja», y golpeándola con la palma abierta.

Se llevaron todo lo que pudieron. Joey dijo a Myra que se quedara allí, que no fuera a ninguna parte, que su marido estaba muerto. Se marcharon. Myra se quedó tumbada en el suelo y forcejeó hasta que se liberó de la cuerda. No pudo bajar la escalera para comprobar cómo estaba Ed porque le pareció que se había roto el pie. También le habían roto varias costillas, aunque entonces no lo sabía.

Desafiando las órdenes de Joey, Myra salió de la casa. Estaba demasiado asustada para ir a la carretera principal, de modo que se arrastró a través de la maleza que había detrás del patio trasero—casi un kilómetro— hasta llegar a otra carretera menos frecuentada. Se quedó allí de pie, descalza y sangrando. Al final pasó un coche y ella lo paró haciendo señas.

Se acercó a la ventanilla del coche.

—Por favor, ayúdeme —dijo al conductor solitario—. Han entrado tres hombres en nuestra casa y creo que han matado a mi marido.

—No puedo ayudarla, señora.

Ella se dio cuenta de quién iba en el coche: era Joey y estaba solo. Le delató la voz. Lo miró con detenimiento; ya no iba cubierto con la media.

—Suélteme —dijo él cuando ella, al reconocerlo, le sujetó el brazo.

Se alejó a toda velocidad y ella cayó al suelo. Pero siguió andando hasta llegar a una casa, donde pudo telefonar para pedir ayuda. A Ed lo llevaron a toda prisa al hospital. Si ella no hubiera salido de la casa cuando lo hizo, dijeron los médicos más tarde, él habría muerto desangrado.

Luego, aquel mismo invierno, la detención de Paul Breuninger conmocionó Saint Peter.

Paul había dejado de vender coronas en el instituto. Dejó crecer su pelo pelirrojo y rizado, y no volvió a pisar la iglesia. Mi madre me dijo que Paul entraba en su casa por una puerta independiente. Que el padre Breuninger tenía la sensación de que había perdido el control sobre él. En febrero, colocado con ácido, Paul entró en una floristería de la carretera 30 y pidió una rosa amarilla a una tal señora Mole. Él y su socio, que esperaba en el coche, habían estudiado el terreno la semana anterior. Paul había pedido una rosa cada vez, observando la caja registradora mientras la señora Mole marcaba el precio.

Pero escogieron el día menos oportuno para robar. Su marido había salido unos minutos antes con el dinero recaudado durante la semana y la señora Mole tenía menos de cuatro dólares en la caja registradora. Paul perdió los estribos. Acuchilló a la señora Mole quince veces en la cara y el cuello, gritando una y otra vez: «¡Muere, zorra, muere!». La señora Mole no obedeció. Logró salir de la tienda y se desplomó en un montón de nieve que había fuera. Una mujer vio el hilo de sangre que había ido cayendo del montículo de nieve. Lo siguió y encontró a la señora Mole, inconsciente.

Aquel mayo, después de mi violación, volví a una congregación traumatizada, pero ningún miembro lo estaba tanto como el mismo padre Breuninger. Mi madre, en calidad de sacristana, había sido su confidente de dolor. Habían detenido a Paul, y aunque a los diecisiete años aún era un menor,

iban a procesarlo como a un adulto. El padre Breuninger no tenía ni idea de que su hijo llevaba desde los quince años bebiendo casi una botella de whisky al día. No sabía nada de las drogas que habían encontrado en la habitación de Paul y muy poco de los novillos que había hecho en el instituto. Había considerado la insolencia de Paul como parte de una fase de la adolescencia.

Porque era la sacristana, y porque confiaba en él, mi madre explicó al padre Breuninger que me habían violado. Él lo anunció en la iglesia. No utilizó la palabra «violada», sino «brutalmente asaltada en un parque cerca del campus. Fue un robo». Para cualquier veterano que se preciara de serlo aquellas palabras sólo podían significar una cosa. Conforme se divulgaba la noticia, se dieron cuenta de que yo no tenía ningún hueso roto, ¿hasta qué punto había sido brutal? Ah, eso...

El padre Breuninger se presentó en nuestra casa. Recuerdo la compasión que vi en sus ojos. Incluso entonces tuve la sensación de que pensaba en su hijo de la misma manera que en mí: un chico que, en el precipicio de la edad adulta, lo había perdido todo. Yo sabía por mi madre que el padre Breuninger tenía dificultades en imputar a su hijo la responsabilidad del apuñalamiento de la señora Mole. Echaba la culpa a las drogas, al cómplice de veintidós años, a sí mismo. No podía echarle la culpa a Paul.

Nos reunimos toda la familia en el salón, la habitación menos utilizada de la casa, y permanecemos rígidamente sentados en los bordes de los anticuados sofás. Mi madre sirvió a Fred —así llamaban los adultos al padre Breuninger— una taza de té. Se habló de cosas triviales. Yo estaba sentada en el sofá de seda azul, la querida posesión de mi padre donde tenían prohibido sentarse los niños y los perros. (La Navidad anterior había logrado con una galleta que uno de los bassets se subiera a él. A continuación hice dos fotos de la perra masticando y las hice enmarcar para regalárselas a mi padre).

El padre Breuninger nos hizo levantar y cogernos las manos en círculo. Llevaba una sotana negra y un alzacuellos blanco, y la borla de seda del cordón que le ceñía la cintura se balanceó un momento en el aire hasta detenerse.

—Oremos —dijo.

Yo estaba sorprendida. Mi familia era crítica, intelectual y escéptica. Aquello me parecía una hipocresía. Mientras él rezaba, miré a Mary, a mis padres, al padre Breuninger. Tenían la cabeza inclinada; los ojos cerrados. Yo me negué a cerrarlos. Rezaban por mi alma. Me quedé mirando fijamente la entrepierna del padre Breuninger. Pensé en que bajo la tela negra era un hombre. Tenía una polla como cualquier otro hombre. ¿Qué derecho tenía a rezar por mi alma?, me pregunté.

Luego pensé en su hijo Paul. Mientras estaba allí pensé en Paul siendo detenido y teniendo que cumplir una condena. Pensé en Paul siendo humillado y en la satisfacción que debía de haber sentido la señora Mole. Paul no había obrado bien. El padre Breuninger, que había pasado toda su vida alabando a Dios, había perdido a su hijo, lo había perdido de verdad, más de lo que a mí me podrían perder jamás. Yo había obrado bien. De pronto me sentí poderosa, y pensé que lo que mi familia estaba haciendo, aquel acto de fe o de caridad, era estúpido. Me enfadé con ellos por seguir con aquella farsa. Por estar de pie sobre la alfombra del salón —la habitación de las ocasiones especiales, de las vacaciones y las celebraciones— y rezar por mí a un Dios en el que no estaba segura de que creyeran.

El padre Breuninger se marchó por fin. Tuve que abrazarlo. Olía a loción para después del afeitado y a las bolas de naftalina del armario de la iglesia donde colgaba sus vestimentas. Era un hombre limpio y bienintencionado. Estaba pasando su propia crisis, pero entonces no había manera, a través de Dios o de lo que fuera, de que yo estuviera con él.

Luego vinieron las ancianas. Las maravillosas, cariñosas y sabias ancianas.

Cada vez que venía una me llevaban al salón y me hacían sentar en el preciado orejero de mis padres. Aquella butaca me ofrecía una perspectiva incomparable. La persona sentada en ella alcanzaba a ver el resto de la habitación (a su derecha el sofá azul) y el comedor, donde estaba expuesto el juego de té de plata. Cuando las señoras venían de visita, se les servía té en la porcelana china que había sido un regalo de boda de mis padres, y mi madre las atendía como un honor poco frecuente.

La primera en venir fue Betty Jeitles. Betty Jeitles tenía dinero. Vivía en una bonita casa cerca de Valley Forge, que mi madre codiciaba y por delante de la cual conducía muy deprisa, para que no pareciera que lo hacía. Betty tenía la cara surcada de profundas arrugas. Recordaba una exótica raza de perro, un refinado shar-pei, y hablaba con un acento aristocrático que mi padre explicó con las palabras «dinero de familia».

Yo estaba en camisón y bata cuando vino la señora Jeitles. Me senté de nuevo en el sofá azul. Ella me regaló un libro: *Akienfield: retrato de un pueblo chino*. Me recordó que cuando yo era pequeña les había dicho a las señoras que tomaban café que quería ser arqueóloga. Pasamos el rato de su visita hablando de cosas triviales. Mi madre participó. Habló de la iglesia y de Fred. Betty escuchaba, y cada pocas palabras, asentía o pronunciaba un par de palabras. Recuerdo que me examinó en el sofá mientras mi madre hablaba; quería decir algo pero no era una palabra que pudiera decirse.

A continuación vino Peggy O'Neil, a quien mis padres llamaban «la Solterona». Peggy no era una fortuna de Main Line. Su dinero provenía de haber dado clase en un colegio toda su vida y de haber ahorrado escrupulosamente. Vivía algo apartada de la carretera en una casa encantadora en la que mi madre nunca se detenía mucho rato. Llevaba el pelo teñido de negro azabache. Estaba especializada, junto con Myra, en bolsos de temporada. Bolsos de mimbre con sandías pintadas en primavera, o bolsos hechos con cuentas ensartadas con correas de cuero, en otoño. Llevaba vestidos sencillos, de madrás y cloqué. Los materiales parecían pensados para distraer al que la miraba por la forma de su cuerpo. Ahora que he sido profesora la reconozco como ropa de profesora.

Si Peggy me trajo un regalo, no me acuerdo. Pero ella, que era menos reservada que la señora Jeitles, no necesitaba regalarme nada. Hasta tuve que recordarme llamarla señorita O'Neil en lugar de Peggy. Contó chistes y me hizo reír. Comentó que tenía miedo en su casa. Habló de lo peligroso que era vivir sola siendo mujer. Me dijo que yo era especial, que era fuerte y que lo superaría. También me dijo, riéndose, pero con toda seriedad, que no era malo ser soltera.

La última en venir fue Myra.

Ojalá recordara su visita. Mejor dicho, ojalá recordara con detalle cómo iba vestida, cómo nos sentamos o qué dijo. Sólo recuerdo la sensación de estar de pronto en presencia de alguien que lo «había entendido». No sólo había comprendido lo ocurrido —hasta donde podía—, sino también lo

que yo sentía.

Yo estaba sentada en el sillón orejero. Su presencia me reconfortaba. Ed no se había recobrado del todo de la paliza. Nunca lo haría. Había recibido demasiados golpes en la cabeza. Ahora estaba aturullado, lo confundía todo. Myra era como yo: la gente daba por hecho que era fuerte. Sus aparentes cualidades y su reputación les hacía creer que, si tenía que ocurrirle algo a alguna de las ancianas de la iglesia, le había ocurrido a la que tenía mayor capacidad de recuperación. Me habló de los tres hombres. Se rió al decir que no habían sabido lo guerrera que podía ser una mujer de su edad. Iba a testificar. Habían detenido a Joey basándose en su descripción. Aun así, se le empañaban los ojos cuando hablaba de Ed.

Mi madre observaba a Myra buscando pruebas de que yo me recobraría. Yo observaba a Myra en busca de pruebas de que me entendía. En un momento determinado dijo:

—Lo que me pasó a mí no tiene nada que ver con lo que te ha pasado a ti. Tú eres joven y guapa. Nadie se interesó en mí en ese sentido.

—Me violaron —dije.

Se produjo un silencio en la habitación. Mi madre se sintió de pronto incómoda. El salón, con sus muebles de anticuario cuidadosamente colocados y encerados, los cojines de punto de mi madre que decoraban la mayoría de las sillas, y los retratos de nobles españoles que te miraban sombríos desde las paredes, cambió de pronto. Me había parecido que tenía que decirlo. Pero también me di cuenta de que decirlo equivalía a un acto de vandalismo. Como si desde el otro lado del salón hubiera arrojado un cubo de sangre al sofá azul, a Myra, al orejero, a mi madre.

Las tres nos quedamos allí sentadas y lo observamos caer gota a gota.

—Lo sé —dijo Myra.

—Necesitaba decir la palabra —dije.

—Es dura.

—No es «lo que me ha pasado», «el asalto», «la paliza», o «eso». Creo que es importante llamarlo por su nombre.

—Fue una violación —dijo ella—, y a mí no me pasó.

Volvimos a hablar de cosas intrascendentes. Al cabo de un rato se marchó. Pero yo había tomado contacto con un planeta distinto del que habitaban mis padres o mi hermana. Un planeta donde un acto de violencia te cambiaba la vida.

Aquella misma tarde vino a casa un chico de nuestra iglesia, el hermano mayor de un amigo mío. Yo estaba en camión en el porche. Mi hermana estaba arriba en su habitación.

—Niñas, Jonathan ha venido a veros —dijo mi madre desde el vestíbulo delantero.

Tal vez fuera su pelo rubio rojizo, o el hecho de que ya era licenciado y había conseguido un trabajo en Escocia, o que su madre lo tenía en muy alto concepto y, como consecuencia, sabíamos casi todo el currículum de su niño mimado; fuera lo que fuese, mi hermana y yo estábamos secretamente enamoradas de él. Llegamos al mismo tiempo al vestíbulo, yo procedente de la parte trasera de la casa, mi hermana bajando por la escalera de caracol. Él clavó la vista en ella

inmediatamente. Mi hermana no hizo aspavientos. Yo no podía acusarla de haberse mostrado coqueta o melosa, o de haber jugado sucio. Era guapa. El le sonrió y empezaron a intercambiar palabras de cumplido: «¿Cómo estás?», «Bien, ¿y tú?». Advirtieron mi presencia en el umbral. Fue como si él hubiera fijado la vista sobre algo que no debería estar allí.

Hablamos un par de minutos. Luego mi hermana y Jonathan entraron en el salón, yo me disculpé y volví a la parte trasera de la casa; cerré la puerta del salón, salí al porche y me senté de espaldas a la casa. Lloré. Me pasó por la cabeza la expresión «buenos chicos». Había visto cómo me había mirado Jonathan y ahora estaba convencida: ningún buen chico me querría. Yo era todas aquellas horribles palabras que se empleaban para una violación: estaba cambiada, ensangrentada, estropeada, arruinada.

Cuando Jonathan se marchó, mi hermana flotaba.

Aparecí en el umbral de la sala de estar. No me habían visto, pero a través de la ventana que daba al porche había oído la alegre voz de mi hermana.

—Creo que le gustas —dijo mi madre.

—¿En serio? —preguntó mi hermana, elevando el tono de voz en la segunda sílaba.

—A mí me lo ha parecido —respondió mi madre.

—¿Le gusta Mary porque a ella no la han violado! —dije yo, haciendo notar mi presencia.

—No digas eso, Alice —dijo mi madre.

—Es un buen chico —dije yo—. A mí nunca me querrá ningún buen chico.

Mi hermana se había quedado sin habla. ¡Vaya manera de hundirla! Había estado boyante y se lo merecía. La semana posterior a mi regreso había pasado la mayor parte del tiempo en su habitación, en segundo plano y sin acaparar la atención.

—Eso no es verdad, Alice —dijo mi madre.

—Sí que lo es. Deberías haber visto cómo me ha mirado. Ha sido incapaz de afrontarlo.

Yo había alzado la voz y, como consecuencia, mi padre salió de su encierro académico en su despacho.

—¿Qué es todo este follón? —preguntó, entrando en la sala de estar. Tenía las gafas de lectura en una mano y parecía, como hacía a menudo, que le hubieran despertado bruscamente de la vida en la España del siglo XVIII.

—Gracias por venir, Bud —dijo mi madre—. Pero no te metas en esto.

—Ningún buen chico va a quererme nunca —repetí yo.

Mi padre, fuera de contexto, se quedó horrorizado.

—¿Por qué dices eso, Alice?

—¿Porque es la verdad! —grité—. Porque me han violado y ahora nadie me querrá.

—Eso es ridículo —dijo—. Eres guapa; por supuesto que habrá buenos chicos que quieran salir contigo.

Yo chillaba. Mi hermana salió de la habitación y grité a sus espaldas:

—Estupendo, ve a escribir en tu diario: «Un buen chico ha venido a verme hoy». Yo nunca podré hacerlo.

—No metas a tu hermana en esto —dijo mi madre.

—¿Qué la hace tan especial? La dejas quedarse levantada hasta tarde en su habitación mientras a mí me tienes vigilada como a una suicida. ¡Papá camina por la casa como si fuera a caerme en pedazos si me toca, y tú te escondes en el cuarto de la ropa para tener tus crisis!

—Vamos, Alice —dijo mi padre—. Estás disgustada.

Mi madre empezó a frotarse el pecho.

—Tu madre y yo lo estamos haciendo lo mejor que podemos —dijo mi padre—. Sencillamente, no sabemos cómo actuar.

—Podrías decir la palabra, para empezar —dije, ya más tranquila, con la cara encendida de haber gritado, pero sin lágrimas.

—¿Qué palabra?

—Violación, papá —dije—. Violación. La razón por la que la gente se me queda mirando, la razón por la que vosotros no sabéis qué hacer, y esas ancianas vienen a vernos y mamá se vuelve loca, la razón por la que Jonathan Gulick me ha mirado como a un monstruo.

—Tranquilízate, Alice —decía mi padre—, estás alterando a tu madre.

Era cierto. Mi madre se había sentado en el otro extremo del sofá, lejos de nosotros. Estaba echada hacia delante con la cabeza apoyada en una mano mientras con la otra se frotaba el centro del pecho. En aquel momento sentí resentimiento hacia ella. Me fastidió que el más débil acaparara siempre la atención.

Sonó el timbre de la puerta. Era Tom McAllister. Tenía un año más que yo y era el chico más guapo que conocía. Mi madre creía que se parecía al actor Tom Selleck. Yo no le había visto desde la misa de Nochebuena. Habíamos estado cantando un himno. Al final de éste yo me había vuelto en mi banco y él me había sonreído.

Mientras mi padre iba a abrir la puerta y lo hacía pasar, me escabullí por el pasillo para lavarme la cara en el cuarto de baño de abajo. Me arrojé agua fría a la cara y traté de peinarme con los dedos.

Me cerré la bata de tal modo que me cubriera el collar de moretones que habían dejado las manos del violador. Lloraba tanto cada día que tenía los ojos siempre hinchados. Me habría gustado tener mejor aspecto. Estar guapa, como mi hermana.

Mis padres habían hecho salir a Tom al porche. Cuando me reuní con ellos, él se levantó del sofá en el que había estado sentado.

—Son para ti —dijo, y me ofreció un ramo de flores—. También te he comprado un regalo. Mi madre me ha ayudado a escogerlo.

Me miraba fijamente. Pero bajo su mirada me sentí diferente de como me había sentido con Jonathan Gulick.

Mi madre nos trajo refrescos y, tras una breve conversación con Tom sobre sus clases en el Temple, se llevó las flores para ponerlas en agua, y mi padre se retiró al salón a leer.

Nos sentamos en el sofá. Abrí el regalo. Era un tazón con un dibujo de un gato con un ramillete de globos, la clase de regalo que, en otro estado de ánimo, habría desdeñado. Me pareció bonito y mi agradecimiento fue sincero. Éste era mi buen chico.

—Tienes mejor aspecto del que imaginaba —dijo él.

—Gracias.

—El pastor Breuninger dio a entender que habías recibido una gran paliza.

Me di cuenta de que, a diferencia de las ancianas, él no había visto nada oculto en esas palabras.

—Lo sabes, ¿no? —dije.

Me miró sin comprender.

—¿Si sé qué?

—Lo que me pasó en realidad.

—En la iglesia dijeron que te habían atracado en un parque.

Yo lo miré fijamente. Sin parpadear.

—Me violaron, Tom —dije.

Se quedó atónito.

—Puedes marcharte si quieres —dije. Miré el tazón que tenía en mis manos.

—No lo sabía. Nadie me lo ha dicho —dijo—. Lo siento mucho.

Mientras lo decía, y lo decía con sinceridad, se apartó de mí. Se puso más tieso. Sin llegar a levantarse para irse, pareció poner entre ambos la máxima distancia posible.

—Ahora ya lo sabes —dije—. ¿Cambia en algo lo que sientes por mí?

Él llevaba todas las de perder. ¿Qué podía decir? Por supuesto que le había afectado. Estoy segura de que así era, pero entonces yo no quería oír la respuesta que quiero ahora, quería la que él dijo:

—No, por supuesto que no. Es sólo que... uf, no sé qué decir.

Lo que me quedó de aquella tarde, además de la promesa de que me llamaría pronto y volveríamos a vernos, fue esa única palabra en respuesta a mi pregunta: «No».

No le creí, por supuesto. Era lo bastante lista para saber que decía lo que diría cualquier buen chico. A mí también me habían educado para ser una buena chica; yo también sabía qué decir en el momento oportuno. Pero como era un chico de mi edad, se volvió heroico en proporción a cualquier otra persona que me visitó. Ninguna anciana, ni siquiera Myra, podía darme lo que me había dado Tom, y mi madre lo sabía. Habló bien de Tom toda aquella semana, y mi padre, que se había burlado alegremente de un chico que se había atrevido a preguntar una vez en qué país se hablaba latín, le siguió el juego. Yo también, aunque todos sabíamos que nos estábamos aferrando a los restos de un naufragio; era inútil fingir que yo no había cambiado.

Tuve otra visita de Tom unos días después, y esa vez fue sin duda mucho más duro para él. Volvimos a sentarnos en el porche. Esta vez yo escuché y él habló. Había vuelto a casa, dijo, después de estar conmigo y se lo había contado a su madre. Ella no pareció sorprenderse, incluso lo había deducido por la manera en que lo había dicho el padre Breuninger. Aquella tarde, o al día siguiente, no recuerdo el orden cronológico, la madre de Tom les había hecho ir a él y a su hermana menor, Sandra, a la cocina, y les había dicho que tenía algo que decirles.

Tom dijo que su madre se había quedado junto al fregadero, dándoles la espalda. Mientras miraba por la ventana les contó la historia de cómo la habían violado. Tenía dieciocho años cuando pasó. Nunca se lo había dicho a nadie hasta aquel día. Ocurrió en una estación de tren, cuando iba a

ver a su hermano, que estaba en la universidad. Lo que mejor recuerdo de lo que me contó Tom es que, cuando los dos hombres la agarraron, ella se había escurrido de su abrigo nuevo y había seguido corriendo. La cogieron de todos modos.

Yo pensaba, mientras las lágrimas caían por la cara de Tom, en cómo me había agarrado mi violador por el pelo.

—No sé qué hacer ni qué decir —dijo Tom.

—No puedes hacer nada —le dije.

Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo y retirar aquella última frase. Ojalá pudiera decirle a Tom: «Ya lo estás haciendo, Tom. Estás escuchando». Me pregunté cómo su madre había reanudado su vida y llegado a tener un marido y una familia sin decírselo nunca a nadie.

Después de aquellas visitas a principios de verano, Tom y yo nos veíamos en la iglesia. Para entonces, yo ya no estaba obsesionada con llamar su atención o con dejarme ver con un chico guapo. Escudriñaba a su madre. Ella sabía que yo sabía lo suyo, y ella sabía sin duda lo mío, pero nunca hablamos. Tom y yo nos distanciamos. Habría ocurrido de todos modos, pero la historia de mi violación había irrumpido en sus vidas sin que nadie la invitara. Había provocado una revelación dentro de su hogar. Qué efecto tuvo con el tiempo aquella revelación, no lo sé. Pero a través de su hijo la señora McAllister me dio dos cosas: mi primer descubrimiento de otra víctima de violación que vivía en mi mundo, y, al decírselo a sus hijos, la prueba de que podía hacerme mucho bien contar mi historia.

La necesidad de contarla fue inmediata. Surgió de una reacción tan enraizada en mí que aunque hubiera intentado reprimirla o me lo hubiera pensado mejor, dudo que lo hubiera logrado.

Mi familia tenía secretos, y desde una edad temprana yo me había convertido en la que los revelaba. Odiaba el secretismo de ocultar cosas a otras personas; la continua orden de: «Baja la voz o los vecinos te oirán». Mi respuesta habitual era: «¿Y qué?».

Recientemente mi madre y yo habíamos discutido acerca de guardar las apariencias en el Radio Shack de al lado de casa.

—Estoy convencida de que el dependiente me tiene por una loca —dijo mi madre hablando de devolver un teléfono móvil.

—La gente devuelve cosas continuamente, mamá —dije yo.

—Ya lo he devuelto una vez.

—Entonces el dependiente creará que eres una pesada, pero dudo de que te crea loca.

—No puedo volver allí. Ya los estoy oyendo: «Aquí está esa vieja que no sabría cómo funciona un tenedor aunque viniera con instrucciones».

—Pero mamá —dije yo—, se cambian cosas continuamente.

Ahora me parece extraño, pero al hacerte mayor, la preocupación por lo que los demás puedan pensar de ti supone guardar secretos. Mi abuela, la madre de mi madre, tenía un hermano que murió

de alcoholismo. Su hermano menor descubrió su cuerpo sin vida tres semanas después. A mi hermana y a mí nos advirtieron que nunca dijéramos a la abuela que mamá era alcohólica. Se suponía que tampoco debíamos hablar de sus crisis, y ella hacía lo posible por ocultarlas en nuestras visitas a Bethesda, donde vivían sus padres. Aunque mis padres decían tacos sin parar, se suponía que nosotras no debíamos hacerlo. Y aunque oíamos lo que opinaban del decano de Saint Peter (un «tarado altanero»), lo que opinaban de los vecinos («Se está buscando un infarto con todos esos kilos»), o lo que opinaban de una hija cuando la otra estaba arriba en su habitación, se suponía que no debíamos repetirlo.

Yo parecía incapaz por naturaleza de seguir aquellas instrucciones. Cuando nos fuimos de Rockville, Maryland, para irnos a vivir a Pensilvania, cuando yo tenía cinco años, mi hermana tuvo que repetir tercero. Era demasiado pequeña, según el distrito escolar de East Whiteland, para pasar a cuarto. Sólo por este motivo tuvo que hacer otra vez tercero. Aquello fue traumático para ella porque ser repetidora era una de las peores etiquetas que podías llevar a los ocho años en una nueva ciudad. Mi madre dijo que nadie tenía que enterarse. Lo que no dijo es que para eso tendrían que coserme la boca y no dejarme salir de casa.

Unos días después de que nos hubiéramos instalado en la nueva casa, yo estaba en el patio trasero con nuestro basset, *Feijoo*. Me encontré con una vecina, la señora Cochran, que se inclinó hacia mí y se presentó. Tenía un hijo de mi edad, llamado Brian, y seguramente quería una primicia sobre nuestra familia. La complací.

—Mi madre es la que tiene cráteres en la cara —dije a nuestra perpleja vecina. Me refería a las cicatrices de acné de mi madre. En respuesta a la pregunta: «¿Hay más como tú en tu familia?», dije —: No, pero está mi hermana. Va a repetir tercero.

Y así siguió. Cada vez me volvía más bocazas, pero me niego a cargar con toda la culpa. Era muy consciente de mi público: a los adultos les encantaba.

Las reglas de la revelación eran sencillamente demasiado complicadas para que yo las comprendiera. Mis padres podían decir lo que quisieran, pero una vez fuera de casa se suponía que yo no debía decir ni pío.

—A los vecinos les gusta sacarte información —decía mi madre—. Tienes que aprender a mostrarte más reservada. No sé por qué insistes en hablar con todo el mundo.

Yo no sabía qué significaba «reservada». Sólo seguía su ejemplo. Si querían a una hija callada, les dije finalmente después de una discusión a gritos en el instituto, tal vez debería haber empezado a fumar. Así tendría cáncer de pulmón en lugar de lo que mi madre me acusaba de tener, que era cáncer de boca.

El sargento Lorenz fue la primera persona que escuchó mi historia. Pero me interrumpió a menudo con las palabras: «Eso es intrascendente». Trató de sonsacarme hechos que apoyaran los cargos más destacados. Él era lo que era: un policía de «sólo los hechos, señora».

¿A quién podía explicar aquellas cosas? Estaba en casa. No creía que mi hermana pudiera soportarlo, y Mary Alice se hallaba a kilómetros de distancia, trabajando en la costa de Jersey. No era algo que pudiera contarse por teléfono. Intenté explicárselo a mi madre.

Ella me confiaba muchas cosas. Pequeños apartes como «Tu padre no conoce el significado de la

palabra “cariño”», cuando yo tenía once años, o las conversaciones que habíamos tenido durante la prolongada enfermedad y muerte de mi abuelo. No tenía secretos para mí. Creo que era una decisión que mi madre había tomado muy pronto en respuesta directa a su propia madre, mi abuela, que era estoica y taciturna. Sus sabias palabras durante una crisis eran de la vieja escuela: «Si no piensas en ello, desaparecerá». Mi madre sabía por experiencia que eso no era verdad.

Así pues, la conversación que me disponía a mantener con ella tenía un precedente. Cuando yo tenía dieciocho años ella me dijo que me sentara y me contó con detalle su alcoholismo, el comienzo y consecuencias. Creía que compartiendo tales cosas conmigo yo sería capaz de evitarlas o, si era necesario, reconocerlas cuando ocurrieran. Al hablar de ellas a sus hijos también reconocía que eran reales y que nos afectaban, que cosas así marcaban a una familia y no sólo a la persona que las experimentaba.

Mi memoria me dice que podría haber sido de noche, no estoy segura, pero fue unas semanas después de mi violación, estábamos sentadas a la mesa de la cocina. Si mi madre y yo no estábamos solas en casa, seguro que mi padre se hallaba en su despacho y mi hermana en su habitación, de modo que hubiésemos oído pasos si se hubiera acercado alguien.

—Necesito explicarte lo que pasó en el túnel —dije.

Los individuales todavía estaban en la mesa. Mi madre jugueteó con una esquina del suyo.

—Puedes intentarlo —dijo—, pero no puedo prometerte que pueda soportarlo.

Empecé. Le hablé de la casa de Ken Childs, de las fotos que me hizo en su apartamento. Eché a andar por el sendero del parque. Le hablé de las manos del violador, cómo me sujetó con los dos brazos, el forcejeo sobre los ladrillos. Cómo entré en el túnel, empecé a desnudarme y él me tocó; ella me hizo parar.

—No puedo, Alice —dijo—. Quiero hacerlo, pero no puedo.

—Me ayuda hablar de ello, mamá —dije.

—Lo comprendo, pero no creo que yo sea la persona indicada.

—No tengo a nadie más —dije.

—Puedo pedirte hora con la doctora Graham.

La doctora Graham era la psiquiatra de mi madre. En realidad era la psiquiatra de la familia. Había empezado como psiquiatra de mi hermana y luego quiso vernos a toda la familia junta, para ver cómo era el ambiente familiar que afectaba a mi hermana. Mi madre me había enviado a la doctora Graham unas cuantas veces después de una caída particularmente aparatosa por la escalera de caracol. Siempre subía y bajaba corriendo con calcetines y a menudo resbalaba en la madera encerada. Siempre me caía de culo y rebotaba por los escalones hasta que aterrizaba en el rellano o mis miembros se enredaban en una configuración que me frenaba el cuerpo a poca distancia del suelo de losas del vestíbulo delantero. Mi madre decidió que aquella torpeza podía ser parte de un deseo de autodestrucción. Yo estaba convencida de que no era nada tan complejo. Simplemente era patosa.

Ahora tenía una verdadera razón para ir a ver a un psiquiatra. Hasta entonces me había jactado de ser el único miembro de la familia que no había seguido ninguna terapia —no consideraba una terapia la conversación sobre mis batacazos— y había torturado a mi hermana por ver a la doctora Graham. Mary siguió una terapia el mismo año que los Talking Heads sacaron la canción perfecta

para que su hermana menor la utilizara contra ella: *Psycho Killer*. Crueldad fraternal con melodía. Teníamos que ahorrar mucho en casa para pagarle la terapia. Resolví que lo que mis padres se gastaban en ella deberían gastarlo en mí. Yo no tenía la culpa si Mary estaba loca.

Habría sido justo que se vengara, pero Mary no se mofó de mí aquel verano. Le comenté que mamá creía que debía ir a la doctora Graham y las dos estuvimos de acuerdo en que me sería útil. Mi motivación era ante todo estética. Me gustaba el aspecto de la doctora Graham. Era una feminista militante. Medía metro ochenta y dos, llevaba largos vestidos holgados de batik sobre su cuerpo dominante pero no pesado, y se negaba a depilarse las piernas. Se había reído de mis bromas sobre el instituto, y después de nuestras pocas sesiones concernientes a mis caídas, le había dicho a mi madre, delante de mí, que viniendo de la familia de la que venía, estaba increíblemente bien adaptada. No me pasaba nada, había dicho entonces.

Mi madre me llevó en coche a su consulta de Filadelfia. No era la misma consulta que había tenido en el Children's Hospital; aquella era su consulta privada. Estaba preparada para recibirme. Entré y me senté en el diván.

—¿Quieres decirme por qué has venido a verme, Alice? —preguntó.

Ya lo sabía. Mi madre se lo había dicho por teléfono cuando llamó para pedir hora.

—Me violaron en el parque que hay cerca de mi universidad.

La doctora Graham conocía a nuestra familia. Sabía que tanto Mary como yo éramos vírgenes.

—¿Y? —dijo—. Supongo que eso te hará más desinhibida con el sexo ahora, ¿no?

Yo no podía dar crédito. No recuerdo si dije: «Menuda tontería has dicho». Estoy segura de que me habría gustado hacerlo. Solo sé que ése fue el final de la sesión, que me levanté y me fui.

Lo que la doctora Graham había dicho venía de una feminista que ya estaba en la treintena. Alguien que debería haber sabido más, pensé. Pero estaba aprendiendo que nadie —incluyendo las mujeres— sabía qué hacer con la víctima de una violación.

De modo que se lo conté a un chico. Se llamaba Steve Carbonaro y lo conocía del instituto. Era listo y a mis padres les caía bien: sabía apreciar sus alfombras y sus libros. Venía de una gran familia italiana y quería salir de ella. La poesía era la manera que había escogido para escapar y por eso yo tenía más en común con él que con ninguna otra persona. En el sofá de mis padres, a los dieciséis años, nos habíamos leído en voz alta poemas del *The New Yorker Book of Poetry*, y él me había dado mi primer beso.

Todavía guardo mi diario. Cuando se marchó, escribí: «Mamá casi me sonreía con complicidad». Fui a la habitación de mi hermana. A ella aún no le había besado ningún chico. En mi diario escribí: «Puaf, puaf, qué asco. Le he dicho a Mary que besarse en la boca es asqueroso y que no sé por qué se supone que tiene que gustarte. Le he dicho que puede hablar conmigo cuando quiera, si ella también cree que es asqueroso».

En el instituto yo era pareja de Steve Carbonaro a regañadientes. Me negaba a acostarme con él. Cuando él insistía, me justificaba en los siguientes términos: no podía decir que no con firmeza, pero tampoco podía decir que sí con firmeza, así que hasta que no me sintiera más firme en un sentido o en

otro, seguiría diciendo que no.

Pero a los diecisiete años, en nuestro último curso, Steve me dejó por una chica que, en la jerga del instituto, «aflojaría». En la fiesta de fin de curso, mientras yo bailaba con Tom McAllister, Steve bebió. Cuando me lo encontré con su novia, ella me informó con amargura de que le iba bien, teniendo en cuenta que aquella mañana había abortado. Más tarde, en la fiesta de Gail Stuart, Steve apareció con otra chica, Karen Ellis. Había dejado a su novia en casa.

Pero en mayo de 1981 ninguna de estas meteduras de pata importaba. Dos horas en un túnel oscuro habían hecho que mis conflictos de «sí o no» con la moralidad por acostarme con chicos del instituto como Steve me parecieran rebuscados.

Steve se había ido a la Universidad de Ursinus. Cuando volvió tenía una nueva pasión, el musical *El hombre de La Mancha*. Tanto a mi madre como a mi padre, que era más difícil de conquistar, les encantó su interés por el personaje de La Mancha. ¿Podía haber escogido algo mejor para cautivar a un profesor de literatura española del siglo XVIII que un musical basado en Cervantes? Siglo arriba, siglo abajo, Steve Carbonaro no podía haber dado más en el blanco. Aquel verano pasó muchas horas con mis padres, tomando café, hablando de los libros que le gustaban y de lo que quería ser de mayor. Creo que el caso que le hacían mis padres era muy importante para él, y el caso que él me hacía era para mis padres una bendición del cielo.

La primera vez que vino a casa aquel verano le dije que me habían violado. Puede que hubiéramos salido un par de veces, como amigos, antes de que le contara todo lo demás. Fue en el sofá del salón. Mis padres se habían retirado lo más sigilosamente posible al piso de arriba. Cuando venía Steve, mi padre se metía en su despacho o se reunía con mi madre en su dormitorio, donde, en susurros, hacían conjeturas sobre lo que podía estar ocurriendo abajo.

Le conté todo lo que fui capaz de soportar. Me proponía darle todos los detalles, pero no pude. Los suprimía a medida que hablaba, deteniéndome en las curvas de poca visibilidad donde intuía que podía venirme abajo. Mantuve la narración de la forma lineal. No me detuve a examinar cómo me sentí al tener la lengua del violador en la boca o al verme obligada a devolverle los besos.

Él estaba tan cautivado como asqueado. Ante él había una actuación en vivo, una tragedia real, un drama al que tenía acceso que no sucedía en los libros ni en los poemas que escribía.

Me llamó Dulcinea. En su furgoneta Volkswagen blanca, me cantó las canciones de *El hombre de La Mancha* y me hizo acompañarle. Cantar esas canciones era de vital importancia para Steve. Se asignó el papel protagonista, don Quijote de La Mancha, un hombre que nadie comprendía, un romántico que convertía en una corona la palangana para afeitarse de un barbero, y en una dama —Dulcinea— a la ramera Aldonza. Yo era ella.

Tras una canción y una escena titulada «El rapto» en la que Aldonza es raptada y, según se insinúa, violada por varios individuos, don Quijote se la encuentra después de haber sido abandonada por sus secuestradores. Con la fuerza de la imaginación y la voluntad, don Quijote insiste en ver en esa mujer violada y maltratada a su dulce y encantadora doncella Dulcinea.

Steve ahorró y compró entradas para que viéramos a Richard Kiley en el papel protagonista en la

Academia de Música de Filadelfia. Fue mi regalo de cumpleaños adelantado. Nos vestimos elegantes. Mi madre nos hizo fotos. Mi padre me dijo que parecía «una verdadera señora». Me dio vergüenza toda aquella atención, pero era una salida nocturna y además con un chico, un chico que conocía y no me había rechazado. Me enamoré de él por esa razón.

Sin embargo, de alguna manera, al ver representada la escena de cómo un grupo de hombres persiguen a Aldonza, la manosean y abusan de ella, cómo le agarran los pechos como si fueran trozos de carne, no logré mantener la ilusión que Steve Carbonaro creía esencial en nuestra relación. Yo no era una ramera que, gracias a su imaginación y a su sentido de la justicia, podía convertirse en una dama. Era una chica de dieciocho años que había querido ser arqueóloga a los cuatro, y poeta o estrella de Broadway cuando se hizo mayor. Yo había cambiado. El mundo en el que vivía no era el mismo que habitaban mis padres o Steve Carbonaro. En mi mundo veía violencia por todas partes. No era una canción, un sueño o un argumento.

Salí de *El hombre de La Mancha* sintiéndome sucia.

Aquella noche Steve estaba eufórico. Había visto lo que creía que era la verdad, la verdad de un chico romántico de diecinueve años representada en el escenario. Llevó a su Dulcinea a casa, le cantó en el coche y, ante su insistencia, ella le cantó a él. Estuvimos allí tanto rato que las ventanas se empañaron con las canciones. Entré en mi casa. Pero antes de hacerlo, lo que para mí era valiosísimo aquel verano volvió a ocurrir una vez más: un buen chico me dio un beso de despedida. Todo estaba mancillado. Hasta un beso.

Al mirar atrás ahora y escuchar de nuevo las letras no me pasa por alto, como me pasó entonces, que al final don Quijote muere y Aldonza sobrevive, que es ella quien canta el estribillo de *El sueño imposible*, es ella quien queda en pie para librar la batalla.

Las cosas entre nosotros no acabaron gloriosamente; no hubo ninguna búsqueda o estrella que seguir. Al final, a don Quijote le costó mucho amar de forma casta y pura en la distancia, y encontró a una chica dispuesta a acostarse con él. El verano terminó y llegó el momento de volver a la universidad. Don Quijote iba a cambiarse a la Universidad de Pensilvania; mi padre le escribió una entusiasta carta de recomendación. Y yo, por fin con el apoyo de mis padres, iba a volver a Syracuse. Sola.

Durante mi último año en el instituto había pedido plaza en tres universidades: Syracuse, el Emerson College de Boston y la Universidad de Pensilvania, donde se suponía que me habrían aceptado sin dificultad siendo hija de un profesor. Yo no quería ir a Pensilvania, o al menos así es como lo recuerdo. Había visto a mi hermana instalarse en una residencia del campus de Pensilvania para a continuación dejarla y llevar de nuevo sus bártulos a la casa de mis padres, e ir y venir cada día del campus a casa. Si iba a la universidad —cosa que me había pasado prácticamente los cuatro años en el instituto diciendo que no haría—, quería que fuera para tener la ventaja de estar lejos.

Mis padres me siguieron la corriente; estaban desesperados por que fuera a la universidad. Lo veían como algo esencial que les había abierto muchas puertas, que había cambiado sus vidas, sobre todo la de mi padre. Ninguno de sus padres había terminado el instituto y él lo había vivido con vergüenza; sus logros académicos habían sido la consecuencia de una necesidad de distanciarse de la mala gramática de su madre y de los chistes verdes que su padre contaba en estado de embriaguez.

En mi primer año de instituto, mi padre y yo hicimos una visita al Emerson College, donde los estudiantes melencólicos que, según él, parecían salidos de otra década, me dieron consejos sobre cómo infringir lo que ellos consideraban normas opresivas.

—Se supone que no puedes tener ningún aparato eléctrico —dijo el ayudante de la residencia que fuimos a ver.

Tenía el pelo castaño oscuro y graso, y una barba desaliñada. Me recordó a John, el conductor del autobús que me había llevado al instituto y que había abandonado los estudios. Los dos desprendían el olor de la verdadera y auténtica rebelión. Apestaban a marihuana.

—Yo tengo un horno con grill y un secador —se jactó el tal John, señalándome un horno cubierto de grasa encajado en una estantería hecha a mano—. Nunca los utilizo a la vez, ése es el secreto.

Aunque a mi padre le hizo gracia aquel chico, también le impresionó su aspecto andrajoso, su cargo de autoridad en la residencia. Es posible que mi padre se sintiera dividido. Emerson tenía fama de ser una universidad de progres bohemios en una ciudad de monolitos como Harvard y el MIT. Hasta la Universidad de Boston, cuyo campus también visitamos y que mi padre alabó, estaba muy por encima de Emerson en la cadena trófica. Pero a mí me encantó Emerson. Me gustó ver, al entrar en coche, el letrero al que faltaban dos letras. Era la clase de lugar que a mí me iba. Me parecía que podría aprender a no hacerme una tostada y secarme el pelo a la vez.

Aquella noche me divertí con mi padre. Eso no ocurre a menudo. Mi padre no tiene pasatiempos, no reconocería un deporte de pelota aunque la pelota lo golpeará en la cabeza, y no tiene amigos, sólo colegas. No puede entender por qué la gente necesita relajarse. «Divertirse es aburrido», me decía cuando de pequeña trataba de camelarle para que jugara conmigo a algún juego de tablero que había puesto en el suelo. Se convirtió en una de sus frases preferidas. Lo decía en serio.

Pero yo siempre intuí que mi padre podía ser diferente lejos de nosotras y lejos de mi madre. Que se divertía en otros países o con sus estudiantes de posgrado. Me gustaba estar a solas con mi padre, y en el viaje a Emerson compartimos una habitación de hotel para ahorrar dinero.

Por la noche, después de un largo día en Boston, me metí en la cama individual más cercana al

cuarto de baño. Mi padre bajó al vestíbulo a leer y tal vez a llamar a mi madre. Yo estaba tan excitada que no podía dormir. Poco antes había cogido una cubitera del pasillo. Planeé mi ataque. Cogí algunos cubitos y los puse dentro de la cama de mi padre, cerca de los pies. Guardé el resto y los puse junto a mi cama.

Cuando mi padre volvió me hice la dormida. Se puso el pijama en el cuarto de baño, se cepilló los dientes y apagó la luz. Yo vi su silueta recortada cuando apartó las sábanas para acostarse. Estaba eufórica, aunque un poco asustada. Quizá era una locura. Conté, y entonces llegó: un grito feroz seguido de una maldición.

—Por el amor de Dios, ¿qué...?

No pude contenerme. Me eché a reír de forma incontrolada.

—¿Alice?

—Te pillé —dije.

Al principio él se enfadó, pero luego me tiró un cubito. Bastó con eso.

Empezó la guerra. Yo retrocedí. Las camas nos sirvieron de búnkeres. Él me tiraba grandes puñados de cubitos, yo los recogía y los utilizaba de uno en uno; lanzaba los proyectiles justo cuando él estaba a punto de atacar. El se reía a carcajadas y yo también. Trató por un momento de comportarse como un padre, pero no pudo aguantar.

Consideró que me estaba poniendo demasiado nerviosa, que estaba alcanzando lo que mi madre llamaba mi estado hiperactivo, de modo que paramos. Pero ver a mi padre alegre, riendo... En momentos así yo hacía ver que mi padre era el hermano mayor que nunca he tenido. Dependía de mí provocarlo, pero cuando él liberaba a ese niño reprimido, deseaba de todo corazón que fuera siempre así.

Como una chica de provincias podría ver Hollywood, yo vi Syracuse como mi gran oportunidad. Comparado con la proximidad de mi hermana a mis padres, Syracuse estaba muy lejos de casa. Lo bastante lejos para que yo pudiera redefinirme basándome en lo que había sido.

Mi compañera de habitación era Nancy Pike. Era una chica gordita y sobreexcitada de Maine. En verano había averiguado mi nombre y me había escrito una carta: seis páginas llenas de entusiasmo en las que me hacía el obsequio de contarme lo que iba a llevar y sus propiedades útiles: «Tengo un hervidor. Es una jarra con tapa que parece una cafetera pero en realidad sólo sirve para calentar agua y hay que enchufarla. Es estupendo para hacer sopa y calentar agua para el té aunque no debes poner la sopa directamente en ella».

Yo temía conocerla.

Cuando llegué con mis padres el día de la mudanza, la cabeza me daba vueltas. Ésa era mi nueva vida y allí estaba toda la gente nueva que iba a haber en ella. Una residencia mixta encerraba posibilidades que no me atrevía a explicar a mis padres. Mi madre había puesto su cara de Donna Reed, que consistía en una sonrisa particularmente empalagosa impregnada de pensamientos positivos que nunca he comprendido de dónde sacaba. Mi padre quería bajar las cosas del coche y acabar de una vez. No estaba hecho, según dijo muchas veces ese día, para «levantar cosas pesadas».

Nancy había llegado allí primero, había escogido la cama, colgado un perchero de un arco iris y empezado a organizar sus pertenencias. Sus padres y sus hermanas se habían quedado para conocerme a mí y a mi familia. La máscara de Donna Reed de mi madre se estaba resquebrajando bajo los efectos de un ataque de pánico. Mi padre se irguió en toda su estatura académica de profesor de una de las universidades de la Ivy League, desde la que miraba por encima del hombro a todo el que mostraba interés en el deporte o en la vida cotidiana. «Nací con dos siglos de retraso», le gustaba decir, o «No tuve padres, salí de la Tierra entero y único». Mi madre siempre se burlaba: «Vuestro padre mira por encima del hombro a todo el mundo porque espera que desde esa altura no vean su mala dentadura».

La extraña familia Sebold conoce a la emocionada familia Pike. Los Pike salen de uno en uno para ir a comer con Nancy. La palabra que mejor los describía es «cabizbajos». Su dulce hija había atraído a un bicho raro.

Nancy y yo no hablamos mucho la primera semana. Ella borboteaba mientras yo me quedaba tumbada en la cama, mirando el techo.

En los alegres ejercicios de adaptación que organizaron los asistentes residentes —«Bien, ahora vamos a jugar a un juego llamado Prioridades en la Vida. Escribid lo siguiente: estudiar, colaborar como voluntario, hacerte miembro de una fraternidad. ¿Puede decirme alguien qué escogería como prioridad y por qué?»—, mi compañera de habitación levantó la mano. Durante una interminable tarde en la que las chicas de nuestro piso estuvieron sentadas con las piernas cruzadas en la explanada de césped frente el refectorio escuchando una charla sobre cómo hacer la colada, pensé que mis padres me habían dejado en un campamento para tarados.

Entré pisando fuerte en la residencia. Llevaba allí una semana y me había negado a comer con las otras chicas en el comedor. Cuando Nancy me preguntó por qué, le dije que estaba haciendo ayuno. Más tarde, cuando me entró hambre, le pedí que me trajera algo de comer: «Tiene que ser comida de color blanco —dije—. Erik Satie sólo comía alimentos blancos». Mi pobre compañera de habitación me trajo queso blanco y una tapioca gigante. Yo me quedé tumbada en la cama, odiando Syracuse y escuchando a Erik Satie, de cuyas anotaciones había sacado mi nuevo régimen.

Una noche oí ruido en la habitación de al lado. Todos los demás estaban comiendo. Salí al pasillo y vi una puerta ligeramente entreabierta.

—¿Hola? —dije.

Era la chica más guapa del piso, la que mi madre me había señalado el día de la mudanza. «Alégrate de que esa chica tan guapa no sea tu compañera de habitación. Habría una cola de chicos en la puerta».

—Hola.

Entré. Ella acababa de recibir un baúl entero lleno de comida que le habían enviado de su casa. Estaba abierto, apoyado contra la pared. Después de una semana de comida blanca, para mí fue como un oasis. M&M, galletas saladas y dulces, Starburst y Fruit Leather. Productos de los que nunca había oído hablar o tenía prohibido comprar.

Pero ella no comía. Se estaba haciendo una trenza. Expresé mi admiración y le dije que nunca había sido capaz de hacer más que trenzas sencillas.

—Te la haré yo, si quieres.

Me senté en su cama, ella se puso de pie detrás de mí y empezó a coger pequeños mechones de pelo y a hacer una trenza apretadísima que me empezaba en la nuca.

Cuando terminó, le di las gracias y me miré en el espejo. Nos sentamos y luego nos tumbamos en las dos camas gemelas de la habitación. Nos quedamos calladas, mirando el techo.

—¿Puedo decirte algo? —pregunté.

—Claro.

—Odio este lugar.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, sentándose excitada—. ¡Yo también lo odio!

Poco a poco nos fuimos comiendo la comida del baúl. Recuerdo haberme sentado dentro de él, pero no puede ser verdad, ¿no?

La compañera de habitación de Mary Alice era lo que nosotras llamábamos experimentada. Era de Brooklyn. Se llamaba Debbie y su apodo era Doble D. Fumaba y no nos tenía en muy buen concepto. Tenía un novio en Brooklyn que era mayor. Y quiero decir mayor. Cuarenta y pico años, pero con la agilidad de Joey Ramone. Era pinchadiscos en alguna parte y tenía la voz grave de fumador. Cuando venía a verla iban a hoteles y Debbie volvía a la residencia con las mejillas encendidas y visiblemente asqueada de encontrarnos de nuevo allí. Mary Alice tenía los dedos de los pies muy largos y me daba de comer galletas saladas metiéndolos en la caja. Nos inventábamos estúpidos disfraces y, con unos cupones de cacao Swiss Miss que enviamos, recibimos un auténtico chalet de cartón.

Debbie empezó a engañar a su novio con un animador de la Universidad. Se llamaba Harry Weiner y, por supuesto, Mary Alice y yo nos divertíamos a su costa. Una vez, a raíz de una apuesta, me escondí en el chalet de Swiss Miss mientras Debbie y Harry se ponían a ello. Llegó un momento en que me sentí tan incómoda que, olvidando la apuesta, gateé, con el chalet de cartón moviéndose conmigo como una especie de camuflaje de espía de dibujos animados, hasta la puerta para huir.

Debbie se puso tan furiosa que pidió cambiar de habitación. Mary Alice nunca se cansó de agradecermelo.

A las pocas semanas de comenzar las clases un grupo de chicas nos reunimos en el pasillo. Nos sentamos en el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas extendidas o al estilo indio. Las antiguas reinas de la fiesta de ex alumnos o las futuras coquetas doblaron las piernas hacia un lado, mientras que las deportistas con beca, como mi amiga Linda, no se pararon ni un minuto a pensar cómo estaban sentadas o qué aspecto tenían. Poco a poco empezaron a salir las historias: quién era virgen y quién no.

De algunas estaba claro. Como Sara, que vendía marihuana en su habitación escasamente iluminada, donde tenía un estéreo que costaba más que la mayoría de los coches de nuestros padres y en el que escuchaba los clásicos temas para porretas de Traffic y Led Zep. «Hay un tío allí», nos

decía su compañera de habitación, y le dábamos un saco de dormir y le decíamos que no roncara.

Luego estaba Chippie. Yo nunca había oído esa palabra y no sabía que significaba furcia. Creía que era su verdadero nombre, de modo que una mañana, al dirigirme a las duchas, le dije inocentemente: «Hola, Chippie, ¿cómo estás?». Ella se puso a llorar y nunca volvió a dirigirme la palabra.

También había una chica que hacía segundo y vivía al final del pasillo. Salía con un tipo de la ciudad e imitaba a Joel Belfast, una pintora más o menos famosa del departamento de arte. Al tipo le gustaba atarla a la cama, y nosotras veíamos el sostén y las bragas de cuero y ante sintético cuando ella entraba y salía corriendo del cuarto de baño por las mañanas. El tipo iba en moto y tenía la pierna izquierda atrofiada. Una noche que vinieron los de seguridad del campus porque estaban haciendo demasiado ruido, vi la cicatriz que le salía de la parte superior de la bota, le subía hasta la cadera y le rodeaba la parte posterior del cuerpo. Ella estaba colocada y gritaba desde la cama, a la que seguía atada. Poco después se mudó a unas casas fuera del campus.

Ellas y Debbie eran las únicas cuatro chicas de las cincuenta del pasillo que yo sabía con seguridad que no eran vírgenes. El resto tenían que serlo, di por sentado, porque yo lo era.

Pero hasta Nancy tenía algo que contar. Había perdido la virginidad en un Datsun con su novio del instituto. Tree en un Toyota. Diane en el sótano de la casa de su novio. Los padres de su novio habían llamado con los nudillos a la ventana mientras lo hacían. Las otras historias las he olvidado, sólo recuerdo que las marcas de los coches se convirtieron en los apodos de varias chicas. Pocos eran los casos gloriosos: un novio que había comprado un anillo, escogido una noche especial y comprado flores, o había pedido a su hermano mayor el apartamento del centro para aquel día. De todos modos, cuando aquellas chicas hablaban no las creíamos. Era mejor decir Datsun, Toyota o Ford; era lo que el grupo esperaba de ti, una forma de sentirte integrada.

Cuando terminó aquella noche de revelaciones, de todas las chicas del pasillo Mary Alice y yo éramos las dos únicas vírgenes.

Aquellas torpes hazañas sexuales en la parte trasera de un coche o en el sótano de la casa de los padres de alguien me parecieron maravillosas. Nancy estaba avergonzada de haber perdido su virginidad en un Datsun, pero, después de todo, era una parte normal del proceso de madurar.

En las cartas que me enviaron en las vacaciones de aquel año, Tree y Nancy me decían que pasaban todas las noches con sus novios del instituto. Se rumoreaba que a Tree le habían comprado un anillo. Aquellas chicas empezaron a llenar mi horizonte.

También recibí cartas de los chicos que había conocido en un trabajo de verano al acabar el instituto, sobre todo de un chico mayor llamado Gene. Pedí a Gene que me enviara una foto. Por supuesto, había simulado delante de las demás chicas que era algo más que un amigo, y quería pruebas para enseñarlas por ahí.

La foto que me envió era de hacía unos años. Se le veía más delgado y con más pelo, pero tenía un bigote estilo Dalí que decía a gritos que era un hombre. Cuando por fin recibí la foto a finales del primer semestre la enseñé por ahí. Mary Alice cortó por lo sano. «¿Todavía estamos en los setenta? Estoy viendo la bola de espejos de la discoteca bajando». Nancy fingió quedarse impresionada, pero ella y Tree estaban demasiado ocupadas carteándose con sus novios de verdad, chicos con los que

habían ido al instituto, a los que habían prometido que se casarían con ellos algún día.

Mary Alice, por su parte, estaba obsesionada con, en este orden: Bruce Springsteen, Keith Richards y Mick Jagger. Con el tema de Bruce —porque era como nuestro demonio familiar— estaba realmente obsesionada. Para su cumpleaños le compré una camiseta. En letras demasiado grandes e historiadadas, de esas que se fijan con la plancha, se leía: «Señora de Bruce Springsteen». Dormía con ella todas las noches.

Sinceramente, cuando miro atrás puedo decir que estuve enamorada de Mary Alice durante la mayor parte de mi primer año en la universidad. Me encantaba ver cómo se salía con la suya y participar en sus aventuras cuidadosamente planeadas. Robar un pastel del comedor se convertía en una operación digna de James Bond. Suponía descubrir el túnel entre dos residencias que conducía a alguna puerta que siempre estaba cerrada con llave. Había llaves que robar, gente que distraer y finalmente, a una hora avanzada de la noche, un pastel que esconder y subir con prisas a nuestras habitaciones.

Pero las chicas de mi residencia también eran aficionadas a los bares de la cercana Marshall Street y aquella primavera fueron con regularidad a las fiestas de cerveza de las fraternidades. Yo odiaba aquellas fiestas. «¡Sólo somos carne!», gritaba por encima de la música a Tree mientras hacíamos cola para servirnos cerveza de barril. «¿Y qué? —me gritaba ella—. ¡Es divertido!». Tree se convirtió en una hermana pequeña. Mary Alice siempre era popular independientemente de lo que ella sintiera. Ninguna fraternidad rechazaría a una rubia natural y a sus amigas.

Yo iba a una clase de poesía y en ella había dos chicos, Casey Hartman y Ken Childs, que no se parecían a ninguno de los de mi residencia. Estaban en segundo, de modo que yo los consideraba maduros. Eran estudiantes de arte que habían cogido la clase de poesía como optativa. Me enseñaron el edificio de Bellas Artes, una bella construcción antigua que todavía tenían que restaurar. Había estudios con tarimas enmoquetadas para los modelos de las clases de dibujo del natural, y viejos sofás y sillones en los que los alumnos se echaban a dormir. Olía a pintura y a aguarrás, y estaba abierto toda la noche para que los alumnos pudieran trabajar porque, a diferencia de la mayor parte de especialidades, en tu habitación no podías hacer cosas como soldar metal.

Me enseñaron un restaurante chino decente y Ken me llevó al museo Emerson en el centro de Syracuse. Empecé a esperarlos a la salida de clase y a ir a las inauguraciones de las exposiciones que ellos y sus amigos hacían. Los dos eran de Troy, Nueva York. Casey tenía una beca de artes creativas y nunca tenía dinero. Cuando me lo encontraba, le veía prepararse tres té con la misma bolsa para cenar. Yo sólo conocía fragmentos de su vida. Su padre estaba en la cárcel. Su madre había muerto.

Fue de Casey de quien me enamoré. Pero él no se fiaba de las chicas de letras que le encontraban romántico y veían sus marcas de nacimiento y palizas como cosas que querían curar. Hablaba deprisa, como una cafetera en ebullición, y a veces no se le entendía. A mí no me importaba. Era un bicho raro, y mucho más humano, creía yo, que los chicos de las fraternidades o del comedor de mi residencia. Pero era a Ken a quien yo gustaba y a quien, como a mí, le gustaba hablar. Los tres

formábamos un trío frustrado. Me quejé de lo experimentadas que eran las chicas del Marion y lo agarrotada que me sentía. Ken y Casey se quedaron al principio callados, pero luego salió. También se sentían agarrotados.

Cuando había una fiesta de cerveza en la residencia —en aquel entonces estaba permitido tener un barril de cerveza en tu habitación—, me iba a pasear al patio interior. Acababa en el edificio de Bellas Artes, haciendo café instantáneo en el sótano y leyendo durante horas a Emily Dickinson o a Louise Bogan en los sofás y sillones que había por todo el edificio. Empecé a ver aquel lugar como mi hogar.

A veces regresaba al Marion con la esperanza de que la fiesta se hubiera terminado y me encontraba con que apenas parecía haber empezado. No entraba, me limitaba a dar media vuelta. Dormía en las aulas de arte, en las tarimas enmoquetadas para calentar los pies de los modelos. No eran lo bastante grandes para que me estirara en ellas, de modo que me hacía un ovillo.

Una noche estaba tendida en un aula en la oscuridad. Había cerrado la puerta y me había hecho una cama en el fondo. Las luces del pasillo siempre estaban encendidas y las bombillas estaban protegidas con una rejilla para impedir que las rompieran o las robaran. Mientras dormitaba, la puerta del pasillo se abrió y la silueta de un hombre quedó recortada por la luz de detrás. Era alto y llevaba un sombrero de copa. Yo no distinguí quién era.

Él encendió la luz. Era Casey.

—Sebold —dijo—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Dormir.

—¡Bienvenida, camarada! —exclamó él, dándose unos golpecitos a su sombrero—. Seré tu cancerbero esta noche.

Se sentó en la oscuridad y se quedó mirándome mientras dormía. Recuerdo que antes de dormirme me pregunté si Casey me encontraría lo suficientemente guapa como para besarme. Aquélla fue la primera noche que pasé con un chico que me gustaba.

Mirándolo ahora, veo a Casey como un perro guardián. Me refiero a que bajo su vigilancia me sentí segura, pero la persona que escribe esto no es la persona que se acurrucaba en tarimas enmoquetadas dentro de aulas oscuras. El mundo no estaba dividido entonces como lo está ahora. Diez días después, la última noche del curso, entraría en lo que he considerado desde entonces como mi verdadero vecindario, una tierra subdividida donde cada parcela está delimitada y tiene un nombre. Hay de dos clases: las seguras y las que no lo son.

La carga de ser padre o madre de una víctima de violación pesó mucho sobre mis padres durante el verano de 1981. La pregunta inmediata que se cernía sobre ellos era qué hacer conmigo. ¿adónde debería ir? ¿Dónde me harían menos daño? ¿Cabía considerar siquiera que volviera a Syracuse?

La opción más hablada fue el Immaculata College.

Era demasiado tarde para que me matriculara en cualquier universidad normal, que ya había cerrado las admisiones tanto a los alumnos nuevos como a los trasladados para el siguiente año. Pero mi madre estaba segura de que en Immaculata me aceptarían. Era una universidad católica de chicas, y la mayor ventaja, según ella, sería que podría vivir en casa. Cada día mi madre o mi padre me llevarían en coche los ocho kilómetros por la carretera 30 y me recogerían cuando terminaran las clases.

Las prioridades de mis padres eran mi seguridad y que no perdiera un año de universidad. Hice lo posible por escuchar a mi madre. Mi padre estaba tan visiblemente desalentado por ese plan que apenas podía dar su aprobación (sólo que no tenía otra opción). Yo desde el principio vi el Immaculata College como una sola cosa. Una prisión. Iría allí por una sola razón: me habían violado.

También era ridículo. ¡La idea de que yo, precisamente yo, fuera a una universidad religiosa!, decía a mis padres. Había tenido discusiones teóricas con el diácono de nuestra iglesia, leído cualquier relato obscuro que había caído en mis manos e imitado los sermones del padre Breuninger, para regocijo de mi familia y del mismo padre Breuninger. Creo que el Immaculata College y la amenaza que entrañaba me inspiraron, más que ninguna otra cosa, para encontrar un argumento irrefutable.

Quería volver a Syracuse, dije, porque el violador ya me había arrebatado demasiadas cosas. No iba a permitir que me arrebatara nada más. Si volvía a casa y vivía en mi habitación, nunca sabría cómo habría sido mi vida.

Además, me habían admitido en un taller de poesía que dirigía Tess Gallagher y en un taller de narrativa que dirigía Tobias Wolff. Si no volvía, me vería privada de esas dos oportunidades. Mis padres sabían que si algo me importaba eran las palabras. Nadie de la categoría de Gallagher o Wolff daría clases en Immaculata. En esa universidad no había talleres de creación literaria.

De modo que me dejaron volver. Mi madre todavía habla de ello como una de las cosas más difíciles que ha tenido que hacer nunca, mucho más que cualquier largo trayecto en coche cruzando muchos puentes e innumerables túneles.

Eso no quiere decir que yo no estuviera asustada. Lo estaba. Lo mismo que mis padres. Pero tratamos de sortear los peligros. Me mantendría bien lejos del parque, y mi padre telefonaría y escribiría cartas para conseguirme una habitación individual en Haven Hall, la residencia femenina. Me instalarían un teléfono privado en la habitación. Pediría a los guardas de seguridad que me escoltaran por el campus si tenía que cruzarlo después del anochecer. No iría sola a Marshall Street pasadas las cinco de la tarde, ni me entretendría por ahí. Me mantendría lejos de los bares de estudiantes. No parecía la libertad que se suponía que prometía la universidad, pero yo no era libre. Lo había aprendido, como mi madre decía que lo había aprendido todo, de la peor manera.

Haven Hall tenía buena reputación. Grande y circular, erigida sobre una base de hormigón, destacaba entre los demás edificios cuadrados o rectangulares que componían las residencias de la colina. El refectorio, donde se comía mejor que en muchos otros, estaba construido sobre una plataforma.

Pero la reputación de Haven, que se extendía por todo el campus, no se debía ni a su extraña arquitectura ni a la buena comida, sino a las chicas que se alojaban en ella. Corría el rumor de que en las habitaciones individuales de Haven Hall sólo vivían chicas vírgenes y amantes de los caballos (es decir, lesbianas). No tardé en averiguar que las etiquetas «reprimidas y tortilleras» abarcaban una gran variedad de bichos raros femeninos. En Haven había chicas vírgenes y lesbianas, es cierto, pero también deportistas con beca, niñas de papá, extranjeras y miembros de una minoría. También había profesionales: estudiantes que viajaban mucho y tenían cosas como un contrato comercial con Chap Stick que requería volar a los Alpes suizos algún que otro fin de semana al azar. Había hijas de famosos de poca monta y putillas en proceso de reformarse. Estudiantes mayores o procedentes de otras universidades, y chicas que por diversas razones no se adaptaban.

No era un lugar particularmente acogedor. No recuerdo quién había en la habitación de al lado. La chica del otro —una israelí de Queens que iba a la Escuela de Comunicaciones S. I. Newhouse y practicaba a todas horas su voz de locutora de radio— no era amiga mía. Mary Alice y las chicas del primer año, Tree, Diane, Nancy y Linda, vivían todas en Kimmel Hall, asociada a Marion.

Me instalé en Haven, me despedí de mis padres y me quedé en mi habitación. Al día siguiente crucé la calle de Haven hasta Kimmel con la piel en llamas. Miraba a todo el mundo, buscándolo a Él.

Kimmel era una residencia de segundo año y muchos de los estudiantes de Marión habían acabado en ella, de modo que conocía a la mayoría de los chicos y chicas que vivían allí. Ellos también me conocían. Cuando me vieron, fue como si hubieran visto a un fantasma. Nadie esperaba que yo volviera al campus. El hecho de que lo hiciera me hacía aún más rara. De alguna manera mi regreso los autorizaba a juzgarme: al fin y al cabo, ¿no me lo estaba buscando al volver?

En el vestíbulo de Kimmel me encontré con dos chicos que habían vivido el año anterior en el piso de abajo. Al verme se pararon en seco, pero no hablaron. Yo bajé la vista, me detuve delante del ascensor y pulsé el botón. Entraron otros cuantos chicos por la puerta principal y los saludaron. Yo no me moví, pero cuando llegó el ascensor, entré en él y me volví. Ví a los cinco chicos allí parados, mirándome fijamente. Podía oírlos sin necesidad de quedarme por allí: «Ésa es la chica a la que violaron el último día de clase», diría uno de los chicos que me conocía. Qué más dijeron y qué se preguntaron preferí no imaginármelo. Ya tenía bastantes problemas sólo para caminar y entrar en ascensores.

El segundo piso era sólo de chicas, de modo que pensé que lo peor se había acabado. Me equivoqué. En cuanto salí del ascensor alguien corrió hacia mí, una chica a la que yo apenas conocía del primer año.

—Oh, Alice —dijo con voz sensiblera. Me cogió la mano sin pedirme permiso y la sostuvo entre

las tuyas—. Has vuelto.

—Sí —dije sin apartarme y mirándola. Recordé que le había prestado la pasta de dientes una vez en el cuarto de baño.

¿Cómo puedo describir su mirada? Irradiaba compasión y al mismo tiempo estaba emocionada de hablar conmigo. Sostenía la mano a la chica a la que habían violado el último día del primer año.

—Creía que no volverías —dijo.

Yo quería recuperar mi mano.

El ascensor había bajado y vuelto a subir. Salieron de él un montón de chicas.

—Mary Beth —dijo la chica que estaba conmigo—. Mary Beth, ven.

Una chica poco agraciada a quien no reconocí se acercó.

—Ésta es Alice; vivía en el mismo pasillo que yo el año pasado.

Mary Beth parpadeó.

¿Por qué no me fui? ¿Por qué no seguí andando por el pasillo y huí de allí? No lo sé. Creo que estaba demasiado perpleja. Entendía un lenguaje del que nunca había aprendido las claves. «Ésta es Alice» se traducía como «La chica de la que te hablé, ya sabes, a la que violaron». El parpadeo de Mary Beth me lo dijo, si no lo hubiese hecho su siguiente comentario.

—Uf —dijo la chica poco agraciada—. Sue me lo ha contado todo.

Mary Alice interrumpió esta conversación cuando salió de su habitación y me vio. A causa de su belleza, la gente a menudo la tomaba por esnob si no se desvivía por ellos. Pero, en un momento así, aquello era una ventaja para mí. Seguía enamorada de ella y ahora mi adulación comprendía todo lo que ella era y yo ya no era: valiente, llena de fe, inocente.

Me llevó a su habitación, que compartía con Tree. Allí estaban todas las chicas del primer año menos Nancy. Tree lo intentó conmigo, pero nunca nos recuperamos de ese momento en la ducha después de la violación. Yo me sentía incómoda. Luego estaba Diane, quien tomaba de tal modo a Mary Alice como modelo —imitando su lenguaje y tratando de competir con ella tramando planes tontos— que no me inspiraba confianza. Me saludó amable aunque con ansiedad, y observó a nuestro mutuo ídolo en busca de pistas. Linda se quedó junto a la ventana. Me había caído bien el año anterior. Musculosa y bronceada, tenía el pelo negro muy corto y rizado. Me gustaba verla como la versión deportista de mí misma, una intrusa que caía bien porque tenía algo que la distinguía del grupo. Era una atleta de primera; yo, un bicho raro, con la dosis justa de rareza para encajar.

Tal vez era una especie de sentimiento de culpabilidad al recordar que se había desmayado lo que explicaba su incapacidad para sostenerme mucho rato la mirada. No me acuerdo quién fue, o cómo salió a colación, pero alguien me preguntó ese día por qué había vuelto.

Fue agresivo. El tono con que me lo preguntaron daba a entender que al decidir volver me había equivocado, había hecho algo anormal. Mary Alice lo captó y no le gustó. Dijo algo brusco y amable como «Porque está en su derecho, joder», y salimos de la habitación. Me consideré afortunada por tener a Mary Alice y no me detuve a contar mis pérdidas. Había vuelto a la universidad. Tenía clases a las que asistir.

Algunas primeras impresiones son indelebles, como la que me produjo Tess Gallagher. Me había apuntado a dos de sus clases: el taller de poesía y un curso general de literatura de segundo curso. El

curso general era a las ocho y media de la mañana dos días a la semana, una hora no muy popular.

Entró y se acercó a grandes zancadas a la parte delantera del aula. Sentada al fondo, yo la sometí a la evaluación ritual del primer día. Me alegré de que no fuera una pieza de museo. Tenía el pelo castaño y largo, recogido con peinetas cerca de las sienes. Era un indicio de humanidad. Pero lo más llamativo eran sus cejas arqueadas y sus labios con forma de arco de Cupido.

Capté todo aquello mientras ella guardaba silencio delante de la clase y esperaba a que los rezagados se sentaran y las cremalleras de las carteras se abrieran y cerraran. Yo tenía el bolígrafo listo, el cuaderno abierto.

Se puso a cantar.

Cantó una balada irlandesa *a capella*. Su voz era a la vez vigorosa e insegura. Sostuvo valerosamente algunas notas y nosotros nos quedamos mirándola fijamente. Se la veía feliz y al mismo tiempo melancólica.

Terminó. Nosotros estábamos atónitos. No creo que nadie dijera nada, no hubo preguntas estúpidas sobre si se habían equivocado de clase. Por primera vez desde que había vuelto a Syracuse se me llenó el corazón. Estaba sentada en presencia de algo extraordinario; aquella balada corroboraba mi decisión de volver.

—Bien —dijo ella, mirándonos profundamente—, si yo puedo cantar una balada *a capella* a las ocho y media de la mañana, vosotros podéis llegar a clase puntuales. Si creéis que es superior a vuestras fuerzas, abandonad.

«¡Sí! —dije para mí—. ¡Sí!».

Ella nos habló de sí misma. Su propia obra como poetisa, su temprano matrimonio, su amor por Irlanda, su participación en las protestas contra la guerra de Vietnam, sus lentos progresos hasta convertirse en poetisa. Yo estaba extasiada.

Terminó la clase pidiéndonos que leyéramos la *Norton Anthology* para la siguiente clase y salió del aula mientras los alumnos recogían sus bártulos.

—Mierda —dijo un chico que llevaba una camiseta de L. L. Bean a su compañera con una de $\Delta\theta\Sigma$ —. Yo me rajo. Esa tía está pirada.

Recogí mis libros con la lista de lecturas de Gallagher encima. Además de la *Norton* de segundo año, recomendaba once libros de poesía que podíamos comprar en una librería que había fuera del campus. Eufórica por la impresión que me había causado y con tiempo disponible antes de mi primer taller de narrativa con Wolff, me compré un té debajo de la capilla y crucé el patio interior. Fuera hacía sol, y yo pensaba en Gallagher e imaginaba a Wolff. Me gustaba el título de uno de los libros que ella había puesto en la lista: *In a White Light* de Michael Burkard. Pensando en él y leyendo el *Norton* mientras caminaba, me encontré con Al Tripodi.

Yo no conocía a Al Tripodi. Como ocurría cada vez más a menudo, él sí me conocía.

—Has vuelto —dijo. Y, adelantándose dos pasos, me abrazó.

—Perdona, pero no te conozco —dije yo.

—Ah, sí, por supuesto —respondió él—. Es que me alegro mucho de verte.

Me había dado un susto, pero se alegraba sinceramente. Lo veía en sus ojos. Era un estudiante mayor que se estaba quedando calvo y tenía un exuberante bigote que rivalizaba con sus ojos azules

para llamar la atención. De cara tal vez aparentaba más años. Las arrugas y surcos que había en ella me recordaban las que vi más tarde en hombres aficionados a hacer motocross sin casco.

Resultó que tenía algo que ver con la seguridad del campus y estuvo por allí la noche que me violaron. Me sentí incómoda y al descubierto, pero me cayó bien.

También me indigné. Era imposible escapar. Empecé a preguntarme cuánta gente lo sabía, hasta dónde se había divulgado la noticia y quién la había divulgado. Mi violación había salido en el periódico local, pero no mencionaron mi nombre, sólo «una estudiante de Syracuse». Sin embargo, me dije que mi edad, e incluso el nombre de mi residencia, seguían siendo uno entre cincuenta. Tal vez ingenuamente no había sabido que cada día tendría que enfrentarme a la pregunta: ¿Quién lo sabía y quién no?

Pero no puedes controlar una historia y la mía era buena. La gente, hasta la que era respetuosa por naturaleza, se había sentido envalentonada a contarla porque había asumido que yo nunca decidiría volver. La policía había archivado el caso en cuanto me fui de la ciudad; mis amigos, excepto Mary Alice, habían hecho lo mismo. Como por arte de magia me había convertido en una historia, no en una persona, y una historia es propiedad del que la cuenta.

Recuerdo a Al Tripodi porque él no me vio sólo como «la víctima de la violación». Fue algo en su mirada: no puso distancia entre los dos. Con el tiempo desarrollé un mecanismo detector que lo registraba inmediatamente. ¿Esta persona me ve a mí o a la violación? Al final del año llegué a saber la respuesta a aquella pregunta, o eso creí. Al menos mejoré en ello. A menudo, porque era demasiado doloroso, optaba por no preguntármelo. En aquellos intercambios, en los que desconectaba para poder pedir un café o tomar prestado un bolígrafo, aprendí a cerrar una parte de mí misma. Nunca supe exactamente cómo me había relacionado la gente con lo que había leído en el periódico o con los rumores que habían llegado de la residencia Marion. A veces oía hablar de mí. Me contaban mi propia historia. «¿Has vivido en Marion? —me preguntaban—. ¿Conociste a aquella chica?». A veces escuchaba para ver qué sabían, cómo el juego del teléfono había traducido mi vida. A veces los miraba a los ojos y decía: «Sí, esa chica era yo».

En clase, Tess Gallagher me tenía muy ocupada escribiendo. Anoté en mi cuaderno que debería estar escribiendo «poemas llenos de significado». Que lo que esperaba Gallagher de nosotros era que abordáramos los temas más difíciles, que fuéramos ambiciosos. Era exigente. Nos hacía memorizar y recitar, porque a ella se lo habían hecho hacer de estudiante, un poema a la semana. Nos hacía leer y comprender formas, analizar versos, nos mandaba escribir una villanela y una sextina. Sacudiéndonos, adoptando un enfoque riguroso, esperaba tanto alentarnos a escribir poemas llenos de significado como hacernos romper con la idea de que fingir abatimiento era crear poesía. Llegamos a saber enseguida lo que irritaría a Gallagher. Cuando Raphael, que tenía una barbita de chivo y un bigote engominado, dijo que no tenía ningún poema que entregar porque se sentía feliz y sólo podía escribir cuando estaba deprimido, Gallagher apretó sus labios en forma de arco de Cupido, enarcó sus cejas ya prodigiosamente arqueadas y dijo:

—La poesía no es una actitud. Exige esfuerzo.

Yo no había escrito nada sobre mi violación excepto en mi diario en forma de cartas dirigidas a mí misma. Decidí escribir un poema.

Era malísimo. Tal como lo recuerdo ahora, tenía cinco páginas de extensión y la violación era una metáfora confusa que yo trataba de contener dentro de un escollo de palabras que pretendían tratar de la sociedad, la violencia y la diferencia entre la televisión y la realidad. Sabía que no era lo mejor que había escrito, pero pensé que me hacía parecer lista, capaz de escribir poemas llenos de significado pero también estructurados (¡lo había dividido en cuatro partes utilizando números romanos!).

Gallagher fue amable. Yo no había entregado el poema para trabajarlo en clase, de modo que me reuní con ella en su despacho para hablar de él. Su despacho, como el de Tobias Wolff al otro lado del pasillo, era pequeño y estaba atestado de libros y material de consulta, pero si Wolff daba la impresión de no haber acabado de instalarse en él, Gallagher parecía que llevaba años en el suyo. Hacía calor. Tenía un tazón de té en el escritorio. En el respaldo de su silla había un chal de seda chino de colores, y ese día llevaba su pelo largo y ondulado sujeto con peinetas cubiertas de lentejuelas.

—Hablemos del poema que me has entregado, Alice —dijo.

Y no sé muy bien cómo, pero terminé contándole mi historia. Ella escuchó. No se quedó boquiabierta ni escandalizada, ni siquiera pareció asustarle que me convirtiera en una carga. No se mostró ni maternal ni pedagógica, aunque fue ambas cosas a la vez. Actuó con naturalidad, asentía con la cabeza. Escuchaba el dolor de mis palabras, no la explicación en sí. Intuyó lo que tenía significado para mí, lo que era más importante, lo que, en aquella confusa masa de experiencia y anhelos que percibió en mi voz, podía seleccionar para devolvérmelo.

—¿Han cogido a ese tipo? —preguntó después de escucharme un rato.

—No.

—Tengo una idea, Alice —dijo—. ¿Qué tal si empiezas un poema con este verso? —Y escribió: «Si te cogieran...».

*Si te cogieran
el tiempo suficiente para que yo
te volviera a ver la cara,
tal vez sabría
cómo te llamas.*

*Podría dejar de llamarte «el violador».
y empezar a llamarte John, Luke o Paul.
Quiero hacer mi odio grande y total.
Si te encontraran, cogería
esos huevos sólidos y rojos, y los partiría
en dos, a la vista de todos.*

*Ya he pensado qué haría
para darte una muerte placentera, un final lento, dulce.*

*En primer lugar,
me ensañaría a patadas contigo
y te observaría mientras desbordaban
tus vísceras sanguinolentas.
A continuación,
te cortarí la lengua,
no podrías maldecir, ni gritar.
Sólo una mueca de dolor hablaría
por ti, dejando ver tu espesa ignorancia.*

*En tercer lugar,
¿debería arrancarte esos
ojos de ternero degollado con los trozos de cristal sobre los que
hiciste que me tumbara? ¿O debería dispararte con un arma
a la rodilla, donde dicen
que la rótula se astilla inmediatamente?*

*Te imagino en estos momentos,
quitándote con los dedos las legañas de
esos ojos ciegos y vivos mientras yo me levanto inquieta.
Necesito sentir la sangre de tu cuerpo
en las manos. Quiero matarte
con botas y pistolas y cristales.
Quiero joderte con cuchillos.*

*Ven a mí, ven a mí,
ven a morir y yace, a mi lado.*

Cuando terminé de escribir el poema temblaba. Estaba en mi habitación de Haven Hall. A pesar de sus fallos como poema, de sus rimas muy influenciadas por Plath o de lo que Gallagher llamó después «sobrecapacidad de exterminación», era la primera vez que me dirigía directamente a mi violador, que hablaba con él.

A Gallagher le entusiasmó.

—Esto era justo lo que necesitábamos —me dijo.

Había escrito un poema importante, dijo, y quería que lo trabajáramos en clase. Eso significaba sentarse en un aula con catorce desconocidos —uno de los cuales resultó ser Al Tripodi— y decirles básicamente que me habían violado. Alentada por Gallagher, pero todavía asustada, accedí a

hacerlo. Me preocupó el título. Al final tomé una decisión: «Convicción».

Repartí mi poema por la clase y luego, como hacíamos siempre, lo leí en voz alta a mis compañeros. Sentí que me acaloraba mientras lo hacía. Me puse colorada, sentí cómo la sangre me afluía a la cara y noté un hormigueo en la parte superior de las orejas y las puntas de los dedos. Notaba la presencia de mis compañeros a mi alrededor. Estaban absortos. Me miraban fijamente.

Cuando terminé, Gallagher me hizo volver a leerlo. Antes de pedírmelo, dijo a la clase que esperaba que todos lo comentaran. Volví a leerlo, y esta vez fue como una tortura, una repetición de algo que ya había sido bastante duro la primera vez. Todavía me pregunto por qué Gallagher insistió tanto en comentarlo en clase y en que cada estudiante —no era lo habitual— explicara la reacción que le había provocado. En su opinión, era un poema importante porque trataba de un tema importante. Tal vez al actuar de aquel modo quería subrayarlo no sólo a la clase, sino también a mí.

Pero a casi todos mis compañeros les costó mirarme a los ojos.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Gallagher. Fue directa. Con su ejemplo estaba diciendo a la clase: «Esto es lo que hacemos aquí».

La mayoría de los alumnos se mostraron cohibidos. Enterraron su reacción bajo palabras como «valiente», «importante», «osado». Un par de ellos se enfadaron por tener que responder, creían que el poema, junto con la amonestación de Gallagher para que participaran, era una agresión por mi parte y por la de ella.

—No sientes eso en realidad, ¿verdad? —me preguntó Al Tripodi.

Me miraba fijamente. Pensé en mi padre. De pronto no había nadie más en la habitación.

—¿Eso?

—No quieres pegarle un tiro a las rodillas y hacer eso otro con cuchillos. No puedes sentirte así.

—Pues lo hago —dije—. Quiero matarle.

El aula se quedó en silencio. Sólo faltaba por hablar Maria Flores, una chica latina callada. Cuando Gallagher le dijo que era su turno, pasó. Gallagher insistió. Maria respondió que no podía. Gallagher dijo que podía poner en orden sus pensamientos durante el descanso para hablar después.

—Tenemos que comentarlo todos —dijo—. Lo que Alice os ha dado es un regalo. Creo que es importante que todos os deis cuenta de ello y le respondáis. Al hablar os estáis uniendo a ella.

Hicimos un descanso. Al Tripodi me interrogó más en el vestíbulo de piedra cerca de la vitrina donde había publicaciones del profesorado y premios en polvorientos estantes de cristal. Bajé la vista hacia los gusanos muertos que se habían quedado atrapados.

Él no podía entender cómo yo había podido escribir aquellas palabras.

—Le odio —dije.

—Eres guapa.

Enfrentada a eso por primera vez, no reconocí algo que volvería a encontrarme una y otra vez. No podías estar llena de odio y ser guapa. Como cualquier chica, yo quería ser guapa. Pero estaba llena de odio. ¿Cómo podía ser ambas cosas para Al Tripodi?

Le hablé de un sueño recurrente que había tenido últimamente. Una fantasía. De alguna manera,

no estaba segura cómo, lograba coger al violador y hacerle todo lo que quería.

—Le haría todas esas cosas que decía en mi poema —le dije a Tripodi—, y peores.

—¿Y qué ganarías con eso? —preguntó él.

—Venganza —respondí—. Tú no lo entiendes.

—Supongo que no. Te compadezco.

Escudriñé los bichos muertos que yacían boca arriba, cómo las patas se doblaban hacia atrás formando ángulos agudos, cómo las antenas caían en frágiles arcos inmóviles como pestañas humanas perdidas. Tripodi no lo vio porque yo no moví un solo músculo, pero mi cuerpo era un muro de llamas. No aceptaba la compasión, de nadie.

Maria Flores no volvió a la clase. Yo me indigné. No eran capaces de afrontarlo, pensé, y aquello me puso furiosa. Sabía que no era guapa, y en presencia de Gallagher, tres horas aquel día, no tenía que preocuparme por serlo. Al escribir aquel primer verso, al comentar el poema en clase, ella me había dado permiso: podía odiar.

Exactamente una semana después, *Si te cogieran* de Gallagher resultaría demasiado profético. El 5 de octubre me encontré con mi violador por la calle. Al final de aquella noche pude dejar de llamarlo «el violador» y empezar a llamarlo Gregory Madison.

Aquel día tenía clase con Tobias Wolff.

Wolff, a quien conocí el mismo día que a Gallagher, no me convenció tanto como ella. Era un hombre, y en aquella época los hombres tenían que sorprenderme aun antes de que yo considerara la posibilidad de fiarme de ellos. No era un actor. Dejó claro que su personalidad no era lo que estaba en cuestión, sino la ficción. Y yo, que había decidido ser poetisa y me había aventurado a apuntarme a aquel taller de narrativa, decidí esperar a ver qué pasaba. Era la única alumna de segundo año en la clase de Wolff y la única que vestía de forma estafalaria. Los escritores de ficción llevaban mucho almidón y ropa vaquera, camisas con el logo de algún equipo deportivo o de cuadros escoceses. Los poetas, en cambio, se dejaban llevar por la imaginación. Eran, desde luego, incapaces de llevar camisas con el logo de un equipo deportivo. Yo me veía como una poetisa. Tobias Wolff, con su actitud militar y su análisis demasiado directo de una historia, no era santo de mi devoción.

Antes de clase necesitaba comer algo. Fui de Haven a Marshall Street. Llevaba un mes en Syracuse y había empezado a hacer rápidos viajes a Marshall Street, como hacía todo el mundo, para comer algo o comprar material. Había una tienda que me gustaba. La llevaba un palestino de unos sesenta años que a menudo contaba historias y decía «Que tenga un buen día» con un énfasis que me daba a entender que era sincero.

Caminaba por la calle cuando vi, más adelante, a un hombre negro hablar con un tipo blanco de aspecto sospechoso. El tipo blanco estaba en un callejón y hablaba por encima de la cerca. Tenía el pelo castaño hasta los hombros y barba de varios días, y llevaba una camiseta blanca con las mangas subidas para acentuar sus pequeños bíceps. Al negro sólo lo veía de espaldas, pero me puse en guardia. Repasé mi lista de control: estatura correcta, complexión correcta, algo en su postura, el hecho de que hablara con un individuo de aspecto sospechoso. «¡Cruza la calle!».

Lo hice. Crucé la calle y recorrí la distancia que me separaba de la tienda. No miré atrás. Volví a cruzar la calle y entré directamente en la tienda. El tiempo transcurrió más despacio allí. Recuerdo cosas con una nitidez inusitada. Sabía que tenía que volver a salir a la calle y traté de calmarme. Dentro de la tienda cogí un yogur de melocotón y un refresco Teem, dos productos que, si me conocieras, revelaban mi falta de serenidad. Cuando el palestino los marcó en la caja registradora lo hizo de manera brusca y apresurada. No hubo un «Que tenga un buen día».

Salí de la tienda, volví a cruzar a la otra acera para sentirme segura y lancé una rápida mirada al callejón. Los dos hombres se habían ido. También vi a un policía a mi derecha, en el mismo lado de la calle en el que yo estaba. Se bajaba de su coche patrulla. Era muy alto, medía más de metro ochenta, tenía el pelo color zanahoria y llevaba bigote. No parecía tener prisa. Miré alrededor y decidí que estaba fuera de peligro. Sólo había sido una reacción más intensa de lo habitual al miedo que sentía a la proximidad de ciertos hombres negros desde mi violación. Consulté la hora y apresuré el paso. No quería llegar tarde al taller de Wolff.

Entonces, como salido de la nada, vi a mi violador caminar hacia mí. Cruzó la calle en diagonal desde la otra acera. Yo no dejé de andar. Tampoco grité.

Él sonrió al acercarse. Me había reconocido. Era un paseo por el parque para él; se había encontrado a un conocido en la calle.

Yo lo conocía pero no podía hablar. Necesitaba todas mis fuerzas para convencerme de que no volvía a estar bajo su control.

—Eh, tú —dijo—. ¿No te conozco de algo? —Sonrió al recordar.

Yo no respondí. Lo miré a la cara. Supe que era la misma cara que había estado encima de mí en el túnel. Supe que había besado aquellos labios, mirado aquellos ojos, oído el olor a baya aplastada impregnado en su piel.

Estaba demasiado asustada para gritar. Había un policía detrás de mí, pero no podía gritar: «¡Ése es el hombre que me violó!». Eso sólo pasa en las películas. Me concentré en poner un pie delante del otro. Lo oí reír a mis espaldas, pero seguí andando.

Él no tenía miedo. Habían transcurrido casi seis meses desde que nos habíamos visto por última vez. Seis meses desde que yací debajo de él en un túnel sobre un lecho de cristales rotos. Se reía porque había salido impune, porque había violado a otras antes que a mí y volvería a hacerlo. Mi desconuelo era motivo de satisfacción para él. Caminaba tan campante por las calles.

Al final de la manzana doblé la esquina. Vi por encima del hombro cómo se acercaba al policía pelirrojo. Le dio conversación, tan convencido de estar fuera de peligro que, aun después de haberme visto, se sintió lo bastante cómodo como para bromear con el policía.

Nunca me pregunté por qué fui a decirle a Wolff que no podía ir a su clase. Era mi deber. Yo era alumna suya. Era la única estudiante de segundo año de su clase.

Entré en la Facultad de Idiomas, situada en lo alto de la colina, y consulté mi reloj. Tenía tiempo antes de la clase de Wolff para hacer dos llamadas desde el teléfono público de la planta baja. Llamé a Ken Childs, le expliqué lo que había ocurrido y le pedí que se reuniera conmigo en media hora en la biblioteca. Quería que hiciera un dibujo del violador, y Ken estudiaba Bellas Artes. En cuanto colgué, llamé a mis padres a cobro revertido.

Contestaron el teléfono los dos a la vez.

—Mamá, papá —dije—, os llamo desde la Facultad de Humanidades.

Mi madre a estas alturas reconocía cualquier temblor en mi voz.

—¿Qué pasa, Alice? —preguntó.

—Acabo de verlo, mamá.

—¿A quién? —preguntó mi padre, siempre rezagado.

—Al violador.

No recuerdo cómo reaccionaron. No podía esperar. Llamaba porque necesitaba decírselo, pero en cuanto lo hice no esperé, los inundé de información.

—Voy a decirle al profesor Wolff que no puedo asistir a su clase. He llamado a Ken Childs para que me acompañe a la residencia. Quiero hacer un dibujo.

—Llámanos cuando estés allí —dijo mi madre. De eso sí me acuerdo.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó mi padre.

No titubeé.

—Aún no —respondí, lo que implicaba que no era una pregunta que debía responderse con un sí o un no. Iba a llamarla. Seguiría adelante.

Subí la escalera hasta el aula donde dábamos la clase y me encontré con Wolff cuando se disponía a entrar en el despacho de Lengua y Literatura.

Mientras los demás alumnos entraban poco a poco, me acerqué a él.

—Profesor Wolff, ¿puedo hablar con usted? —dije.

—Es hora de clase. Hablaremos después.

—No puedo ir a clase, de eso precisamente quería hablarle.

Sabía que aquello no iba a gustarle, pero no sabía hasta qué punto iba a enfadarse. Empezó a decirme que era afortunada de estar en aquella clase y que faltar a una equivalía a perderme tres de otra asignatura. Todo aquello yo ya lo sabía. Por eso había caminado ciegamente hasta la Facultad de Humanidades en lugar de volver derecha a mi residencia.

Le pedí que me dedicara dos minutos. Que hablara conmigo en su despacho, no en el pasillo.

—Por favor —dije. Algo en mi manera de decirlo apeló a ese lugar en su interior que estaba más allá de las reglas formales del aula, que me constaba que él valoraba—. Por favor —repetí, y él respondió (seguía siendo una concesión) con un:

—Tendrá que ser breve.

Lo seguí por el corto pasillo, doblé la esquina detrás de él y esperé a que abriera con llave. Al mirar atrás, me cuesta creer la serenidad con que actué desde que vi al violador por la calle hasta aquel momento, en el despacho de Wolff, con la puerta cerrada. Ahora estaba con un hombre que sabía que no me iba a hacer daño. Por primera vez pensé que podía respirar. Él se sentó frente a mí mientras yo me quedaba de pie, luego me senté en la silla reservada para los alumnos.

Estallé.

—No puedo ir a clase porque acabo de ver al hombre que me violó. Tengo que llamar a la policía.

Recuerdo su cara, vividamente. Era padre. En ese momento yo sólo lo sabía vagamente. Tenía

hijos pequeños. Se acercó a mí con la intención de reconfortarme, pero luego, instintivamente, retrocedió. Yo era una víctima de violación: ¿cómo iba a interpretar que él me tocara? Su cara se transformó con una expresión de total confusión, la que uno siente cuando no hay nada en este mundo que pueda hacer para que algo mejore.

Me preguntó si quería que llamara a alguien, si sabía cómo volver a mi residencia, si podía hacer algo. Le dije que había llamado a un amigo para que se reuniera conmigo en la biblioteca y me acompañara a la residencia, desde donde llamaría a la policía.

Wolff salió conmigo al pasillo. Antes de dejarme marchar —yo ya estaba concentrándome en poner un pie delante del otro, pensando en la llamada que tenía que hacer a la policía y repitiendo mentalmente una y otra vez «chaqueta granate, téjanos azules recogidos, zapatillas deportivas Converse All-Star»—, me detuvo y me puso las manos en los hombros.

Me miró y, cuando estuvo seguro de que le prestaba atención, habló:

—Van a pasar muchas cosas, Alice, y puede que esto no tenga mucho sentido para ti en estos momentos, pero escucha. Intenta, si puedes, recordarlo todo.

Tengo que contenerme para no escribir en mayúsculas esas dos palabras. Ésa era la intención de Wolff, imprimirlas en mayúsculas, para que resonaran y me encontraran en algún momento en el futuro, tomara el camino que tomase. Hacía dos semanas que me conocía. Yo tenía diecinueve años, asistía a su clase y dibujaba flores en mis téjanos. Había escrito una historia sobre unos maniqués que cobraban vida y se vengaban de las costureras.

De modo que fue un grito lanzado desde muy lejos. Él sabía, como descubrí más tarde cuando entré en Doubleday de la Quinta Avenida de Nueva York y me compré *Vida de este chico*, donde contaba su propia historia, que la memoria podía salvar, que tenía poder, que a menudo era el único recurso de los impotentes, los oprimidos o los maltratados. El camino hasta la biblioteca, sólo doscientos metros desde la parte delantera del patio interior y cruzar la calle frente a la Facultad de Idiomas, lo recorrí mecánicamente. Me convertí en un robot. Creo que así es como patrullan los hombres en tiempos de guerra, una vez que han aprendido a reconocer un movimiento o una amenaza. El patio interior no es el patio sino un campo de batalla donde el enemigo está vivo y se esconde. Espera para atacar en cuanto bajas la guardia. La respuesta: nunca la bajas, ni un segundo.

Con los nervios casi a flor de piel, llegué a la biblioteca Bird. Aunque seguía en estado de alerta, allí me permití respirar. Crucé la luz fluorescente. Era el comienzo del semestre y había poca gente en la biblioteca; la poca con la que me crucé ni siquiera la miré. No quería toparme con la mirada de nadie.

No fui capaz de esperar a Ken; estaba demasiado asustada para detenerme. Seguí andando. Bird estaba construida de tal modo que, al cruzar el edificio, se salía al otro lado de la manzana, en tierra de nadie. Era una calle de viejas casas de estructura de madera, la mayoría de ellas ocupadas por fraternidades masculinas y femeninas, pero ya no era el santificado patio interior. Las farolas eran más escasas, y durante el tiempo que había tardado en andar desde Marshall Street hasta allí para decir a Wolff que no iba a poder ir a su taller, se había hecho más oscuro. Yo sólo tenía un objetivo: volver a mi residencia sana y salva, y escribir cómo iba vestido, describir con detalle las facciones de su cara.

Llegué allí. No recuerdo haber visto a nadie. Si lo hice, pasé por su lado sin decir nada. Una vez en mi pequeña habitación individual telefoneé a la policía. Expliqué mi situación. Me habían violado en mayo, dije, estaba de nuevo en el campus y había visto a mi agresor. ¿Podían venir?

Luego me senté en la cama e hice un dibujo. Había escrito los detalles. Empezaba por el pelo y continuaba con la estatura, constitución, nariz, ojos, boca. Seguían comentarios sobre la estructura de la cabeza: «Cuello corto. Cabeza pequeña pero compacta. Mandíbula cuadrada. Pelo echado ligeramente hacia delante». Y la piel: «Muy oscura, pero no negra». Al final de la hoja, en la esquina izquierda, lo dibujé y al lado anoté su ropa: «Chaqueta granate, estilo cazadora pero de plumón. Téjanos azules. Zapatillas de deporte blancas».

Luego apareció Ken. Estaba sin aliento y nervioso. Era un chico menudo y frágil, el año anterior lo había comparado románticamente con un David diminuto. Hasta la fecha no había mostrado mucha habilidad para sobrellevar mi situación. En verano me había escrito una vez. Explicaba, y en aquel momento lo acepté, que había reinventado lo que me había ocurrido para que no le doliera tanto. «He decidido que es como una pierna rota y, al igual que una pierna rota, se curará».

Ken trató de mejorar mi dibujo, pero estaba demasiado nervioso, le temblaban las manos. Sentado en la cama me pareció muy pequeño y asustado. Decidí que era un cuerpo caliente que me conocía, que tenía buenas intenciones. Eso tendría que bastar. Hizo varios intentos de dibujar la cabeza del violador.

Se oyeron ruidos en el pasillo. Walkie-talkies a todo volumen para hacerse notar, ruido de pasos pesados. Unos puños aporrearon la puerta y abrí mientras las chicas salían al pasillo.

Seguridad de la Universidad de Syracuse. Les había avisado la policía. Se cuadraron, eso fue lo horrible. Dos de ellos eran muy corpulentos y, en mi diminuto estudio, su tamaño se acentuaba.

Al cabo de unos segundos llegó la policía de Syracuse. Tres agentes. Alguien cerró la puerta. Yo volví a contar mi historia y hubo una pequeña discusión sobre quién tenía jurisdicción. El tipo de Seguridad de la Universidad de Syracuse parecía profundamente decepcionado de que, dado que el incidente había ocurrido en Thorden Park y el encuentro había tenido lugar en Marshall Street, fuera claramente competencia de la ciudad de Syracuse, y no del campus. Desde un punto de vista profesional aquello les daba prestigio, pero esa noche no eran tanto representantes de la universidad como cazadores tras un rastro fresco.

La policía miró mis dibujos y el de Ken. Se refirieron a Ken repetidas veces como mi novio, a pesar de que yo cada vez los corregí. Lo miraron con recelo. Con su nerviosismo y su constitución ligera, destacaba como un bicho raro en una habitación atestada de hombres corpulentos armados con pistolas y porras.

—¿Cuánto tiempo hace que has visto al sospechoso?

Respondí.

Ellos decidieron que, puesto que yo no había dado muestras de reconocerlo, todavía había una posibilidad de que el violador merodeara por Marshall Street.

Dos de los policías cogieron mi dibujo, dejaron el de Ken.

—Haremos copias y enviaremos un boletín para que lo busquen. Cada coche patrulla tendrá una copia hasta que lo encontremos —dijo uno de ellos.

Mientras se preparaban para irse, Ken preguntó:

—¿Hace falta que vaya yo?

Las miradas de la policía debieron de taladrarlo. Vino.

Escortados por seis hombres uniformados, salimos del edificio. Ken y yo subimos a la parte trasera de un coche patrulla en el que había un agente sentado al volante. No recuerdo cómo se llamaba, sólo su cólera.

—Vamos a coger a ese canalla —dijo—. La violación es uno de los peores delitos. Lo va a pagar caro.

Puso en marcha el coche y conectó la sirena. Bajamos con estruendo por Marshall Street, que estaba a sólo unas manzanas de distancia.

—Tú mira bien —me dijo el agente. Conducía el coche patrulla con una brusquedad que más tarde reconocería en los taxistas de Nueva York.

Ken estaba arrellanado a mi lado en el asiento. Dijo que las luces le daban dolor de cabeza y se protegió los ojos. Yo miraba por la ventanilla. Mientras recorríamos un par de veces Marshall Street el agente me habló de su sobrina de diecisiete años, una chica inocente. La habían violado un grupo de hombres. «Arruinada». Sacó la porra y empezó a golpear con ella el asiento vacío. Ken hacía una mueca a cada golpe. Convencida desde el principio de que aquella misión era probablemente inútil, empecé a asustarme por lo que aquel policía pudiera hacer.

No veía al violador por ninguna parte, y así se lo dije. Propuse que volviéramos a la comisaría para que pudiera mirar las fotos del archivo de la policía. Pero aquel agente estaba decidido a desahogarse. Frenó bruscamente al final de Marshall Street.

—Allí, allí —dijo—. ¿Qué hay de esos tres?

Miré y supe inmediatamente la respuesta. Tres estudiantes negros. Se sabía por su forma de vestir. Además, eran altos, demasiado para que alguno de ellos fuera mi violador.

—No —dije—. Vámonos.

—Son camorristas —dijo—. Vosotros quedaos aquí.

Bajó apresuradamente del coche patrulla y salió tras ellos con la porra en la mano.

Ken empezó a sufrir un ataque de pánico con el que yo estaba familiarizada por mi madre. Respiraba con dificultad. Quería bajarse del coche.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

Intentó abrir la puerta. Se había cerrado automáticamente. Allí se sentaban tanto los criminales como sus víctimas.

—No lo sé. Esos tipos ni siquiera están cerca.

Las luces seguían encendidas sobre nuestras cabezas. La gente empezó a acercarse al coche patrulla para mirar dentro. Yo estaba furiosa con aquel hombre por habernos dejado allí. Estaba furiosa con Ken porque era un pelele. Sabía que no podía salir nada bueno de un hombre enfadado y cargado de adrenalina que quería vengar a su sobrina violada. Yo estaba en medio de todo ello y al mismo tiempo me daba cuenta de que no existía. Sólo era una catalizadora que hacía que la gente se sintiera nerviosa, culpable o furiosa. Estaba asustada, pero sobre todo estaba asqueada.

Quería que el agente volviera; me quedé sentada en el coche con Ken protestando a mi lado, puse

la cabeza entre las rodillas para que los que miraban dentro del coche se encontraran con «la espalda de la víctima» y escuché los ruidos que sabía que venían del callejón. Alguien está recibiendo una paliza, lo sabía sin sombra de duda. Y no era él.

El agente regresó. Se dejó caer bruscamente detrás del volante y golpeó la porra con fuerza contra la palma de su mano.

—Así aprenderán —dijo. Estaba sudado y eufórico.

—¿Qué han hecho? —se aventuró a preguntar Ken. Estaba horrorizado.

—Beber alcohol de un envase abierto. Y nunca repliques a un policía.

No me pasó por alto lo ocurrido en Marshall Street aquella noche. Todo estaba mal. Estaba mal que yo no pudiera caminar por un parque por la noche. Estaba mal que me violaran. Estaba mal que mi violador se creyera intocable o que, como estudiante de Syracuse, yo recibiera sin duda un trato mejor de la policía. Estaba mal que violaran a la sobrina de aquel agente. Estaba mal que él dijera que estaba arruinada. Estaba mal que pusiera las luces del coche patrulla y bajara por Marshall. Estaba mal que acosara, y tal vez hiciera daño físicamente, a tres chicos negros inocentes que iban por la calle.

No hay pero que valga, sólo lo siguiente: aquel agente vivía en mi planeta. Yo no encajaba en su mundo del mismo modo que nunca encajaría en el de Ken. No recuerdo si Ken pidió que lo dejáramos en su casa o si me acompañó a la comisaría. De todas formas, después de la búsqueda por Marshall Street lo aparté de mis pensamientos.

Llegamos al edificio de Seguridad Pública. Ya eran más de las ocho. Yo no había vuelto a la comisaría desde la noche de la agresión, pero esa noche la comisaría me pareció un lugar seguro. Me gustaba cómo los ascensores se abrían a una sala de espera al final de la cual había una enorme puerta que se cerraba automáticamente a nuestras espaldas. A través del cristal a prueba de balas veías el vestíbulo pero nadie podía acceder a ti.

El agente me hizo entrar y oí el silencio hidráulico, fluido, y el firme clic de la puerta detrás de nosotros. A nuestra izquierda estaba el mostrador de recepción. Había tres o cuatro hombres uniformados cerca, algunos con tazas de café. Al vernos entrar, se callaron y miraron al suelo. Sólo había dos clases de civiles: las víctimas y los delincuentes.

El agente que me acompañaba explicó al hombre del mostrador de recepción que yo era la víctima del caso de violación de la zona este y que estaba allí para mirar las fotos del archivo de la policía.

Me instaló en una pequeña habitación que había delante del mostrador de recepción. Dejó la puerta abierta y empezó a sacar grandes carpetas negras de los estantes que nos rodeaban. Seleccionó por lo menos cinco, cada una llena de fotos de tamaño carnet. Aquellas cinco carpetas eran sólo de hombres negros y de la edad aproximada que yo calculaba que tenía mi violador.

Parecía más bien un lugar para guardar aquellas carpetas antes que una habitación para que las víctimas se sentaran y estudiaran minuciosamente las fotos. Sólo había una vieja mesa metálica plegable, y yo tenía dificultades para sostener en equilibrio las carpetas en mis rodillas y encima de

la mesa, cuya ala cedía continuamente bajo su peso. Pero yo era buena estudiante cuando hacía falta y estudié aquellas carpetas, hoja por hoja. Vi seis fotos que me recordaron a mi violador, pero empezaba a creer que aquel procedimiento no iba a dar ningún fruto.

Uno de los agentes me trajo un café poco cargado pero todavía caliente. Fue un elemento cotidiano en un entorno por lo demás extraño.

—¿Qué tal? ¿Has visto algo? —preguntó.

—No —dije—, todas juntas se difuminan. No creo que esté aquí.

—Sigue intentándolo. Todavía lo tienes fresco en la memoria.

Iba por el final de la cuarta carpeta cuando llegó la llamada.

—Clapper acaba de telefonar —dijo el recepcionista al agente que estaba conmigo—. Conoce a nuestro hombre.

El agente me dejó sola en la habitación y salió al mostrador de recepción. Los policías uniformados que habían estado esperando órdenes lo rodearon. Escuché el diálogo a lo Abbott y Costello que siguió.

—Dice que es Madison —dijo el recepcionista.

—¿Qué Madison? —preguntó mi agente—. ¿Mark?

—No —dijo otro—, ése ya va a ir a juicio por un delito.

—¿Frank?

—No, Hanfy lo arrestó la semana pasada. Debe de ser Greg.

—Creía que ya estaba entre rejas.

Y así siguió. Recuerdo que uno de los hombres dijo que compadecía al viejo Madison, lo duro que era criar hijos solo.

Luego volvió el agente encargado de mí.

—Tengo que preguntarte algo —dijo—. ¿Estás preparada?

—Sí.

—Vuelve a describir al policía que viste.

Lo hice.

—¿Y dónde viste su coche?

Dije que estaba estacionado en el aparcamiento del Huntington Hall.

—Eureka —dijo—. Parece que tenemos a nuestro hombre.

Volvió a salir y yo cerré la carpeta de las fotos que estaba abierta encima de la mesa. De pronto no sabía qué hacer con las manos. Me temblaban. Las puse debajo de mis piernas y me senté sobre ellas. Me eché a llorar.

Unos minutos después oí al recepcionista decir:

—¡Aquí lo tenemos! —Y los que estaban detrás de la puerta cerrada lo celebraron.

Yo me levanté y busqué frenética un lugar donde esconderme. Escogí un rincón entre la pared y la puerta. Tenía la cara pegada a la estantería metálica en la que había carpetas con fotos de años anteriores.

—¡Enhorabuena, Clapper! —exclamó alguien, y yo respiré. ¿Quizá sólo era el agente sin mi violador?

—Tomaremos declaración a la víctima y luego presentaremos la orden de arresto —dijo alguien.

Sí, estaba a salvo. Pero seguía sin saber qué hacer. No me veía con fuerzas de reunirme con ellos. Yo era una víctima, no una persona normal. Me senté en la silla.

Los hombres de fuera estaban contentos. Daban palmadas al agente Clapper en la espalda y se mofaban de su pelo pelirrojo. Lo llamaron «larguirucho», «zanahoria» y «pardillo».

El asomó la cabeza por la puerta.

—Hola, Alice —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Sonreí de oreja a oreja.

—Sí.

—¿Si se acuerda de ti? —bromearon los hombres de fuera—. ¿Cómo iba a olvidarte? ¡Eres lo más parecido a Papá Noel!

Las cosas se calmaron. Hubo una llamada y dos de los hombres salieron para atenderla. El agente Clapper tuvo que ir a escribir un informe. El agente que me habían adjudicado me llevó de nuevo a la habitación donde yo había conocido al sargento Lorenz; faltaban tres días para que hiciera seis meses de aquello. Me tomó declaración, citando fragmentos enteros de la detallada descripción que yo había escrito.

—¿Estás preparada para esto? —me preguntó el agente al final de la declaración—. Vamos a arrestarlo. Tienes que estar dispuesta a prestar declaración.

—Lo estoy —dije.

Me llevaron de nuevo a Haven Hall en un coche sin distintivos. Llamé a mis padres y les dije que estaba bien. El agente presentó su último informe sobre el caso F-362 antes de enviárselo al sargento Lorenz.

Violación, 1.er grado.

Sodomía, 1.er grado.

Robo, 1.er grado.

Mientras yo estaba todavía con la víctima en la oficina del Departamento de Investigación Criminal, se transmitió por radio la orden de búsqueda, e inmediatamente después del anuncio hubo una respuesta del coche 561. Era el agente Clapper, quien afirmó que había hablado a las 18.27 horas aproximadamente en Marshall St. con una persona que encajaba con la descripción de la víctima. Me informó que la persona con quien había hablado era Gregory Madison. Madison tiene antecedentes penales y ha cumplido condena en prisión. Se llevó a cabo una identificación de fotos del archivo de la policía en la oficina del departamento bajo la supervisión del agente Clapper, pero no había foto. Es casi seguro que el sospechoso en cuestión es Gregory Madison. Se ha tomado declaración a la víctima y al agente Clapper. El arresto es inminente. Se está transmitiendo la descripción al tercer y al primer turno. En caso de que se localice, vigilar y pedir ayuda. Se cree que el sospechoso va armado y es peligroso.

Aquella noche tuve un sueño en el que aparecía Al Tripodi. En una celda de la cárcel, él y otros dos hombres sujetaban a mi violador. Yo empezaba a hacerle cosas para vengarme, pero era inútil. Él lograba zafarse de Tripodi y se acercaba a mí. Le veía los ojos tal como se los había visto en el túnel. En primer plano.

Me desperté gritando y me quedé sentada entre las sábanas mojadas. Miré el teléfono. Eran las tres de la madrugada. No podía llamar a mi madre. Intenté dormirme de nuevo. Lo había encontrado. Volveríamos a estar los dos solos. Pensé en el último verso del poema que le había entregado a Gallagher: «Ven a morir y yace, a mi lado».

Le había invitado a hacerlo. En mi imaginación, el violador me había asesinado el día de la violación. Ahora iba a asesinarlo yo. Iba a hacer mi odio mayor y absoluto.

El primer mes en la universidad no me había relacionado con mucha gente, me concentré en mis dos talleres de creación literaria. Al día siguiente de ver a mi violador por la calle llamé a Mary Alice y se lo conté. Ella se mostró entusiasmada aunque tenía miedo por mí. También estaba ocupada. Ella, Tree y Diane trataban de entrar en una fraternidad femenina. Mary Alice tenía la vista puesta en Alpha Chi Omega. Era una fraternidad para buenas chicas que estuvieran dotadas para los deportes y fueran intelectualmente capaces. Todas eran blancas. Mary Alice tenía la entrada asegurada.

Su interés por lograr tales cosas, a pesar de sus continuos comentarios cínicos sobre los rituales e imbecilidades del proceso de admisión, nos separaba. Ya no nos veíamos a diario.

Tímidamente hice una nueva amistad. Se llamaba Lila y venía de Massachusetts vía Georgia. Pero a diferencia de mi madre, que aprobaba todas las cosas sureñas, Lila no tenía acento. Se lo habían quitado, según decía ella, al matricularla en un instituto de Massachusetts. A mis oídos habían hecho un trabajo excelente. Mi madre juraba que cualquier sureño podía detectar el tono ligeramente cantarín y la forma de arrastrar las palabras.

Vivía en el mismo pasillo que yo en Haven, a seis puertas de la mía. Era rubia y las dos llevábamos gafas. Teníamos la misma talla, es decir, a las dos nos sobraban unos cuantos kilos. Ella se consideraba a sí misma una empollona, una «inadaptada social». Yo creí mi deber hacerla salir de sí misma. Podía ver que tenía un lado alocado. Como Mary Alice, Lila también era virgen.

Lila era un público perfecto. A diferencia de con Mary Alice, yo ya no era la amiga excéntrica de la chica popular. De las dos, yo era la que estaba un poco más delgada, la más ruidosa, la más valiente.

Una noche le dije que necesitaba descubrir el animal que había dentro de ella.

—¡Mírame!

Saqué una caja de pasas y la apuñalé con un cuchillo, haciendo muecas y gestos ante la cámara de fotos que ella tenía en las manos. Luego le propuse que cambiáramos los papeles y que ella apuñalara las pasas. En las fotos de aquel día se me ve atacando en serio aquellas pasas. Lila en cambio no acabó de meterse del todo en el papel. Coloca la hoja del cuchillo delicadamente sobre la caja ya perforada, tiene una mirada dulce y la expresión de una colegiala que hace lo posible por parecer profundamente horrorizada.

Nuestra especialidad era reír por tonterías. Yo esperaba los descansos que ella se permitía en su programa de estudio y trataba de persuadirla de que los prolongara, hasta lograr que pasáramos toda la tarde juntas en mi habitación donde, riendo con ella, no tuviera que pensar en nada de lo que había en el mundo exterior.

El 14 de octubre yo estaba en el campus. En el centro de la ciudad, el investigador Lorenz llamó a la ayudante del fiscal del distrito Gail Uebelhoer, a quien habían asignado revisar mi caso antes de presentarlo al juez para obtener una orden judicial. La ayudante del fiscal del distrito Uebelhoer no

estaba, de modo que el investigador Lorenz dejó un mensaje: «Gregory Madison ha sido detenido a las dos de la tarde».

Salí por segunda vez en los periódicos. «Víctima señala con el dedo», era el titular de la pequeña noticia de cinco párrafos que apareció en el *Syracuse Post-Standard* el 15 de octubre. Tricia, del Centro de Crisis de Violaciones, me lo envió por correo, como haría con todos los artículos que siguieron.

Había una vista preliminar prevista para el 19 de octubre en el juzgado municipal de Syracuse. El acusado era Gregory Madison; el demandante, el estado de Nueva York. El propósito de la vista era determinar si había suficientes pruebas en el caso para comparecer ante un gran jurado. Me dijeron que entre los testigos que habían llamado estaban los médicos que habían elaborado el informe de serología la noche de mi violación, y el agente Clapper, que había visto a Madison en la calle. Yo prestaría declaración. Madison tal vez lo hiciera.

Necesitaba que alguien me acompañara a la vista, pero Mary Alice estaba ocupada y estaba claro que Ken Childs no era la persona indicada. Mi amistad con Lila era muy reciente y no quería echarla a perder. Acudí a Tess Gallagher y le pregunté si me acompañaría.

—Será un honor —dijo—. Comeremos en un buen restaurante. Invito yo.

No recuerdo cómo iba vestida, sólo que Gallagher, que tenía fama en el campus por sus vestidos llamativos y sus sombreros, llevaba un traje sastre y zapatos planos. Verla literalmente constreñida de ese modo me hizo saber que se había preparado para luchar. Ella sabía cómo juzgaba a los poetas el mundo exterior. Sé que yo llevé algo apropiado. En los pasillos del juzgado parecíamos lo que éramos: una estudiante de una institución mixta y una figura materna.

Mi mayor temor era la posibilidad de cruzarme con Gregory Madison. Tess y yo recorrimos los pasillos del juzgado municipal de Onondaga con un detective del edificio de Seguridad Pública. Debía llevarnos a la sala del tribunal, donde me reuniría con el fiscal que iba a representar al Estado. Pero yo necesitaba ir al lavabo y él sólo tenía una vaga idea de dónde estaba. Tess y yo fuimos a buscarlo.

La parte vieja del juzgado era de mármol y los tacones bajos de Tess repiquetearon contra él con un *staccato*. Encontramos por fin el lavabo, me senté en uno de los cubículos y miré fijamente la puerta de madera que tenía delante. Estaba sola, aunque por poco tiempo, y traté de calmarme. El trayecto desde el edificio de Seguridad Pública hasta el juzgado me había dejado con el corazón en la boca. Había oído la expresión antes, pero ahora sentía algo espeso y vital atascado literalmente en la garganta, latiendo con fuerza. La sangre me afluyó al cerebro y puse la cabeza entre las piernas, tratando de contener las arcadas.

Cuando salí estaba pálida. No quise mirarme en el espejo y observé a Tess. Vi cómo se volvía a colocar las dos peinetas a cada lado de la cabeza.

—Ya está —dijo, satisfecha con el resultado—. ¿Preparada?

La miré y ella me guiñó un ojo.

Tricia estaba con el detective cuando volvimos. Tricia era la antítesis de Tess. Representaba al Centro de Crisis de Violaciones y firmaba las cartas que me enviaba con un «En solidaridad», pero yo no me fiaba del todo de ella. Tess era la primera mujer que yo conocía que vivía en su

singularidad, que se había instalado en una parte de sí misma que la hacía distinta de todos los que la rodeaban y que mostraba con orgullo. Tricia estaba demasiado interesada en hacerme salir de mí misma. Quería que sintiera. Yo no veía cómo podía ayudarme aquello. El juzgado municipal de Onondaga no era el lugar más indicado para abrirte. Era un lugar donde aferrarte a lo que sabías que era la verdad. Tenía que esforzarme por mantener vivo cada hecho. En Tess veía entereza. Yo necesitaba aquello más que cualquier solidaridad anónima. Le dije a Tricia que podía irse.

Tess y yo esperamos sentadas en un banco de madera fuera de la sala del tribunal. Me acordé de los bancos colocados muy cerca unos de otros de Saint Peter. Esperamos durante lo que nos pareció horas. Tess me contó anécdotas de su niñez en Washington, la industria maderera, la pesca, su compañero Raymond Carver. Me sudaban las manos y tuve un breve ataque de temblores incontrolables. Escuché la mitad de lo que me decía. Creo que ella lo sabía. En realidad no me hablaba a mí, cantaba una especie de nana de palabras. Pero al final la nana terminó.

Estaba irritada. Consultó su reloj. Sabía que no podía hacer nada. Era una diva en el campus y en el mundo de la poesía, pero ahora no era más que una mujer menuda e impotente. Tenía que esperar conmigo. Su invitación a comer parecía muy lejana.

Desde aquel día, si me hacen esperar mucho rato algo que temo, mi nerviosismo se disipa dando paso a un aburrimiento impasible. Es un ajuste de la mente que funciona como sigue: si el infierno es inevitable, entro en lo que llamo trauma zen.

Así pues, cuando el ayudante del fiscal Ryan, a quien habían nombrado para que se ocupara del caso aquel día porque la ayudante del fiscal Uebelhoer estaba atendiendo otro asunto, se acercó a nosotras para presentarse, Tess estaba callada y yo miraba fijamente el ascensor, que estaba a casi dos metros de distancia.

Ryan era un joven de unos treinta años con un pelo castaño rojizo que pedía a gritos un peine. Llevaba una especie de chaqueta deportiva con coderas de ante que parecía más apropiada en el campus del que yo había venido que dentro de un juzgado.

Llamó a Tess «señora Sebold», y cuando le corregí y le informé que era una de mis profesoras, se puso más nervioso. Estaba avergonzado e impresionado a la vez. La miró varias veces de reojo, tratando de abarcarla con la mirada y al mismo tiempo formarse una opinión de ella.

—¿De qué da clases? —preguntó.

—De poesía —respondió ella.

—¿Es usted poetisa?

—Pues sí. ¿Qué tiene para esta joven? —preguntó ella.

Yo no lo entendería hasta más tarde, pero el ayudante del fiscal estaba tirando los tejos a Tess y ella, con una habilidad adquirida con la experiencia, se apresuró a desviar la conversación.

—En primer lugar, Alice —me dijo él—, te alegrará saber que el acusado ha renunciado a su derecho a comparecer.

—¿Qué significa eso?

—Significa que su abogado ha decidido no impugnar la identificación.

—¿Eso es bueno?

—Sí. Pero aun así tendrás que responder a las preguntas del abogado.

—Entiendo.

—Estamos aquí para demostrar que fue una violación. Que el acto sexual con el sospechoso no fue consentido sino por la fuerza. ¿Entendido?

—Sí. ¿Puede venir Tess conmigo?

—Siempre que esté callada. Una vez crucéis esa puerta no podéis hablar. La profesora se sentará en una de las sillas del fondo cerca del alguacil. Tú te acercarás al estrado y yo empezaré a preguntar.

Cruzó las puertas de la sala del tribunal a nuestra derecha. Enfrente de nosotras, un grupo de personas salió del ascensor y se acercó. Un hombre en particular nos lanzó una larga mirada a ambas. Era el abogado defensor, el señor Meggesto.

Al cabo de un momento el alguacil nos abrió la puerta de la sala.

—Ha llegado el momento, señorita Sebold.

Tess y yo seguimos las instrucciones del señor Ryan. Yo caminé hasta la parte delantera de la sala. Oía ruido de papeles y un carraspeo. Me subí al estrado y me volví.

Había poca gente en la sala y sólo dos hileras llenas cerca del fondo, donde se sentaba el público. Vi a Tess a la derecha. La miré una vez. Ella me dedicó una sonrisa alentadora. No volví a mirarla.

El señor Ryan se acercó a mí y dijo mi nombre, edad, dirección y otros datos. Aquello me dio tiempo para acostumbrarme al sonido del estenógrafo de la sala y hacerme a la idea de que todo aquello iba a quedar registrado por escrito. Lo que me pasó en aquel túnel de pronto era algo que no sólo tendría que explicar en alto, sino que los demás se sentarían a leer y releer.

Después de hacerme varias preguntas acerca de si había mucha luz aquella noche y dónde tuvo lugar la violación, me hizo la pregunta que me había advertido que tendría que responder.

—¿Puede decirnos con sus propias palabras lo que ocurrió aquel día?

Traté de tomármelo con calma. Ryan me interrumpió con frecuencia. Volvió a preguntarme por la luz, si había luna, si forcejeamos. Quería que especificara si los golpes que había recibido habían sido con el puño cerrado o con la palma abierta, me preguntó si había temido por mi vida, cuánto dinero me había robado el violador y si yo se lo había dado voluntariamente o no.

Cuando terminé de describir la pelea fuera del túnel, sus preguntas se centraron en lo ocurrido dentro del anfiteatro.

—Describame, a partir del momento en que la llevó al anfiteatro, qué fuerza empleó él y qué hizo usted antes de que tuviera lugar el acto sexual.

—Primero me levantó la cara rodeándome el cuello con las manos y me besó un par de veces, luego me dijo que me desnudara. Trató de hacerlo él, pero no supo desabrocharme el cinturón. Me ordenó que lo hiciera yo y lo hice.

—¿Le dijo que se desnudara antes o después de que le amenazara con matarla si no hacía lo que le decía?

—Después... y en aquel momento yo sangraba, tenía la cara en un estado lamentable.

—¿Sangraba?

—Sí.

—¿De una caída?

—De una caída y de los golpes que me había dado él en la cara.

—¿Antes del acto sexual que ha descrito la golpeó?

—Aja.

—¿Dónde le golpeó?

—En la cara. Por unos momentos no pude respirar. Él seguía agarrándome por el cuello y me arañó la cara. Me pegó fuerte mientras yo estaba tumbada en el suelo y se sentó encima de mí para inmovilizarme.

—Bien —dijo Ryan—. Y después de eso ha dicho que él tuvo dificultades para tener una erección, ¿es cierto?

—Aja.

Había olvidado las instrucciones del juez. Se suponía que debía responder claramente sí o no.

—¿Qué pasó a continuación?

—Él no conseguía tener una erección. Yo no sabía realmente si hacía falta que estuviera empalmado o no... no estoy familiarizada con eso. Pero luego, antes de penetrarme y hacer el acto sexual, se detuvo, me hizo arrodillar mientras él se ponía de pie, y me dijo que le hiciera una mamada.

—Después de eso, ¿hubo un momento en que finalmente pudo escapar?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Después de la penetración, me levantó del suelo y empezó a vestirse; encontró parte de mi ropa y me la dio, y mientras me vestía me dijo: «Vas a tener un hijo, zorra, ¿qué vas a hacer?».

Yo describí con detalle cómo el violador me había abrazado y me había pedido perdón, y luego me había dejado marchar para a continuación gritar algo a mis espaldas.

Ryan hizo una pausa. Sus siguientes preguntas fueron el único momento de descanso para mí. ¿Qué se llevó el violador durante el incidente? ¿Cómo iba vestido? ¿Cuánto medía? ¿Qué aspecto tenía?

—No recuerdo si ha mencionado si era blanco o negro —dijo Ryan para terminar.

—Era negro —respondí.

—Eso es todo, su señoría.

Ryan se volvió para sentarse. El juez dijo «Su turno» al señor Meggesto; éste se levantó y se acercó al estrado.

Los dos abogados que representaron a Madison en el transcurso de aquel año tenían ciertos rasgos en común. Ambos eran más bien bajos y medio calvos, y su labio superior desprendía un olor fétido. Ya fuera el bigote desaliñado o, como en el caso de Meggesto, una granulosa capa de sudor, era algo desagradable en lo que me concentré mientras me interrogaron.

Tenía la sensación de que si quería ganar, tenía que odiar al abogado que representaba a mi violador. Tal vez se estaban ganando el sueldo o habían sido nombrados al azar para ocuparse de aquel caso, tenían hijos a los que querían o una madre con una enfermedad terminal a la que cuidar. Estaban allí para destruirme y yo estaba allí para defenderme.

—Señorita Sibold... ¿es así como se pronuncia?

—Sí.

—Señorita Sebold, ¿ha dicho que estuvo en el trescientos veintiuno de Westcott Street la noche del incidente?

—Aja.

El tono de su voz era condenatorio, como si yo fuera una niña mala y hubiera dicho una mentira.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí aquella noche?

—Desde las ocho hasta medianoche.

—¿Bebió algo mientras estuvo allí?

—No, no bebí nada.

—¿Fumó algo mientras estuvo allí?

—No fumé nada.

—¿Fumó algún cigarrillo?

—No.

—¿No fumó aquella noche?

—No.

—¿No bebió nada aquella noche?

—No.

Cuando vio que no conseguía otra respuesta pasó a la siguiente pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace que lleva gafas?

—Desde tercero.

—¿Sabe cómo es su vista sin gafas?

—Soy miope, de modo que veo muy bien de cerca. No lo sé exactamente, pero no es demasiado mala. Veo los letreros de la carretera y cosas así.

—¿Tiene carnet de conducir?

—Sí.

—¿Necesita el carnet?

—Sí.

—¿Lo tiene en regla?

—Sí.

Yo no sabía adónde quería ir a parar. Creo que hubiera tenido más sentido que preguntara si mi carnet requería que llevara gafas, pero no lo hizo. ¿Era mejor o peor persona por tener carnet? ¿Me convertía aquello en una adulta y por tanto restaba gravedad al delito de mi violación? No entendía su lógica.

—¿Estoy en lo cierto si digo que lleva gafas todo el tiempo para ver?

—No.

—¿Cuándo no las lleva entonces?

—Cuando leo y en realidad cuando hago la mayoría de cosas.

¿Cómo iba a explicar en el estrado la discusión que había tenido con mi oculista? Él me había dicho que llevaba las gafas más de lo necesario. Que en mi afán por parecer moderna me estaba

estropeando la vista y haciendo que mis ojos, como ocurre ahora, dependieran de las lentes correctivas.

—¿Le pareció que necesitaba las gafas aquella noche de octubre?

Se refería a mayo, pero nadie lo corrigió.

—Era de noche, sí.

—¿Ve peor de noche?

—No.

—¿Tenía alguna razón especial para llevar las gafas?

—No.

—¿Estoy en lo cierto si digo que lleva las gafas cada vez que sale de la residencia?

—No.

—¿Tenía algún motivo para llevar las gafas aquella noche?

—Probablemente porque hacía una semana que las tenía y me gustaban. Eran nuevas.

Él se aferró a eso.

—¿Una nueva graduación o sólo un nuevo diseño de montura?

—Un nuevo diseño de montura.

—¿La graduación era la misma?

—Sí.

—¿Quién se las graduó?

—El doctor Ken de Filadelfia, cerca de casa.

—¿Recuerda dónde... recuerda cuándo fue eso?

—En diciembre de mil novecientos ochenta, creo, me las graduaron por última vez.

—¿Se las graduaron e hicieron en mil novecientos ochenta?

¿Se daba cuenta de que estaba estableciendo un argumento y perdiéndolo al mismo tiempo? ¿Que la graduación de mis gafas había sido actualizada seis meses antes de la violación? Yo no sabía qué se proponía, pero iba a seguirlo de cerca. Quería meterme en un laberinto del que no supiera salir. Yo estaba resuelta. Tenía lo que había visto en Gallagher: entereza. Sentía cómo me corría por las venas.

—Aja —dije.

—Y creo que ha dicho que en cierto momento de la pelea se le cayeron las gafas.

—Sí.

—Era un lugar oscuro, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo de oscuro?

—No demasiado oscuro. Había suficiente luz para que le viera los rasgos... la cara, además de que tenía la cara muy cerca de la mía, y como sólo soy miope, de cerca mi vista es buena.

Él se volvió hacia un lado y levantó la vista un momento. Por un instante me empezó a subir la adrenalina. Observé la sala. Todo el mundo estaba inmóvil. Para ellos era algo rutinario. Otra vista preliminar sobre otro caso de violación. Un aburrimiento.

—Creo que ha dicho que en un momento determinado aquel individuo la besó.

Era bueno, a pesar del labio cubierto de sudor, el bigote repugnante y todo lo demás. Con experta precisión había puesto el dedo en la llaga. Los besos todavía duelen. El hecho de que yo devolviera los besos a mi violador, aunque únicamente lo hiciera obedeciendo sus órdenes, a menudo parece no importar. Pero la intimidad escuece. Desde entonces siempre he pensado que en la definición de la palabra «violación» del diccionario debería decir la verdad. No es sólo un acto sexual con el uso de la fuerza; la violación significa habitar y destruirlo todo.

—Sí —respondí.

—Cuando dice que la «besó», ¿se refiere en la boca?

—Sí.

—¿Estaban los dos de pie?

—Sí.

—Con respecto a usted, ¿cómo era de alto el individuo? Había elegido el beso para llevarme a la estatura del violador.

—Más o menos como yo o un par de centímetros más alto —dije.

—¿Cuánto mide usted, señorita Sebold?

—Metro sesenta o sesenta y cinco.

—¿Diría que ese individuo era más o menos de la misma estatura que usted o un par de centímetros más alto?

—Aja.

—Mientras lo tuvo delante, ¿le pareció que era de su misma estatura?

—Aja.

—¿La misma?

—Sí.

Desde que me había preguntado por mi vista, su tono había cambiado. No había en él ni rastro de respeto. Al ver que aún no había sacado lo mejor de mí, había decidido emplearse a fondo, lleno de odio. Me sentí amenazada por él. Aunque en aquella sala de tribunal y rodeada de magistrados estaba, por supuesto, fuera de peligro, me asusté.

—Creo que en la descripción que dio de él aquella noche indicaba que era de compleción musculosa.

—Sí.

—¿Bajo, con el pelo corto y negro?

—Sí.

—¿Recuerda haberle dicho al agente que le tomó declaración que creía que pesaba unos setenta kilos?

—Sí.

—¿Eso es lo que calcula que pesaba aproximadamente aquel individuo?

—No se me da muy bien calcular el peso de la gente —dije—. No sé la proporción de músculos o grasa que hay en un cuerpo.

—¿Recuerda haber dicho que pesaba setenta kilos?

—Los agentes me dijeron lo que pesaban ellos, lo que podía pesar un hombre, y yo dije que sí,

que me parecía más o menos correcto.

—¿Está diciendo que le influenció lo que le dijeron los agentes?

—No, sólo me dieron un ejemplo. Me pareció que se aproximaba.

—Basándose en lo que dijo el agente de policía y en lo que usted misma observó, ¿ratifica su declaración del ocho de mayo de que el peso aproximado de ese individuo es de setenta kilos?

—Sí.

—¿Ha averiguado algo que le haya hecho cambiar de parecer?

—No.

Al señor Meggesto le aumentó de golpe la energía. Parecía un niño que saborea el último trozo de pastel. Se había apuntado un tanto, pero yo no sabía cuál era.

Estaba agotada. Trataba de hacerlo lo mejor posible, pero noté que perdía las fuerzas. Tenía que recuperarlas.

—Creo que ha dicho que la golpeó varias veces en la cara.

—Sí.

—¿Y que sangraba?

—Sí.

—¿Y que se le habían caído las gafas?

Con la perspectiva del tiempo, me habría gustado tener recursos para decir: «Nada de todo eso me cegó».

—Sí —respondí.

—¿Fue a que un médico le viera las heridas?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

—La misma noche, inmediatamente después de volver a la residencia y antes de ir a la comisaría... lo denuncié a la policía. Me llevaron al Crouse Inving Memorial Hospital y fui al laboratorio, donde me recetaron medicación para los cortes de la cara.

Intentaría no perder la calma. Explicaría los hechos.

—¿Logró encontrar las gafas la noche del incidente?

—Las encontró la policía...

Él me interrumpió:

—¿No las tenía cuando se marchó de allí? ¿No se marchó con las gafas?

—Así es.

—¿Recuerda algo más?

—No.

Tuve la impresión de que me hacía callar. Se habían acabado los miramientos.

—¿Tiene la bondad de decir brevemente cómo iba vestida la noche del cinco de octubre?

El señor Ryan se levantó para corregirlo.

—El ocho de mayo.

—El ocho de mayo —repitió el señor Meggesto—, dígame cómo iba vestida.

Odié esa pregunta. Supe, aun estando en el estrado, adónde quería ir a parar.

—Tejanos Calvin Klein, camisa azul, suéter de ocho trenzas, mocasines y ropa interior.

—¿El suéter era de los que se ponen por la cabeza o con botones por delante?

—Con botones por delante.

—No tuvo que quitárselo por la cabeza, ¿no es cierto?

—Así es.

Estaba tan furiosa que recuperé las fuerzas de golpe. Era evidente que no había ninguna relación entre la ropa que yo llevaba y el porqué o el cómo me habían violado.

—Creo que ha testificado que ese individuo trató de desnudarla y, al no poder hacerlo, le ordenó a usted que lo hiciera.

—Así es. Yo llevaba un cinturón y él no pudo desabrocharlo estando colocado frente a mí. Me dijo «Hazlo», y yo lo hice.

—¿Era el cinturón que sujetaba sus tejanos Calvin Klein?

Subrayó lo de «Calvin Klein» con un tono burlón para el que yo no estaba preparada. A eso habíamos llegado.

—Sí.

—¿Él estaba frente a usted?

—Sí.

—Ha testificado que él no pudo abrir la hebilla, fuera cual fuese el mecanismo, de ese cinturón.

—Aja.

—¿Lo hizo usted obedeciendo sus órdenes?

—Sí.

Esta vez le tocaba a él apuntarse un tanto. Me preguntó por el cuchillo del violador. Yo sólo lo había visto en las fotos que me habían enseñado del lugar del delito, aparte de con la imaginación. Admití ante Meggesto que, aunque el violador me había amenazado y hecho ademán de sacarlo del bolsillo trasero cuando forcejeé, yo no lo había visto.

—¿Estoy en lo cierto si digo que estaba muy asustada? —preguntó Meggesto, pasando al siguiente argumento.

—Sí.

—¿Cuándo se asustó por primera vez?

—En cuanto oí pasos detrás de mí.

—¿Se le aceleró el pulso?

No entendía por qué me preguntaba eso.

—Supongo que un poco, sí —dije.

—¿No lo recuerda?

—No, no recuerdo que se me acelerara el pulso.

—¿Recuerda haberse asustado y respirado agitadamente?

—Recuerdo que me asusté, y probablemente tuve la reacción física que uno tiene cuando se asusta, pero no me dio un soponcio ni nada por el estilo.

—¿Recuerda algo aparte de estar asustada?

—¿Se refiere a mi estado mental? —Se me ocurrió preguntárselo porque creía que quería llegar a

eso.

—No —respondió él—. Me refiero físicamente. ¿Recuerda cómo reaccionó su cuerpo cuando se asustó? ¿Tembló, se le aceleró el pulso, cambió su forma de respirar?

—No, no recuerdo ningún cambio específico aparte del hecho de que me puse a gritar. No paré de decirle a mi violador que iba a vomitar, porque mi madre me había dado artículos en los que leí que si decías que ibas a vomitar, no te violaban.

—¿Fue una artimaña que utilizó con aquel individuo para asustarlo?

—Sí.

—¿Averiguó la identidad del individuo?

—¿Exactamente en qué momento o...?

—¿Averiguó la identidad del individuo?

—Por mí misma, no.

No estaba del todo segura de qué me preguntaba. Interpreté que quería saber si conocía el nombre de Madison en mayo.

—¿Había visto alguna vez a aquel individuo antes de mayo de mil novecientos ochenta y uno?

—No.

—¿Vio alguna vez a aquel individuo después de mayo de mil novecientos ochenta y uno?

—Sí, lo vi en octubre.

—¿Vio alguna vez a aquel individuo entre mayo y octubre de mil novecientos ochenta y uno?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Después de mayo de mil novecientos ochenta y uno cuándo lo vio?

Le expliqué el incidente del 5 de octubre. Especifiqué la hora y el lugar, y que vi al mismo tiempo al policía pelirrojo que había resultado ser el agente Clapper. Le dije que había llamado a la policía y vuelto al edificio de Seguridad Pública para dar una descripción del violador.

—¿A quién dio la descripción? —preguntó él.

El señor Ryan protestó.

—Creo que nos hemos salido del ámbito del interrogatorio directo —dijo—. El paso siguiente sería una vista para determinar la admisibilidad de la identificación del acusado.

Yo no tenía ni idea de qué hablaba. Los tres hombres, el señor Ryan, el señor Meggesto y el juez Anderson, discutieron sobre lo que se había estipulado antes de la vista preliminar. Llegaron a un acuerdo. El señor Meggesto podía continuar con la detención del individuo. Pero el juez le advirtió que estaba «ahondando demasiado en ello», refiriéndose a la cuestión de la identificación. Las últimas palabras del juez registradas en la transcripción fueron «Vamos». Aún ahora percibo cansancio en ellas. Su principal motivación, estoy segura, era acabar e irse a comer.

Frenética porque no había comprendido la decisión ni, con franqueza, de qué demonios habían estado hablando, traté de concentrarme de nuevo en el señor Meggesto. No importaba lo que hubieran dicho, le habían dado permiso para atacar de nuevo.

—Después de cruzar la calle e ir a Huntington Hall, ¿volvió a ver a aquel individuo?

—No.

—¿Le enseñaron fotografías de él?

—No.

En ese momento yo no sabía que no había fotos de Gregory Madison en el archivo de la policía.

—¿Asistió a una rueda de identificación?

—No.

—¿Fue a la comisaría e hizo una identificación allí?

—Sí.

—¿Eso fue después de que telefonara a su madre?

—Sí.

—¿Y después de que le informaran de que habían detenido a alguien?

—No me informaron aquella noche. Me informó de ello, creo, el jueves por la mañana, el agente Lorenz.

—¿De modo que usted no sabía si el individuo que había visto el cinco de octubre era o no el individuo que habían detenido?

—No tenía forma de saberlo a no ser que los policías que lo detuvieron...

—La cuestión es si sabía o no que el individuo...

Esta vez cuando me interrumpió me puse furiosa.

—Según la descripción, era el hombre que habían detenido...

—La pregunta es: ¿lo sabe?

—No lo he visto desde que lo detuvieron...

—No lo ha visto.

—El hombre que describí el ocho de mayo y el individuo del cinco de octubre es el hombre que me violó.

—Ése es su testimonio, cree que el hombre que vio el cinco de octubre...

—Sé que el hombre que vi el cinco de octubre es el hombre que me violó.

—¿El hombre que afirma que la violó es el mismo hombre que vio el cinco de octubre?

—Sí.

—Pero ¿no sabe si es el hombre que detuvieron?

—Bueno, yo no lo detuve, ¿cómo voy a saberlo?

—Eso es lo que le estoy preguntando: ¿no lo sabe?

—Está bien, no lo sé.

¿Qué podía decir? Él había demostrado, con mucho dramatismo, que yo no era miembro del cuerpo de policía de Syracuse.

El señor Meggesto se volvió hacia el juez.

—Creo que no tengo más preguntas —dijo.

Pero no había terminado. Me quedé en el estrado mientras el juez escuchaba y a continuación discutía con él la cuestión de la identificación. Resultó que Ryan había querido que Madison compareciera, y que al renunciar éste a su derecho a comparecer, lo único que Ryan tenía ahora que demostrar era que el 8 de mayo había habido una violación y que yo había identificado a un hombre

que creía que era mi agresor. Había confusión. Ryan creía que al renunciar Madison a su derecho a comparecer, Meggesto había desaprovechado la oportunidad de identificarlo. Éste no era del mismo parecer.

—Se suspende la sesión hasta la intervención del gran jurado —dijo por fin el juez.

Estaba cansado. Yo deduje por los movimientos de Ryan y Meggesto —cerraban sus maletines— que se había acabado.

Tess y yo fuimos a comer a un restaurante. Pedimos platos típicos del norte del estado de Nueva York: patatas fritas cubiertas de queso fundido y cosas por el estilo. Nos sentamos en un reservado donde llegaba el olor a aceite de la cocina. Habló Tess. Llenó el tiempo de conversación. Yo me quedé mirando los frondosos filodendros que adornaban y disimulaban las altas estanterías que separaban cada reservado. Estaba agotada. Me gustaría saber si Tess se preguntó lo que ahora me pregunto cuando releo las transcripciones de aquel día. ¿Dónde estaban mis padres?

Quiero disculparlos. Tal vez no necesitan ninguna disculpa. En aquel momento yo creía que, puesto que había sido yo quien había decidido volver a Syracuse, me correspondía a mí atenerme a las consecuencias de ello: que hubiera vuelto a encontrarme realmente con mi violador. Ahora me entran ganas de justificarlos. Mi madre no podía coger un avión. Mi padre estaba dando clases. Etcétera. Sin embargo, había habido tiempo. Mi madre podría haber venido en coche. Mi padre podría haber cancelado sus clases por un día. Pero yo tenía diecinueve años y bastante mal genio. Tenía miedo de que trataran de consolarme, como si sentir algo fuera un síntoma de debilidad.

Llamé desde el restaurante y le repetí a mi madre la decisión del juez. Se alegró de que Tess me hubiera acompañado, me preguntó cuándo se iba a reunir el gran jurado y se alarmó por la rueda de identificación, por cualquier proximidad a él. Había estado nerviosa todo el día, esperando que sonara el teléfono. Yo me alegré de darle una buena noticia; era lo más cerca que estaría nunca de un sobresaliente.

Seguí yendo a clase con normalidad. De las cinco asignaturas, dos eran talleres de creación literaria y tres obligatorias: el curso general de literatura de Tess, un idioma extranjero y traducción de lenguas clásicas.

En la clase de clásicas me aburría terriblemente. El profesor recitaba en lugar de hablar, y esto, combinado con el viejo y manoseado libro de texto, hacía que la clase pareciera una hora muerta cada dos días. Pero en medio de las peroratas del profesor empecé a leer. Catulo. Safo. Apolonio. Y *Lisístrata*, una obra de Aristófanes en la que las mujeres de Atenas y Esparta se rebelan. Hasta que los hombres de ambos estados-nación se avienen a firmar la paz, aquellas mujeres de dos ciudades en pugna se unen para boicotear todas las relaciones maritales. Aristófanes lo escribió en 411 A.C., pero estaba maravillosamente traducido. Nuestro profesor insistió en que era una comedia inferior, pero su mensaje —el poder de las mujeres unidas— hizo que aquella obra fuera muy importante para mí.

Diez días después de la vista preliminar volvía mi residencia tras la clase de italiano 101, que parecía que iba a suspender. Era incapaz de pronunciar las palabras en voz alta como me pedían. Me sentaba en el fondo del aula y no lograba concentrarme en las conjugaciones. Cuando me hacían salir al estrado, emitía sonidos que yo estaba convencida que podían ser alguna palabra pero que el profesor tenía problemas en reconocer. Alguien había deslizado un sobre por debajo de mi puerta de Haven. Era de la oficina del fiscal del distrito. Me citaba a comparecer ante el gran jurado el 4 de noviembre a las dos de la tarde.

Se suponía que debía bajar a Marshall Street con Lila cuando ella saliera de clase. Mientras esperaba, llamé a la oficina del fiscal del distrito. La persona que iba a representarme, Gail Uebelhoer, no estaba. Le pedí a su ayudante que me repitiera despacio el nombre unas cuantas veces. Quería pronunciarlo bien. Todavía tengo el trozo de papel donde escribí, fonéticamente, cómo decirlo: «Iu-bel-er» o «I-bel-er». Practiqué delante del espejo, tratando de que sonara natural. «Hola, señora Iu-bel-er, soy Alice Sebold, de Sebold contra Gregory Madison». «Hola, señora I-bel-er...». Ensayé la conversación. Dejé a un lado el italiano.

El 4 de noviembre por la mañana, un coche oficial vino a recogerme a Haven Hall. Lo busqué con la mirada a través de las paredes de cristal de la entrada de la residencia. Los estudiantes ya habían desayunado en la cafetería de arriba y reunían sus libros para ir a clase.

Yo llevaba levantada desde las cinco. Había tratado de entretenerme con los rituales de la higiene. Me di una larga ducha en el cuarto de baño del fondo del pasillo. Me hidraté la cara como Mary Alice me había enseñado a hacerlo el año anterior. Descolgué y planché la ropa que iba a llevar. Pasaba de los escalofríos a los sofocos de nervios concentrados cerca del pecho. Era consciente de que podía ser la clase de pánico que dominaba a mi madre. Me juré que no permitiría que me dominara a mí.

Salí del vestíbulo de paredes de cristal y me encontré con el detective cuando éste entraba. Atraje su atención.

—Soy Alice Sebold —dije, estrechándole la mano.

—Eres puntual.

—Es difícil quedarse dormido un día como hoy —respondí.

Quería proyectar una imagen alegre, optimista, responsable. Llevaba una camisa de tela Oxford y una falda, y los zapatos de salón Pappagayo. Me había puesto nerviosa aquella mañana al no encontrar medias de color carne. Tenía negras y rojas, pero no me parecían apropiadas para la estudiante virgen que esperaba ver el gran jurado. Pedí prestadas un par a la consejera residente.

En el coche oficial, con el emblema de Onondaga en las portezuelas delanteras, me senté delante al lado del detective. Hablamos un poco de la universidad. Él habló de equipos deportivos, de los que yo no sabía nada, y comentó que el Carrier Dome, que tenía poco más de un año, iba a suponer muchos ingresos para la región. Yo asentía con la cabeza y trataba de participar, pero estaba obsesivamente preocupada por mi aspecto. Mi forma de hablar. Mi forma de moverme.

Aquel día mi acompañante sería Tricia, del Centro de Crisis de Violaciones. Tendríamos que esperar casi una hora antes de la rueda de identificación que iba a tener lugar en la cárcel del edificio de Seguridad Pública. Esta vez el ascensor del edificio de Seguridad Pública no se detuvo en el piso con el que yo estaba familiarizada, donde en cuanto salías te recibía la tranquilizadora visión de una puerta de seguridad y de los policías con tazas de café. Los pasillos que recorrimos el detective, Tricia y yo estaban llenos de gente. Policías y víctimas, abogados y delincuentes. Más adelante en el pasillo un policía conducía a un hombre esposado mientras gritaba una broma amistosa sobre una fiesta reciente a otro policía. En una silla de plástico estaba sentada una mujer latina. Miraba fijamente el suelo, aferrada a su bolso y con un pañuelo de papel arrugado en la mano.

El detective nos llevó a una gran sala donde unas mamparas provisionales de un metro veinte de altura separaban los escritorios unos de otros. Ante la mayoría de ellos había hombres —policías— que se sentaban allí unos instantes en posturas tensas: iban allí a escribir un informe, a interrogar rápidamente a un testigo o a hacer una llamada antes de volver a salir a patrullar o tal vez volver por fin a su casa.

Nos dijeron que nos sentáramos y esperáramos, que estaban teniendo problemas con la rueda de

identificación. El problema, según nos insinuaron, estaba en el abogado de Madison. Yo todavía tenía que conocer a la ayudante del fiscal del distrito, Uebelhoer. Tenía ganas de conocerla. Era una mujer y, en aquella atmósfera dominada por hombres, eso era importante para mí. Pero Uebelhoer estaba ocupada, con lo que se retrasaba la rueda de identificación.

A mí me preocupaba que Madison me viera.

—No podrá verte —dijo el detective—. Le hacemos entrar y él se detiene detrás de un espejo unidireccional. No ve nada.

Tricia y yo esperamos allí sentadas. Ella no habló como había hecho Tess, pero se mostró atenta. Me preguntó por mi familia y por mis clases, me dijo que la rueda de identificación era «uno de los procedimientos más estresantes para las víctimas de violación», y me preguntó varias veces si quería tomar algo.

Creo que lo que me distanciaba de Tricia y del Centro de Crisis de Violaciones era el uso de generalidades. Yo no quería ser una más de un grupo, ni que me compararan con otras. De alguna manera aquello menoscababa la sensación que yo tenía de que iba a sobrevivir. Tricia me preparaba para el fracaso diciéndome que no pasaba nada si fracasaba, haciéndome ver que lo tenía todo en contra. Pero lo que ella me decía yo no lo quería oír. Frente a las deprimentes estadísticas de detenciones, juicios e incluso recuperación total de la víctima que ella me presentaba, yo no veía otra salida que ignorar las estadísticas. Necesitaba algo que me diera esperanza, como que el ayudante del fiscal del distrito que habían nombrado para llevar mi caso fuera una mujer, no el dato de que ese año el número de procesamientos por violación en Syracuse había sido cero.

—¡Dios mío! —exclamó Tricia de pronto.

—¿Qué? —pregunté yo, pero no me volví.

—Cúbrete.

No tenía con qué hacerlo, de modo que me incliné y oculté la cara en la falda. Mantuve los ojos abiertos contra la tela.

Tricia se había levantado para quejarse.

—Llévenselos de aquí —dijo—, llévenselos de aquí.

Se oyó un «Disculpe» apresurado de un policía.

Al cabo de unos momentos yo levanté la mirada. Se habían ido. Al parecer había habido un malentendido acerca del recorrido por el que iban a conducir a los presos a la sala de identificación. ¿Me había visto él? Yo estaba segura de que, si lo había hecho, me buscaría y me mataría. No habría pasado por alto la traición de las mentiras que le había dicho aquella noche, de las que no podía hablar a nadie, estaba demasiado avergonzada para hacerlo.

Levanté la mirada.

Gail Uebelhoer estaba de pie enfrente de mí. Me tendió la mano. Yo le ofrecí la mía y ella me la estrechó con fuerza.

—Bueno, ha sido un tanto alarmante —dijo—. Pero creo que se los han llevado a tiempo.

Tenía el pelo corto y negro, y una sonrisa arrolladora. Era alta, debía de medir metro sesenta y ocho, y tenía un cuerpo de verdad. No era una chica escuálida y desvalida, sino una mujer robusta y femenina. Tenía unos ojos centelleantes, inteligentes. Enseguida lo comprendí. Gail encarnaba lo que

yo quería ser de mayor. Estaba allí para hacer su trabajo. Quería lo mismo que yo: ganar.

Me explicó que estaba a punto de asistir a una rueda de identificación, y que después hablaríamos del gran jurado y me diría exactamente qué debía esperar, qué aspecto tendría la sala cuando entrara, cuántos civiles habría en ella y la clase de preguntas que podrían hacerme: preguntas, advirtió, que podían ser difíciles de responder, pero que debía hacerlo.

—¿Estás preparada? —me preguntó.

—Sí —respondí.

Precedidas por Gail, Tricia y yo nos acercamos a la puerta abierta que había en un lado de la sala de identificación. El interior estaba oscuro y había varios hombres. Reconocí a uno, el sargento Lorenz. También había dos hombres uniformados y el abogado del acusado, Paquette.

—No sé por qué tiene que estar ella aquí —dijo señalando a Tricia.

—Represento al Centro de Crisis de Violaciones —replicó Tricia.

—Sé quién es usted, pero creo que hay demasiada gente aquí —dijo él. Era menudo y pálido, y se estaba quedando calvo. Estaría conmigo hasta el final.

—Es lo habitual en estos casos —terció el sargento Lorenz.

—Que yo sepa, ella no está aquí oficialmente. No tiene ninguna conexión oficial con el caso.

La discusión continuó. Gail intervino. El sargento Lorenz volvió a señalar que cada vez estaba más aceptado en casos de violación que hubiera una representante de Crisis de Violaciones.

—Tiene a la fiscal —dijo Paquette—. Con eso basta. Me niego a que mi cliente participe en esta rueda de identificación hasta que ella no salga.

Gail consultó a Lorenz en la parte delantera de la oscura habitación. Volvió a acercarse a Tricia y a mí.

—Se niega a continuar —dijo—. Ya llevamos retraso y tengo que estar en el juzgado a la una.

—De acuerdo —dije yo—. Estoy bien.

Mentía. Me sentía como si me hubieran quitado toda la energía.

—¿Estás segura, Alice? —preguntó ella—. Quiero que estés segura. Podemos posponerlo.

—No —dije—. Estoy bien. Quiero hacerlo.

Hicieron salir a Tricia.

Me explicaron el procedimiento de la rueda de identificación. Cómo iban a hacer entrar a cinco hombres en el espacio que había detrás del espejo, y cómo, antes de que entraran, encenderían las luces de aquel lado.

—Como hay luz en su lado y aquí está oscuro, no podrán verte —dijo Lorenz.

Explicó que debía tomármelo con calma. Que podía pedir que se dieran la vuelta, hacia la izquierda o la derecha, o que hablaran. Me repitió que me lo tomara con calma.

—Cuando estés segura —dijo—, quiero que te acerques y marques con firmeza con una x la casilla correspondiente de la tablilla que te he dejado allí. ¿Entendido?

—Sí —respondí.

—¿Quieres preguntar algo? —dijo Gail.

—Ha dicho que sí —intervino Paquette.

Yo me sentí como lo había hecho de niña cuando los adultos no se ponían de acuerdo y me

correspondía a mí ser lo bastante buena chica para disipar la tensión de la habitación. Aquella tensión que hacía que me latiera con fuerza el corazón y tuviera dificultades para respirar. Ahora habría podido decir a Meggesto mis síntomas. Me sentía totalmente intimidada. Pero había dicho que estaba preparada y no era serio que me volviera atrás.

La misma sala me asustaba. Era incapaz de apartar los ojos del cristal. En las películas de la televisión siempre había espacio al otro lado del espejo unidireccional, se veía la plataforma y una puerta a un lado por donde los sospechosos entraban en la habitación, subían dos o tres escalones y ocupaban sus sitios. Entre las víctimas y los sospechosos había una distancia reconfortante.

Pero las salas que había visto en las películas policíacas no se parecían en nada a ésta. El espejo ocupaba toda una pared. Al otro lado de éste había un espacio apenas más ancho que los hombros de un hombre, de modo que cuando entraban y se volvían, la parte superior de sus cuerpos casi se aplastaba contra el espejo. Yo compartiría el mismo metro cuadrado de suelo que los sospechosos; mi violador estaría justo enfrente de mí.

Lorenz dio la orden por un micrófono y se encendió la luz al otro lado del espejo. Cinco hombres negros casi idénticos, con camisa azul clara y pantalones azul oscuro, entraron y ocuparon sus puestos.

—Puedes acercarte más, Alice —dijo Lorenz.

—No es ni el primero, ni el segundo ni el tercero —dije.

—No tenemos prisa —dijo Uebelhoer—. Acércate más y míralos bien.

—Puedes hacerles volver hacia la izquierda o hacia la derecha —dijo Lorenz. Paquette guardó silencio.

Seguí las instrucciones. Me acerqué, aunque ya me parecía que estaban lo bastante cerca para tocarlos.

—¿Pueden decirles que se vuelvan? —pregunté.

Les hicieron volver hacia la izquierda. De uno en uno. Cuando volvieron a colocarse de frente, retrocedí.

—¿Pueden verme? —pregunté.

—Pueden percibir movimiento detrás del cristal —dijo Lorenz—, pero no pueden verte, no. Saben cuándo hay alguien enfrente de ellos, pero no pueden saber quién es.

Le tomé la palabra. No dije: «¿Quién iba a ser sino yo?». No había habido nadie más en aquel túnel. Me detuve delante del número uno. Era demasiado joven. Pasé al segundo. No se parecía nada al sospechoso. Con el rabillo del ojo ya vi que el desafío estaba a dos hombres de distancia, pero me detuve delante del tercero el tiempo suficiente para confirmar mi anterior afirmación. Era demasiado alto; no tenía la constitución adecuada. Me detuve delante del número cuatro. No me miraba. Mientras él miraba al suelo le examiné los hombros. Anchos y fuertes como los de mi violador. Y la forma de la cabeza y el cuello eran exactamente iguales a los de mi violador. Su constitución, la nariz, los labios. Me abracé mientras lo miraba fijamente.

—Alice, ¿estás bien? —preguntó alguien.

Paquette protestó.

Yo tuve la sensación de haber hecho algo mal.

Pasé al número cinco. Tenía la constitución y la estatura adecuadas. Y me miraba, me miraba fijamente, como si supiera que yo estaba allí. Como si supiera quién era yo. La expresión de sus ojos me dijo que, si estuviéramos solos, si no hubiera una pared entre ambos, me llamaría por mi nombre y luego me mataría. Me sostuvo la mirada y me dominó. Yo reuní todas mis fuerzas y me volví.

—Estoy preparada —dije.

—¿Estás segura? —preguntó Lorenz.

—Ha dicho que está preparada —dijo Paquette.

Me acerqué a la hoja sujeta a la tablilla que Lorenz sostenía. Todos me observaban: Gail, Paquette y Lorenz. Marqué con una x la casilla número cinco. Había marcado la casilla que no era.

Me dejaron salir. Vi a Tricia en el pasillo.

—¿Qué tal ha ido?

—El número cuatro y el cinco eran idénticos —dije, antes de que el policía uniformado que me habían asignado me condujera a una sala de conferencias cercana.

—Asegúrese de que no habla con nadie —dijo Lorenz, asomando la cabeza. Su tono era de reprimenda, pues yo ya lo había hecho.

En la sala de conferencias miré al hombre uniformado para saber si había elegido bien, pero su cara era impasible. Sentí una oleada de náuseas y me paseé por la habitación, entre la mesa de conferencias y una hilera de sillas que había contra la pared. Sentía la garganta gruesa, como obstruida. En aquel momento supe que había escogido a la persona que no era. Me dije que había actuado impulsivamente, no había estudiado a los dos hombres y sus posturas el tiempo suficiente. Había estado tan concentrada en quitármelo de encima que no había sido minuciosa. Desde pequeña mis padres me habían acusado de lo mismo: no me tomaba tiempo, actuaba impulsivamente, adelantándome a los acontecimientos.

Se abrió la puerta y entró un abatido Lorenz. Vi a Gail en el pasillo justo antes de que él cerrara la puerta.

—Era el número cuatro, ¿verdad? —pregunté.

Lorenz era corpulento y fornido, una especie de estereotipo del padre de comedia de situación pero con un aire más resuelto del nordeste. Enseguida me di cuenta de que le había decepcionado. No hizo falta que me dijera nada. Me había equivocado de sospechoso. Era el número cuatro.

—Tenías prisa por salir de allí —dijo.

—Era el cuarto.

—No puedo decirte nada —repuso él—. Uebelhoer quiere una declaración. Quiere que describas con detalle la rueda de identificación. Que nos digas exactamente por qué has escogido al quinto.

—¿Dónde está ella?

Yo estaba de pronto frenética. Sentí que me desmoronaba por dentro. Les había fallado a todos, ése era el resumen. Uebelhoer pasaría a otros casos, a mejores víctimas; no tenía tiempo que perder con una fracasada como yo.

—El sospechoso ha accedido a proporcionar muestras de su vello púbico —dijo Lorenz, y no pudo menos que sonreír—. El abogado defensor ha querido estar presente en los servicios de caballeros para la extracción.

—¿Por qué ha accedido? —pregunté.

—Porque tiene motivos para creer que el pelo encontrado en tu persona la noche del incidente podría no coincidir con el suyo.

—Pero lo hará —dije—. Tiene que saberlo.

—Su abogado ha sopesado las posibilidades y ha decidido hacerlo. Causa buena impresión que se ofrezcan voluntariamente a hacerlo. Necesitamos que prestes declaración. Siéntate.

Fue a buscar papel y a atender otros asuntos. El agente uniformado me dejó sola en la habitación.

—Aquí estás a salvo —dijo.

Durante ese tiempo até cabos: había identificado al hombre que no era. Inmediatamente después Paquette había accedido a la extracción voluntaria de un pelo púbico de su cliente. Uebelhoer me había dicho que el abogado estaba basando la defensa en la identificación errónea. Una chica blanca aterrorizada vio a un negro por la calle. Este le habló con familiaridad y ella, en su imaginación, lo relacionó con su violador. Estaba acusando a un hombre que no era. La rueda de identificación lo probaba.

Me senté a la mesa de conferencias y lo repasé todo mentalmente. Pensé en lo que acababa de ocurrirme. Había estado tan asustada que había elegido al hombre que más miedo me daba, el que me había mirado. Me di cuenta —demasiado tarde— de que acababa de caer en una trampa.

Lorenz iba a volver en cualquier momento. Yo necesitaba reconstruir mi caso.

Cuando Lorenz entró, sonrió al decirme que iban a arrancar, en lugar de cortar, el pelo a Madison. Trataba de mostrarse alegre delante de mí.

Me tomó declaración. Quedó anotado que yo había entrado en la sala a las 11.05 horas y salido a las 11.11. Di rápidamente los motivos por los que había descartado a los hombres en las posiciones primera, segunda y tercera. Comparé el cuarto y el quinto, y me fijé en que se parecían mucho, y que el cuarto era un poco «más delgado y más ancho» que el sospechoso. Dije que el cuarto había permanecido con la mirada baja todo el tiempo y que escogí al quinto porque me miraba a la cara. Añadí que estaba nerviosa y que el hecho de que el abogado defensor se hubiera negado a permitir la presencia de un miembro de Crisis de Violaciones en la sala de identificación me había intimidado aún más. Dije que nunca había mirado a los ojos al cuarto y repetí que había escogido al quinto porque me miraba.

La habitación se quedó unos momentos en silencio salvo por el teclear lento y torpe de Lorenz.

—Alice —dijo—, es mi deber comunicarte que no has elegido al sospechoso.

No me dijo quién era. No estaba autorizado. Pero yo lo sabía.

Escribió que yo había sido informada de mi error, y yo declaré, para que constara en acta, que en mi opinión el cuarto y el quinto eran casi idénticos.

Uebelhoer entró en la habitación. Había otras personas con ella. Policías y esta vez también Tricia. Uebelhoer estaba enfadada, pero sonrió de todos modos.

—Bueno, ya tenemos un pelo de ese cabrón —dijo.

—El agente Lorenz me ha dicho que me he equivocado —dije yo.

—Cree que era el cuarto —dijo Lorenz.

Los dos se miraron un momento. Gail se volvió hacia mí.

—Por supuesto que has elegido al que no era —dijo—. Él y su abogado se han asegurado de ponértelo difícil.

—Gail —advirtió Lorenz.

—Tiene derecho a saberlo. De todos modos, lo sabe —dijo, mirándolo. Él creía que yo necesitaba protección; ella sabía que me moría por saber la verdad.

—La razón por la que se ha retrasado tanto, Alice, es porque Madison ha pedido que viniera un amigo y se colocara a su lado. Hemos tenido que enviar un coche a la cárcel para traerlo. Se negaban a continuar hasta que llegara.

—No lo entiendo —dije—. ¿Está autorizado a tener a su amigo a su lado?

—Es el derecho del acusado —dijo ella—. Y tiene sentido hasta cierto punto. Si el sospechoso cree que los demás presos no se parecen lo suficientemente a él, puede escoger a alguien para que se ponga a su lado.

—¿Podemos utilizarlo? —Yo empezaba a ver una explicación allí. Tal vez tenía aún una posibilidad.

—No —dijo ella—, va contra los derechos del acusado. Te han tomado el número. Utiliza a ese amigo, o ese amigo lo utiliza a él, en cada rueda de identificación. Son clavados.

Yo escuché todo lo que dijo. Uebelhoer lo había visto todo, pero seguía siendo lo bastante apasionada como para enfurecerse.

—¿Y los ojos?

—Su amigo te clava una mirada que da miedo. Sabe cuándo te detienes delante del espejo y logra ponerte nerviosa. Entretanto, el sospechoso baja la mirada como si no supiera dónde está o por qué está allí. Como si se hubiera perdido yendo al circo.

—¿Y no podemos utilizar eso ante el tribunal?

—No. Antes de la identificación he presentado una protesta formal que se incluirá en el acta, pero sólo es una formalidad. No es admisible a menos que a él se le escape información previa.

La injusticia de todo ello me pareció desmedida.

—Los derechos están de parte del acusado —dijo Gail. Yo estaba hambrienta de más hechos. En aquellos momentos en que podría haberme escabullido fácilmente, los hechos eran mi vida—. Por eso la ley utiliza expresiones como «duda razonable». Es el deber del fiscal proporcionar esa duda. La rueda de identificación entraña un riesgo. Sabíamos que podía ocurrir algo así, pero no había ninguna foto de él en los archivos de la policía y él se negó a comparecer en la vista preliminar. No teníamos elección. No podemos negarnos a una identificación.

—¿Qué pasa con el pelo?

—Si tenemos suerte, coincidirá en los diecisiete puntos. Pero incluso cabellos extraídos de una misma cabeza pueden variar en algunos puntos. Paquette ha decidido que vale la pena arriesgarse. Probablemente va a salir con que tú perdiste la virginidad voluntariamente aquella noche, luego te arrepentiste, y con el tiempo habrías acusado al primer negro que te hubieras encontrado por la calle. Hará todo lo posible para desprestigiarte. Pero no vamos a permitirselo.

—¿Qué pasa ahora?

—El gran jurado —respondió ella.

Yo me sentía desgraciada. A las dos de la tarde empezaría la siguiente gran etapa de aquel viaje, y tenía que estar preparada. Estoy segura de que pasé ese tiempo tratando de quitarme de la cabeza el fracaso de aquella mañana, tratando de no permitir que la imagen que estaba construyendo de mí el abogado de Madison me invadiera la mente. No llamé a mi madre. No tenía buenas noticias que dar, aunque tenía a Uebelhoer. Me concentré en el hecho de que ella había estado presente en la extracción del pelo púbico.

A las dos me llevaron a una sala de espera que había fuera de la sala del gran jurado. Dentro estaba Gail. No habíamos tenido tiempo, como ella había querido, para hablar. Ella había estado ocupada preparando el interrogatorio durante la hora de la comida y aunque a mí me habían citado a las dos, otros testigos comparecerían antes que yo. Tricia, atendiendo a mis ruegos, se había ido después de la rueda de identificación.

Mientras esperaba traté de pensar en el examen de italiano que tenía al día siguiente. Saqué de mi cartera una hoja con frases y me quedé mirándolas. Había hablado de aquella asignatura al agente que me había ido a buscar por la mañana. Lamenté que Tess no estuviera conmigo. Había temido ganarme la antipatía de ella y de Toby si los agobiaba con mi violación, de modo que trataba de ser tan diligente en sus clases como con todo lo relacionado con mi caso.

Hubo movimiento en el pasillo. Gail se acercaba. Me dijo rápidamente que iba a hacerme preguntas sobre lo ocurrido aquella noche, que luego se referiría a mi competencia a la hora de identificar al violador y al hecho de que había identificado al agente Clapper al mismo tiempo. Quería que declarara sin tapujos que había dudado entre el cuarto y el quinto, y que explicara por qué. Me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara para responder cada pregunta, que no me pusiera nerviosa.

—Será más fácil que la vista preliminar, Alice, sólo tienes que seguirme. Puede que ahí dentro me muestre más fría que ahora, pero recuerda que estamos allí para ganar y, hasta cierto punto... bueno, el jurado está compuesto por veinticinco civiles y nosotras estamos en escena.

Me dejó. Al cabo de unos momentos me condujeron a la sala. De nuevo no estaba preparada para el efecto que ésta iba a ejercer sobre mí. El estrado estaba rodeado de gradas en las que había unas sillas giratorias anaranjadas fijadas al suelo. Las gradas formaban un arco circular que se hacía más amplio a medida que se elevaban. Había suficientes asientos para los veinticinco miembros del jurado y los suplentes, que estaban presentes en todos los casos pero podían no votar.

El diseño de la sala hacía que todas las miradas se clavaran en quienquiera que estuviera en el estrado. No había una mesa para el abogado defensor o el fiscal.

Gail hizo lo que había dicho que haría. Adoptó una actitud profesional. Miró a los ojos a los miembros del jurado, se ayudó de gestos y dedicó tiempo a enunciar palabras clave o frases en las que quería que se fijaran y recordaran. Su interrogatorio pretendía tranquilizar tanto a los miembros del jurado como a mí. Me había explicado que los casos de violación eran duros para ellos. Enseguida tuve ocasión de comprobarlo.

Cuando me preguntó por dónde me había tocado él y tuve que explicar que me había metido el

puño en la vagina, muchos miembros del jurado bajaron la vista o de desviaron inmediatamente. Pero lo que más les perturbó fue lo que vino a continuación. Uebelhoer me preguntó sobre la hemorragia: ¿cuánta sangre?, ¿por qué tanta? Me preguntó si entonces era virgen.

—Sí —dije.

Se estremecieron. Sintieron compasión. Durante el resto de las preguntas algunos de los miembros del jurado, y no todos eran mujeres, trataron de contener las lágrimas. Yo era consciente de que lo que había perdido aquella noche lo ganaba hoy. El hecho de que fuera virgen me hacía parecer buena chica, hacía que el delito pareciera peor.

Yo no quería su compasión. Quería ganar. Pero sus reacciones me empujaron a reflexionar sobre lo que estaba diciendo, no sólo registrarlo como argumento a favor o en contra en función de las posibilidades de una condena. Las lágrimas de un hombre en particular, en la segunda fila, me derrumbaron. Lloré un poco. El hecho fue que eso también causó buena impresión.

Se presentó como prueba para la identificación el boceto que dibujé la noche del 5 de octubre. Uebelhoer me hizo preguntas directas sobre si me había ayudado alguien a dibujarlo, si la letra era mía, si alguien me había influenciado.

Pasó a la rueda de identificación. Ahora el interrogatorio se volvió más acalorado. Como un cirujano con una sonda, extrajo cada matiz de los cinco minutos que habíamos pasado en aquella habitación. Por fin me preguntó si estaba segura de haber identificado al hombre en cuestión.

Respondí que no.

Entonces me preguntó por qué había elegido al número cinco. Describí detenidamente su estatura y su complexión. Hablé de su mirada.

Finalmente, les tocó hacer preguntas a los miembros del jurado.

Miembro del jurado: «Cuando vio al agente de policía en Marshall Street, ¿por qué no acudió a él?».

Miembro del jurado: «Lo ha seleccionado en la rueda de identificación; ¿está totalmente segura de que era él?».

Miembro del jurado: «¿Por qué cruzó el parque sola de noche, Alice? ¿Suele cruzarlo sola?».

Miembro del jurado: «¿No le había advertido nadie que no cruzara el parque de noche?».

Miembro del jurado: «¿Sabía que se suponía que no debía cruzar el parque después de las nueve y media de la noche? ¿Lo sabía?».

Miembro del jurado: «¿Podría haber descartado al número cuatro? ¿La miró en algún momento?».

Respondí con paciencia todas aquellas preguntas. Las relacionadas con la rueda de identificación las respondí sinceramente y sin rodeos. Pero las preguntas sobre qué había estado haciendo en el parque o por qué no había acudido al agente Clapper me dejaron petrificada. No lo estaban entendiendo, ésa fue la impresión que tuve. Pero, como había dicho Gail, estábamos en escena.

En la televisión y en el cine, el abogado a menudo dice a la víctima antes de que suba al estrado: «Limítate a decir la verdad». Tuve que deducir yo sola que, si haces eso y nada más, pierdes. De

modo que les dije que fui tonta, que no debería haber cruzado el parque. Dije que me proponía hacer algo para advertir a las chicas de la universidad acerca del parque. Y se me vio tan buena, tan deseosa de admitir parte de culpa, que confié en que me creyeran inocente.

Aquel día todo se volvió despiadado. Si Madison había estado al lado de su amigo y había jugado con la mirada para ponerme nerviosa, yo iba a hacérselo pagar. Era sincera. Era virgen. Él me había roto el himen por dos partes. La ginecóloga lo atestiguaría. También era una buena chica que sabía cómo vestirse y qué decir para recalcarlo. Aquella noche después de testificar ante el gran jurado llamé a Madison «hijo de puta» en la intimidad de mi habitación de la residencia mientras golpeaba la almohada y la cama con los puños. Juré la clase de venganza sanguinaria que nadie habría creído posible viniendo de una estudiante de diecinueve años. Cuando todavía estaba en el juzgado di las gracias al jurado. Hice uso de mis recursos: actuar, aplacar, hacer sonreír a mi familia. Salí de la sala del tribunal con la sensación de haber hecho la mejor actuación de mi vida. Ya no iba a ser un cuerpo a cuerpo, y esta vez tenía una posibilidad.

Salí y me senté en la sala de espera. El detective Lorenz estaba allí. Llevaba un parche negro en uno de sus ojos.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté horrorizada.

—Perseguimos a un delincuente y huyó. Me golpeó en el ojo con un mazo. ¿Qué tal te ha ido ahí dentro?

—Creo que bien.

—Escucha —dijo. Empezó a farfullar una disculpa. Dijo que lo sentía si no había estado muy amable aquel día de mayo—. Llegan muchos casos de violación. La mayoría de ellos nunca van más allá. Sólo quería decirte que estoy contigo.

Le aseguré que siempre había estado bien conmigo, que toda la policía había estado bien. Era sincera.

Quince años después, al recopilar datos para escribir este libro, encontré frases que él había escrito en los primeros informes:

8 de mayo de 1981: «Es la opinión del abajo firmante, después de interrogar a la víctima, que este caso, tal como lo presenta la víctima, no es del todo imparcial».

Después de interrogar a Ken Childs más tarde aquel mismo día, escribió: «Childs describe la relación de ambos como “superficial”. Sigue siendo la opinión del abajo firmante que hubo circunstancias atenuantes en este caso, tal como lo ha denunciado la víctima; se recomienda que se archive».

Pero después de reunirme con Uebelhoer el 13 de octubre de 1981: «Debería constar en acta que cuando el abajo firmante interrogó por primera vez a la víctima a las 8.00 horas aprox. del 8 de mayo de 1981, parecía desorientada por el incidente y aturdida a causa del sueño. El abajo firmante se da cuenta ahora de que la víctima había pasado por una terrible experiencia y llevaba sin dormir aproximadamente 24 horas, lo que justificaría su comportamiento en aquel momento...».

Las vírgenes no formaban parte del mundo de Lorenz. Se mostró escéptico acerca de muchas

cosas que yo dije. Más tarde, cuando los informes serológicos demostraron que yo no había mentado, que era virgen y había dicho la verdad, no pudo respetarme lo bastante. Creo que se sentía responsable de alguna manera. Después de todo, era en su mundo donde me había ocurrido algo tan horrible. Un mundo de delitos violentos.

Maria Flores, del taller de poesía de Tess, se tiró por una ventana. Así informó sobre ello el *Daily Orange*, el periódico del campus de Syracuse. Dieron su nombre y dijeron que había sido un accidente. Cuando los alumnos entramos en fila en la sala de conferencias del departamento de Lengua y Literatura para hacer clase, sólo uno o dos habíamos leído la noticia en el periódico. Yo no lo había hecho. Al parecer, decía el periódico, Flores, aunque malherida en el accidente, había sobrevivido milagrosamente. Estaba en el hospital.

Tess llegó tarde. Cuando entró se produjo un silencio en el aula. Ella se sentó encima de la mesa y trató de empezar la clase. Estaba visiblemente afectada.

—¿Te has enterado de lo de Maria? —preguntó uno de los alumnos.

Tess inclinó la cabeza.

—Sí —dijo—. Es terrible.

—¿Está bien?

—Acabo de hablar con ella —dijo Tess—. Voy a ir a verla al hospital. Siempre es tan difícil este asunto de la poesía.

No acabamos de comprender. ¿Qué tenía que ver el accidente de Maria con la poesía?

—Ha salido en el periódico —informó un alumno.

Tess lo miró fijamente.

—¿Salía su nombre?

—¿Qué pasa, Tess? —preguntó alguien.

Nuestra pregunta tuvo respuesta al día siguiente cuando un artículo casi idéntico lo describía como un intento de suicidio. La única diferencia es que esta vez el periódico no mencionaba el nombre. No hacía falta ser un genio para atar cabos.

Tess me había dicho que significaría mucho para Maria que la fuera a ver al hospital.

—El poema que escribiste le produjo un gran impacto —añadió, pero no me dijo qué más sabía.

Fui a verla. Pero antes hubo otro intento fallido de suicidio. Maria intentó matarse cortando un cable eléctrico que había junto a su cama, sacando los alambres de dentro y rodeándose con ellos las muñecas. Lo había hecho estando parcialmente paralizada del lado izquierdo. Pero una enfermera que había entrado en su habitación lo impidió y ahora tenía los brazos atados a la cama.

Estaba ingresada en el Crouse Irving Memorial Hospital. Una enfermera me llevó a la habitación. De pie al lado de la cama estaban su padre y sus hermanos. Saludé con la mano a Maria y luego estreché la mano de los hombres. Les dije cómo me llamaba y que estaba en la clase de poesía. Ninguno de ellos se mostró muy receptivo. Lo atribuí al nerviosismo y a la extrañeza que podía haberles provocado la aparición de aquella mujer que parecía tener una relación con ella que ellos, su padre y sus hermanos, no tenían. Salieron de la habitación.

—Gracias por venir —dijo ella en un susurro. Quería cogerme la mano.

No nos conocíamos en realidad, sólo habíamos estado en la clase de Tess y, hasta hacía poco, yo le había guardado un poco de resentimiento por el hecho de que se hubiera marchado del taller dedicado a mi poema.

—¿Puedes sentarte? —preguntó.

—Sí.

Lo hice.

—Fue tu poema —dijo ahora—. Volvió a traerlo todo a mi memoria.

Me quedé allí sentada mientras ella me explicaba en susurros su situación. El hombre y los chicos que acaban de salir de la habitación la habían violado durante años cuando era adolescente.

—En un momento determinado paró —dijo—. Mis hermanos se hicieron lo bastante mayores para saber que lo que hacían estaba mal.

—Oh, Maria —dije—. Yo nunca quise...

—Calla. Fue positivo. Necesitaba afrontarlo.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Dijo que no quería oír hablar de ello. Prometió no decírselo a mi padre si yo no volvía a mencionarlo. No me habla.

Miré todas las tarjetas que le habían enviado para desearle que se mejorara y que estaban esparcidas sobre la cama. Era consejera residente, y tanto las chicas que vivían en el pasillo como sus amigas le habían escrito. Me asaltó un pensamiento dolorosamente evidente. Al sobrevivir después de tirarse por la ventana dependía por completo de su familia para que cuidara de ella. De su padre.

—¿Se lo has dicho a Tess?

Se le iluminó la cara.

—Tess ha estado maravillosa.

—Lo sé.

—Tu poema decía todo lo que yo llevaba años sintiendo por dentro. Todo lo que tenía miedo de sentir.

—¿Y eso es bueno? —pregunté.

—Ya lo veremos —dijo ella, y sonrió débilmente.

Maria se recobraría de la caída y volvería a la universidad. Por un tiempo rompió con su familia.

Pero aquel día bromeamos sobre que ya había comentado mi poema al tirarse por la ventana y que Tess tenía que admitirlo. Luego yo hablé. Hablé porque ella quiso que lo hiciera y porque a su lado podía hacerlo. Le hablé del gran jurado, de la rueda de identificación y de Gail.

—¡Tienes mucha suerte! —dijo—. Yo nunca podré hacer nada de todo eso. Quiero que llegues hasta el final.

Seguíamos cogidas de la mano. Cada uno de los minutos que pasé en aquella habitación fueron preciosísimos para las dos.

Al final levanté la mirada y vi a su padre en la puerta. Maria no lo vio, pero vio mi mirada.

Él no se marchó ni avanzó. Esperaba que yo me levantara y me fuera. Sentí que irradiaba eso de él desde donde estaba. No sabía qué estaba pasando exactamente entre nosotras, pero había algo de lo que no parecía fiarse.

El 16 de noviembre compararon la «conocida muestra de vello púbico de Gregory Madison» y el «pelo púbico de negro recuperado entre el vello púbico de Alice Sebold en mayo de 1981». El laboratorio había descubierto que los vellos coincidían en los diecisiete puntos de la comparación microscópica.

El 18 de noviembre Gail escribió una carta interna para los archivos. La envió el 23.

No hay ninguna duda de que se trata de una violación. La víctima era virgen y el himen se rompió por dos partes. Los informes de los análisis de laboratorio muestran semen, y los informes médicos muestran contusiones y laceraciones.

La identificación está en tela de juicio. La violación tuvo lugar el 8 de mayo de 1981 y la víctima dio una descripción detallada a la policía, pero no se llevó a cabo ninguna detención. Ella vuelve a Pensilvania el 9 de mayo de 1981. Cuando regresa a la Universidad de Syracuse en otoño, ve al acusado por la calle, y él se acerca a ella y le dice: «Hola, ¿no te conozco de algo?». Ella echa a correr y llama a la policía. Organizo una rueda de identificación y ella identifica a otro tipo (era idéntico al acusado y estaba a su derecha, y éste había solicitado su presencia personalmente). Más tarde ella dice a la policía que ha dudado entre el acusado y ese otro tipo. El pelo púbico del acusado ha resultado coincidir con el que se encontró entre el vello púbico de la víctima. En el arma (cuchillo) encontrada en el lugar del delito hay una huella dactilar parcial, pero no tiene suficientes detalles para compararla (la he hecho enviar al FBI para que realicen más pruebas). El laboratorio dice que no es posible determinar el grupo sanguíneo del semen porque está demasiado manchado de sangre de la víctima.

Buena suerte. La víctima es una testigo excelente.

Volví a Pensilvania para Acción de Gracias. Al día siguiente de regresar a Syracuse en el autobús Greyhound me esperaba una carta en mi residencia.

«De conformidad con su petición —decía parte de ella—, la presente es para informar que el gran jurado ha decidido proceder contra el acusado mencionado más arriba».

Yo no cabía en mí de contento. En mi habitación individual de Haven me estremecí de la emoción. Llamé a mi madre para decírselo. Estaba haciendo progresos. El juicio parecía inminente. Podía ser cualquier día.

Estaba en clase cuando Madison se declaró inocente ante el juez Walter T. Gorman el 4 de diciembre. Negó los ocho cargos formulados contra él. Se fijó una vista previa al juicio para el 9 de diciembre. Paquette, en nombre de Madison, admitió una condena anterior por un pequeño hurto «en algún lugar». El Estado no tenía suficiente información para contraatacar, y los antecedentes de menor de Madison no podían tenerse en cuenta. Cuando Gorman preguntó al ayudante del fiscal del distrito, Plochocki, que representaba al Estado porque Gail estaba en otro juzgado, si quería

establecer una fianza, Plochocki respondió: «Juez, no tengo el expediente». De modo que se fijó la fianza en cinco mil dólares. Equivocadamente, a lo largo de Navidad y Año Nuevo imaginé a mi agresor en la cárcel.

Antes de volver a casa para las vacaciones de Navidad, había sacado un insuficiente en Italiano 101, un bien en Clásicas, un notable en la clase general de literatura de Tess —mi examen no había sido nada del otro mundo— y dos sobresalientes: uno en el taller de Wolff y otro en el de Gallagher.

Vi a Steve Carbonaro. Había renunciado a don Quijote y tenía la costumbre de guardar una botella de Chivas Regal en su apartamento cerca de Pensilvania. Recorría los rastros buscando viejas y deshilachadas alfombras orientales, llevaba una chaqueta de raso, fumaba en pipa y escribía sonetos para una novia cuyo nombre le encantaba: Juliet. Por la ventana de su apartamento, con las luces apagadas, veía a dos amantes extrovertidos que vivían al otro lado de la calle. No me gustó el sabor del whisky y la pipa me pareció estúpida.

Mi hermana seguía siendo virgen a los veintidós años. Yo deseaba que fuera menos «pura». Me consta que ella también lo deseaba, pero nuestros motivos eran distintos. Yo quería que ella cayera —porque así era como se veía en casa— para no estar sola. Ella quería caer para tener más cosas en común con la mayoría de sus amigas.

Vivíamos tristemente cada una a un lado de esa palabra. Ella lo era, yo no. Al principio mi madre había dicho en broma que mi violación podía poner fin a sus sermones sobre la virginidad, de modo que ahora me sermonearía sobre la castidad. Pero algo no encajaba. Sería extraño que mi madre aplicara con mi hermana las viejas reglas pero hiciera unas nuevas para mí. Yo había pasado, al ser violada, a una categoría que a ella le parecía imposible de abordar.

De modo que hice lo que hacía con los temas más espinosos y tomé la posición de repliegue de los Sebold: un análisis exhaustivo de la semántica correspondiente. Consulté todas las palabras y sus variantes: virgen, virginidad, virginal, casta, castidad. Cuando las definiciones no me daban lo que yo quería, manipulaba el lenguaje y redefinía las palabras. El resultado fue que acabé afirmando para mis adentros que seguía siendo virgen. No había perdido la virginidad, me la habían arrebatado, me dije. Por lo tanto, yo decidiría cuándo y qué era ser virgen. Llamé a la que todavía tenía que perder mi «verdadera virginidad». Como mis razones para no acostarme con Steve o para volver a Syracuse, me pareció irrefutable.

No lo era. Mucho de lo que inventé y subvertí distaba de ser irrefutable, pero entonces no estaba preparada para admitirlo. También elaboré un doloroso razonamiento sobre por qué era mejor que me hubieran violado siendo virgen.

«Creo que fue mejor que me violaran siendo virgen —decía a la gente—. No hago ninguna asociación sexual con ello como hacen otras mujeres. Fue violencia pura. Así, cuando tenga relaciones sexuales normales, tendré muy clara la diferencia entre sexo y violencia».

Me pregunto quién se lo tragó.

Aun teniendo que asistir a clase y comparecer ante el tribunal había encontrado tiempo para enamorarme. Se llamaba Jamie Waller e iba al taller de Wolff. Era mayor que yo —veintiséis años— y amigo de otro chico de nuestra clase, Chris Davis. Chris era gay. Pensé que eso definía a Jamie —que era heterosexual— como un hombre muy moderno. Si era capaz de sentirse tan abiertamente cómodo en compañía de un gay, razoné, tal vez fuera capaz de aprobar a una víctima de violación.

Logré hacer todo lo que hacen las chicas enamoradas. Pedía a Lila que se reuniera conmigo después de clase para que lo viera y al volver a la residencia hablábamos de lo guapo que era. Cada vez que lo veía, le describía a ella con detalle su atuendo. Era el prototipo de lo que yo llamaba pijo barato. Llevaba jerséis de lana áspera y con manchas de huevo, y sus calzoncillos Brooks Brothers a menudo le asomaban por encima de sus anchos pantalones de pana. Vivía fuera del campus, en un apartamento, y tenía coche. Iba a esquiar los fines de semana. Tenía lo que yo quería: una vida independiente. Soñaba con él en la intimidad; delante de la gente me hacía la dura.

Yo odiaba mi aspecto físico. Me creía gorda, fea y rara. Pero aunque él nunca me encontrara físicamente atractiva, disfrutaba oyendo una buena historia y le gustaba emborracharse. Yo podía contarle lo primero y hacer lo segundo.

Después del taller de Wolff, Chris, Jamie y yo íbamos a tomar algo, luego Jamie decía: «Bueno, chicos, yo me largo. ¿Qué vais a hacer este fin de semana?». Chris y yo nunca teníamos buenas respuestas. Los dos nos sentíamos ineptos. Mis fines de semana habían consistido en esperar el gran jurado y luego lo que siguió. Chris más tarde confesó que sus fines de semana habían consistido en ir a bares gay del centro de Syracuse y tratar sin éxito de ligar. Chris y yo nos sobrealimentábamos y bebíamos demasiado café mientras leíamos buena poesía. Cuando escribíamos un poema que no desdeñábamos nos llamábamos y lo leíamos en alto. Éramos solitarios y nos odiábamos a nosotros mismos. Nos hacíamos reír, con amargura, y esperábamos a que Jamie volviera renovado de un fin de semana en Stowe o Hunter Mountain para que llenara nuestras deprimentes vidas.

Una noche de aquel otoño les conté a los dos mi violación. Estábamos los tres borrachos. Fue después de un recital o un taller, y habíamos ido a un bar de Marshall Street. Era un poco más agradable que la mayoría de los bares de estudiantes, que eran más bien cuevas.

No recuerdo cómo salió a colación. Era un par de días antes de la rueda de identificación y yo no podía pensar en otra cosa. Chris se quedó perplejo y la noticia tuvo el efecto de ponerle más borracho. Su hermano Ben había sido asesinado hacía dos años, pero entonces yo no lo sabía. Era Jamie quien me importaba. Jamie con quien me imaginaba casándome enamorada.

Cualquiera que hubiera sido su reacción, no habría satisfecho la fantasía de rescate que yo me había inventado. Nada lo habría hecho. Se produjo un silencio incómodo alrededor de la mesa y luego Jamie encontró la solución. Pidió otra ronda de copas.

Jamie volvió solo en coche a su apartamento de fuera del campus. Chris, que vivía en la otra dirección, me acompañó andando a casa. Cuando me acosté la cabeza me daba vueltas. No me

gustaba beber, pero me gustaba cómo me liberaba. Decía algo sin querer y el mundo no estallaba, y podía contar con que al final me dormiría. A la mañana siguiente me dolía la cabeza y siempre vomitaba, pero a Jamie, y al parecer a todo el mundo, le gustaba cuando estaba borracha. La ventaja añadida era que a menudo no me acordaba de gran cosa.

Después de Navidad salimos de copas con más frecuencia, sin Chris. Jamie me dijo que había vuelto a la universidad para terminar la carrera después de haber cuidado a su padre durante una enfermedad terminal prolongada. Me confesó que tenía una tienda de ropa para mujeres en Utica, y que iba a menudo a supervisar. Todo eso lo rodeó de más glamour todavía, pero lo que realmente me gustaba de él era su naturalidad. Comía y eructaba. Se dormía en todas partes. Había perdido la virginidad mucho antes que yo, a los catorce años, con una mujer mayor que él. «No tuve escapatoria», decía bebiendo un sorbo de cerveza de una botella o vino de una copa, y resoplaba alegremente. Bromeaba sobre la cantidad de mujeres que habían pasado por su vida y me contaba historias de maridos que lo habían sorprendido con sus mujeres.

Yo no me sentía cómoda oyéndolo. Su promiscuidad me parecía inconcebible, pero también significaba que había visto y hecho de todo. No habría sorpresas. A sus ojos yo no era un bicho raro. Jamie no era un buen chico. Pero lo último que necesitaba yo era un buen chico que me viera «especial».

Escuchó con paciencia lo que ocurría en mi vida: sobre Gail, la rueda de identificación o mi miedo al juicio. Las semanas siguientes, que se convirtieron en meses después de las vacaciones de Navidad, viví a la espera del juicio. Lo pospusieron repetidas veces. Se fijó para el 22 de enero una vista previa al juicio. Se canceló, pero tuve que acudir igualmente para hablar con el fiscal del distrito, Bill Mastine, y con Gail, que ahora estaba embarazada y pasaba las riendas a Mastine.

Ví que Jamie reconocía que los dos éramos bichos raros. Él había pasado por mucho con su padre y creía que yo, a mis diecinueve años, me distinguía de la mayoría de mis compañeras por la violación. Pero en lugar de hacer que me enfrentara a mis sentimientos, como quería Tricia del Centro de Crisis de Violaciones, me enseñó a beber. Y aprendí.

Jamie y yo hablamos de sexo y yo le mentí.

Una noche, en el bar, me preguntó —sin miramientos, me pareció— si me había acostado con alguien desde la violación. Yo le dije que no, pero en aquel mismo instante la expresión de su cara me informó de que no era la respuesta acertada. Rectifiqué:

—No, no seas tonto, por supuesto que sí.

—Uf —respondió, dando vueltas al vaso de cerveza encima de la mesa—. No me habría gustado ser ese tío.

—¿Qué quieres decir?

—Es una gran responsabilidad. Tendrías miedo de follar. Además, ¿quién sabe qué podría pasar? Le dije que no había sido tan terrible como imaginaba él. Me preguntó con cuántos hombres me

había acostado. Me inventé un número: tres.

—Los suficientes para saber que eres normal.

Yo le di la razón.

Seguimos bebiendo. De pronto estaba sola, lo sabía. Si le hubiera dicho la verdad me habría rechazado. La presión que sentía de «quitarme aquello de encima» —tal como se lo había dicho a Lila— era insoportable. Temía que si tardaba demasiado, el miedo que entrañaba tener relaciones sexuales no hiciera sino aumentar. No quería acabar convertida en una vieja reseca, ni hacerme monja, ni vivir en la casa de mis padres y quedarme mirando las paredes. Aquellos destinos me parecían muy reales.

Poco antes de las vacaciones de Semana Santa llegó la noche.

Jamie y yo fuimos al cine. Después nos emborrachamos mucho en el bar.

—Tengo que mear —dijo él, no por primera vez aquella noche.

Mientras iba al lavabo, hice cálculos. Hacía un tiempo que preparábamos el terreno. Él me había hecho la única pregunta que podía detenernos y yo le había mentido, al aparecer con éxito. Al día siguiente él se iría de fin de semana a esquiar, y yo estaría sola conmigo misma y con Lila unos días.

—Si bebo más no podré volver a casa en coche —dijo él cuando volvió a la mesa—. ¿Te vienes conmigo?

Me levanté y salimos. Nevaba. Sentimos el frío cortante de los copos de nieve en nuestra piel caliente por el alcohol. Nos quedamos allí parados respirando el aire frío. Se amontonaron copos de nieve en las puntas de las pestañas de Jamie y en la costura de su gorro de esquiar.

Nos besamos. Fue un beso húmedo y baboso, diferente de los de Steve, más bien como los de Madison. Yo quería aquello. Quería con toda mi alma quererlo. Es Jamie, me repetí mentalmente. Es Jamie.

—¿Te vienes a casa conmigo entonces? —preguntó él.

—No lo sé —dije.

—Bueno, hace un frío de cojones aquí fuera y yo me voy a casa. Contigo o sin ti.

—Llevo las lentillas —dije.

Él estaba borracho y se mostró desenvuelto, ya había hecho eso mil veces antes.

—Bueno, tienes dos opciones. Puedes volver andando a la residencia y dormir sola, o puedo llevarte allí en coche y esperarte mientras te quitas las lentillas.

—¿Lo harías?

Él se quedó fuera en el coche. Yo me dirigí apresuradamente al ascensor de Haven, fui a mi habitación y me quité las lentillas. Era tarde, pero desperté a Lila de todos modos. Llamé a su puerta. Me abrió; llevaba su camisón de franela. Su habitación estaba oscura. La había despertado.

—¿Qué pasa?

—Bueno, ha llegado la hora —dije—. Me voy a casa de Jamie. Volveré por la mañana. Prométeme que desayunarás conmigo.

—Bueno —dijo ella, y cerró la puerta.

Yo había querido compartirlo con alguien.

Cuando salí nevaba mucho. Para concentrarnos en la carretera, guardamos silencio. Noté el aire caliente que salía del salpicadero. Jamie era mi guía en una misión a un lugar donde yo nunca había estado. Yo tenía una última oportunidad para hacerlo antes de que se cerraran los muros. La promiscuidad de Jamie me parecía ahora una bendición. En su forma de hablar de ello yo sabía que había habido tanta fanfarronería como verdadero placer. Aun entonces me di cuenta de que había estado borracho en muchos de esos encuentros. Ahora también lo estaba. Pero todo eso me daba información. Las borracheras. La promiscuidad. Una vida sin rumbo. Todo era, a mi modo de ver, fruto de su elección. Nadie le había obligado a beber, a follar o a correr. Ahora miro atrás y veo que podría haber sido de otro modo; pero entonces me quedé mirando la carretera. La nieve se amontonaba a cada lado de los limpiaparabrisas en marcha y formaba un pico blanco en medio. Yo me dirigía a la casa de un hombre normal —y casi desde cualquier punto de vista, atractivo— y él me llevaba allí para hacer el amor conmigo.

Había imaginado muchas veces su casa. No me pareció tan fantástica cuando llegamos. Vivía en un apartamento de un dormitorio. En la salita no había muebles, sólo cajas de leche llenas de discos y casetes, y un estéreo en el suelo enmoquetado. Él entró y tiró la cartera al suelo, orinó sin molestarse en cerrar la puerta del cuarto de baño, de la que desvié la mirada, y volvió a entrar en la cocina. Desde que habíamos llegado al apartamento se había mostrado impaciente por ponerse en acción. Yo estaba en el pasillo, entre la cocina oscura y la salita sin amueblar. Su habitación estaba cerca del cuarto de baño. Sabía que era allí adónde nos dirigíamos, sabía que para eso había ido allí, pero titubeé. Estaba asustada.

Jamie dijo que suponía que yo era lo suficientemente novata como para tener que ofrecerme una copa. Tenía una botella de vino blanco ya abierta en la nevera y dos copas de vino sucias. Sostuvo las copas debajo del grifo y a continuación las llenó de vino. Cogí mi copa que goteaba y bebí un sorbo.

—Puedes dejar el bolso —dijo—. La música lo hará más fácil, ¿eh?

Entró en la salita y se acuclilló junto a una caja de leche llena de casetes. Cogió unas cuantas, las miró y volvió a tirarlas. Yo dejé mi cartera cerca de la puerta de la calle. Él optó por Bob Dylan, la clase de melodías lentas y dilatorias que siempre me hacían pensar en los muertos haciendo sonar sus cadenas. No era fan de Dylan, pero sabía que era mejor callármelo.

—No te quedes ahí como una estatua —dijo, volviéndose y acercándose más—. Bésame.

Algo en mi beso le desagradó.

—Mira, tú también querías esto —dijo—. No te cortes ahora.

Dijo que fuera a cepillarme los dientes. Le contesté que no tenía cepillo.

—¿No te has quedado nunca en casa de un tío?

—Sí —mentí tímidamente.

—¿Qué haces entonces?

—Lo hago con el dedo —dije, pensando rápidamente.

Jamie pasó por mi lado, entró en el cuarto de baño y me dio un cepillo de dientes.

—Toma —dijo—. Si follas con alguien puedes utilizar su cepillo.

Asustada, borracha y titubeante pillé su lógica. Fui al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Me eché agua a la cara y, por un instante, me preocupó si estaba guapa. Pero en cuanto me miré en el espejo desvié la vista. No podía ver lo que estaba haciendo. Tragué saliva, respiré hondo y salí del lavabo.

Jamie estaba tirando la ropa de la cama al suelo de su habitación. Las sábanas tenían manchas, y había varias mantas amontonadas donde habían caído al quitarlas de una patada. Había subido el volumen de la música. Las botas de esquí estaban fuera de la habitación, colocadas de lado. Me trajo la copa de vino y la puso junto a su radio despertador en la caja de leche que había junto al colchón.

Se quitó la camisa por la cabeza. Yo había visto muy pocos torsos de hombres. El suyo parecía más escuálido de lo que yo había imaginado y estaba cubierto de pecas. La cinturilla de sus calzoncillos largos había perdido la elasticidad y le caía por encima de los pantalones.

—¿Piensas quedarte vestida? —preguntó.

—Estoy cortada.

—No tenemos tiempo para eso —dijo él—. Tengo que levantarme mañana para la clase de español y luego me voy a Vermont. Empecemos.

De alguna manera lo hicimos. De alguna manera me quedé tumbada debajo de él mientras me follaba. Me folló con energía. Fue lo que más tarde oí a las chicas llamar «sexo atlético». Cuando se corrió, lo hizo ruidosamente, resoplando y gritando. Yo no estaba preparada para eso y me eché a llorar. Lloré más fuerte de lo que jamás habría imaginado, sacudiendo el cuerpo. Él dejó de hacer ruidos y me abrazó fuerte. Yo me sentía humillada, pero no podía parar. No creo que él supiera que le consideraba el primero, pero fue lo bastante inteligente para saber la causa del llanto.

—Pobrecita —dijo—. Pobrecita.

Poco después se quedó dormido encima de mí. Yo me quedé despierta toda la noche.

A primera hora de la mañana él quiso volver a hacer el amor. Pero primero, después de besarme, me empujó la cabeza hacia su pene. Una vez allí, yo no supe qué hacer.

—¿No lo has hecho nunca? —preguntó.

Lo intenté, pero tuve arcadas.

—Ven aquí —dijo él, soltándome. Nos besamos más y, preocupado por la expresión que veía en mis ojos, me sujetó por el pelo y me echó la cabeza hacia atrás—. Mira, no lo hagas. No te enamores de mí.

Yo no sabía qué quería decir o cómo responder a la reprimenda. Dije que no lo haría, pero no sabía cómo no hacerlo.

Me llevó en coche a Haven.

—Cuídate —dijo.

No quería ninguna responsabilidad. Ya había tenido bastante cuidando a su padre. Se fue a su clase y luego a esquiar.

«Bueno, lo hice», le escribí a Lila en el tablero que colgaba fuera de su puerta. Sabía que seguía dormida y lo agradecí. Llevaba veinticuatro horas sin dormir. Fui a mi habitación. Necesitaba tiempo

para embellecer la historia. Cuando desperté a media tarde, se había acabado. Había perdido mi verdadera virginidad. Todo había salido bien, aunque no exactamente perfecto, y un hombre me había aceptado.

Naturalmente, hice lo que él me había pedido que no hiciera. Me enamoré de él.

Lo convertí en una buena historia. Me reí de mí, de mi torpeza. Me emborraché. Llamé a Chris y se lo conté. Le encantó.

—¡Te has llevado el premio! —gritó.

Con Lila hice el papel de experimentada y entendida mientras comíamos un Häagen-Dazs de vainilla con almendras.

Jamie no me llamó. Me dije que iba a verlo después de Semana Santa, que la gente enrollada como nosotros no necesitaba cosas como anillos, flores o llamadas telefónicas. Hice la maleta para ir a Pensilvania. Escondí una botella de Absolut en mi Samsonite roja de pésima calidad. Me sentía bien.

A finales de abril, un mes después de las vacaciones de Semana Santa, me encontraba en Marshall Street. Era media tarde. La primavera había llegado por fin al norte del estado de Nueva York escondiéndose y reapareciendo como acostumbra hacer. Todavía había restos de nieve en el suelo. Todos los inviernos la nieve embellecía Syracuse; cubría los severos marrones y grises de los edificios y las carreteras del nordeste. Pero hacia abril todo el mundo estaba hartos, y los estudiantes celebraban la llegada del calor. Iban con pantalones cortos, a pesar de tener carne de gallina en los brazos y las piernas, y las chicas exhibían sus bronceados de Florida. La calle estaba llena de estudiantes que, ilusionados con el final de las clases, que significaba el comienzo de la buena vida, sonreían y reían y compraban recuerdos de la Universidad de Syracuse en las tiendas de Marshall Street.

Yo había salido a comprar algo a mi hermana, que iba a graduarse con un *magna cum laude* en Pensilvania. Caminaba por Marshall cuando vi que iba a cruzarme con un grupo de chicos de una fraternidad y sus novias. Eran todo sonrisas radiantes de primavera. Dos de los chicos hacían alarde de lo duros que eran con calzones blancos almidonados y Docksiders sin calcetines. Los miré porque no podía dejar de hacerlo; ocupaban toda la acera y pedían a gritos atención. Pero había alguien más tratando de pasar por el otro lado.

Crecí viendo *Embrujada*, donde la protagonista, Elizabeth Montgomery, era capaz de chasquear los dedos y paralizar a todo el mundo menos a sí misma y a su marido, Darrin. Ellos seguían hablando mientras la gente permanecía inmóvil en sus torpes posturas anteriormente animadas. Así es como me sentí aquel día. Vi a Gregory Madison tratando de adelantar a aquel grupo, entonces él me vio y todo lo demás se detuvo.

No sé por qué no había pensado que aquello podía pasar, pero no lo había hecho. Todavía lo imaginaba en la cárcel, o al menos creía que no sería tan estúpido como para volver a la zona universitaria antes del juicio. Pero allí estaba él. En octubre él se había mostrado petulante al verme. Esta vez nos vimos, nos reconocimos y asentimos con la cabeza. Sin decir una palabra. Fue una fracción de segundo. Entre él y yo estaban los risueños estudiantes. Pasamos a cada lado de ellos. Él me dijo con la mirada lo que yo necesitaba saber. Me había convertido en su adversaria, ya no sólo en su víctima, y él lo reconocía.

En algún momento de aquel invierno Lila y yo habíamos empezado a llamarnos mutuamente Clon. Las dos ganábamos con ello. Al ser mi clon, ella podía dar una imagen un poco más atrevida y alocada de como era en realidad; yo podía fingir que era una universitaria normal cuya vida giraba tanto alrededor de mis clases y las idas a Marshall Street para comer algo como de un juicio por violación. Como clones decidimos vivir juntas fuera del campus. Las dos, y una amiga de Lila llamada Sue, encontramos un apartamento de tres habitaciones en una zona algo apartada del campus donde vivían otros muchos estudiantes. Estábamos emocionadas ante la perspectiva de vivir en una casa de verdad, y convencida de que el juicio habría acabado para entonces, lo vi como una

oportunidad para volver a empezar. Entraríamos en el piso en otoño.

La primera semana de mayo hice las maletas para volver a casa para pasar el verano. Había sacado un notable en mi clase de Shakespeare y me había despedido de Jamie. No me hacía ilusiones de volver a saber de él.

Había hecho un curso llamado Cervantes en inglés y, en el examen final, me vengué del personaje de La Mancha. Hice una reinterpretación de don Quijote como una parábola urbana moderna y convertí a Sancho en el héroe. Era un hombre de mucho mundo mientras que Quijote no lo era. En mi versión, Quijote se ahoga en un charco de la cuneta, incapaz de darse cuenta de que no es un lago.

Antes de irme llamé a Gail para informarle de mis movimientos. Durante toda la primavera en la oficina del fiscal del distrito me habían respondido con un «en cualquier momento», y esta vez no fue distinto. Ella me dio las gracias y me preguntó por mis planes.

—Supongo que cogeré un trabajo de verano —respondí.

—Espero que el juicio se celebre pronto —dijo ella—. Estarás libre, ¿verdad?

—Es mi prioridad número uno —dije.

Hasta años después no lo entendí: en los casos de violación, casi se esperaba que la víctima se echara atrás en mitad del proceso aun cuando ella lo había iniciado.

—Alice, permíteme que te pregunte algo —dijo ella, cambiando un poco el tono.

—¿Sí?

—¿Te acompañará algún familiar?

—No lo sé —respondí.

Había hablado de ello con mis padres durante las vacaciones de Navidad y de nuevo en Semana Santa. Mi madre lo había consultado con su psiquiatra, la doctora Graham, y mi padre se mostró preocupado porque, cuanto más se pospusiera el juicio, más posibilidades habría de que le arruinara su viaje anual a Europa.

Hasta hacía poco yo había creído que su decisión final, que me acompañara él, se había basado en la incapacidad de ella para estar allí: la posibilidad impredecible de que tuviera una crisis nerviosa. Pero resultó que la doctora Graham le había aconsejado que fuera a pesar de su pánico.

Cuando ella me dijo por teléfono que por fin habían tomado una decisión, me quedé callada. Le pregunté lo que habría preguntado una periodista. Recibí la información medio atontada. Mi madre me dijo que estaba picada con Graham porque, naturalmente, se había puesto «de parte del profesional, esto es, tu padre».

—Entonces, ¿papá tampoco quería acompañarme? —pregunté, terminando lo que ella había empezado.

—Por supuesto que no, le esperaba su querida España.

La conclusión que saqué fue que ninguno de ellos había querido estar conmigo en el juicio. Tenían sus motivos; yo los sabía.

Al final se decidió que me acompañaría mi padre. Yo abrigué la pequeña esperanza, hasta el momento en que mi padre y yo subimos al avión, de que mi madre aparcara el coche y se apresurara a entrar. Aunque adoptara la pose de dura, quería y necesitaba a los dos.

Al final de su último año, Mary dominaba quince dialectos árabes y había obtenido una beca Fulbright para estudiar en la Universidad de Damasco, en Siria. Yo sentía a la vez celos y respeto. Hice mi primera pero no última broma sobre nuestras respectivas especialidades.

—La tuya puede que sea el árabe —dije—, la mía parece ser que es la violación.

Mary sobresalía académicamente como yo nunca podría hacerlo, tal vez como nunca podría intentarlo siquiera debido a mi carácter distraído. Pero la verdad era que Mary llevaba mucho tiempo huyendo por la vía académica. Habiendo crecido en una casa donde los problemas de mi madre eran lo que mantenía unida a la familia, había tomado como modelo a mi padre. Aprende el idioma de otro país y luego podrás ir a ese país: un lugar donde los problemas de la familia no te seguirán. Un idioma que ellos no hablen.

Yo no había renunciado del todo a la idea de la buena relación entre hermanas que mi madre quería que tuviéramos, pero los acontecimientos parecían conspirar para hacerlo imposible. El Juzgado de Syracuse fijó el comienzo del juicio para el 17 de mayo, el mismo día de la ceremonia de graduación de mi hermana en la Universidad de Pensilvania. Yo no paraba de robar el protagonismo a mi hermana, tanto si quería como si no.

Hablé con Gail. No era posible cambiar la fecha del juicio, pero empezarían interrogando a los demás testigos y de alguna manera se solucionó para que yo pudiera testificar el segundo día. Mi padre y yo reservamos un vuelo para la tarde del 17. Justo después de la graduación de Mary, mi madre nos dejaría en el aeropuerto de Filadelfia. Hasta entonces mis padres y yo habíamos acordado que nos concentraríamos en el día de Mary.

Mi madre, Mary y yo fuimos a comprar ropa: Mary, un vestido para llevar en la ceremonia de graduación; yo, un conjunto para el juicio.

Tanto mi hermana como yo nos habíamos alejado de como nos había vestido de niñas nuestra madre, con su predilección por los colores de la bandera. Mary se inclinaba por los verdes oscuros y cremas, yo por el negro y el azul. Pero para el juicio, renuncié a mis tendencias góticas y dejé que mi madre se hiciera cargo. Llevaría un blazer rojo, una camisa blanca y una falda azul.

El día 16 por la tarde mi padre y yo hicimos la maleta. El 17 nos vestimos todos en nuestras respectivas habitaciones y nos preparamos para ir a Pensilvania. Yo me miré por última vez en el espejo. Fuera cual fuese el resultado del juicio, mi papel en él habría terminado cuando volviera a verme en él. Iba a ir a Syracuse y ver a mucha gente, pero en lo único que podía pensar era en la cita a la que no podía faltar. Tenía una cita con Gregory Madison. Mientras abría la puerta de mi habitación, respiré hondo. Dejé a un lado mis preocupaciones y adopté el papel de hermana menor de Mary: excitada, eufórica, animada.

En la ceremonia, mi padre desfilaría con sus colores de Princeton. Él y Mary estuvieron con nosotras en el atestado vestíbulo del auditorio, donde los padres daban los últimos toques a los birretes; una mujer, descontenta con el rímel de su hija, le limpiaba con saliva las motas negras de debajo de los ojos. Familias enteras rodeaban a los felices graduados, se oía el ruido de los flashes,

y las chicas y los chicos cohibidos trataban de hacer que sus birretes parecieran menos ridículos inclinándolos en sus cabezas.

Mi abuela, mi madre y yo encontramos nuestros asientos en el piso principal, al lado del amplio grupo de alumnos que se disponían a recoger sus títulos. Yo me subí a la silla para buscar a Mary. La vi sonreír al lado de otra chica, una amiga suya a la que yo no conocía.

Después de la ceremonia fuimos a almorzar al Faculty Club para celebrarlo. Mi madre nos hizo demasiadas fotos en los bancos de cemento de fuera. Todavía tiene una ampliación de aquel día enmarcada y colgada. Yo quería que la quitara. Pero conmemora un día importante de nuestra familia: la ceremonia de graduación de mi hermana, el juicio de mi violación.

No recuerdo el aeropuerto. Sólo recuerdo la rapidez con que pasé de un día de celebración al comienzo del terror. En Syracuse nos esperaba el detective John Murphy, de la oficina del fiscal del distrito. Aquel hombre de pelo prematuramente canoso y sonrisa afable se acercó a mi padre y a mí mientras tratábamos de localizar los letreros de la terminal principal.

—Tú debes de ser Alice —dijo, tendiéndome una mano.

—Sí. —¿Cómo me había reconocido?

Él se presentó, nos explicó su misión —escoltarnos las siguientes veinticuatro horas— y se ofreció a llevarme la maleta. Mientras nos encaminábamos a buen paso a la salida, nos dijo en qué hotel íbamos a alojarnos y que Gail se reuniría con nosotros en la cafetería.

—Quiere repasar contigo tu declaración —añadió.

Al final pregunté:

—¿Cómo sabía que era yo?

Él me miró sin comprender.

—Me enseñaron fotos.

—Esperaba tener mejor aspecto, si se refiere a aquellas fotos.

Mi padre se puso tenso; se apartó un poco de nosotros.

—Eres guapa, se ve incluso en aquellas fotos —dijo Murphy. Tenía labia. Sabía qué responder y qué decir.

En el coche oficial que nos llevó al hotel, Murphy habló por encima del hombro con mi padre, mirándolo por el retrovisor en los semáforos y giros.

—¿Le interesan los deportes, señor Sebold? —preguntó.

A mi padre no le interesaban.

Murphy probó con la pesca.

Mi padre hizo lo que pudo, pero tenía poco que decir. Si Murphy se hubiera levantado a las cinco de la mañana para estudiar a Cicerón podrían haber tenido algo por lo que comenzar.

Terminamos hablando de Madison.

—Incluso en prisión —dijo Murphy—, puedo ir y dar las gracias a un tipo, actuar como si fuéramos amigos y luego marcharme. Eso le crea dificultades con los demás presos, le hace parecer un soplón. Lo haré con ese cretino si quieres.

No recuerdo qué respondí, si es que respondí algo. Era consciente de la incomodidad de mi padre y consciente a mi vez de cómo me había ido familiarizando yo con esa forma de hablar durante el año anterior. Me caían bien los hombres como Murphy. Su forma de hablar rápida, precisa. Su actitud de no andarse con rodeos.

—No les gustan los violadores —informó Murphy a mi padre—. Las pueden pasar canutas. A los que más odian son a los pederastas, pero los violadores no están muy por encima.

Mi padre fingió interesarse, mas creo que estaba asustado. Le resultaba desagradable esa clase de conversación. Le gustaba tener el control, y si no lo tenía, solía optar por callar. El mero hecho de que estuviera atento era algo excepcional.

—¿Saben que mi novia se llama Alice? —dijo Murphy.

—¿En serio? —preguntó mi padre, interesado.

—Sí. Hace tiempo que estamos juntos. Cuando oí que su hija se llamaba Alice tuve un buen presentimiento acerca de este caso.

—Nosotros también le tenemos mucho cariño a ese nombre —dijo mi padre.

Le conté al detective Murphy que mi padre había querido llamarme Hepzibha y que sólo gracias a las acaloradas protestas de mi madre había desistido de ello.

A él le gustó la anécdota. Le hizo reír, y repitió el nombre hasta que lo pronunció bien.

—Asombroso —dijo—. Estuviste de suerte.

Nos adentramos en la calle principal del centro de Syracuse. En mayo seguía habiendo luz a las siete y media de la tarde, pero las tiendas estaban cerradas. Pasamos de largo los grandes almacenes Foley's. La letra en cursiva y las viejas puertas de latón me reconfortaron.

A nuestra izquierda se veía el toldo del hotel Syracuse. También pertenecía a un pasado más próspero. En el viejo vestíbulo había mucho movimiento. John Murphy nos registró en recepción y nos enseñó dónde estaba el restaurante. Nos dijo que pasaría a recogernos a las nueve del día siguiente.

—Cenen algo. Gail ha dicho que llegaría alrededor de las ocho. —Me entregó una carpeta azul—. Cree que podría ser útil que echaras un vistazo a este material.

Mi padre le dio efusivamente las gracias por habernos acompañado.

—Ha sido un placer, señor Sebold —dijo Murphy—. Ahora me voy a ver a mi Alice.

Dejamos las maletas en la habitación y bajamos de nuevo al vestíbulo. Yo no quería comer nada, pero sí tomar una copa. En el bar del restaurante, mi padre y yo nos sentamos a una pequeña mesa redonda. Pedimos un gin-tonic cada uno.

—Tu madre no tiene por qué enterarse —dijo él. El gin-tonic era la bebida de mi padre. Cuando yo tenía once años le había visto beberse una jarra entera el día que dimitió el presidente Nixon.

Mi padre fue a telefonar a mi madre. Ella, su madre y mi hermana estarían nerviosas, dijo, esperando noticias.

Mientras él llamaba yo abrí la carpeta azul. Encima de todo había una copia de mi declaración en la vista preliminar. No la había visto antes. La leí, cubriendo la hoja a medida que lo hacía con la carpeta. No quería que ninguna de las personas que estaban allí —los jóvenes hombres de negocios, los vendedores entrados en años y la única mujer profesional— viera lo que tenía en las manos.

Mi padre volvió y trató de no molestarme mientras yo leía mis propias palabras. Sacó un pequeño libro en latín que había traído consigo.

—¡No parece una lectura muy apropiada para cenar!

Levanté la mirada. Era Gail y señalaba la carpeta azul. Tres semanas antes de que saliera de cuentas, iba con una camiseta premamá azul, pantalones de pana marrones y zapatillas de deporte. Llevaba unas gafas que yo nunca le había visto y un maletín.

—Usted debe de ser el doctor Sebold —dijo.

Un tanto para Gail, pensé. Le había comentado una vez que mi padre era doctor y que odiaba que le llamaran señor.

Mi padre se levantó para estrecharle la mano.

—Llámame Bud —dijo.

Se ofreció a pedirle algo. Ella dijo que un agua le vendría muy bien, y mientras él iba a la barra, ella se sentó a mi lado apoyándose en el respaldo de la silla.

—¡Uy, estás verdaderamente embarazada! —exclamé.

—Y que lo digas. Estoy preparada para recibirlo. Billy Mastine —dijo, refiriéndose al fiscal del distrito— llevará el caso porque la imagen de una mujer embarazada pone nervioso al juez.

Se reía, pero a mí no me hizo gracia. No había contemplado la posibilidad de que alguien que no fuera ella me representara. Ella, y no el fiscal del distrito, había venido en coche fuera de las horas de trabajo para estudiar el caso. Era mi salvavidas, y la idea de que se la castigara por estar embarazada me parecía una maniobra más contra las mujeres.

—¿Sabes que Husa, la ginecóloga que te atendió, también está embarazada? De ocho meses. Paquette va a estallar. Todo señoras embarazadas a su alrededor. Causa mala impresión volver a preguntar.

Mi padre volvió y entramos en materia. Ella se disculpó ante mi padre diciendo que no era su intención ser grosera.

—Billy y yo creemos que es posible que su abogado alegue impotencia.

Mi padre escuchaba con atención. Jugeteaba con las dos cebollas que había en el fondo de su segunda copa de Gibson.

—¿Cómo pueden demostrarlo? —preguntó, y Gail y yo nos reímos. Nos los imaginamos llevando a un médico para atestiguar el hecho.

Gail describió los tres tipos de violadores.

—Según todos los estudios que se han hecho, parece que Gregory encaja con el más común: el violador que busca el poder. Luego está el violador cuya motivación es el coraje, y el peor de todos, el sádico.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté yo.

—Los violadores que buscan el poder a menudo son incapaces de mantener una erección y sólo lo logran si creen que han dominado física y mentalmente a su víctima. Puede haber una dosis de sadismo. Nos pareció interesante que consiguiera tener por fin una erección después de obligarte a arrodillarte frente a él y hacerle una mamada.

Si reparé en mi padre sólo fue para obligarme a no preocuparme por él.

—Le dije muchas mentiras —expliqué—, lo fuerte que era, y cuando perdió la erección le dije que no era culpa suya, que yo no sabía hacerlo.

—Exacto —dijo Gail—. Eso le haría creer que te había dominado.

Con Gail podía ser yo misma, decir cualquier cosa. Mi padre estaba sentado a nuestro lado mientras hablábamos. De vez en cuando Gail advertía su interés o su confusión, y hacía un gesto para incluirlo. Yo le pregunté cuánto tiempo le caería a Madison si lo condenaban.

—Sabes que le ofrecimos que se declarara culpable para obtener una sentencia más leve.

—No —dije.

—De dos a seis años, pero no aceptó. Si quieres que te diga mi opinión, su abogado es demasiado arrogante. Se muestran más severos con ellos si rehúsan y luego los declaran culpables en el juicio.

—¿Cuál es la máxima pena que puede caerle?

—Por el cargo de violación, de ocho y un tercio a veinticinco.

—¿Veinticinco años?

—Exacto, pero tiene derecho a pedir libertad condicional a los ocho y un tercio.

—En los países árabes les amputan las manos y los pies —dijo mi padre.

Gail, que era de descendencia libanesa, sonrió.

—Ojo por ojo, ¿no, Bud?

—Exacto.

—A veces parece más justo, pero aquí tenemos la ley.

—Alice me ha hablado de la rueda de identificación, ¿cómo es posible que le dejaran tener a su amigo al lado? Eso no parece justo.

—Oh —dijo Gail sonriendo—, no te preocupes por Gregory. Por muchas ventajas que le den, podría arreglárselas para meter la pata.

—¿Testificará? —pregunté yo.

—Eso depende de ti. Si te muestras tan fuerte como en la preliminar y con el gran jurado, Paquette tendrá que hacerle subir al estrado.

—¿Qué puede decir?

—Lo negará, dirá que no estuvo allí el ocho de mayo, que no se acuerda de dónde estuvo. Inventará una historia para octubre. Clapper lo vio y Paquette no es tan estúpido como para hacer que su cliente niegue haber hablado con el policía.

—Entonces yo digo que pasó y él que no.

—Sí. Es tu palabra contra la de él, y en este juicio no hay jurado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el juez Gorman hará de juez y de jurado. Ha sido decisión de Gregory. Le preocupaba que los aspectos externos superficiales influyeran en los miembros del jurado.

Para entonces yo ya sabía que los aspectos externos argüían a mi favor. Yo era virgen. Él era más fuerte. Había ocurrido en la calle. Era de noche. Yo llevaba ropa holgada y no podía demostrarse que me había comportado de forma provocativa. No había habido drogas ni alcohol en mi organismo. Nunca había tenido problemas con la policía, ni siquiera una multa de tráfico. Él era negro y yo

blanca. Era evidente que había habido una lucha física. Yo había sufrido heridas internas, me habían tenido que poner puntos. Yo era joven y estudiaba en una universidad privada que reportaba ingresos a la ciudad. Él tenía antecedentes penales y había cumplido condena.

Gail consultó su reloj y de pronto me cogió la mano.

—¿Lo notas? —dijo, poniéndome la mano en su barriga. Noté una patada—. Un jugador de fútbol —dijo sonriendo.

Me dijo que aquél no era el único cargo que había contra Gregory. Tenía pendiente una agresión con agravantes contra un agente de policía. Y en el tiempo que había estado bajo fianza desde Navidad lo habían detenido también por robo.

Repasamos la preliminar y varias declaraciones que se remontaban a la noche de la violación. Ella me dijo que la policía ya había testificado.

—Clapper subió al estrado y dijo que conocía a Gregory del barrio, que lo había visto por la comisaría. Si Madison sube al estrado, Billy intentará atacar por ahí.

Mi padre estaba muy atento.

—Entonces podrían utilizar sus antecedentes penales —preguntó.

—No los de menor —dijo ella—. No son admisibles. Pero intentaremos establecer que Greg no es un desconocido para la policía. Si mete la pata y lo menciona él mismo, podremos interrogarlo.

Describí el conjunto que había comprado con mi madre. Gail lo aprobó.

—Es importante ir con falda —dijo—. Yo ni me acerco a un juzgado con pantalones. Gorman es muy quisquilloso sobre este punto. ¡A Billy lo echaron una vez de la sala por ir con cuadros escoceses! —Gail se levantó—. Tengo que llevar a éste a casa —dijo señalando su barriga—. Sé directa —añadió—. Y clara. Y si estás confundida, mira hacia la mesa del fiscal. Estaré sentada allí.

Aquella noche fue una de las peores que recuerdo a causa del dolor físico. Aquel año había empezado a tener migrañas, aunque entonces no sabía que lo eran. Se lo había ocultado a mis padres. Recuerdo que me quedé de pie en el cuarto de baño del hotel y me di cuenta de que aquella noche iba a tener un ataque de migraña. Sentía el golpeteo en la nuca mientras me cepillaba los dientes y me cambiaba. Por encima del ruido del agua oí a mi padre hablar por teléfono con mi madre para hablarle de Gail. Conocerla le había aliviado.

Pero aquella noche, cuando mi jaqueca empeoró, mi padre se puso frenético. Yo sentía el dolor más agudamente en los ojos. No podía abrirlos ni cerrarlos. Sudaba profusamente y tan pronto me sentaba inclinada en el borde de una de las camas, balanceando la cabeza en mis manos, como me paseaba del balcón a la cama.

Mi padre andaba alrededor, lanzándome preguntas.

—¿Qué tienes? ¿Qué te duele? ¿Llamo a un médico? Tal vez debería llamar a tu madre.

Yo no quería hablar porque me resultaba doloroso.

—Mis ojos, mis ojos —gemí—. No veo, me duelen muchísimo, papá.

Mi padre decidió que necesitaba llorar.

—Llora —dijo—. Llora.

—No es eso, papá.

—Sí lo es —dijo él—. Te niegas a llorar y lo necesitas. ¡Llora ahora!

—No puedes obligarme a llorar —dije—. ¡Llorar no me hará ganar un juicio!

Fui al cuarto de baño a vomitar y cerré la puerta.

Al final él se durmió. Yo me quedé en el cuarto de baño; y apagaba las luces tratando de aliviar mis ojos o devolverlos a su estado normal. Amanecía cuando, sentada en el borde de la cama, el dolor de cabeza empezó a abandonarme. Leí la Biblia del cajón que había junto a la cama para comprobar que no estaba quedándome ciega.

Las náuseas continuaron. Gail se reunió con nosotros en el bar del hotel a las ocho. John Murphy llegó y se sentó con mi padre. Gail y Murphy eran mis compañeros en la lucha. Me tomé un café y me comí las puntas de un cruasán.

—Hagas lo que hagas —dijo Murphy—, no lo mires a los ojos. ¿No crees, Gail?

Me dio la sensación de que ella no quería ponerse agresiva tan pronto.

—Te mirará con odio, intentará confundirte —dijo Murphy—. Cuando te pidan que lo señales, mira hacia la mesa.

—Estoy de acuerdo —dijo Gail.

—¿Tú también estarás allí? —pregunté a Murphy.

—Tu padre y yo nos sentaremos al fondo de la sala —dijo—. ¿De acuerdo, Bud?

Era el momento de ir en coche al juzgado de Onondaga. Gail fue en el suyo. Nos encontraríamos allí. Murphy, mi padre y yo fuimos en el coche oficial.

Una vez en el interior del edificio, Murphy nos condujo a la sala del tribunal, pero se detuvo a mitad de camino.

—Esperaremos aquí hasta que nos llamen —dijo—. ¿Estás bien, Bud?

—Sí, gracias —respondió mi padre.

—¿Y tú, Alice?

—Todo lo bien que puedo estar —respondí, pero sólo podía pensar en una cosa—. ¿Dónde está él?

—Por eso os he hecho parar aquí —nos confesó Murphy—. Para evitar encuentros.

Gail salió de la sala y se acercó a nosotros.

—Aquí está Gail —dijo Murphy.

—Va a ser a puerta cerrada.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Significa que Paquette está tratando de hacer lo que hizo en la rueda de identificación. Quiere cerrar la sala para que no tengas a tu familia contigo.

—No lo entiendo —dijo mi padre.

—No dejó que Tricia se quedara para la identificación —expliqué a mi padre—. Lo odio —dije—. Es un cabrón.

Murphy sonrió.

—¿Cómo puede hacer eso? —preguntó mi padre.

—El acusado tiene derecho a pedir que se cierre la sala si cree que eso quitará apoyo al testigo —dijo Gail—. Mira el lado positivo, el padre de Gregory también está aquí y al cerrar la sala él tampoco tendrá consigo a su padre.

—¿Cómo va a apoyar a un violador de todos modos?

—Es su hijo —murmuró Murphy.

Gail volvió a la sala.

—Tal vez te resulte más fácil sin tu padre allí —comentó Murphy—. Cuesta más decir ciertas cosas delante de la familia.

Yo quería preguntar por qué, pero sabía a qué se refería. Ningún padre quería oír cómo un extraño había metido la mano en la vagina de su hija.

El detective Murphy y mi padre estaban vueltos hacia mí. Murphy dijo a mi padre que lo sentía. Señaló un banco cercano, diciendo que podían esperar allí. Mi padre se había traído un pequeño libro encuadernado en cuero.

Vi a lo lejos a Gregory Madison dirigirse a la sala del tribunal. Había venido por el pasillo perpendicular al que yo estaba. Lo miré un segundo. Él no me vio. Se movía despacio. Llevaba un traje gris ligero. Paquette y otro hombre blanco iban con él.

Yo esperé un instante, luego interrumpí a mi padre y al detective Murphy.

—¿Quieres verlo? —pregunté a mi padre. Le cogí del brazo para hacerle volver—. Está allí, papá.

Pero ya sólo era la espalda de Madison entrando en la sala, un vislumbre de su traje de poliéster gris.

—Es más menudo de lo que me pensaba —dijo mi padre.

Se produjo un silencio tenso. Murphy se apresuró a romperlo.

—Pero ancho. Créame, es todo músculo.

—¿Le has visto los hombros? —pregunté a mi padre. Estoy segura de que mi padre se había imaginado a Madison altísimo.

Luego vi a otro hombre. Era una versión más enclenque de su hijo, con el pelo cano por las sienes. Vaciló un instante cerca de la puerta de la sala, luego vio a nuestro pequeño grupo en el pasillo. Yo no se lo señalé a mi padre. El comentario anterior de Murphy me había hecho verlo de otra manera. Al cabo de un segundo, y tras mirarme, desapareció por el otro pasillo. Debía de haberse dado cuenta de quién era yo. No volví a verlo, pero me acordé de él. Gregory Madison tenía un padre. Era un hecho simple pero que se me quedó grabado. Dos padres, los dos incapaces de controlar la vida de sus hijos, se sentarían en distintos pasillos fuera de la sala del tribunal.

La puerta de la sala del tribunal se abrió. En el umbral había un alguacil que miró a Murphy.

—Ha llegado el momento, Alice —dijo Murphy—. No olvides que no debes mirarlo. Estará sentado a la mesa de la defensa. Cuando te vuelvas, mira a Bill Mastine.

El alguacil vino a recogerme. Parecía un cruce entre acomodador y militar. El detective Murphy y

él se saludaron con la cabeza. Todo transcurría sin percances.

Yo cogí la mano de mi padre.

—Buena suerte —dijo él.

Me volví. Me alegré de que estuviera Murphy con él. Pensé de pronto que si mi padre tuviera que ir al lavabo de hombres, podría encontrarse con el señor Madison. Murphy impediría que eso ocurriera. Dejé que me invadiera lo que había palpitado en mis sienes la noche anterior y había hervido bajo la superficie durante todo el año: la cólera.

Estaba asustada y temblaba cuando crucé la sala del tribunal y, pasando por delante de la mesa de la defensa, la tarima del juez y la mesa del fiscal, llegué al estrado. Me gustaba pensar que yo era la peor pesadilla de Madison, aunque él aún no lo supiera. Yo representaba a una estudiante virgen de dieciocho años. Iba vestida de rojo, blanco y azul.

Una alguacil de mediana edad con gafas de montura metálica me ayudó a subir al estrado. Me volví. Gail estaba sentada a la mesa del fiscal. Mastine estaba de pie. Advertí la presencia de otras personas, pero no las miré.

La alguacil sostuvo una Biblia enfrente de mí.

—Ponga su mano sobre la Biblia —dijo.

Y repetí lo que había visto por la televisión cientos de veces.

—Juro decir toda la verdad... y que Dios me asista.

—Siéntese —dijo el juez.

Mi madre siempre nos había enseñado a ser cuidadosas si llevábamos falda y alisarla antes de sentarnos. Mientras lo hacía pensé en lo que había debajo de la falda y de la combinación y que, si me las levantaba, todavía podría verse a través de las medias de color carne. Aquella mañana, mientras me vestía, había escrito en mis piernas, con un bolígrafo azul: «Morirás». Y no me refería a mí.

Mastine empezó. Me preguntó mi nombre y mi apellido. De dónde era. Apenas recuerdo haberle respondido. Estaba concentrada reconociendo el terreno. Sabía exactamente dónde estaba Madison, pero no lo miré. Paquette carraspeó, revolvió papeles. Mastine me preguntó a qué colegio había ido. Qué año había terminado. Se interrumpió para cerrar la ventana, después de pedir permiso al juez Gorman. Luego me hizo retroceder en el tiempo: ¿dónde vivía en mayo de 1981? Dirigió mi atención a los incidentes del 7 de mayo de 1981 y a la madrugada del 8 de mayo de 1981.

Entré en detalles y esta vez hice lo que me había dicho Gail; me tomé con calma cada pregunta.

—¿Le dijo algo él de forma amenazadora mientras usted gritaba y durante el forcejeo?

—Me dijo que me mataría si no hacía lo que me decía.

Paquette se levantó.

—Lo siento. No oigo bien.

—Me dijo que me mataría si no hacía lo que me decía —repetí.

Unos minutos después empecé a tartamudear. Mastine me había conducido hasta el túnel del anfiteatro.

—¿Qué pasó allí?

—Me dijo... que era... bueno, para entonces me imaginé que era... que no quería mi dinero.

Fue un comienzo poco firme para la historia más importante que jamás contaría. Empezaba una frase para a continuación interrumpirme y empezar de nuevo. Y no era porque no supiera exactamente lo que había ocurrido en el túnel, sino por tener que decir las palabras en alto, consciente de que era la forma de decirlas lo que me haría ganar o perder el caso.

—... Entonces me hizo tumbar en el suelo, se quitó los pantalones, se dejó la camiseta, y empezó a manosearme los pechos y a besármelos, y a hacer cosas así; estaba muy interesado en el hecho de que yo era virgen. No paraba de preguntármelo. De modo que me metió la mano en la vagina...

Yo respiraba agitadamente. La alguacil a mi lado estaba cada vez más en guardia.

Mastine no quería que pasara por alto el hecho de mi virginidad.

—Un momento —dijo—. ¿Había tenido relaciones sexuales con alguien antes de ese momento?

Me sentí avergonzada.

—No —respondí.

—Continúe —dijo Mastine, volviendo a retroceder un paso.

Hablé sin parar durante cinco minutos. Describí la agresión, la felación, hablé del frío que había pasado, conté el robo de ocho dólares de mi bolsillo trasero, el beso de despedida, sus disculpas. Cómo nos separamos... y él dijo: «Eh, tú». Yo me volví y él dijo: «¿Cómo te llamas?». Y yo respondí: «Alice».

Mastine necesitaba detalles. Me preguntó sobre la penetración. Me preguntó cuántas veces se había producido, si había sido más de una vez.

—Fueron diez veces porque... o algo así, porque él no paraba de ponérmela allí y no paraba de salirse. Decía: «Está dentro, ¿verdad?». «Lo siento. Está entrando, ¿no?».

Mi inocencia pareció incomodarlos. A Mastine, al juez, a la alguacil de pie a mi lado.

—En cualquier caso, hubo penetración, ¿no es cierto?

—Sí.

Siguieron preguntas sobre la iluminación y sobre las fotos del lugar del delito que se presentaban como pruebas.

—¿Resultó herida como consecuencia de la agresión?

Expuse en detalle las heridas.

—¿Sangraba cuando abandonó el lugar del delito?

—Sí.

—Voy a enseñarle las fotografías presentadas como pruebas trece, catorce, quince y dieciséis para la identificación. Mírelas, por favor.

Me tendió las fotos. Las miré brevemente.

—¿Conoce a la persona que aparece en esas fotografías?

—Sí —dije. Las dejé en el borde del estrado, lejos de mí.

—¿Quién es...?

—Soy yo —lo interrumpí. Me eché a llorar. Al tratar de no hacerlo, sólo logré llorar aún más. Balbuceé.

—¿Cree que esas fotografías son un retrato fiel y ajustado del aspecto que tenía usted tras la agresión de la que fue víctima el ocho de mayo de mil novecientos ochenta y uno?

—Estaba más fea, pero sí son un retrato fiel.

La alguacil me trajo un vaso de agua. Lo cogí, pero me temblaban tanto las manos que se me cayó.

—Lo siento —dije, llorando más. Traté de secarle las solapas mojadas con un pañuelo de papel de la caja que ella me tendió.

—Lo estás haciendo bien; respira —dijo la alguacil de expresión dura. Me recordó a la enfermera de la sala de urgencias la noche de mi violación: «Estupendo, tienes un trozo de él». Era afortunada; la gente estaba de mi parte.

—¿Quiere seguir? —preguntó el juez—. Podemos hacer un breve receso.

—No, seguiré.

Carraspeé y me sequé los ojos. De pronto tenía en la mano un pañuelo de papel hecho una bola, algo a lo que no me habría gustado verme reducida.

—¿Puede decirnos qué ropa llevaba aquella noche?

—Llevaba téjanos, camiseta azul, una especie de camisa de tela Oxford, una chaqueta de punto trenzado marrón, mocasines y ropa interior.

Mastine, que había permanecido de pie junto a la mesa del fiscal, dio un paso hacia delante con una bolsa de plástico transparente en la mano.

—Voy a enseñarle una bolsa que ha sido identificada como objeto número dieciocho. ¿Puede echar un vistazo y decirme si está familiarizada con lo que hay dentro de la bolsa?

Sostuvo la bolsa ante mí. Yo no había visto aquella ropa desde la noche de la violación. Dentro estaba la chaqueta de mi madre, la camisa y los téjanos que había llevado aquella tarde. Cogí la bolsa de sus manos y la puse a un lado.

—Sí.

—¿Qué hay dentro de la bolsa?

—Parecen la camisa, los téjanos y la chaqueta que yo llevaba. No veo la ropa interior pero...

—¿Qué hay junto a su mano izquierda?

Aparté la mano. Había pedido prestada a mi madre la ropa interior. Ella la llevaba de color carne y yo blanca. Estaba tan manchada de sangre que sólo un trozo que había permanecido limpio me permitió reconocerla.

—Mi ropa interior —respondí.

Se aceptaron las prendas como pruebas.

Mastine terminó con los sucesos de aquel día. Estableció que yo había regresado a Pensilvania después de no haber seleccionado ninguna foto del archivo de la policía en el edificio de Seguridad Pública. Pasó a otoño, señalando el día de mi regreso en septiembre para comenzar mi segundo año.

—Dirijo su atención ahora al cinco de octubre de mil novecientos ochenta y uno por la tarde. ¿Recuerda lo ocurrido aquel día por la tarde?

—Recuerdo un hecho en particular, sí.

—¿Está presente hoy en la sala la persona que la agredió en Thorden Park?

—Sí.

Hice lo que me habían advertido que no hiciera. Me concentré en la cara de Madison. Por un instante me olvidé de Mastine, de Gail, de la sala.

—¿Puede decirnos dónde está sentado y qué lleva puesto? —oí decir a Mastine.

Antes de que yo hablara, Madison bajó la vista.

—Está sentado junto al hombre de corbata marrón y lleva un traje de tres piezas gris —respondí. Disfruté señalando la fea corbata marrón de Paquette e identificando a Madison no por el color de su piel, como se esperaba que yo hiciera, sino por su ropa.

—Que conste en acta que la testigo ha identificado al acusado —dijo Mastine.

Durante el resto del interrogatorio no aparté los ojos de Madison más de un par de segundos. Quería recuperar mi vida.

Mastine dedicó mucho tiempo a los incidentes del 5 de octubre. Tuve que describir a Madison aquel día. Qué aspecto tenía, qué me dijo. Madison sólo levantó una vez la cabeza desde la mesa de la defensa. Cuando lo hizo y vio que yo seguía mirándolo, desvió la mirada y la clavó en la ciudad de Syracuse que se veía por la ventana.

Mastine me interrogó detenidamente sobre el aspecto del agente Clapper, dónde estaba. ¿Había visto a Madison acercarse al agente? ¿Desde dónde? ¿adónde me dirigía yo? ¿A quién telefoneé? ¿A qué se debía el intervalo de tiempo entre el momento en que lo vi y mi llamada a la policía? Ah, señaló, ¿el intervalo se debía a que había ido a decir a mi profesor que no iba a poder asistir a clase? ¿Había telefoneado, como es natural, a mis padres para decirles lo ocurrido? ¿Había tratado de esperar a un amigo para que me acompañara a la residencia? Todo lo que haría una buena chica después de encontrarse a su violador por la calle, dio a entender.

Su propósito era poner en tela de juicio todo lo que Paquette tratara de demostrar cuando le tocara interrogarme. Por eso dio tanta importancia a Clapper. Si yo había identificado a Clapper y éste, a su vez, había identificado a Madison, eso hacía mi declaración casi irrefutable. Ése fue el punto clave de la identificación que subrayó Mastine. Lo que Mastine y Uebelhoer, Paquette, Madison y yo sabíamos era que la rueda de identificación era el punto débil.

Yo había reflexionado mucho sobre lo que iba a decir. Esta vez no fingiría un control que no tenía.

Mastine me hizo exponer con detalle mi razonamiento para descartar a los hombres que había descartado de entrada. Me tomé tiempo para explicar las similitudes entre el cuarto y el quinto, y cómo no había estado segura cuando marqué con una cruz la casilla, pero había elegido al quinto porque me miraba.

—En el momento que marcó con una cruz la casilla número cinco, ¿estaba segura de que era él?

—No.

—¿Por qué marcó esa casilla entonces?

Aquella era la pregunta más importante de mi caso.

—Porque estaba muy asustada, él me miraba fijamente, le vi los ojos y la rueda de identificación no es como las que ves en la televisión, estás al lado de la persona y ésta parece que está a un par de palmos de ti. Me miraba. Por eso lo escogí.

Noté que aumentaba la atención del juez Gorman. Observé a Gail mientras contestaba las preguntas que me hacía Mastine, traté de pensar en cosas buenas, en el bebé que flotaba en su útero.

—¿Sabe ahora quién era?

—¿El número cinco?

—Sí —dijo Mastine.

—No —respondí.

—¿Sabe qué posición ocupaba el acusado en la rueda?

Si decía la verdad, podía decir que en cuanto seleccioné al número cinco supe que me había equivocado y me arrepentí. Que después de aquello, todo, desde el ambiente que se respiraba en la sala de identificación hasta la expresión de alivio de Paquette o la oscura carga que parecía pesar sobre Lorenz en la sala de conferencias, sólo confirmaba que me había equivocado.

Si mentía y decía «No, no lo sé», verían que era sincera al decir que había dudado entre el número cuatro y el cinco. «Son idénticos», le había dicho a Tricia en el pasillo. «Es el cuatro, ¿verdad?», fue lo primero que dije a Lorenz.

Sabía que el hombre que me había violado estaba sentado delante de mí en la sala. Era mi palabra contra la suya.

—¿Sabe qué posición ocupaba el acusado en la rueda?

—No, no lo sé.

El juez levantó una mano. Hizo que el estenógrafo leyera la última pregunta de Mastine y mi respuesta.

Mastine me preguntó si había alguna otra razón por la que me había asustado o creído que me metían prisa durante la identificación.

—El abogado del acusado no había permitido que mi... no dejó que mi consejera del Centro de Crisis de Violaciones se quedara conmigo.

Paquette protestó. Creía que eso era irrelevante.

Mastine prosiguió. Me preguntó por el Centro de Crisis de Violaciones, por Tricia. Yo la había conocido el día de mi violación. Él subrayó la relación entre ambas. Todo aquello explicaba por qué, en su opinión, había cometido yo mi única equivocación. Esa equivocación, quería asegurarse, no debía invalidar lo ocurrido el 5 de octubre y la prueba corroboradora del agente Clapper.

—¿Tiene alguna duda, señorita Sebold, de que la persona que vio en Marshall Street es la misma persona que la agredió el ocho de mayo en Thorden Park?

—Ninguna —respondí. Y era verdad.

—Eso es todo, su señoría —dijo Mastine, volviéndose hacia el juez Gorman.

Gail me guiñó un ojo.

—Haremos un descanso de cinco minutos —anunció el juez Gorman—. Queda usted advertida, señorita Sebold, que no debe hablar con nadie sobre lo que ha testificado.

Eso era lo que me habían prometido, un descanso entre los dos turnos de preguntas. Me dejaron en manos de la alguacil, que me condujo por una puerta situada a la derecha y a través de un corto pasillo hasta una sala de conferencias.

La alguacil fue todo lo amable que pudo.

—¿Cómo he estado? —pregunté.

—¿Por qué no te sientas? —dijo ella.

Me senté a la mesa.

—¿No puede hacerme sólo una señal? —pregunté. De pronto se me ocurrió que había micros en la habitación, una forma de asegurarse de que se cumplían las reglas—. ¿El pulgar hacia arriba o hacia abajo?

—No puedo hablar del caso. Ya falta poco.

Guardamos silencio. De pronto me llegaba el ruido del tráfico de fuera. No había oído nada aparte de las preguntas de Mastine mientras testificaba.

La alguacil me ofreció café pasado en una taza de poliestireno. La cogí con las dos manos.

El juez Gorman entró en la habitación.

—Hola, Alice —dijo. Se quedó de pie al otro lado de la mesa—. ¿Cómo está, alguacil? —preguntó.

—Bien.

—¿Han hablado del caso?

—No —respondió la alguacil—, hemos estado calladas casi todo el tiempo.

—¿Y qué hace tu padre, Alice? —me preguntó él. Su tono era más amable que el que había utilizado en la sala del tribunal. Su voz más suave, más cauta.

—Enseña español en Pensilvania —respondí.

—Te alegrarás de que esté aquí hoy.

—Sí.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor, Mary —añadí, adelantándome a su siguiente pregunta.

Él se acercó a la ventana y se quedó de pie junto a ella.

—Siempre me ha gustado esta habitación —dijo—. ¿Qué hace Mary?

—Se ha especializado en árabe en Pensilvania —dije, alegrándome de pronto de que me preguntaran cosas tan fáciles—. Tiene una beca; yo no pude entrar, algo que mis padres ahora lamentan —concluí bromeando.

—Estoy seguro. —El había estado medio sentado en el radiador y ahora se levantó y se colocó bien la toga—. Bueno, debes quedarte aquí un poco más y entonces te llamaremos.

Se marchó.

—Es un buen juez —dijo la alguacil.

La puerta se abrió y asomó la cabeza otro alguacil.

—Estamos listos —dijo.

Mi alguacil apagó el cigarrillo. No hablamos. Yo estaba preparada. Había llegado el momento.

Volví a entrar en la sala del tribunal y subí al estrado. Respiré hondo y levanté la mirada. Delante de mí tenía al enemigo. Iba a hacer todo lo posible por tratar de desacreditarme y hacerme parecer estúpida, confusa, histérica. Esta vez Madison me miraba. Había enviado a su hombre. Vi a Paquette

acercarse a mí. Lo miré fijamente, sin perderme ningún detalle: su constitución pequeña, su feo traje, el sudor que cubría su labio superior. Tal vez en algún momento de su vida había sido un hombre decente, pero en aquel momento sentí hacia él un desdén incontenible. Madison había cometido un delito, pero Paquette, al representarlo, lo absolvía. Parecía la misma fuerza de la naturaleza con la que yo tenía que luchar. No me costó nada odiarlo.

—Señorita Sebold, creo que ha testificado que se dirigía a Thorden Park el ocho de mayo hacia medianoche. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Venía de Wescott Street?

—Sí.

—¿Cruzó una entrada del parque, una especie de verja?

—Hay una caseta de vestuarios y enfrente un camino asfaltado, yo fui hasta el camino, que continúa por un camino de ladrillo junto a la piscina, y lo seguí.

—Entonces, ¿la caseta de los vestuarios está en el perímetro de la piscina, por el lado de Wescott?

—Sí.

—¿El camino del que habla la llevaría directamente al centro del parque y de ahí al otro lado?

—Sí.

—¿Empezó a andar por el camino?

—Sí.

—Hoy ha testificado que toda la zona estaba rodeada de luces y que estaba bastante bien iluminada.

—Sí.

—¿Recuerda haber testificado en un interrogatorio preliminar sobre este caso?

Yo odiaba aquellas preguntas. ¿Quién no se acordaría? Pero contuve mi sarcasmo.

—Sí.

—¿Recuerda haber dicho que había luces que venían de alguna parte de la caseta pero...?

—¿En qué página? —preguntó Mastine.

—Página cuatro del interrogatorio preliminar.

—¿Es esto el interrogatorio preliminar? —preguntó Gorman levantando un fajo de papeles.

—Sí —respondió Paquette.

—Línea catorce. «Creo que había varias luces desde donde yo estaba hasta los vestuarios que veía detrás. Estaba oscuro pero no negro detrás de mí».

Yo recordaba mi frase: «Oscuro pero no negro».

—Sí, dije eso.

—¿No es un poco distinto que decir que estaba rodeada de luces por todas partes y que estaba bastante bien iluminado?

Sabía lo que se proponía.

—Puede que suene más dramático decir que estaba rodeada de luces. La luz estaba allí y yo vi lo que vi.

—La pregunta es si estaba oscuro pero no negro como testificó en la vista preliminar, o si la iluminación era bastante buena y estaba rodeada de luces, como ha declarado hoy.

—Cuando digo que la iluminación era bastante buena, quiero decir que era bastante buena dentro de la oscuridad.

—Bien. ¿Cuánto se había adentrado en el parque cuando la abordaron?

—Pasé por delante de los vestuarios, de la puerta y de la cerca que hay a lo largo de la piscina, y a unos tres metros más allá de esa cerca me sujetó el hombre.

—¿Cuántos metros calcula que había desde la entrada del parque hasta el lugar que describe tres metros más allá?

—Unos cincuenta metros.

—¿Unos cincuenta metros? ¿Se había adentrado en el parque unos cincuenta metros cuando la abordaron por primera vez?

—Sí.

—¿La persona se le acercó por detrás?

—Sí.

—¿La agarró por detrás?

—Sí.

—¿Forcejeó usted en ese momento?

—Sí.

—¿Duró mucho ese forcejeo?

—Sí.

—¿Cuánto más o menos?

—Unos diez o quince minutos.

—Ahora bien, hubo un momento en que este individuo la llevó del lugar donde la había abordado a otra parte del parque, ¿no es cierto?

—No era otra parte. Sólo estaba un poco más adentro.

—¿Más adentro del parque?

—No más adentro del parque sino... fuera de... forcejeamos fuera del túnel y luego me llevó dentro del túnel.

—¿Puede describirme ese túnel?

Las preguntas eran rápidas y furiosas. Yo tenía que respirar rápidamente para seguirlo. No veía más que los labios de Paquette moverse y las gotas de sudor que los cubrían.

—Bueno, lo llamo túnel porque alguien me dijo que había un túnel que conducía al anfiteatro. Pero por lo que yo vi, no tiene que... no puedes adentrarte en él más que unos tres metros. Es más bien una cueva con un arco. Tiene el techo cubierto de piedra y una puerta en la parte delantera.

—¿Qué profundidad tiene, de la puerta a la pared?

—Diría que unos tres, cuatro metros como mucho.

—¿Como mucho? —repitió él. Parecía un repentino e inesperado quite en un encuentro de esgrima—. Le ruego que examine este documento que ha sido admitido como prueba número cuatro y me responda si reconoce lo que ve.

—Sí.

—¿Qué es?

—Es el camino por el que él me llevó al túnel y ésa es la puerta de delante del túnel, la entrada.

—¿De modo que si miráramos esta foto, y él la hubiera hecho seguir andando por ese camino, que yo describiría que está al fondo de la foto, o me equivoco...?

—El túnel está detrás de la puerta, mejor dicho, la cueva está detrás de la puerta.

De pronto me di cuenta de lo que se proponía. Todo aquel interrogatorio acerca de la puerta y el túnel, la trepidante sucesión de preguntas sobre de dónde venía, adónde iba, a cuántos metros estaba o no estaba. Trataba de agotarme.

—¿Puede señalarme cualquier otro punto de luz o farola que ve en la foto?

—No veo ninguna farola, menos aquí arriba que hay una luz.

—¿Al fondo de la foto?

—Sí.

—¿Hay luces allí que no aparezcan en la fotografía?

—Sí.

—¿Las hay? —dijo él, de nuevo con el mismo tono de incredulidad, dando a entender que yo estaba un poco loca—. ¿Y no aparecen en la fotografía? —preguntó él. Sonrió perplejo al juez.

—No aparecen en la foto, no —dije yo—. Eso es porque la foto no muestra toda la zona.

Todo lo que no decía él —sus insinuaciones, lo que implicaba—, intenté responderlo de la forma más clara y mesurada posible.

Él pasó rápidamente a otra foto.

—Éste es el documento presentado como prueba número cinco. ¿Lo reconoce?

—Sí.

—Es el lugar donde la agredieron, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Se ve alguna iluminación en esa foto, alguna luz artificial?

—No. No veo ninguna luz y sin embargo se ve el lugar... debe de haber alguna luz.

—La pregunta es —dijo él, presionando—: ¿ve usted alguna luz artificial? Por supuesto que las luces de la policía iluminan la foto.

—No veo luces artificiales —respondí—, pero sólo es una foto de la piedra, y en la piedra no puede haber luces —añadí, levantando la mirada hacia él y al resto de la sala.

—Eso probablemente es verdad. —Curvó los labios—. ¿Cuánto tiempo diría que pasó en ese lugar?

—Diría que cerca de una hora.

—¿Cerca de una hora?

—Un poco más.

—¿Disculpe? —Se llevó una mano al oído.

—He dicho una hora o un poco más.

—¿Una hora o un poco más? ¿Cuánto tiempo pasó en el camino que conducía al lugar del que estamos hablando en la foto número cinco?

—En el camino unos dos minutos. Justo fuera de la cueva unos quince minutos. —Quería esclarecer ese punto.

—Muy bien. ¿De modo que estuvo en el camino unos dos minutos?

—Eso es.

—¿Y en la cueva algo más de una hora?

—Sí.

Yo estaba exhausta, tenía la sensación de que me habían arrastrado de acá para allá. La lógica de aquel hombre se me escapaba, y eso precisamente era lo que se proponía.

—Ahora bien, usted vio a esta persona en otra ocasión, creo, además de aquella noche, ¿no es cierto? Creo que ha testificado que fue mientras él andaba por el camino.

—Sí.

—¿A qué distancia estaba de usted?

—A unos cincuenta metros.

—¿A unos cincuenta metros?

Oír mis palabras repetidas era enloquecedor. Quería hacerme titubear.

—Sí.

—¿Unos cincuenta metros? ¿Es correcto? ¿La mitad de un campo de fútbol?

—Diría que a unos cincuenta metros.

Le había clavado una uña, pero él se la arrancó.

—No llevaba las gafas entonces, ¿verdad?

—No, no las llevaba.

—¿Cuándo perdió las gafas?

—Mientras... —Pero a él no le gustó lo que yo podía decir, de modo que respondió por mí.

—Mientras forcejeaban en el sendero, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces en los primeros dos minutos de aquella pelea usted perdió las gafas.

Yo recordaba minuto a minuto el informe detallado de lo sucedido que acababa de darle.

—Durante el forcejeo que tuvo lugar a un lado del camino.

Él también lo recordaba.

—De modo que estuvo dos minutos en el sendero y luego otros quince fuera de la puerta, y durante esos quince minutos se le cayeron las gafas.

—Así es.

—¿Luchó en el camino o él la llevó como por arte de magia hasta la puerta?

Las palabras que había escogido él, «como por arte de magia», y el gesto que las acompañó, un movimiento brusco de las manos hacia un lado como el de un bailarín de hula-hula, me pusieron furiosa. Bajé la mirada hacia sus zapatos para calmarme. Recordé las palabras de Gail: «Si te pierdes o te alteras, límitate a explicar lo mejor que puedas lo que pasó».

—Me rodeó los brazos con el suyo, a la altura de la cintura, y me tapó la boca, de modo que yo no podía luchar realmente, y prometí no gritar, pero en cuanto me quitó la mano de la boca lo hice, y fue en aquel momento cuando empezamos a luchar.

—¿Estaba en aquel momento en el mismo lugar donde se había parado o se había desplazado?

No estábamos sincronizados. Yo no paraba de escuchar lo que sabía que era la verdad y hablaba a partir de ahí. Él decía cosas como «el lugar donde usted se había parado» como si yo hubiera podido escoger, como si hubiera tenido alternativa.

—Caminaba, sí.

—Él estaba detrás de usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—Usted ha dado hoy una... descripción muy detallada, y creo que ha declarado que la persona que estaba allí medía entre metro sesenta y cinco y metro setenta, era ancho de espaldas, bajo pero muy musculoso, y que tenía... no entiendo mi propia letra... una especie de nariz...

—De boxeador —dije yo.

—¿Nariz chata?

—Sí.

—¿Ojos almendrados?

—Sí.

—¿Atestigua que dio toda esa información a la policía el ocho de mayo?

—Lo que me hicieron hacer el ocho de mayo fue un retrato robot de sus facciones.

—¿Dio a la policía, que se disponía a buscar al sospechoso, la información que nos ha proporcionado aquí hoy?

—¿Podría repetir la pregunta?

—¿Dio la información que acabo de dar y que ha atestiguado hoy aquí, dio toda esa información a la policía el ocho de mayo?

—No recuerdo si se la di toda. La mayor parte.

—¿Firmó el ocho de mayo una declaración que establecía su versión de los hechos tal como habían ocurrido?

—Sí.

—¿Le refrescaría la memoria que le enseñara la declaración y le diera la oportunidad de revisarla?

—Sí.

—Pido que conste como documento presentado por la defensa.

Paquette me entregó una copia y otra al juez.

—Se la muestro para que revise usted misma la declaración y llamo su atención sobre el último párrafo, que creo que contiene lo esencial de la descripción, para que lo lea y me diga cuando termine si le ha refrescado la memoria acerca de la descripción que dio a la policía el ocho de mayo de mil novecientos ochenta y uno.

Logró hablar durante todo el tiempo que tuve para revisar la declaración.

—¿Ha tenido ocasión de revisarla?

—Sí.

—¿Podría decirme lo que dijo usted el ocho de mayo?

—Dije: «Deseo declarar que el hombre que me he encontrado en el parque es negro, de dieciséis

a dieciocho años, menudo y musculoso, de unos sesenta y cinco kilos, con una sudadera azul oscura y téjanos oscuros, y el pelo corto al estilo afro. Deseo que se le procese en caso de que le capturen».

—No pone nada de la mandíbula, ni de la nariz chata, ni de los ojos almendrados, ¿verdad?

—No, no pone nada.

Yo no pensaba con rapidez. ¿Cómo, si no lo había mencionado, podría haberse hecho un retrato robot? ¿Por qué la policía no había escrito esa información? Cuando se me señaló que mi declaración era incompleta, no fui capaz de razonar que la falta de datos no había sido culpa mía. Paquette se había marcado un tanto.

—Bien, volvió a ver a ese... individuo en Marshall Street, y fue en octubre, ¿no es cierto?

—Sí.

—Deduzco de su declaración que hizo un... corríjame si me equivoco, hizo un esfuerzo por recordar los rasgos de aquella persona antes de volver y reconstruirlos.

—Sí.

—Lo que hizo entonces fue volver a su residencia y reconstruir las facciones que recordaba de ese encuentro en Marshall Street, ¿no es cierto?

—También del encuentro del ocho de mayo —dije. Adelantándome a su argumento, me apresuré a añadir—: Y no podría haberlo identificado como el hombre que me había violado a menos que fuera el hombre que me había violado.

—¿Podría repetirlo?

Lo hice gustosa.

—En otras palabras, estoy diciendo que no habría visto al hombre en la calle como el hombre que me violó a menos que fuera el hombre que me violó. De modo que conocía aquellos rasgos. Tenía que conocerlos y saber cómo eran para identificarlo.

—¿Estaba usted en Marshall Street y vio a ese individuo por primera vez aquel día? ¿Qué hacía?

—Lo vi por primera vez el ocho de mayo y por segunda vez el cinco de octubre.

Me fijé en Gail; había estado echada hacia delante escuchando el interrogatorio. Después de mi respuesta, se recostó en la silla con una especie de orgullo.

—Eso es lo que he dicho, por primera vez aquel día. Trataba...

—No quiero que haya confusión al respecto —dije.

—De acuerdo.

—Bien —volví a empezar—, la primera vez que lo vi y supe con toda seguridad que él era el hombre que me había violado, fue cuando crucé la calle y me dijo «Eh, ¿no te conozco de algo?», y la primera vez que vi su cuerpo fue al otro lado de la calle, hablando con el hombre del callejón entre el Way Inn y Gino's and Joe's.

Estaba siendo lo más exacta posible. Le había visto el cuerpo por detrás, y no estuve segura de que era él hasta que unos minutos después me habló y le vi la cara.

—¿Lo vio hablar con alguien en aquel callejón?

—Sí.

—¿A qué distancia estaba de usted?

—¿A qué distancia estaba de mí cuándo?

—¿A qué distancia estaba de usted cuando lo vio?

—Yo estaba caminando, y cuando lo vi... sólo nos separaba la calle, él estaba en la otra acera, así que sólo nos separaba la calle.

—¿No le dijo nada usted?

—No, no le dije nada.

—¿El no le dijo nada?

—Dijo: «Eh, ¿no te conozco de algo?».

Paquette estaba de pronto muy excitado.

—¿Eso le dijo? ¿Está diciendo que lo dijo entonces o después, al bajar por la calle?

—Él ya no estaba en el callejón —dije. Quería estar segura de lo que decía. No me imaginaba la causa de la excitación de Paquette. Hasta quince años después no sabría que la defensa había declarado que Madison hablaba con el agente Clapper cuando me dijo: «Eh, ¿no te conozco de algo?». Retrocedí. Paquette iba tras algo, pero yo no sabía qué era—. Había hablado con un hombre en el callejón. Pero me dijo eso cuando yo estaba al otro lado de la calle, en la acera de Huntington Hall, lejos de Varsity. Me lo dijo mientras cruzaba la calle en dirección a mí.

—¿Ésa era la segunda vez en ese día que lo veía?

—Sí. Fue la primera vez que supe con seguridad que aquél era el hombre que me había violado.

—Ocurrieron muchas cosas —dijo Paquette. Empleó un tono jovial, como si hubiera sido un día emocionante en la feria para mí. Como si no pudiera poner en claro los hechos porque no había hechos claros—. ¿Se puso en contacto con la policía y prestó declaración el mismo cinco de octubre?

—Sí.

—¿Es ésta la declaración jurada que firmó usted?

—Sí.

—¿Pidió al teniente que indicara que era completa y exacta?

—Sí.

—¿Dijo a la policía el cinco de octubre de mil novecientos ochenta y uno que el hombre que había visto en Marshall Street era el hombre que la había violado, o dijo que tenía la impresión de que podía ser él?

—Dije que era el hombre que me había violado el ocho de mayo.

—¿Está segura?

Tramaba algo. Hasta yo me daba cuenta. Lo único que podía hacer era ceñirme a los hechos mientras él me obligaba a concretar.

—Lo estoy.

—De modo que si la declaración dice otra cosa, es la declaración la que está equivocada.

De pronto me encontraba en terreno minado; seguí andando.

—Sí.

—Pero usted firmó el documento, ¿no?

Él se lo tomaba con calma. Lo miré a la cara.

—Sí.

—Tuvo oportunidad de volverlo a leer.

—Sí.

—¿Lo revisó alguien antes de que usted lo firmara?

Aquello era agotador.

—No lo revisó nadie. Me lo dieron para que lo leyera.

—¿Quiénes? —preguntó él beligerante. Consultó una nota que había tomado. Se pavoneaba—.

¿Ha estudiado catorce años en el colegio —dijo—, y lo leyó y no tuvo ningún problema en entenderlo todo?

—Sí.

—Hoy ha atestiguado que está segura de que eso es cierto. Aunque la declaración del cinco de octubre no diga que...

Mastine protestó.

—Tal vez podríamos obtener una respuesta cuando pregunte.

—Se admite la protesta —dijo Gorman.

—¿Recuerda —empezó Paquette de nuevo— haber dicho en la declaración: «Tengo la impresión de que el negro...»?

Mastine se levantó.

—Me opongo a que el abogado defensor cite de la declaración o la utilice para poner en tela de juicio la credibilidad de la testigo; no me parece correcto citar de la declaración y de hecho me opongo sobre la base...

—Se puede citar de la declaración —dijo Gorman a Mastine—. Creo, señor Paquette, que debería formular la pregunta en estos términos: «¿Recuerda haber hecho esta declaración a la policía tal día?». Y a continuación leer la declaración. Si es tan amable.

—De acuerdo —dijo Paquette. Había perdido parte de su energía—. ¿Recuerda haber hecho esta declaración a la policía el cinco de octubre?

—Sí.

—¿Recuerda haber dicho a la policía: «Tengo la impresión de que el negro podría ser la persona que me violó el pasado mayo en Thorden Park»?

De pronto me di cuenta de qué se traía entre manos.

—Me gustaría ver una copia para estar segura —dije.

—Por supuesto. Pido que conste como prueba C de la defensa para la identificación la declaración hecha por Alice Sebold el cinco de octubre. Le ruego que revise la declaración y me diga si le ha refrescado la memoria acerca de la información que dio usted en esa fecha.

Leí rápidamente mi declaración y enseguida vi el problema.

—Estoy lista —dije.

—¿Dijo a la policía en esa declaración que estaba segura...?

Lo interrumpí. De pronto supe que podía arrebatarle los últimos minutos.

—La razón por la que dije que tenía la impresión fue porque en aquel momento sólo podía verle la espalda y sus gestos. Cuando me cambié de acera y le vi la cara, estuve segura. La primera vez que lo vi tuve la impresión de que podía ser él, por su complexión y sus movimientos, pero como en

aquel momento me daba la espalda, no podía estar segura. Cuando por fin le vi la cara me convencí de que era el hombre que me había violado el ocho de mayo.

—Hizo esa declaración después de haberlo visto ambas veces en Marshall Street, ¿no es cierto?

—Sí. Me pidieron que describiera lo ocurrido en orden cronológico y así lo hice.

—¿Refleja la declaración un cambio en su postura?

—No.

—Gracias.

Actuó como si se hubiera apuntado un tanto. Quería salir de aquella línea de interrogatorio y se contentó con lo que pudo. Optó por enmarañar las cosas. ¿No se deducía de todos aquellos cambios de «impresión» a «segura», de «podía» a «es», que estaba demasiado confusa para que mi testimonio fuera creíble?

—A propósito —dijo, volviéndose a acercarse—, ¿el día de la rueda de identificación de noviembre había presente alguien del Centro de Crisis de Violaciones en el edificio?

—Sí.

—¿Fue asesorada por esa persona antes de la rueda de identificación?

—¿Asesorada?

—¿Habló con ella y estuvo a su disposición?

—Sí. Me acompañó al edificio de Seguridad Pública.

—Tan pronto como salió de la sala de identificación, ¿siguió estando a su disposición esa persona?

—Sí.

—¿Era una mujer?

—Sí.

—Habló con ella antes y después, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Está presente aquí hoy? ¿Hay alguien del Centro de Crisis de Violaciones aquí?

—No, no hay nadie.

—¿Ni en la sala ni en el edificio?

—No.

A Paquette no le había gustado el argumento presentado anteriormente por Mastine de que, al no permitir que Tricia se quedara en la sala, Paquette podía haber contribuido a alterar la rueda de identificación como prueba.

—Ahora bien, se llevó a cabo una rueda de identificación, ¿no es cierto?

—Sí.

—Creo que tuvo lugar el cuatro de noviembre.

—Sí.

—¿Recuerda si estaba presente un investigador llamado Lorenz?

—Sí.

—¿Lo reconoció de haberlo visto antes?

—Sí.

—¿De qué lo reconoció?

—Era el hombre que me había tomado declaración el ocho de mayo.

—¿Le dijo él que no había creído la declaración que había hecho usted el ocho de mayo?

—No, no me lo dijo.

—¿Recuerda si le dio algún consejo cuando entró en la sala de identificación?

—Me dijo que debía examinar a los cinco hombres y marcar con una x la casilla del hombre en cuestión.

—¿Recuerda quién más había en la sala de identificación?

Hice memoria, visualizando de nuevo la sala y a las personas presentes.

—La señora Uebelhoer, el estenógrafo del juzgado o el estenógrafo de la sala... no sé cómo lo llaman, otro hombre que estaba sentado y hacía algo, y yo.

—¿Recuerda...?

—Sí, usted.

De pronto había cambiado de tono. Se mostraba paternal, como si me guiara. Yo no me fiaba de él.

—¿Recuerda que el investigador Lorenz le dijo que se lo tomase con calma y mirara a los hombres con detenimiento, y que podía moverse por la sala?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerda que yo le pedí al investigador que le explicara cómo...?

—¿Cómo dice?

—¿Recuerda que yo le pedí al investigador que le explicara cómo utilizar el formulario? —Su sonrisa era casi benevolente.

—No le recuerdo a usted en particular —dije.

—¿Recuerda si él se lo explicó?

—Alguien me dijo cómo utilizarlo.

—De hecho —dijo él, y su sonrisa desapareció—, usted se levantó y se movió por la habitación.

—Sí.

—¿No hizo mover incluso a los sospechosos? Creo que pidió que se volvieran hacia su izquierda, ¿lo recuerda?

—Sí.

—El investigador se lo hizo hacer a cada uno: «Número uno, vuélvase hacia la izquierda...». ¿Lo recuerda?

Lo hacía interminable; era su trabajo.

—Sí.

—Al final del procedimiento, ¿qué hizo usted? ¿Qué sucedió a continuación?

—Dudé entre el número cuatro y el cinco, y escogí al cinco porque me miraba.

—¿Escogió al número cinco?

—Sí. Puse una x en la casilla del cinco. —Lo diría mil veces; lo había hecho.

—¿Lo firmó?

—Sí.

—¿Expresó en palabras a alguien en aquella habitación, en aquel momento, su preocupación por que no fuera el número cinco?

—No dije nada en la sala.

—¿Sabía que al elegir al número cinco lo estaba señalando como sospechoso de una violación?

—Sí. —Parecía que mis equivocaciones no se acababan nunca.

—¿De modo que hasta que salió de la sala no averiguó que el número cinco no era la persona que debería haber elegido?

—No. Me reuní con mi consejera de Crisis de Violaciones y le dije que el número cuatro y el cinco eran idénticos. Eso es lo que hice.

—¿No se lo dijo a nadie antes?

—Lo hice en la sala, antes de eso no los había visto y no podría haberlo hecho.

Él no quiso prolongarlo más para aclararlo. Yo me había referido esta vez a la sala de conferencias, no a la sala de identificación.

—¿Escogió al número cinco?

—Sí.

—Creo que ha declarado que la violaron el ocho de mayo.

—Sí.

—Y que no volvió a ver al agresor hasta que se lo encontró en Marshall Street.

—El cinco de octubre, sí.

—Luego lo vio en Marshall Street.

—Sí.

—Había un agente de policía allí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Se acercó al agente?

—No, no me acerqué al agente.

—¿Fue a la cabina más próxima para llamar a la policía?

—Fui a la Facultad de Idiomas, donde tenía clase, y llamé a mi madre.

—De modo que llamó a su madre...

Lo dijo con sarcasmo. Me hizo recordar la vista preliminar, la forma en que su colega Meggesto había saboreado las palabras «tejanos Calvin Klein». Aquello era lo que tenían contra mí.

—Sí.

—Después habló con su profesor.

—Llamé a mi madre y luego llamé a varios amigos, traté de hablar con alguno para que me acompañara a mi residencia. Estaba muy asustada y sabía que tenía que ir a clase. No pude localizar a nadie. Subí la escalera y hablé con mi profesor, le dije por qué no iba a ir a clase. Luego fui a la biblioteca a buscar a alguno de mis amigos para que me acompañara el resto del camino a la residencia y viniera conmigo a la comisaría; entonces volví a mi residencia, llamé a un amigo mío que es artista para que me ayudara a hacer un dibujo, pero no lo hizo. Luego llamé a la policía y llegué con los guardas de seguridad de la Universidad de Syracuse.

—¿Llamó al departamento de seguridad para que la acompañaran a la residencia?

Me eché a llorar. ¿Era culpable de todo?

—Perdone —dije, disculpándome por mis lágrimas—. Sólo lo hacen a partir de las cinco o por la noche. Busqué a Gail con la mirada. La vi mirándome fijamente. «Ya casi está —decía su mirada—. Aguanta».

—¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que lo había visto en Marshall Street?

—Entre cuarenta y cinco y cincuenta minutos.

—Entre cuarenta y cinco y cincuenta minutos.

—Sí.

—Ahora bien, hasta hoy usted no ha identificado al señor Madison, ¿no es cierto?

—¿Se refiere a si lo he identificado delante de usted?

—Si lo ha identificado en los trámites legales como la persona que la violó.

—En los trámites legales no, pero lo he hecho hoy.

—Lo ha hecho hoy. ¿Cuántas personas ve en la sala?

Me precipité, sabiendo lo que quería insinuar: ¿Cuántas personas negras aparte del acusado ve en la sala?

—Ninguna —respondí.

Él se rió y sonrió al juez, luego hizo un ademán hacia Madison, que parecía aburrido.

—¿No ve ninguna? —dijo Paquette, subrayando la última palabra. «Esta chica es increíble», parecía estar diciendo.

—No veo ninguna persona negra aparte de él en la sala.

Sonrió triunfal. Lo mismo hizo Madison. Yo dejé de sentirme fuerte. Me sentía culpable por la raza del violador, culpable por lo poco representada que estaba en la profesión legal en la ciudad de Syracuse, culpable por el hecho de que fuera el único negro en la sala.

—¿Recuerda haber testificado sobre esta rueda de identificación ante el gran jurado?

—Sí.

—¿Fue el cuatro de noviembre, el mismo día que tuvo lugar la rueda de identificación?

—Sí.

—¿Recuerda... en la página dieciséis del acta del gran jurado, línea diez: «Lo ha seleccionado en la rueda de identificación?, ¿está totalmente segura de que es él?»

«No estoy totalmente segura de que sea el número cinco. He dudado entre el cuatro y el cinco, pero he escogido el cinco porque me miraba».

Entonces el miembro del jurado dice: «¿Está diciendo que no está totalmente segura de que sea él?». Sí.

«Es el número cinco». «De acuerdo».

«¿De modo que el cuatro de noviembre seguía sin estar segura?».

Yo no sabía qué se proponía Paquette. Estaba desorientada.

—¿De que era el número cinco? Sí, no estaba segura de si era el número cinco.

—Es evidente que tampoco estaba segura de que era el número cuatro porque no lo escogió.

—No me miraba. Estaba muy asustada.

—¿No la miraba? —Sus sílabas rezumaban un sarcasmo cruel.

—Sí.

—¿Observó algo raro el ocho de mayo, cuando le abordó esta persona, que no nos haya dicho, en sus rasgos, cicatrices o marcas, cualquier cosa, rasgos faciales, dentadura, uñas o manos, lo que sea?

—No observé nada raro.

Yo quería que terminara de una vez.

—¿Ha dicho que miró el reloj cuando fue al parque?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Las doce.

—¿Miró el reloj cuando fue a su residencia?

—No miré el reloj. Yo... era consciente de qué hora era porque estaba rodeada de policía, y es posible que también mirara el reloj, y sabía que eran las dos y cuarto cuando volví a la residencia.

—Cuando volvió a la residencia, ¿llamó a la policía?

—Sí.

—¿De modo que cuando volvió a la residencia, a las dos y cuarto, la policía aún no había sido avisada?

—Así es.

—¿Vino después?

—Sí. Inmediatamente después de que yo volviera a mi residencia.

Él había conseguido agotarme. Era una sensación horrible saber que, por mucho que me esforzara, sería él quien quedaría en pie al final.

—Bien, usted ha dicho que él la besó, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Un par de veces o muchas?

Veía a Paquette. Madison estaba sentado detrás de él, interesado. Tuve la sensación de que los dos iban por mí.

—Un par de veces mientras estuvimos de pie y luego, cuando me hizo tumbar en el suelo, me besó unas cuantas veces más.

Esta vez las lágrimas me caían por las mejillas y me temblaban los labios. No me molesté en secármelas. El pañuelo de papel que tenía en las manos se había deshecho con mi sudor.

Paquette supo que me había derribado. Era suficiente. No había sido ésa su intención.

—¿Me concede un momento, su señoría?

—Sí —respondió Gorman.

Paquette se acercó a la mesa de la defensa y preguntó algo a Madison, luego consultó su bloc de notas amarillo y sus dossieres.

Levantó la mirada.

—No hay más preguntas —dijo.

El alivio que sentí fue inmediato. Pero entonces Mastine se levantó.

—Un par de preguntas, si tiene a bien su señoría.

Estaba cansada, pero sabía que Mastine me trataría con amabilidad si podía. Su tono era firme,

pero yo confiaba en él.

Mastine tenía interés en cubrir el territorio recorrido por Paquette, retrocediendo para reforzar los puntos débiles. Señaló rápidamente cinco cuestiones. En primer lugar estableció lo tarde que era y lo cansada que estaba yo cuando me tomaron declaración la noche de la violación. Me hizo exponer con detalle todo por lo que había pasado sin dormir. Luego pasó a mi declaración del 5 de octubre, la que Paquette me había mostrado alegremente mostrando la diferencia entre «tuve la impresión» y «estuve segura». Mastine logró establecer que, como había dicho yo, en aquella declaración yo había explicado cronológicamente el encuentro con Madison. Al principio lo vi de espaldas y había tenido la «impresión». Luego lo había visto de cara y había estado «segura».

A continuación me preguntó si había venido alguien conmigo. Quería señalar que, porque estaba con mi padre, yo había optado por declinar la presencia de un representante del Centro de Crisis de Violaciones.

—Mi padre está esperando fuera —dije.

Ese hecho no me pareció real. Lejos, en el pasillo, él estaría leyendo. Latín. No había pensado en él desde que había entrado en la sala de tribunal. No había podido.

Mastine me preguntó cuánto tiempo había estado debajo de Madison en el túnel y a qué distancia había tenido su cara.

—A un centímetro —respondí.

Luego me hizo una pregunta que me incomodó, una pregunta que había sabido que podía hacerme si lo requería el planteamiento de Paquette.

—¿Puede dar al juez una idea de cuántos hombres negros ve en un día corriente en sus desplazamientos, en clase, en su residencia o donde sea?

Paquette protestó. Yo supe por qué. Iba directamente en contra de su alegato.

—No se admite la protesta.

—Muchos —respondí, y Mastine me hizo decir una cifra.

—¿Más de cincuenta o menos?

Dije que más. Todo el asunto me hizo sentir incómoda, separando a los estudiantes que conocía por su raza, clasificándolos y contabilizándolos. Pero no sería la primera vez, ni la última, que lamenté que mi violador no hubiera sido blanco.

Mastine no tenía más preguntas.

Paquette se levantó únicamente para hacerme repetir a qué distancia había estado la cara de Madison de la mía durante la violación en sí. Lo hice: un centímetro. Más tarde intentaría utilizarlo contra mí; en su última intervención insistió en aquella distancia como si fuera la razón por la que no se me podía considerar una testigo fiable.

—No tengo más preguntas —dijo Mastine.

—Puede retirarse —me dijo el juez Gorman, y yo me levanté.

Me temblaban las piernas y tenía la falda, las medias y la combinación empapadas de sudor. El alguacil que me había acompañado al entrar caminó hasta el centro de la sala y me esperó.

Me llevó fuera.

En el pasillo, Murphy me vio y ayudó a mi padre a recoger sus libros. El alguacil me miró.

—Llevo treinta años trabajando aquí —dijo—. Es usted la mejor testigo de violación que he visto nunca en el estrado.

Me aferraría a aquel momento durante años.

El alguacil volvió a entrar en la sala.

Murphy me dio prisas para que me fuera de allí.

—Tenemos que alejarnos de la puerta —dijo—. Harán un descanso para comer.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre.

—Sí —dije.

No lo reconocía como mi padre. Sólo era una persona más allí de pie. Yo temblaba y necesitaba sentarme. Los tres, Murphy, mi padre y yo, volvimos al banco.

Me hablaron. No recuerdo qué dijeron. Se había acabado.

Gail salió con toda tranquilidad de la sala y se acercó a nosotros. Miró a mi padre.

—Su hija es una testigo excelente, Bud —dijo.

—Gracias —respondió mi padre.

—¿He estado bien, Gail? —pregunté—. Estaba preocupada. Ha ido con muy mala baba.

—Es su trabajo —dijo ella—. Pero tú has aguantado. He estado observando al juez.

—¿Qué impresión te ha dado? —pregunté.

—¿El juez? Parecía extenuado —respondió ella sonriendo—. Billy es realmente agotador. Yo me moría por intervenir. Tenemos un descanso hasta las dos y luego testificará la médico. ¡Otra mujer embarazada!

Me di cuenta de que era como una carrera de relevos. La etapa que yo había corrido había sido larga y ardua, pero todavía quedaban otras, más preguntas y respuestas, más testigos clave, muchas más horas en la jornada de Gail.

—Si me entero de algo me pondré en contacto con el detective —dijo ella, volviéndose hacia mí. Tendió una mano a mi padre—. Ha sido un placer conocerte, Bud. Puedes sentirte orgulloso.

—Espero que la próxima vez que nos veamos sea en circunstancias más agradables —dijo él. Acababa de caer en la cuenta: nos marchábamos.

Gail me abrazó. Yo nunca había abrazado a una mujer embarazada antes y me pareció torpe, casi remilgada, la forma en que las dos tuvimos que inclinar sólo la parte superior de nuestros cuerpos.

—Eres increíble —me susurró.

Murphy nos acompañó de nuevo en coche al hotel Syracuse, donde hicimos las maletas. Es posible que yo durmiera un rato. Mi padre llamó a mi madre. No me acuerdo de lo que pasó aquellas horas. Había estado tan concentrada que en aquel momento me abandoné. Era consciente de que mi caso continuaba mientras doblábamos la ropa y esperábamos a que Murphy viniera a buscarnos más adelante aquella tarde. Mi padre y yo nos sentamos en el borde de nuestras camas individuales. Poner distancia entre nosotros y la ciudad de Syracuse era nuestro objetivo no expresado. Sabíamos que el avión lo haría. Esperamos.

Murphy vino temprano a recogerlos. Traía noticias.

—Gail quería decírtelo personalmente —dijo—, pero no ha podido venir.

Mi padre y yo estábamos en el vestíbulo enmoquetado con nuestras maletas American Tourister.

—Le han condenado —dijo Murphy alegremente—. Culpable de seis cargos. ¡Han decretado prisión preventiva!

Yo estaba desconcertada. Noté que me fallaban las piernas.

—Menos mal —dijo mi padre. Lo dijo en voz baja, dando las gracias porque sus plegarias habían sido escuchadas.

Una vez en el coche, Murphy no calló. Estaba eufórico. Yo iba sentada en la parte trasera, y mi padre y Murphy delante. Tenía las manos frías. Recuerdo haberlas sentido a los costados, sin vida.

En el aeropuerto, mientras mi padre y Murphy estaban sentados a una cierta distancia en una sala con bar, llamé a mi madre a cobro revertido. Murphy ofreció una copa a mi padre.

Marqué el número de casa y esperé.

—¿Diga? —dijo mi madre.

—Mamá, soy Alice. Tengo noticias. —De cara a la pared, ahuequé las manos sobre el auricular—. Lo hemos conseguido, mamá. Los seis cargos excepto el del arma. Han decretado prisión preventiva.

Yo no sabía qué significaba exactamente aquello, pero lo repetí.

Mi madre estaba eufórica. Gritó por nuestra casa de Paoli.

—¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! —Una y otra vez. No podía contener su alegría.

Yo lo había conseguido.

Murphy y mi padre salieron del bar. Debíamos embarcar pronto. Averigüé lo que quería decir exactamente «prisión preventiva». Significaba que no iban a soltar a Madison entre la condena y la sentencia. Le habían esposado dentro de la sala del tribunal mientras le leían los cargos. Aquello entusiasmó a Murphy.

—Ojalá hubiera estado allí para verle la cara.

Había sido una jornada larga y satisfactoria para John Murphy, y, mientras mi padre confiaba en el avión, él había bebido sin moderación. Pero ¿no era normal que lo hiciera? Ebrio y con ganas de celebrarlo, se fue a ver a su Alice.

Yo estaba agotada. Aunque tardé un rato en caer en la cuenta, a mí también me habían encarcelado. No me soltarían en mucho tiempo.

El 2 de junio recibí una carta de la oficina de libertad condicional del condado de Onondaga. Escribían para notificarme que estaban llevando a cabo una «investigación presentencia de un joven que había sido recientemente declarado culpable en un juicio por violación en primer grado, sodomía en primer grado y otros cargos relacionados. Estos cargos —decía la carta— provienen de un incidente en el que usted fue la víctima». Escribían para saber si tenía algo que decir sobre la pena recomendada.

Les contesté. Recomendé la pena máxima autorizada por la ley, y cité a Madison llamándome «la

peor zorra». Sabía que aquel año Syracuse había sido elegida la séptima mejor ciudad donde vivir, e hice hincapié en que tener a hombres como Madison por las calles no corroboraba tal reputación. Sabía que si quería hacerme escuchar debía señalar que, al imponer la pena máxima, los que lo sentenciaran proyectarían una buena imagen. Así pues, no lo harían por mí, sino por la gente que los habían votado y pagaban sus sueldos. Utilicé todas las dotes de argumentación que tenía.

Concluí la carta firmando encima del tratamiento que me habían adjudicado: víctima.

El 13 de julio de 1982, en la sala del tribunal presidida por Gorman y en presencia de Mastine, Paquette y Madison, se dictó sentencia contra Gregory Madison. Le impusieron la pena máxima por violación y sodomía: de ocho y un tercio a veinticinco años. Las penas más largas, junto con otras leves por los cuatro cargos restantes, se cumplirían simultáneamente.

Mastine me telefoneó para decírmelo. También me informó de que Gail había dado a luz. Mi madre y yo fuimos a comprarle un regalo. Cuando vi a Gail quince años después, trajo consigo el regalo para demostrarme que se acordaba.

Aquel verano empezó mi transformación completa. Me habían violado, pero también había crecido con *Seventeen*, *Glamour* y *Vogue*. Las posibilidades del antes y después que me había planteado toda la vida empezaron a materializarse. Además, los que tenía cerca —concretamente mi madre, ahora que mi hermana trabajaba en Washington antes de marcharse a Siria y mi padre estaba en España— me alentaron a reanudar mi vida.

—No querrás que la violación te marque —me dijo, y yo le di la razón.

Conseguí un trabajo en una funesta tienda de camisetas donde era la única empleada. En un ático sin ventilar estampaba insignias y hacía serigrafías chapuceras para los equipos de *softball* locales mientras mi jefe, que tenía veintitrés años, se dedicaba a hacer chanchullos por la ciudad. A veces se emborrachaba y se presentaba con sus amigotes para ver la televisión. En aquella época yo iba con ropa muy holgada que me hacía yo misma y que mi madre llamaba «vestidos carpa». Llevé muchos en los días de más calor de junio y julio de 1982. Un día que mi jefe y sus amigos me provocaron para que les enseñara mi cuerpo, di media vuelta y me marché. Manchada de tinta, conduje hasta casa en el coche de mi padre.

Volvíamos a estar mi madre y yo solas, como el verano que cumplí quince años. Traté de buscar otro trabajo —mi curriculum está lleno de entrevistas con zapaterías y solicitudes enviadas a tiendas de material de oficina—, pero como en cualquier barrio residencial en vacaciones, los empleos escaseaban en pleno verano. Mi madre trataba de adelgazar y decidí unirle a ella. Veíamos *Richard Simmons* y nos compramos una bicicleta de ejercicio. Recuerdo el régimen Scarsdale, filetes pequeños y trozos de pollo que apenas podíamos tragar. «Este régimen nos está costando una fortuna», decía mi madre mientras comíamos aquel verano más carne que nunca.

Pero yo empecé a perder kilos. Me sentaba delante del televisor por la mañana y veía a mujeres obesas llorar con Simmons, se establecía una especie de concurso de lágrimas entre los invitados, Simmons y el público del estudio. A veces yo también lloraba. No porque me viera tan gorda como las mujeres de la pantalla, sino porque creía saber exactamente lo feas que se sentían. Tal vez yo podía bajar a la calle sin que me llamaran de todo y alcanzaba a verme los cordones de los zapatos por encima del cinturón, pero me identificaba con los invitados de Simmons como no lo había hecho con nadie. Eran los marginados andantes y parlantes de la sociedad que no habían hecho nada malo.

De modo que lloraba. Y me ponía a pedalear. Y odiaba mi cuerpo. Utilicé aquel odio para perder siete kilos.

Hacia el final de verano, después de que mi padre hubiera vuelto de España, estábamos los tres fuera trabajando en el jardín. Se suponía que yo debía montarme en la segadora. Estalló la típica pelea Sebold. Yo no quería, etcétera. ¿Por qué Mary se había ido a vivir a Washington y luego iba a marcharse a Siria? Mi padre me llamó ingrata. La tensión aumentó. Justo cuando la pelea parecía que iba a terminar como siempre a grito pelado, yo estallé en llanto. Empecé a llorar y no podía parar. Entré corriendo en casa y subí a mi habitación. Tratar de contener las lágrimas; era inútil. Lloré hasta que me quedé exhausta, deshidratada, con los ojos y sus alrededores formando un mapa de capilares rotos.

Más tarde no quise hablar de ello; trataba de echarme la violación y el juicio a las espaldas.

Lila y yo nos carteamos todo el verano. Ella también estaba haciendo régimen. Las cartas eran como entradas de diario, fragmentos largos y reflexivos tanto para tener compañía mientras escribíamos como para intercambiar cualquier información sobre nosotras. Teníamos calor y estábamos aburridas; teníamos diecinueve años y estábamos metidas en casa con nuestros padres. Nos contábamos nuestras vidas en aquellas cartas llenas de divagaciones. Cómo nos sentíamos con respecto a todo, desde los miembros de nuestra familia hasta los chicos que conocíamos de la universidad. No recuerdo haberle escrito con detalle sobre el juicio. Si lo hice, sus cartas no lo reflejan. A principios del verano recibí una postal suya en la que me felicitaba. Eso fue todo. Después aquello desapareció de nuestro horizonte.

Como desapareció del de casi todos. El juicio parecía haber proporcionado una puerta trasera muy sólida y pesada a todo el asunto. Todo el que había entrado conmigo en aquella casa y había echado un vistazo a las habitaciones, se alegró mucho de salir por fin de allí. La puerta se cerró. Recuerdo haber coincidido con mi madre en que en el transcurso de un año yo había experimentado un fenómeno de muerte y renacimiento. De la violación al juicio. Ahora el terreno era nuevo y podía hacer con él lo que quisiera.

Lila, Sue y yo hicimos planes, a través de nuestras cartas, para el año siguiente. Lila iba a traer un gatito de una camada que había habido en su casa. Yo había hecho un pacto con mi madre: si saltaba lo bastante en el sofá que ella odiaba, tal vez convenciéramos a mi padre cuando volviera de España para que me dejara llevármelo a la residencia. Alquilé una furgoneta con Sue, que vivía cerca. Mi madre estaba alegre y optimista, y me dejó ir con ropa nueva que se ajustaba a mi nueva figura. Iba a ser el año del cambio. Por fin iba a llevar lo que yo llamaba «vida normal».

Aquel otoño, Mary Alice se encontraba en Londres en un programa de intercambio, al igual que otros amigos. Tess había pedido una excedencia. Las eché de menos pero sólo un poco. Lila era mi alma gemela. Íbamos juntas a todas partes y urdíamos planes descabellados. Las dos queríamos tener novio. Yo hacía el papel de experimentada frente al de inocente de Lila. A lo largo del verano yo había hecho faldas a juego para las dos. Las llevábamos con cualquier prenda negra cuando salíamos.

Ken Childs estaba perdido sin Casey, que también se había ido a Londres, y empezamos a salir con él. A mí me hacía gracia y, lo más importante, él ya me conocía. Íbamos los tres a bailar a los clubes del campus y a las fiestas de Bellas Artes. Yo ahora quería ser abogado. A la gente le gustaba oír hablar de aquella ambición, de modo que yo lo decía a menudo. Por Tess quería ir a Irlanda y también se lo decía a todo el mundo. Iba a recitales de poesía y narrativa, y me atracaba de queso y de vino. Empecé un curso independiente de poesía con Hayden Carruth y otro con Raymond Carver, a quien siempre he creído que Tess le había encomendado que me cuidara.

Un día me encontré a Maria Flores por la calle. Le había escrito a principios de verano una carta triunfal sobre el juicio. Le decía que la había sentido a mi lado en la sala del tribunal y que esperaba que le sirviera de algún consuelo saberlo. La carta que me envió ella fue, con franqueza, demasiado

real para mí: «Llevo un aparato ortopédico en la pierna. El tobillo se me ha curado pero camino con bastón debido a que tengo dañados los nervios. Mis tendencias suicidas han disminuido aunque, si te soy sincera, no han desaparecido del todo». Se preguntaba si el bastón la inhibiría a la hora de conocer a gente, y le avergonzaba no haber terminado su trabajo como consejera residente. Acababa la carta con una cita de Kahlil Gibran: «Todos somos prisioneros, pero algunos estamos en celdas con ventanas y otros en celdas sin ventanas».

Tardé años en comprenderlo, pero si alguno de nosotros tenía una ventana, era Maria.

—Yo he salido ilesa —recuerdo que le dije a Lila—. En cambio ella llevará eternamente consigo la violación.

Bailaba y me enamoraba. Esta vez de un chico de la clase de matemáticas de Lila, Steve Sherman. Le conté lo de la violación un día que fuimos al cine y tomamos unas copas. Recuerdo que él estuvo maravilloso, se quedó sorprendido y horrorizado pero también me reconfortó. Supo qué decir. Me dijo que era guapa, me acompañó a casa y me besó en la mejilla. Creo que también le atrajo la idea de cuidar de mí. Aquellas Navidades se convirtió en parte del mobiliario de nuestra casa.

En casa mi madre también había mejorado notablemente. Estaba probando fármacos nuevos, Elavil y Xanax, e incluso terapias biorrítmicas, cosas que nunca había considerado antes. La terapia en grupo estaba en el horizonte. Mi madre iba a confiar en alguien aparte de en sí misma. «¡Me inspiras, hija! —me escribió—. Si tú puedes volver a salir después de lo que te pasó, supongo que esta vieja también puede».

Yo había llegado a un nivel cero positivo; el mundo era nuevo y se abría ante mí.

Trabajaba en la revista literaria, *The Review*, y el último año me nombraron directora. El departamento de Lengua y Literatura me pidió que los representara en el Concurso de Poesía de Glascok, que se celebraba anualmente en el Mount Holyoke College.

Años atrás mi madre había huido de Mount Holyoke, dejando atrás una beca para un curso de posgrado. Recuerda que le pareció una sentencia de muerte. Todas sus amigas se casaban y ella, el cerebro, iba a ir a un lugar lleno de «monjas y lesbianas».

De modo que volví para reclamar algo en nombre de mi madre y para llenar el escenario con mi violación. No gané pero quedé segunda. Leí «Convicción». Leerlo en voz alta me hizo estremecer con la realidad de mi odio. Uno de los jueces, Diane Wakoski, me llevó aparte y me dijo que temas como la violación tenían un lugar en la poesía, pero que nunca ganaría premios ni me haría un público de ese modo.

Lila y yo disfrutábamos viendo películas estúpidas; el día que volví de Massachusetts vimos una de Sylvester Stallone, *Rambo*. La daban en el cine de cincuenta centavos que había cerca de nuestras casas. Nos reímos de la acción propia de dibujos animados que tenía lugar en la pantalla, soltábamos carcajadas tan fuertes que se nos saltaron las lágrimas y apenas podíamos ver o respirar. Nos habrían echado si hubiera habido alguien más en el cine para protestar, pero estábamos solas en la vieja y destartalada sala.

—Mí Rambo, tú Jane —dijo Lila golpeándose el pecho.

—Mí buenos músculos, tú músculos de chica.

—Grrr...

—Ji, ji.

Cuando la película estaba a punto de acabar alguien carraspeó bastante fuerte. Lila y yo nos quedamos inmóviles pero seguimos mirando a la pantalla.

—Creía que estábamos solas —me susurró ella.

—Yo también —dije yo.

Nos calmamos y tratamos de guardar un respetuoso silencio durante las últimas escenas de furioso tiroteo. Lo hicimos clavándonos las uñas mutuamente en los brazos y mordiéndonos los labios. Soltamos risitas pero no reímos abiertamente.

Cuando terminó y encendieron las luces, volvíamos a estar solas. Dejamos salir lo que habíamos estado reprimiendo hasta que doblamos la esquina y nos encontramos con el gerente del cine.

—¿Creéis que Vietnam es gracioso?

Era un hombre imponente, sus músculos se habían convertido en grasa y llevaba un fino bigote que le cubría el labio superior, como el del primer abogado de Madison.

—No —dijimos al unísono.

El nos bloqueó el paso.

—A mí me ha parecido que os reíais —dijo.

—Es muy exagerado —dije yo, esperando que viera mi punto de vista.

—Yo estuve en Vietnam —dijo—. ¿Y vosotras?

Lila se asustó y me cogió la mano.

—No, señor —dije yo—, y respeto a los veteranos que lucharon. No era nuestra intención ofenderle. Nos hemos reído porque nos ha parecido exagerado el grado de machismo.

Me miró fijamente como si le hubiera bloqueado con la razón cuando en realidad le había bloqueado con palabras que encontraba dentro de mí cuando me sentía amenazada: una habilidad que ahora tenía.

Nos dejó pasar, pero nos dijo que no quería volver a vernos en su sala.

No intentamos siquiera recuperar nuestro estado de ánimo despreocupado. Yo estaba furiosa mientras bajamos la colina hacia casa.

—Es una mierda ser mujer —dije, afirmando lo obvio—. ¡Siempre te machacan!

Lila aún no estaba preparada para aquello. Seguía tratando de ver el punto de vista del hombre. Yo, en cambio, hacía mentalmente lo que haría cada vez más a menudo: luchar cuerpo a cuerpo con un hombre e, hiciera lo que hiciese, perder siempre.

Había hombres buenos y hombres malos, hombres inteligentes y hombres musculosos. Hice mentalmente esta división. Empecé a clasificarlos de ese modo. Steve, que tenía el cuerpo de un corredor malo, era delicado en sus movimientos y lo que más le importaba eran sus estudios. No se levantaba de la silla hasta que había memorizado —al pie de la letra— los capítulos de sus libros de texto. Sus padres eran inmigrantes ucranianos y pagaban al contado su educación del mismo modo que habían comprado sus coches y su casa. Se esperaba de él que estudiara cada día durante horas.

Empecé a mentirme inconscientemente cuando teníamos relaciones sexuales. El placer de Steve era lo único que me importaba, el propósito de aquel viaje, de modo que si había baches y recuerdos, dolorosas visiones de la noche en el túnel, pasaba sobre ellos como insensibilizada. Contenta cuando Steve estaba contento, siempre estaba lista para levantarme de un salto de la cama e ir a pasear o a leer mi último poema. Si podía volver a refugiarme a tiempo en mi cerebro, como si fuera oxígeno, el sexo no dolía tanto.

Y luego estaba el color de su piel. Podía concentrarme en un trozo de su piel blanca y empezar. Mientras Steve se mostraba tierno y ardiente, en mi fuero interno yo volvía a recorrer el camino hablando conmigo misma: «No estamos en Thorden Park, y él es tu amigo, Gregory Madison está en Attica, estás a salvo». A menudo aquello me ayudaba a superarlo, como cuando aprietas los dientes en una atracción de feria en la que todos los que te rodean parecen disfrutar. Si no puedes hacerlo, finge. Tu cerebro sigue vivo.

Al final de aquel año me había convertido en una especie de diva rellenita de la New Age. Los estudiantes de Bellas Artes me conocían, lo mismo que los poetas. Organicé una fiesta con la confianza de que estaría de bote en bote y lo estuvo. Steve me compró versiones bailables de mis canciones favoritas en discos de vinilo blanco y me grabó casetes.

Mary Alice y Casey habían vuelto de Londres y vinieron a la fiesta. Todo el edificio de apartamentos vibraba, pero esta vez era por mi música y mis amigos. Había sacado sobresaliente en los cursos independientes de Carruth y Carver, y estaba yendo a una clase de un poeta llamado Jack Gilbert. No podía creer mi suerte. ¡Vino hasta Gilbert! En la cocina había un cubo lleno de un ponche, que parecía matarratas, al que se le añadían ingredientes a medida que los invitados se emborrachaban. Las especias de Lila se añadían sistemáticamente, y a la nuez moscada y al arruruz se unían objetos pequeños, como tenedores y plantas de interior.

De pronto empezó a llegar gente que no conocíamos: chicos ruidosos y fuertes que iban como imanes tras las chicas guapas. Es decir, tras Mary Alice, que para entonces estaba muy borracha. El baile en la pista se volvió más sensual. Steve casi se peleó con un desconocido que se insinuó a una de sus amigas. La música subió de volumen, un altavoz estalló, el alcohol se acabó. Como consecuencia, los más cuerdos y sobrios que aún no se habían marchado empezaron a largarse. Yo me planté al lado de Mary Alice como un scottie ladrador. Cuando los chicos se acercaban a ella, los ahuyentaba. Los amenazaba con lo único que ellos respetaban: un hombre. Les mentía diciendo que el novio de Mary Alice era el capitán del equipo de baloncesto y llegaría enseguida con sus compañeros de equipo. Si no me creían, me encaraba con ellos y les decía cuatro verdades. Había oído a los detectives y sabía hablar como ellos.

Mary Alice decidió irse, y Steve y yo buscamos a alguien de confianza para que la llevara a casa. Cerca de la puerta, mientras nos despedíamos, ella se desmayó. Yo y los que nos rodeaban la miramos tendida inconsciente en el suelo. Al principio creí que fingía y dije:

—Vamos, Mary Alice, levántate.

Su larga y dorada melena había flotado preciosa en el aire al caer.

Me arrodillé a su lado y traté de despertarla. No tuve suerte. Steve se abrió paso a través de los rezagados y desconocidos. Mientras la rodeábamos, los chicos empezaron a ofrecerse a llevarla a casa.

Sólo puedo pensar en perros. De scottie ladrador pasé a terrier luchador hasta adquirir una repentina fuerza sobrehumana. No iba a permitir que ni siquiera Steve la llevara. Cogí a Mary Alice en brazos —con sus cincuenta y dos kilos— y la llevé, con Lila y Steve despejando el camino, a la habitación de Lila. La acostamos en la cama. Era una estudiante borracha, pero parecía un ángel dormido. El resto de la noche lo pasé asegurándome de que seguía siéndolo. Cuando vino la policía a causa de las quejas de los vecinos la fiesta se disolvió, y Steve y Lila acompañaron a la calle a los desconocidos más ebrios. Mary Alice pasó la noche allí. A la mañana siguiente la casa estaba pegajosa y encontramos detrás del sofá a un amigo de un amigo de alguien que se había desmayado y había caído al suelo.

Durante las vacaciones entre mi penúltimo y mi último año Steve y yo vivimos juntos en el apartamento e hicimos un curso de verano. Moralmente, mi madre logró hacerse a la idea de que yo viviera con un hombre porque, como decía, «es agradable pensar que tienes un guarda jurado incorporado». Después del curso de verano tuve mi primera experiencia como profesora al asistir a un campamento de arte para alumnos con talento de la Universidad de Bucknell. Si no me hacía abogada, decidí, me dedicaría a dar clase. No tenía manera de saber entonces que la enseñanza acabaría siendo mi salvavidas, el camino de regreso.

En mi último año fui una asidua de los recitales de poesía y narrativa que se hacían en el campus. También trabajé como camarera en Cosmos Pizza Shop, en Marshall Street, y mi horario de trabajo, sumado a los recitales nocturnos, implicaba que tenía que salir muchas noches. A Lila no parecía importarle. Tenía el apartamento para ella sola o lo compartía pacíficamente con nuestro nuevo compañero de piso, Pat. Lila había encontrado a Pat a través del departamento de Antropología. Tenía dos años menos que nosotras y todavía hacía segundo. Lila y yo habíamos encontrado en su habitación revistas porno, publicaciones fetiche como *Jugs*, y una en la que sólo aparecían mujeres obesas desnudas. Pero pagaba su parte del alquiler y era reservado. Yo me alegraba de que no tuviera el aspecto de los típicos devoradores de gusanos de antropología. Era alto y delgado, y tenía el pelo negro a la altura de los hombros. Sus antepasados italianos significaban mucho para él, así como su afición por el escándalo. Nos enseñó a Lila y a mí el espejo que había robado a un pariente suyo que era ginecólogo. Lo tenía colgado del cable de la lámpara del techo.

Hacia noviembre de aquel año los tres habíamos empezado a adaptarnos los unos a los otros. Al cabo de dos meses Lila y yo nos estábamos acostumbrando a la afición por las bromas de Pat. Le encantaba ponerte un dedo en la clavícula y decir: «¿Qué es eso?». Cuando bajábamos la mirada, te daba una palmadita en la barbilla. O te traía una taza de café y, cuando ibas a cogerla, la apartaba. Nos tomaba el pelo y, cuando iba demasiado lejos, Lila y yo nos quejábamos. Lila, que tenía un

hermano menor, me decía que vivir con Pat era como si nunca se hubiera ido de casa.

En un curso llamado Religiones Extáticas me senté al lado de un chico llamado Marc. Como Jamie, era alto y rubio, y en cierto sentido no encajaba allí. No iba a Syracuse. Estaba haciendo un curso de posgrado de arquitectura paisajista en la escuela de ingeniería forestal SUNY, que, como una hermana menor dependiente, compartía edificios y terrenos con Syracuse. También había llegado a la mayoría de edad en el barrio neoyorquino de Chelsea. Eso le hacía tener más experiencia y mundología de lo que correspondía a sus veintiún años, o eso me parecía a mí. Tenía amigos que vivían en lofts en el Soho. Lugares que prometía enseñarme algún día.

Después de la clase de religión nos embarcábamos en castas pero apasionadas sesiones sobre los temas tocados en clase. La historia de los chamanes y el ocultismo eran objeto de un intenso análisis intelectual por nuestra parte. Me pasaba cintas de Philip Glass y sabía cosas sobre música y arte que yo ignoraba. Hablaba con ironía de temas como la adoración que sentía Jacqueline Susann por Ethel Merman. Representaba lo que mi madre siempre había dicho que era lo mejor de Nueva York — cultura por derecho de nacimiento—, aun cuando ella no se refería a las citas amorosas de «la Merm» y la autora de *El valle de las muñecas*.

De pronto la seriedad de Steve, la comprensiva atención que prestaba a mis penas y males, no me parecían tan atractivos como el mundo de «lo he visto todo, lo he hecho todo» de Marc. Cuando le contaba mis chistes «¿Por qué un juicio por violación es digno de mención en tu viejo curriculum?», Marc reía conmigo mientras que Steve me interrumpía y, poniéndome una mano en el hombro, me decía: «Sabes que no es gracioso en realidad». Marc tenía coche, televisión por cable, y otras chicas lo encontraban guapo. No le asustaba beber y fumaba como un carretero. Soltaba tacos y, como iba a la escuela de arquitectura, dibujaba.

También había sido sincero y abierto conmigo desde el principio. Nos habíamos conocido el año anterior en una fiesta y nos habíamos sentido claramente atraídos el uno por el otro. Él me dijo más tarde que tres chicos le habían metido en el cuarto de baño después de haberle visto hablar conmigo.

—Para tu información, Marc, a esa chica la han violado.

—¿Y qué? —había dicho él.

Ellos lo habían mirado horrorizados.

—¿Tenemos que explicártelo letra por letra?

Pero Marc era feminista por naturaleza. Su padre había abandonado a su madre por una mujer mucho más joven. Una de sus hermanas era lesbiana y llamaba a sus dos gatos macho «las chicas», la otra era abogado en la oficina del fiscal de distrito de Manhattan. Él había leído más a Virginia Woolf que yo y me inició en la obra de Mary Daly y Andrea Dworkin. Fue una revelación para mí.

Yo también lo fui para él. Sabía nombres y teorías de las que yo nunca había oído hablar, pero cuando me conoció, yo era la única mujer que él conocía a la que habían violado. O que sabía que lo había sido.

Empecé a divertirme con Marc mientras me peleaba con Steve.

—¿Cuántos seguratas necesita una chica? —me preguntó un día Lila después de que hubiera

hablado por teléfono con cada uno un par de veces.

Yo no tenía una respuesta salvo que nunca había sido popular con los chicos y de pronto tenía la sensación de serlo: dos chicos me deseaban.

Nuestra ex compañera de piso, Sue, había hecho un fotomontaje para su proyecto de último año y nos había dejado toda clase de maquillaje. Una noche, mientras Pat estaba en la biblioteca, decidí hacerme la fotógrafa de modas y sacar fotos a Lila. La vestí elegante. Le hice quitarse las gafas y le pinté gruesas rayas de *kohl* debajo de los ojos. Me pasé un poco. Acabó con azul oscuro y negro alrededor de los ojos, y los labios de un horrible rojo oscuro. La llevé al pasillo del apartamento, y empecé a enfocar y a disparar. Lo pasamos en grande, las dos solas. La hice tumbarse en el suelo y levantar la mirada, o bajarse la camisa y enseñar el hombro para lo que llamamos una «foto de piel». Imité lo que creía que decían los verdaderos fotógrafos de modas para hacer que las modelos se metieran en el papel. «Hace calor, estás en el Sahara y un hombre guapo te está trayendo una pina colada», o «En algún lugar el verdadero amor de tu vida está muriéndose de frío en la Antártida. Una foto de ti lo mantiene vivo y es ésta. Quiero sensualidad, sinceridad, inteligencia abrasadora». Cuando ella no desfiguraba la cara para conseguir tener el «aspecto», soltaba una carcajada. La coloqué delante del espejo de cuerpo entero que había fuera de la puerta del cuarto de baño y saqué una foto alargada en la que yo también salía. La hice sentarse con la cara de perfil y guantes negros.

Mis fotos preferidas fueron de lejos las más dramáticas. En ellas está gateando por el pasillo, con los ojos ciegos muy abiertos y pintados. Pienso en ellas como sus fotos de «antes».

Una semana después del día de Acción de Gracias de 1983, el poeta Robert Bly ofreció un recital de poesía en el auditorio de la Facultad de Idiomas. Yo estaba impaciente por verle, pues había leído con avidez sus poemas aconsejada tanto por Tess como por Hayden Carruth. Lila estaba en casa estudiando para un difícil examen por el que, en la especialidad de poesía, yo ya no tenía que preocuparme. Pat se había ido a estudiar a la biblioteca Bird.

Iban a asistir Tess y Hayden, así como los jefes de los departamentos. Bly era un poeta de renombre y la sala estaba de bote en bote. Yo me senté en mitad del pequeño auditorio. Mi amigo Chris se había graduado el año anterior, de modo que ahora iba sola a los recitales. Llevábamos veinte minutos de recital cuando sentí un dolor agudo y punzante en el abdomen. Miré mi reloj digital. Eran las 8.56 de la tarde.

Quise aguantar pero el dolor se volvió demasiado intenso. Tenía retortijones en el estómago. Al final de un poema, me levanté y me abrí paso ruidosamente entre las rodillas de la gente y los respaldos de los asientos de la fila de delante.

Una vez en el vestíbulo, llamé a Marc. Tenía coche. Le pedí que viniera a buscarme a la biblioteca Bird. Me encontraba demasiado mal para coger el autobús. Había utilizado el mismo teléfono dos años atrás para llamar a mis padres, pero desde entonces había evitado escrupulosamente utilizarlo. Aquella noche dejé a un lado la superstición.

Marc tenía que ducharse.

—Estaré allí en veinte minutos como mucho —dijo.

—Seré la que se está sujetando el abdomen —dije tratando de bromear—. Procura darte prisa.

Mientras esperaba frente a Bird, empecé a ponerme aún más tensa. Pasaba algo, pero no tenía ni idea de qué era.

Al cabo de cuarenta minutos Marc llegó por fin en coche. Nos fuimos del campus hasta Euclid, donde vivían muchos estudiantes en destartaladas casas de madera.

Nos metimos en mi calle. Al final de la manzana donde vivíamos Lila y yo había cinco coches patrulla con las luces encendidas. Los policías corrían de acá para allá, hablando con la gente.

Lo supe.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —empecé a decir—, déjame bajar, déjame bajar.

Marc estaba nervioso.

—Deja que aparque y te acompaño.

—No, déjame bajar aquí mismo.

Se metió en la entrada para coches de una casa y yo me bajé. No lo esperé. Todas las luces de nuestro edificio estaban encendidas y la puerta abierta. Entré inmediatamente.

Dos policías uniformados me detuvieron en el pequeño vestíbulo.

—Ha ocurrido un delito aquí. Tiene que marcharse.

—Vivo aquí —dije—. ¿Es Lila? ¿Qué le ha pasado? Por favor.

Sin darme cuenta, empecé a quitarme capas de ropa y a dejarlas caer al suelo. El gorro, la bufanda, los guantes, la cazadora, hasta el chaleco. Estaba desesperada.

En la sala de estar había más policías. Uno de los agentes uniformados hizo un gesto a alguien y empezó a decir:

—Dice que vive en...

—¿Alice? —dijo el policía vestido de paisano.

Lo reconocí al instante.

—¿Sargento Clapper?

Cuando dije su nombre, los policías uniformados dejaron de bloquearme el paso.

—Detective Clapper ahora —dijo sonriendo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo aquí —dije—. ¿Dónde está Lila?

Se le mudó la cara.

—Lo siento mucho —dijo.

Me fijé en que los policías me miraban de manera distinta. Marc entró en el apartamento. Les dije que era mi novio.

—¿Alice Sebold? —preguntó uno de ellos.

Me volví de nuevo hacia Clapper.

—¿La han violado?

—Sí —dijo—. En la cama de la habitación del fondo.

—Es mi habitación —dije—. ¿Está bien?

—La detective está con ella ahora. Necesitamos que la examinen en el hospital. Puedes acompañarla. No opuso resistencia.

Pregunté si podía verla.

—Por supuesto —dijo Clapper, y volvió para informar a Lila de que yo estaba allí.

Me quedé en la sala, notando la mirada de los agentes uniformados clavada en mí. Conocían mi nombre porque yo había sido uno de los pocos casos de violación en los últimos años en los que había habido condena. En su mundo mi caso era famoso. Había ascendido a Clapper. Todo el que había trabajado en el caso se había beneficiado de él.

—No puedo creerlo. No puedo. Esto no puede estar sucediendo —le dije una y otra vez a Marc.

No recuerdo qué me contestó él. Empezaba a recobrarme, a asumir un control que no tenía.

—No quiere verte —dijo Clapper cuando volvió—. Tiene miedo de venirse abajo si lo hace. Saldrá dentro de unos minutos y podrás ir con ellas al hospital.

Me dolió, pero lo entendí.

Esperé. Le dije a Marc que quería acompañar a Lila en aquel largo y difícil camino —el hospital, la comisaría—, y que él debería volver a su piso y ponerlo agradable. Los tres dormiríamos allí, Lila y yo en su cama, y él en el salón.

La policía hablaba sobre temas triviales. Yo empecé a pasearme nerviosa por la habitación. Uno de los agentes recogió mi ropa del vestíbulo y me la trajo al sofá.

Luego Lila salió de la habitación. Estaba aturdida. Tenía el pelo despeinado, pero no le vi marcas en la cara. La seguía una mujer baja y morena con uniforme.

Lila llevaba mi bata, pero con otro cinturón. Tenía una mirada inescrutable... extraviada. Yo no habría llegado a ella por mucho que me lo hubiera propuesto.

—Lo siento tanto —dije—. Lo superarás, ya lo verás. Yo lo hice —aseguré.

Nos quedamos mirándonos, las dos llorábamos.

—Ahora sí que somos clones —dije.

La detective nos hizo mover.

—Lila dice que tenéis otro compañero de piso.

—Oh, Dios mío, Pat —dije. Me había olvidado por completo de él.

—¿Sabes dónde está?

—En la biblioteca.

—¿Puede ir alguien a buscarlo?

—Quiero ir con Lila.

—Entonces déjale una nota; no queremos que toque nada. Y debería quedarse en casa de alguien esta noche hasta que arreglemos la ventana trasera.

—Al principio he creído que Pat me estaba gastando una broma —dijo Lila—. He vuelto del cuarto de baño y me he encontrado la puerta de mi habitación más entornada de como la he dejado, como si hubiera alguien detrás de ella. De modo que la he empujado hacia dentro y él la ha empujado hacia fuera, y así sucesivamente hasta que me he cansado y he dicho «Vamos, Pat», y he entrado en la habitación. Entonces él me ha arrojado sobre la cama.

—Tenemos la hora exacta —dijo la detective—. Ha mirado su reloj digital. Eran las ocho cincuenta y seis.

—Cuando me he encontrado mal —dije.

—¿Cómo? —La detective parecía perpleja.

Yo no sabía cuál era mi situación. No era la víctima. Era la amiga de la víctima. La detective se llevó a Lila al coche y yo me apresuré a entrar en la habitación de Pat.

Hice algo de mal gusto. Utilicé el espejo para sujetar la nota. La dejé en su almohada porque el resto de la habitación estaba desordenada. Quería asegurarme de que la vería. «Pat, han violado a Lila. Está bien físicamente. Llama a Marc. Tienes que buscarte otro sitio para pasar esta noche. Siento tener que decírtelo de este modo».

Dejé la luz de su habitación encendida y la miré. Decidí no preocuparme por Pat, no podía. Estaría bien cuando se recobrara. Lo que importaba ahora era Lila.

Fuimos al hospital en silencio. Me senté con ella en el asiento trasero y nos cogimos de la mano.

—Es horrible —dijo ella en un momento determinado—. Me siento sucia. Lo único que quiero es ducharme.

Le apreté la mano.

—Lo sé.

Tuvimos que esperar en la sala de urgencias lo que pareció una eternidad. Estaba de bote en bote, y como ella no había forcejeado y no tenía heridas a la vista, podía sentarse erguida y hablar con coherencia, la hicieron esperar, o eso he supuesto siempre. Fui repetidas veces a la mujer del mostrador de ingresos para preguntarle por qué nos hacían esperar. Yo no había tenido que hacerlo. Me habían llevado directamente en camilla de la ambulancia a la sala de reconocimiento.

Finalmente la llamaron. Recorrimos el pasillo y encontramos la sala. El reconocimiento fue lento

y pesado, y varias veces tuvimos que esperar mientras reclamaban al hombre que la examinaba en otras salas. Yo sostuve la mano de Lila como Mary Alice me había sostenido la mía. Me corrían lágrimas por las mejillas. Hacia el final Lila dijo:

—Quiero que te vayas.

Preguntó por la detective. Fui a buscarla y me quedé en la sala de espera, temblando.

Mis pesadillas nunca habían permitido que violaran a Lila. Ella y Mary Alice estaban fuera de peligro. Lila era mi clon, mi amiga, mi hermana. Sabía todo sobre mí y aun así me quería. Ella había sido el resto del mundo, la mitad pura, y sin embargo ahora estaba conmigo. Mientras esperaba, me convencí de que podría haber impedido su violación. Si hubiera vuelto a casa más deprisa, si hubiera sabido instintivamente que pasaba algo, si no le hubiera pedido nunca que fuera mi amiga. No pasó mucho tiempo antes de que pensara y luego dijera: «Debería haber sido yo». Empecé a preocuparme por Mary Alice.

Temblaba, y rodeándome los hombros con los brazos, me balanceé hacia delante y hacia atrás en la silla. Sentía náuseas. Todo mi mundo se estaba derrumbando; todo lo que había tenido o conocido se eclipsó. Me di cuenta de que no había posibilidad de escapar; en adelante sería así. Mi vida y las vidas de los que me rodeaban: violación.

La detective salió a buscarme.

—Alice —dijo—, Lila va a ir con el detective Clapper a la comisaría. Me ha pedido que vaya contigo a vuestra casa y le traiga ropa.

Yo no sabía cómo actuar. Aun entonces empecé a darme cuenta de que Lila no sabía qué hacer conmigo. Yo era Alice su amiga pero también Alice la víctima de violación que había triunfado. Necesitaba sólo a una de las dos, pero eso era imposible.

La detective me llevó a casa en coche y abrí la puerta. Pat todavía no había vuelto. Alguien había apagado la luz que yo había dejado encendida. Entré precipitadamente. Recordé la horrible ropa que me habían traído Tree y Diane: unos téjanos con parches y sin ropa interior. Yo quería que Lila se sintiera cómoda. Descolgué una trenca larga de su armario y abrí los cajones. Metí en la bolsa toda su ropa interior, todos sus camisones de franela, zapatillas, calcetines, pantalones de chándal y camisas holgadas. También metí un libro, y un animal disecado y un cojín que tenía encima de la cama.

Yo también necesitaba cosas. Ya sabía que Lila y yo nunca volveríamos a dormir en aquella casa. Caminé hasta el fondo del pasillo, donde estaba mi habitación. La puerta estaba cerrada. Le pregunté a la detective si podía entrar.

Recé una breve oración que no iba dirigida a nadie e hice girar el pomo. Hacía trío en la habitación debido a la ventana abierta por la que él había entrado. Encendí el interruptor que había junto a la puerta.

Mi cama estaba deshecha. Me acerqué a ella. En el centro había una mancha de sangre reciente. Cerca había otras más pequeñas, como lágrimas.

Ella había salido de la ducha envuelta en una toalla y había ido a su habitación y jugado con la puerta, creyendo que era Pat. Luego el violador la había empujado y ella había caído boca abajo sobre la cama. Miró el reloj. En la oscuridad sólo vio al violador unos segundos. Él le vendó los

ojos con el cinturón de mi bata, y, dándole la vuelta en la cama, le hizo juntar las manos frente al pecho en actitud de rezar mientras le ataba las muñecas con unas tiras elásticas y una correa de gato que guardábamos en el armario delantero. Aquello significaba que había registrado la casa mientras ella se duchaba. Sabía que no había nadie más en la casa. Le hizo ponerse de pie y caminar hasta mi habitación, donde la obligó a tumbarse en mi cama.

Allí era donde la había violado. Mientras lo hacía le preguntó dónde estaba yo. Por alguna razón sabía mi nombre, y sabía que Pat no volvería hasta mucho más tarde. En un momento dado le preguntó por el dinero de las propinas que yo tenía encima de la cómoda y lo cogió. Ella no forcejeó. Hizo lo que él le decía.

Él le hizo ponerse mi bata y la dejó allí, con los ojos vendados.

Ella empezó a gritar, pero los chicos del apartamento de arriba tenían la música a todo volumen. No la oyeron o, si lo hicieron, no hicieron nada. Ella tuvo que ir hasta la parte delantera del apartamento, salir, subir la escalera y aporrear su puerta hasta que abrieron. Tenían cervezas en la mano y sonreían, esperando a más amigos. Ella les pidió que la desataran y ellos lo hicieron. Luego les dijo que llamaran a la policía.

Lila me contaría todo esto las semanas siguientes. En aquellos momentos traté de no mirar la sangre, la cama, las cosas que él había tocado. La ropa del armario desparramada por el suelo. Las fotos de mi escritorio. Mis poemas. Cogí un camisón de franela como el de Lila y algo de ropa del suelo. Quería llevarme mi vieja máquina de escribir Royal, pero parecería muy estúpido y egoísta a todo el mundo menos a mí. La miré y luego miré la cama.

Cuando me volvía para marcharme, una corriente de aire procedente de la ventana cerró la puerta de golpe. Todas las esperanzas que había tenido de llevar una vida normal me habían abandonado.

La detective y yo fuimos en coche al edificio de Seguridad Pública. Subimos en ascensor al tercer piso y salimos al conocido pasillo que había al otro lado de la cristalera a prueba de balas, frente al mostrador de recepción. El recepcionista apretó el botón de la puerta de seguridad y entramos.

—Por aquí —dijo un agente a la detective.

Caminamos hasta el final del pasillo.

El fotógrafo sostenía la cámara en alto. Lila estaba apoyada contra una pared con un número frente al pecho. El suyo, como el mío, estaba escrito en rotulador grueso en la parte posterior de un sobre de la policía de Syracuse.

—Alice —dijo el fotógrafo al verme.

Yo dejé encima de un escritorio vacío la bolsa de tela con nuestra ropa.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó él—. Te tomé declaración en el ochenta y uno.

—Hola —dije.

Lila seguía contra la pared. Dos agentes más se adelantaron.

—Eh, me alegro de conocerte —dijo uno—. No tenemos oportunidad de ver a muchas víctimas después de una condena. ¿Te sientes satisfecha con tu caso?

Yo quería responder a aquellos hombres. Se lo merecían. Normalmente sólo veían el lado del caso que representaba Lila, olvidada contra la pared: víctimas recientes o cansadas.

—Sí —dije, consciente de que lo que ocurría no estaba bien, aturdida ante mi repentina fama—. Estuvisteis maravillosos. No podría haber pedido nada mejor. Pero estoy aquí por Lila.

Ellos también se dieron cuenta de lo extraño de la situación. Pero ¿qué no era extraño?

La hicieron posar y mientras, hablaron conmigo.

—Ella no tiene realmente marcas. ¿Te acuerdas de lo hecha polvo que llegaste tú? Madison te dio una buena paliza.

—¿Qué hay de las muñecas? —dije—. A ella la han atado. A mí no.

—Pero él tenía un cuchillo, ¿no? —preguntó un policía, ansioso por repasar los detalles de mi caso.

El fotógrafo se acercó a Lila.

—Levanta la muñeca. Así.

Lila hizo lo que se le ordenó. Se volvió hacia un lado. Sostuvo las muñecas en alto. Entretanto, los agentes me rodeaban y me hacían preguntas, me estrechaban la mano y sonreían.

Luego llegó el momento de telefonar. Nos llevaron a Lila y a mí a un escritorio del otro extremo. Yo me senté encima de él, y Lila frente a mí, en una silla. Me dijo el número de sus padres y yo lo marqué.

Era tarde, pero su padre seguía levantado.

—Señor Rinehart —dije—, soy Alice, la compañera de piso de Lila. Se la paso.

Le di el teléfono.

—Papá —empezó ella. Lloraba. Lo soltó y me devolvió el teléfono.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —dijo él.

—Estará bien, señor Rinehart —dije, tratando de tranquilizarlo—. A mí me pasó lo mismo y ahora estoy bien.

El señor Rinehart conocía mi caso. Lila lo había contado a su familia.

—Pero tú no eres mi hija —dijo—. Mataré a ese hijo de perra.

Debería haber estado preparada para aquella clase de cólera hacia el agresor, pero en lugar de ello tuve la sensación de que la dirigía hacia mí. Le di el número de teléfono de la casa de Marc. Le dije que dormiríamos allí aquella noche, y que llamara en cuanto supiera la hora de llegada de su vuelo. Marc tenía coche, añadí; lo iríamos a recoger al aeropuerto.

Lila se fue con el policía a prestar declaración. Era tarde, y yo me quedé sentada en el escritorio metálico, pensando en mis padres. Mi madre volvía a trabajar después de dos años de ver cómo aumentaban sus ataques de pánico. Ahora yo iba a estropearlo todo. La lógica empezaba a abandonarme. Sin nadie sobre quien cargar la culpa salvo el vislumbre de la espalda de un violador que Lila apenas era capaz de describir, la acepté yo.

Marqué.

Contestó mi madre. Las llamadas a última hora sólo significaban una cosa para ella. Esperaba en casa la noticia de mi muerte.

—Mamá —dije—, soy Alice.

Mi padre también se puso.

—Hola, papá —dije—. Antes que nada, necesito que sepáis que estoy bien.

—Dios mío —dijo mi madre, sufriendo anticipadamente.

—No hay otra manera de decirlo que sin rodeos. Han violado a Lila.

—Santo cielo.

Me hicieron un montón de preguntas. Respondí: «Estoy bien». «En mi cama». «Aún no lo sabemos». «En la sala de interrogatorios». «No había arma». «Calla, no quiero oír nada parecido».

Lo último era respondiendo a lo que dirían una y otra vez: «Menos mal que no has sido tú».

Llamé a Marc.

—Lo hemos visto —dijo.

—¿Qué?

—Pat me ha llamado y lo he ido a recoger, y hemos estado dando vueltas en coche buscándolo.

—¡Eso es una locura!

—No sabíamos qué otra cosa hacer —dijo Marc—. Los dos queríamos matar a ese cabrón. Pat está ciego de ira.

—¿Cómo está?

—Hecho polvo. Lo he dejado en casa de un amigo. Quería quedarse con nosotros.

Escuché la historia de Marc. Los dos se habían tomado un par de tragos y luego habían conducido por el vecindario en la oscuridad. Marc tenía una palanca en el coche. Pat registraba los jardines y las casas mientras Marc reducía la velocidad para a continuación acelerar. Finalmente, oyeron gritos y vieron a un hombre salir corriendo de entre dos casas. Corrió hasta llegar a la acera y, al ver el coche de Marc, dio media vuelta y se fue por donde había venido, aminorando el paso hasta caminar. Marc y Pat lo siguieron. Sólo puedo imaginar lo que dijeron y lo que tramaban.

—Pat estaba asustado —dijo Marc.

—Puede que no fuera él —dije—. ¿Se os ha ocurrido pensarlo?

—Pero dicen que los delincuentes a veces se quedan por la zona —replicó Marc—. Aparte de los gritos y de la reacción que tuvo.

—Lo estabais siguiendo —dije—. Marc, no puedes hacer nada, ése es el trato. Dar una paliza a alguien no ayuda a nadie.

—Bueno, él se volvió y se abalanzó hacia el coche.

—¿Qué?

—Vino hacia nosotros gritando como un loco. Casi me cago en los pantalones.

—¿Le viste bien?

—Sí —dijo él—, creo que sí. Se quedó frente a los faros del coche, gritándonos.

Cuando nos acompañaron a Lila y a mí al apartamento de Marc, situado al otro lado del campus, yo estaba demasiado perpleja para hablar más. No quería que Lila se enterara de lo que habían hecho Marc y Pat. Podía entenderlo, pero ya no tenía paciencia. La violencia sólo engendraba violencia. ¿No comprendían que aquello dejaba todo el verdadero trabajo a las mujeres? Consolar y la imposible tarea de aceptar.

En la habitación de Marc, Lila y yo nos pusimos los camisones de franela. Yo me volví mientras

ella se cambiaba y prometí vigilar la puerta.

—No dejes entrar a Marc.

—Tranquila —dije.

Se metió en la cama.

—Enseguida vuelvo. Dormiré en el lado de fuera, para que estés segura.

—¿Y las ventanas? —preguntó ella.

—Marc tiene cerrojos en ellas. Creció en la ciudad, ¿recuerdas?

—¿Le pediste a Craig que arreglara la ventana trasera? —Estaba de espaldas a mí cuando me lo preguntó.

Sentí la pregunta, y la acusación que conllevaba, como un cuchillo en la columna vertebral. Craig era nuestro casero. Yo había subido a su apartamento hacía dos semanas para pedirle que nos arreglara la ventana que no cerraba.

—Sí —dije—. No lo ha hecho.

Salí de la habitación y hablé con Marc. Para ir al único cuarto de baño se tenía que pasar por la habitación. No quería olvidar ningún detalle, si Marc tenía que orinar en mitad de la noche, le dije que utilizara el fregadero de la cocina.

Al volver a la habitación me metí en la cama.

—¿Puedo frotarte la espalda? —pregunté.

Lila estaba hecha un ovillo, de espaldas a mí.

—Supongo que sí.

Lo hice.

—Para —dijo—. Sólo quiero dormir. Quiero despertar y que todo haya terminado.

—¿Puedo abrazarte? —pregunté.

—No —dijo—. Sé que quieres cuidar de mí, pero no puedes. No quiero que me toquen. Ni tú ni nadie.

—Me quedaré despierta hasta que te duermas.

—Haz lo que quieras, Alice —dijo ella.

A la mañana siguiente, Marc llamó a la puerta y entró con dos tazones de té. El señor Rinehart había llamado para decir el número de su vuelo. Le prometí a Lila que sacaría todas sus cosas del apartamento cuanto antes. Ella tenía una lista de cosas que quería que su padre y yo fuéramos a buscar para llevárselas en avión. Llamé a Steve Sherman. Necesitaba un lugar donde dejar mis cosas. Lila tenía un amigo que se quedaría con las suyas. Organizar la mudanza y hacer maletas: de sus cosas podía ocuparme. De ese modo podría serle de alguna utilidad.

Me detuve en la misma puerta donde el detective John Murphy me había esperado y buscado con la mirada. Había conocido al padre de Lila una vez que fui a su casa en verano. Era un hombre enorme, descomunal. Mientras caminaba hacia mí vi que se echaba a llorar. Ya tenía los ojos rojos e hinchados. Se acercó, dejó las maletas en el suelo y yo le abracé mientras él lloraba.

Pero me sentí como una extraña en su presencia. Yo ya conocía todo aquello, o eso imaginaba

todo el mundo. Me habían violado y había pasado por un juicio y salido en los periódicos. Todos los demás eran meros aficionados. Pat, los Rinehart... sus vidas no los habían preparado para aquello.

El señor Rinehart no fue amable conmigo. Al final nos dijo a mi madre y a mí que ellos manejarían la situación a su manera. Dijo a mi madre que su hija no se parecía en nada a mí, y que no necesitaban mis consejos ni su asesoramiento. Lila, dijo, necesitaba que la dejaran en paz.

Pero aquel día lloró y yo le abracé. Yo sabía, mejor de lo que él jamás lo haría, por todo lo que había pasado su hija y lo imposible que era que él hiciera algo para arreglarlo. En aquel momento, antes de que empezara a culparme y excluirme, se vino abajo. Mi error fue no darme cuenta de lo confundida que estaba. Me comporté como creí que debía hacerlo: como una profesional.

En casa de Marc, Lila se levantó al ver a su padre. Se abrazaron y yo cerré la puerta de la habitación. Me fui lo más lejos posible para que tuvieran intimidad. En el túnel que era la cocina del ático de Marc me fumé uno de sus cigarrillos. Recogí mentalmente todas nuestras posesiones, distribuyéndolas en las casas de varios amigos. Me pasaron un millón de pensamientos diferentes por la cabeza. Cuando cayó una cuchara al fregadero, pegué un brinco.

Aquella noche el señor Rinehart nos invitó a cenar al Red Lobster a Marc, Pat, Lila y a mí. Había un bufet de langostinos y él no paró de animarnos a comer. Pat hizo lo que pudo, lo mismo que Marc, que se decantó por los *noodles* Szechwan y los guisantes. Ni Pat ni Marc eran unos machos en el sentido tradicional; la conversación se atascó repetidas veces. El señor Rinehart tenía los ojos hinchados y rojos. No recuerdo lo que dije yo. Me sentía incómoda. Veía las ganas que tenía Lila de irse. Yo no quería entregársela a sus padres. Pensé en Mary Alice haciéndome una trenza francesa la mañana de mi violación. Yo había tenido aquella sensación casi desde el primer momento en el aeropuerto: habría razones, esgrimidas por la gente, tal vez sus padres, que me impedirían ayudar. Me apartarían. Yo tenía la enfermedad y era contagiosa. Lo sabía, pero seguía aferrándome. Aferrándome con tal fuerza, queriendo tan desesperadamente estar con Lila en aquella experiencia en común, que mi presencia tenía forzosamente que asfixiarla.

Los llevamos en coche al aeropuerto. No recuerdo haberle dicho adiós a ella. Ya estaba pensando en la mudanza, salvando lo que me quedaba.

Me llevé del piso todas nuestras cosas, las de Lila y las mías, en menos de veinticuatro horas. Lo hice yo sola. Marc tenía clase. Llamé a Robert Daly, un estudiante que tenía una furgoneta, y quedamos en que él pasara a recoger las cosas una vez que yo las hubiera metido en cajas. Le di mis muebles, le dije que se quedara con lo que quisiera. Pat daba largas al asunto.

Nadie parecía entender mis prisas. Mientras llenaba cajas aquel día en la cocina golpeé la mesa con la cadera. Un tazón con un conejito pintado a mano que mi madre me había regalado después del juicio se cayó al suelo y se rompió. Lo miré y me eché a llorar, pero paré enseguida. No había tiempo para eso. No iba a permitirme sentir apego por cosas. Era demasiado peligroso.

Había empezado por vaciar mi habitación, a primera hora de la mañana, y ahora, mientras

esperaba a que llegara Robert antes de que anocheciera, giré el pomo de la puerta para echar un último vistazo a mi habitación. En el suelo cerca de la cómoda encontré una foto que nos habían hecho a Steve Sherman y a mí en el porche de casa aquel verano. Se nos veía contentos en la foto. Yo parecía normal. Luego, en el armario, encontré una tarjeta que él me había dado en San Valentín aquel año. Tanto la foto como la tarjeta estaban estropeadas ahora: restos de un lugar donde se había cometido un delito.

Yo había tratado de ser como los demás. Lo había intentado en mi tercer año en la universidad. Pero no iba a ser así, ahora me daba cuenta. Parecía que había nacido para vivir obsesionada por la violación, y empecé a vivir de ese modo.

Cogí la foto y la tarjeta, y cerré la puerta de mi habitación por última vez. Entré en la cocina con ellas en la mano. Oí ruido en la otra habitación. Había eco ahora que estaba vacía.

Me asusté.

—¿Hola? —llegó una voz.

—¿Pat? —dije entrando en la otra habitación. Había traído una bolsa de basura verde para meter su ropa.

—¿Por qué estás llorando? —me preguntó él.

No me había dado cuenta de que lo hacía, pero en cuanto me lo preguntó me di cuenta de que tenía la cara mojada.

—¿No me está permitido llorar?

—Bueno, sí, sólo que...

—¿Qué?

—Supongo que esperaba que tú te lo tomaras bien.

Le grité cosas horribles. Nunca habíamos sido buenos amigos y ahora dejaríamos hasta de saludarnos.

Llegó Robert Daly. Era duro como una roca. Así es como lo recuerdo. Teníamos en común un interés por la crítica objetiva en el taller de narrativa y el respeto que sentíamos hacia Tobias Wolff y Raymond Carver. Robert y yo tampoco éramos amigos íntimos, pero él me ayudó. Lloré delante de él y no le gustó que me disculpara. Se quedó con mi balancín, mi sofá cama y otras cosas. Durante unos años, hasta que se hizo evidente que no volvería por ellas, me mandó postales para decirme que mis muebles estaban bien y lamentaban que yo no estuviera allí.

Fui a casa para Acción de Gracias. Steve Sherman vino de Nueva Jersey para estar conmigo. Había sido amigo de Lila antes de convertirse en mi novio, y la idea de que a las dos nos hubieran violado le abrumó. Me contó que cuando se enteró de lo de Lila estaba en la ducha. Su compañero de piso había entrado para decírselo. Él se miró el pene y de pronto sintió un odio hacia sí mismo que no podía describir, sabía cuánta violencia habían conocido sus amigas por culpa de aquello. Quería ayudar. Guardó el resto de mis cosas y dormí en su cuarto de invitados. Cuando Lila volvió dos semanas después de su violación para presentarse a los exámenes para el ingreso en posgrado, se quedó en casa de Steve. Él me hacía compañía y se ofreció a ser mi guardaespaldas, me recogía a la

salida del trabajo o de la universidad para acompañarme a casa.

La división que siguió supongo que fue inevitable. La gente se sentía obligada a tomar partido. Empezó la noche de la violación, cuando la policía se había acercado tan abiertamente a mí. Los amigos de Lila empezaron a evitarme, eludían mi mirada o miraban a otro lado. La víspera de sus exámenes la policía vino a casa de Steve para llevar a cabo una identificación de fotos de archivo. Yo estuve en la habitación con Lila y dos policías. Colocaron las pequeñas fotos de tamaño carnet encima del escritorio. Las miré por encima del hombro de Lila.

—Apuesto a que reconoces alguna —me dijo un policía uniformado.

Habían añadido al lote una foto de Madison y de su compañero de la rueda de identificación, León Baxter. Estaba tan furiosa que no podía hablar.

—¿Está aquí el que la violó a ella? —preguntó Lila. Estaba sentada ante el escritorio, de espaldas a mí. Yo no le veía la cara.

Salí de la habitación. Tenía náuseas. Steve alargó los brazos y me sostuvo.

—¿Qué pasa?

—Han puesto una foto de Madison —dije.

—Pero sigue en la cárcel, ¿no?

—Creo que sí. —No se me había ocurrido preguntarlo.

—En Attica —dijo un agente en respuesta a la pregunta de Steve.

—Tener que identificar a su violador y verlo a él allí, no me parece el método adecuado —dije a Steve—. No es justo.

Se abrió la puerta. Lila salió a la sala de estar detrás del agente que sostenía las fotos de archivo en un sobre.

—Ya hemos acabado aquí —dijo otro agente.

—¿Le has visto? —pregunté a Lila.

—Ha visto algo —dijo el agente. No estaba satisfecho.

—Voy a interrumpirlo. No voy a seguir adelante —dijo Lila.

—¿Qué?

—Ha sido un placer conocerte, Alice —dijo el agente estrechándome la mano. Su compañero también lo hizo.

Se marcharon y yo miré a Lila. Mi pregunta debía de ser obvia.

—Es demasiado —dijo Lila—. Quiero recuperar mi vida. Vi lo que hizo contigo.

—Pero gané —dije con incredulidad.

—Quiero que se acabe y ésta es la manera de conseguirlo —dijo ella.

—No puedes hacer que desaparezca sólo con desearlo —dije.

Pero me pareció que ella lo intentaba. Hizo sus exámenes y volvió a su casa, donde estuvo hasta después de Navidad. Teníamos previsto vivir juntas en una casa para estudiantes de posgrado. Su familia iba a prestarle un coche porque era la única manera de moverse por el campus. Eso, o el autobús que cogería yo.

Nunca sabré lo que la policía le dijo a Lila en aquella habitación, o si ella vio o no a su violador entre aquellos hombres. En ese momento no entendí su decisión de no seguir adelante, aunque creí hacerlo. La policía tenía la teoría de que podían haber violado a Lila por venganza. Se basaban en varias cosas. Madison, aunque estaba en Attica, tenía amigos. Le habían impuesto la máxima pena e iba a estar encerrado ocho años como mínimo. El violador sabía cómo me llamaba yo. La había violado en mi cama. Le había preguntado por mí mientras lo hacía. Conocía mi horario y que trabajaba de camarera en Cosmos. Todo aquello podrían haber sido pruebas de su conexión con Madison, o podría haber sido sencillamente el resultado de la minuciosa investigación de un delincuente que se ha propuesto encontrar a su víctima sola. Todavía prefiero creer que parte del horror de aquel delito estuvo en su cruel coincidencia. La conspiración me parecía una posibilidad muy remota.

Lila no quería saber. Quería salir de aquello.

La policía interrogó a mis amigos. Fue al Cosmos y entrevistó al dueño y al hombre que hacía las pizzas delante de la cristalera. Pero había otras violaciones con un modus operandi parecido al de Lila. Si Lila no iba a iniciar un procedimiento criminal, la conexión que podía existir entre su violación y la mía era irrelevante. No tenían testigo, y sin testigo no había caso. La policía abandonó la investigación. Lila volvió a casa y se quedó allí hasta enero. Me dio una copia de su horario de clases. Yo expliqué a sus profesores por qué no iba a presentarse a los finales. Llamé a sus amigos.

Mi vida se redujo y empecé a sufrir las consecuencias.

Fui a casa para pasar las Navidades.

Mi hermana estaba deprimida. Se había graduado y había obtenido una beca Fulbright, pero ahora vivía en casa y trabajaba en una tienda de jardinería. Sus estudios de árabe no se estaban convirtiendo en el empleo que había esperado. Fui a su habitación para animarla. En cierto momento dijo:

—Tú no lo entiendes, Alice. Todo es tan fácil para ti...

Balbuceé sin dar crédito. Entre nosotras se levantó un muro. La borré de mi vida.

Ahora tenía pesadillas aún más vividas que antes. El diario que escribía de vez en cuando está lleno de ellas. La imagen recurrente es una que había visto en un documental del Holocausto. Hay cincuenta o sesenta cadáveres descarnados y blanquecinos a los que les han arrancado la ropa. La imagen muestra un bulldozer arrojándolos a una profunda tumba abierta, donde caen en una maraña de miembros. Caras, bocas, cráneos con los ojos hundidos, antes ocupados por mentes que han hecho lo inimaginable para sobrevivir. Luego oscuridad, muerte, suciedad, y la idea de que una persona podría estar luchando, tratando de mantenerse viva allí dentro.

Me despertaba empapada en sudor frío. A veces gritaba. Me daba la vuelta y me quedaba mirando la pared. Entraba en la siguiente fase: ya despierta, representaba deliberadamente la intrincada escena de mi casi muerte. El violador estaba dentro de casa. Subía la escalera. Sabía instintivamente qué escalones lo delatarían con un crujido. Recorría el pasillo corriendo. Por la ventana delantera entraba una corriente de aire. A nadie se le ocurría preguntarse si había alguien

despierto en las demás habitaciones. Les llegaba un débil olor de otra persona, de alguien más en la casa, pero como un pequeño ruido, no advertía a nadie aparte de mí de que iba a pasar algo. Luego notaba que mi puerta se abría, la sensación de otra presencia en la habitación, el aire cambiado para acomodar un peso humano. Lejos, cerca de mi pared, alguien respiraba el mismo aire que yo, me robaba el oxígeno. Mi respiración se volvía agitada y yo me hacía una promesa: haría lo que el hombre quisiera. Me violaría y me cortaría y me amputaría los dedos. Me dejaría ciega o lisiada. Cualquier cosa. Lo único que yo quería era vivir.

Resuelta, aunaba fuerzas. ¿A qué esperaba él? Yo me volvía despacio en la oscuridad. Donde el hombre había estado tan vividamente en mi imaginación no había nadie, sólo la puerta de mi armario. Eso era todo. Entonces encendía la luz y comprobaba la casa, me acercaba a cada puerta y probaba el pomo, convencida de que éste cedería y lo encontraría al otro lado, riéndose de mí. Un par de veces el ruido que hice despertó a mi madre.

—¿Alice? —decía.

—Sí, mamá —decía yo—, sólo soy yo.

—Vuelve a la cama.

—Ahora mismo —decía yo—. Sólo voy a coger algo de comer.

De nuevo en mi habitación trataba de leer. No miraba dentro del armario ni echaba un vistazo a la puerta.

Nunca me cuestionaba qué me estaba pasando. Todo parecía normal. La amenaza estaba en todas partes. Nadie estaba a salvo y no había ningún lugar seguro. Mi vida era distinta de la de otra gente; era natural que me comportara de forma diferente.

Después de Navidad, Lila y yo nos dimos una oportunidad en Syracuse. Yo quería ayudarla, pero también la necesitaba. Creía que era bueno hablar. Para estar con ella después del anochecer dejé Cosmos. Fue fácil: no querían que volviera. Cuando fui a preguntarles si podía cambiarme al turno de día, el propietario se mostró distante y estirado. El hombre de las pizzas se me acercó cuando el propietario se hubo marchado.

—¿No lo has entendido? —dijo—. La policía ha estado aquí haciendo preguntas. No te queremos aquí.

Me marché llorosa y tropecé con alguien.

—Mira por dónde vas —dijo el hombre.

Nevaba. Dejé la *Review*. El autobús que cogía para volver al piso donde Lila y yo vivíamos se averió varias veces. Tess había pedido una excedencia. Dejé de ir a los recitales de poesía. Una noche volví a casa un poco más tarde de lo habitual —se había hecho oscuro— y me encontré a Steve en la puerta.

—¿Dónde estabas? —preguntó. Su tono era enfadado, acusador.

—Necesitábamos comida —dije.

—Lila me ha llamado porque tenía miedo. Quería estar con alguien.

—Gracias por venir —dije. Sostenía una bolsa de comestibles y hacía frío.

—Deberías haber estado aquí.

Entré ocultando mis lágrimas.

Cuando Lila me dijo que no estaba funcionando, que no le gustaba el apartamento y que se iba a casa unas semanas y luego iría a vivir con Mona, una amiga que había hecho hacía poco, me quedé en una especie de estado de conmoción. Creí que íbamos a estar juntas en aquello. Clones.

—Sencillamente no está funcionando, Alice —me dijo—. No puedo hablar de ello como tú quieres que hable, y me siento aislada aquí.

Steve y Marc eran las únicas personas que venían a casa con regularidad. Los dos, aunque se evitaban escrupulosamente, estaban más que dispuestos a montar guardia. Pero eran mis amigos — mis novios, para ser exactos— y Lila lo sabía. Estaban allí en primer lugar por mí, y para ayudarme a ayudarla. Ella necesitaba separarse de mí. Ahora lo veo claro, pero entonces me sentí traicionada. Nos repartimos los discos y otras cosas que habían sido propiedad común a lo largo de los dos años que habíamos vivido juntas. Yo lloraba, y si ella quería algo, se lo daba. También le di cosas que no me pidió. Dejaba atrás posesiones para marcar mi territorio. ¿Volvería algún día al punto de partida? ¿Cuál era? ¿Una virgen? ¿Una estudiante de primer curso? ¿Una chica de dieciocho años?

A veces creo que nada me dolió más que la decisión de Lila de dejar de hablarme. Me rehuyó totalmente. No me devolvió las llamadas cuando por fin logré sonsacar su nuevo número a uno de sus amigos. Si se cruzaba conmigo por la calle, no me hablaba. Yo la llamaba, pero no me respondía. Le cortaba el paso, pero ella me rodeaba. Si ella iba con algún amigo, ellos me miraban llenos de un odio que yo no podía entender, pero que percibía de todos modos.

Me fui a vivir con Marc. Faltaban cuatro meses para la ceremonia de mi graduación. Estaba siempre en su apartamento excepto para mis clases. Él me llevaba en coche a todas partes, como un chófer solícito, pero la mayor parte del tiempo se mantenía bien lejos de mí. Se quedaba en el estudio de arquitectura hasta entrada la noche; algunas veces dormía allí. Cuando estaba en casa yo le preguntaba si oía ruidos, le pedía que comprobara las puertas, que por favor me abrazara.

La semana anterior a la ceremonia de graduación volví a ver a Lila. Yo iba con Steve Sherman. Estábamos en el centro comercial de Marshall Street. Ella me vio, pero pasó de largo.

—No puedo creerlo —le dije a Steve—. Nos graduamos la semana que viene y sigue sin hablarme.

—¿Quieres hablar con ella?

—Sí, pero tengo miedo. No sé qué decirle.

Decidimos que Steve se quedaría donde estaba y yo volvería a dar la vuelta en sentido contrario.

Me la encontré.

—Lila —dije.

Ella no se sorprendió.

—Me preguntaba si tratarías de hablar conmigo.

—¿Por qué no me hablas?

—Somos diferentes, Alice —dijo—. Lo siento si te he hecho daño, pero necesito seguir con mi vida.

—Pero éramos clones.

—Eso es algo que decíamos.

—Nunca me he sentido tan cerca de nadie.

—Tienes a Marc y a Steve. ¿No es suficiente?

Nos deseamos suerte para la graduación. Le dije que Steve y yo íbamos a ir a un restaurante cercano a tomar champán, y que podía apuntarse si quería.

—Puede que me pase —dijo ella, y se marchó.

Entré corriendo en la librería de enfrente y le compré un libro de poemas de Tess, *Instructions to the Double*. Dentro escribí algo que ahora no recuerdo. Era sensiblero e iba directo al corazón. Decía que siempre estaría allí si me necesitaba, sólo tenía que llamarme.

Nos la encontramos en el bar. Estaba achispada y la acompañaba un chico del que me constaba que estaba enamorada. No quiso sentarse con nosotros, pero se quedó junto a nuestra mesa mientras hablaba de sexo. Me dijo que se había puesto un diafragma y que yo tenía razón, el sexo era genial. Ahora yo era su público, no una amiga o una persona allegada. Ella estaba demasiado ocupada imitando lo que yo hacía: demostrar al mundo que estaba bien. Me olvidé de darle el libro. Se marcharon.

Al volver a casa, Steve y yo pasamos por delante de otro bar de estudiantes, más elegante. Vi a Lila sentada con su amigo y un grupo de gente que yo no conocía. Le dije a Steve que esperara y entré corriendo con el libro. La gente de la mesa levantó la mirada.

—Esto es para ti —dije, dándoselo a Lila—. Es un libro.

Sus amigos se rieron porque saltaba a la vista lo que era.

—Gracias —dijo ella.

Llegó una camarera para tomar nota. El chico de Lila me observaba.

—He escrito algo dentro —dije.

Mientras sus amigos pedían copas, ella me miró. Me dio la impresión de que me compadecía.

—Lo leeré más tarde, pero gracias. Parece un buen libro.

Nunca más volví a verla.

El día de la ceremonia de graduación no aparecí. No me imaginaba allí, tratando de celebrarlo, y viendo a Lila y a sus amigos. Marc tenía que presentar un proyecto. Aún no había terminado el curso. Steve fue a recoger su título, lo mismo que Mary Alice. Yo había dicho a mis padres que quería largarme de Syracuse. Estuvieron de acuerdo.

—Cuanto antes mejor —dijeron.

Metí los bártulos que me quedaban en un coche alquilado plateado. Era un Chrysler New Yorker; se les habían acabado los utilitarios. Conduje aquella barcaza de vuelta a Paoli, sabía que el coche haría reír a mis padres.

Syracuse se había acabado. Adiós y hasta nunca. Iba a ir a la Universidad de Houston en otoño para hacer un posgrado de poesía. Pasaría el verano tratando de reinventarme. No conocía Houston, nunca había estado al sur de Tennessee, pero allí iba a ser diferente. La violación no me seguiría.

AÑOS DESPUES

Fue una noche del otoño de 1990 cuando a John le pegaron un puñetazo en la cara. Yo estaba frente a De Robertis de la Primera Avenida, esperando a que él volviera con la heroína barata que los dos esnifábamos. Teníamos una estrategia. Siempre decíamos que si él tardaba demasiado yo iría a buscarlo gritando. Era un plan poco definido, pero servía para apartar de nuestra mente la posibilidad de que ocurriera algo que no pudiéramos controlar. Aquella noche en particular hacía frío fuera. Pero aquellos tiempos son confusos. Era precisamente lo que pretendíamos por aquel entonces.

Un año antes yo había publicado un artículo en *The New York Times Magazine*, un relato en primera persona de mi violación. En él pedía a la gente que hablara sobre el tema de la violación y escuchara a las víctimas cuando tenían un caso que contar. Recibí un montón de cartas. Lo celebré con cuatro bolsitas de diez dólares de heroína y un novio griego que había sido alumno mío. Luego llamó Oprah diciendo que había leído el artículo. Fui a su programa. Yo era la víctima que había luchado. Había otra invitada que se suponía que no lo había hecho. Como en el caso de Lila, la resistencia de Michelle no había dejado cicatrices visibles. Pero dudo de que Michelle volviera en avión a su casa para esnifar heroína.

No acabé el curso de posgrado en Houston. No me gustó la ciudad, es cierto, pero si soy sincera, no estaba hecha para aquello. Me acostaba con un decatleta y una mujer, compraba maría a un tipo que vivía detrás de la tienda que abría de siete a once, y salía de copas con otro estudiante que también había dejado el posgrado, un hombre alto de Wyoming; a veces, mientras el decatleta me abrazaba, o el hombre de Wyoming se ponía cómodo y observaba, yo lloraba con histéricos sollozos que nadie entendía, yo menos que nadie. Pensé que era Houston. Pensé que era vivir en un clima cálido donde había demasiados bichos y donde las mujeres llevaban demasiados volantes.

Me fui a Nueva York y viví en un complejo de viviendas subvencionadas para gente de ingresos bajos situado entre las calles Décima y C. Vivía con Zulma, una portorriqueña que había criado a su familia en el apartamento y ahora alquilaba habitaciones. A ella también le gustaba beber.

Trabajé de camarera en un local del centro de la ciudad llamado La Fondue hasta que me salió un trabajo (a raíz de conocer a un borracho en un bar llamado King Tut's Wawa Hut) de profesora en el Hunter College. Era adjunta. No tenía la titulación que pedían y sólo contaba con un año de experiencia (había sido ayudante de cátedra en Houston), pero el comité que contrataba personal estaba desesperado, y reconocieron ciertos nombres: Tess Gallagher, Raymond Carver. Durante la entrevista tardé quince minutos en recordar la palabra «tesis», como en «frase-tesis», la base de todos los cursos de redacción. Cuando llamó el presidente del comité y Zulma me pasó el teléfono, me sorprendí enormemente de los fortuitos efectos de una borrachera.

Mis alumnos se convirtieron en personas que me mantenían viva. Podía perderme en sus vidas. Eran inmigrantes, miembros de minorías étnicas, chicos de ciudad, mujeres que querían reanudar sus estudios, trabajadores de jornada completa, ex adictos y padres o madres que criaban a sus hijos sin

pareja. Sus historias llenaban mis días y de noche daba vueltas a sus problemas de adaptación. Congeniaba con ellos como no lo había hecho con nadie desde la violación. Mi propia historia palidecía cuando la comparaba con las suyas. Caminar sobre los cadáveres de compatriotas para huir de Camboya. Ver cómo llevan a un hermano contra un muro y abren fuego. Criar a un hijo deficiente sólo con propinas de camarera. Y luego estaban las violaciones. La chica que había sido adoptada con ese propósito por el padre, que era sacerdote. La chica que había sido violada en el apartamento de otro estudiante y a quien la policía no había creído. La chica que era lesbiana militante y con tatuajes, pero que se vino abajo en mi despacho cuando me contó que había sido víctima de una violación en grupo.

Me contaban sus historias, me gusta pensar que porque yo nunca ponía nada en duda, les creía totalmente. También porque creían que no tenía pasado. Saltaba a la vista que era una chica blanca de clase media. Una profesora de universidad. Nunca me había ocurrido nada. Yo estaba demasiado ávida de consuelo para que me importara que la relación no fuera recíproca. Como un camarero, les escuchaba, como un camarero, mi cargo me mantenía a una distancia segura. Yo era todo oídos, y las trágicas historias de la vida de mis estudiantes me curaban. Pero empecé a desarrollar una resistencia a ellos. Cuando escribí el artículo para *The New York Times*, estaba preparada para hablar. Algunos alumnos lo leyeron y se quedaron parados. Luego vino Oprah y muchos más me vieron en la televisión, su profesora de lengua y literatura explayándose sobre su propia violación. Durante las siguientes semanas me encontré a ex alumnos por la calle. «Uf, nunca pensé que usted... bueno, ya sabe», me confiaban. Y lo sabía. Porque era blanca. Porque había crecido en barrios residenciales. Porque si no hay un nombre unido a mi historia ésta sigue siendo ficción, no un hecho real.

A mí me encantaba la heroína. El alcohol tenía desventajas —concretamente, la cantidad que era necesaria para perder el conocimiento— y no me gustaba ni el sabor ni el historial familiar: mi madre había sido alcohólica. La cocaína me provocaba náuseas. Sufrí unas rampas paralizadoras en el suelo de un club llamado Pyramid, donde rastas y chicas blancas bailaron alrededor de mi cuerpo hecho un ovillo. Repetí un par de veces más para asegurarme. ¿Y el éxtasis, los hongos y los viajes de ácido? ¿Quién quería estimular el ánimo? Mi objetivo era destruirlo.

Acababa en lugares raros. Descampados, callejones y... Atenas. Una noche desperté en un pequeño café en Grecia. Delante de mí tenía un plato lleno de pequeños peces plateados. Dos hombres rebañaban con pan el aceite de mi plato. Volvimos a una casa situada en una colina. Oí nombrar a mi alumno griego que he mencionado, pero no estaba allí. Fumamos marihuana *black tar* y volvimos a salir. Uno de los hombres desapareció, el otro quería acostarse conmigo. Yo había salido en la televisión americana.

En la misma casa, donde una nueva remesa de gente se pinchaba en la parte trasera, me puse una cazadora que no era mía porque tenía frío. En el bolsillo había una aguja usada y me la clavé. Me quedé confusa unos momentos, pensé inmediatamente en el sida, luego hice algo en lo que me había vuelto experta: arriesgarme. Estaba en Grecia. ¿Cómo de serio era el riesgo allí?

Al cabo de treinta días volví a casa. Escribí para el *New York Times* un artículo sobre viajes que apareció la siguiente primavera, a tiempo para que la gente planeara sus vacaciones. Mientras tanto, volví a Europa con otro ex alumno, John. El y un amigo habían conseguido billetes baratos a Amsterdam a través de un pariente del amigo. Totalmente colocados, cogimos el tren nocturno hasta Berlín. Estaban derribando el muro. Fue después de medianoche cuando llegamos al hormigón que separaba el oeste del este. John y Kippy se pusieron manos a la obra. Pidieron prestados unos picos a un grupo de eufóricos y escandalosos alemanes e hicieron turnos. Yo me quedé a cierta distancia. No era mi país y era la única mujer entre ellos. Un alemán se acercó y me ofreció un cigarrillo y una botella, me dijo algo y me agarró el culo. A unos metros de distancia, un guardia de la frontera de Alemania Oriental se nos quedó mirando.

Fue poco después en Nueva York cuando golpearon a John. Recuerdo que lo vi doblar la esquina. Había tardado más que de costumbre, y me fijé en que no llevaba las gafas y tenía la nariz ensangrentada. Estaba contrariado.

—¿Lo has conseguido? —pregunté.

Asintió. No habló. Empezamos a andar.

—Me han dado una paliza.

Aquello, como la aguja en Atenas, me asustó. La cuestión era: ¿cómo de grave tenía que ser? No quería que John saliera nunca más solo y se lo dije. Él trató de no hacerlo, pero a veces, cuando estábamos desesperados, salía.

Las cosas fueron de mal en peor, y entonces, en la primavera de 1991, cuando acabábamos de mudarnos a un apartamento de la calle Siete, tuve una revelación. Yo tenía un problema pero no sabía cuál era. Me quedaba en la cama. Volvía a comer como no lo había hecho desde la universidad y llevaba mis viejos camisones de franela. No vacié las cajas de la mudanza. John trabajaba muchas horas. Ahora se sentía incómodo cuando me tenía cerca. Cuando llegaba a casa yo le mandaba a comprar *brownies*. Engordé. Dejé de importarme el aspecto que tenía o lo deprisa que podía ir trotando a un club. Quería ser mejor, pero no sabía cómo hacerlo.

Un amigo mío a quien conocía desde que éramos adolescentes me llamó para comentarme que me habían citado en un libro. Mi amigo era médico ahora y trabajaba en Boston. Mi artículo del *New York Times* había sido citado en *Trauma y recuperación*, de la doctora Judith Lewis Hermán. Me dio por reír. Había querido escribir mi propio libro, pero no parecía capaz de hacerlo. Ahora, casi diez años después de la violación de Lila, mi nombre aparecía en el libro de otra persona. Pensé en comprármelo, pero era de tapa dura, demasiado caro, y además, pensé, había roto con todo aquello.

Los meses siguientes John y yo dejamos de vernos, me apunté a un gimnasio y empecé a ir a un terapeuta. John seguía consumiendo drogas. Parte de mí quería tan desesperadamente recuperarlo que hice cosas humillantes. Supliqué. Yo sabía que se estaba matando. La Primera Avenida se convirtió en una frontera que yo me negaba a cruzar. Sentía cómo mi viejo barrio tiraba de mí con demasiada fuerza para resistirlo, de modo que cuando se me presentó la oportunidad de pasar un par de meses en California en una colonia de artistas rurales, no la dejé escapar.

La colonia artística Dorland Mountain, que se encuentra en las montañas de la California rural y reaccionaria, es rústica se mire por donde se mire. Las cabañas están construidas con bloques de hormigón ligero y madera contrachapada, y no hay electricidad. Funciona con un presupuesto muy reducido.

Cuando llegué, me recibió un hombre llamado Robert Willis. Bob. Tenía setenta y pocos años, y llevaba un Stetson de fieltro blanco, unos Wrangler y una camisa tejana. Tenía el pelo canoso y los ojos azules, era cortés pero poco hablador.

Encendió mi lámpara de propano, y al día siguiente vino para ver cómo estaba y me llevó en coche a la ciudad para que comprara comida. Llevaba allí mucho tiempo, y había visto ir y venir a mucha gente. Por extraño que parezca, nos hicimos amigos. Le hablé de Nueva York y él me habló de Francia. Había vivido medio año allí, donde había tenido un empleo muy parecido en una granja de caballos. En su cabaña, después del anochecer y a la luz de la lámpara de propano, acabé contándole la historia de mi violación y la de Lila. El escuchó y sólo dijo unas pocas palabras: «Debió de dolerte». «Uno nunca se recupera de ciertas cosas».

Me contó que había servido en la infantería durante la Segunda Guerra Mundial y había perdido a todos sus compañeros. Años después en Francia, en el invierno de 1993, se había quedado mirando un árbol por una ventana.

—No sé qué fue —dijo—. Había visto aquel árbol desde aquella ventana cientos de veces, pero me puse a llorar como un niño. Estuve llorando de rodillas, no puedes imaginar cómo lloré. Me sentía ridículo pero no podía parar. Y entonces caí en la cuenta de que era por mis compañeros, nunca había llorado por ellos. Estaban todos enterrados en un cementerio de Italia cerca de un árbol igual que ése, muy lejos de aquí. Sencillamente perdí el control. ¿Quién hubiera dicho que algo que ocurrió hacía tanto tiempo podía tener tanto poder?

Antes de marcharme cenamos juntos por última vez. Él había preparado lo que llamaba verduras del ejército —maíz y tomates en conserva calentados al fuego— con beicon. Bebimos vino barato.

Dorland podía ser un lugar espeluznante a la luz del día. De noche estaba negro como boca de lobo, sólo se veían unas pocas lámparas de queroseno o de propano desperdigadas por la colina. Después de cenar, mientras estábamos sentados en el porche de su cabaña, vimos lo que Bob creyó que eran las luces de un camión en el camino de tierra que salía de la carretera.

—Parece que tenemos visita —dijo.

Pero de pronto las luces del camión se apagaron. No le oímos moverse.

—Espera aquí —dijo—. Voy a echar un vistazo.

Entró en la parte trasera y cogió su rifle, que tenía escondido para que no lo encontraran los frágiles miembros de la colonia ni los administradores de Dorland.

—Voy a dar la vuelta a través de la maleza y saldré a la carretera —susurró.

—Apagaré la luz.

Me quedé totalmente inmóvil en el porche. Agucé el oído esperando oír algo, la gravilla bajo los neumáticos, una ramita que se parte, cualquier cosa. Imaginé que los hombres del camión habían herido o matado a Bob y ahora avanzaban hacia la cabaña. Pero yo había hecho una promesa a Bob. No me movería.

Unos momentos después oí crujir hojas al otro lado de la cabaña. Me asusté.

—Soy yo —llegó el susurro de Bob a través de la oscuridad—. No hagas ruido.

Observamos la carretera. No vimos encenderse las luces del camión. Al final Bob cruzó el chaparral con *Shady*, su fiel malamut-lobo, y volvimos a encender la lámpara de propano. Los dos repasamos excitados lo ocurrido un montón de veces, cada uno explicó cómo lo había percibido, habló de la amenaza y de cómo la notabas. De lo afortunados que habíamos sido de conocer la guerra y la violación, porque aquellas experiencias nos habían dado algo que nadie más tenía: un sexto sentido que se activaba cuando percibíamos peligro cerca de nosotros o de nuestros seres queridos.

Volví a Nueva York, pero no al East Village. Demasiados recuerdos. Me fui a vivir con un novio a la calle Ciento seis, entre Manhattan y Columbus.

Mis padres habían venido a verme a mi territorio dos veces en diez años. Mi madre se quedó parada en mitad de mi apartamento y dijo:

—No me digas que quieres pasarte el resto de tu vida viviendo así. —Se refería al negocio de la inmobiliaria y al tamaño del apartamento, pero fueron palabras que, al repetírmelas, tomaron un significado distinto para mí.

Aquel otoño dejé de jugar con la heroína. Tuvo tanto que ver con que dejé de tener acceso fácil a ella como con cualquier otra cosa. Volvía a beber y a fumar, pero lo mismo hacían todos. Luego me compré el libro de la doctora Herman, que había salido en rústica. Me dije que debía tener un archivo de cualquier publicación donde apareciera mi nombre.

Herman había decidido utilizar una frase de mi artículo al principio de su capítulo titulado «Desconexión». La frase, tal como apareció, era la siguiente: «Cuando me violaron perdí la virginidad y casi perdí la vida. También deseché algunas ideas sobre cómo funcionaba el mundo y lo a salvo que estaba en él». Aparecía en la página 51 de un libro de trescientas páginas. En la librería, antes de comprarlo, volví a leer la frase y mi nombre. No caí en la cuenta hasta que volví en metro a casa de que, en un libro titulado *Trauma y recuperación*, se me citaba en la primera parte. Decidí no sólo guardar el libro como recuerdo, sino también leerlo.

No tienen un estado de alerta normal sino la atención relajada. En cambio, tienen un grado de activación muy elevado: sus cuerpos siempre están alerta al peligro. También se sobresaltan fácilmente ante los estímulos inesperados... Las personas que sufren un desorden de estrés postraumático tardan más en dormirse, son más sensibles al ruido y se despiertan más a menudo en mitad de la noche que la gente corriente. Así pues, los sucesos traumáticos parecen reacondicionar el sistema nervioso humano.

Con párrafos como éste empezaba el libro más absorbente que jamás había leído: estaba leyendo

sobre mí misma. También sobre los veteranos de guerra. Por desgracia, mi cerebro volvió a ponerse a trabajar a toda marcha. Me pasé una semana en la sala de lectura principal de la Biblioteca Pública de Nueva York preparando una novela que presentara el desorden de estrés postraumático como el gran igualador, y reuniera a hombres y mujeres que habían padecido el mismo desorden. Luego, en medio de los relatos que leí, perdí las ganas de intelectualizarlo.

Había una colección de relatos en primera persona sobre Vietnam que leí una y otra vez, y que tenía de reserva. De algún modo, leer las historias de aquellos hombres me permitía empezar a sentir. Una de ellas en particular me impresionó mucho, la historia de un héroe. Había sido testigo de duros combates y había visto cómo mataban a sus amigos. Lo llevó todo estoicamente. No pude evitar pensar en Bob.

Aquel veterano volvió a casa, recibió una condecoración, fue capaz de tener un empleo y cumplir con él. Años después se derrumbó. Algo estalló, y el héroe no pudo soportarlo. Al desmoronarse, se hizo hombre. El relato terminaba allí. Él estaba en alguna parte, tratando de superarlo. Yo no pertenezco a ninguna religión, pero recé por aquel veterano y por Bob.

Leí todo el libro de Herman. No fue una curación mágica, pero sí un comienzo. También tenía una buena terapeuta. Ella ya había utilizado hacía un año la expresión «estrés postraumático», pero yo lo había desechado como cháchara de psicólogos. Como era de esperar, lo había hecho todo de la manera más difícil: escribí un artículo, lo citaron en un libro, compré el libro y me reconocí a mí misma en los casos de los enfermos. Yo padecía un desorden de estrés postraumático, pero para creérmelo había tenido que descubrirlo por mí misma.

Mientras viví en la Ciento seis, mi novio trabajaba hasta tarde en un bar y yo pasaba las noches sola. Veía mucho la televisión. Era una vieja casa de vecinos en un barrio de mala reputación. Era lo que podía permitirme pagar en Nueva York con mi sueldo de profesora adjunta. Vivía detrás de grandes ventanas con rejas, y el silencio de las noches se interrumpía continuamente por el fuego de armas automáticas. La Tech-9 era el arma más popular en el barrio entonces.

Una noche encendí la tostadora mientras preparaba el café y se fundieron los plomos. La caja de fusibles estaba abajo en el sótano y para llegar a él tenía que salir y bajar una oscura escalera. Llamé a mi novio al trabajo. Él me respondió con brusquedad. Acababa de entrar mucha gente en el bar.

—¿Qué quieres que haga? Coge una linterna y hazlo tú, o quédate sentada en la oscuridad. Éstas son las opciones que tienes.

Decidí que me estaba comportando como una estúpida inútil. Utilicé algo que había aprendido en la terapia, el «diálogo interior», para prepararme mentalmente para la tarea. Eran casi las once de la noche. Me dije que no era tan peligroso como a las dos de la madrugada. Mi diálogo interior fue poco convincente, por no decir otra cosa.

Bajé dos tramos de la escalera hasta la calle, doblé la esquina, salté por encima de una puerta de hierro forjado cuya cerradura oxidada se había atascado, bajé la escalera y encendí la linterna. Encontré la cerradura, introduje la llave y entré. Cerré por dentro y me quedé un momento contra la pared. El corazón me latía con fuerza. El sótano estaba muy oscuro y no había ventanas. Recorrí con

la linterna una pared lejana con habitaciones al fondo. Vi las pertenencias del dominicano al que habían desalojado hacía un par de meses. Oí chillar a las ratas enfadadas cuando las enfoqué con la linterna. «Concéntrate», me dije, sintiendo el frío del fusible de cristal en la mano, y de pronto oí un ruido. Apagué la linterna.

Venía de fuera. Había gente apoyada contra la pared. Al oír a través de la puerta su spanglish enseguida comprendí que iba a tener que esperar un rato. Estaba a medio metro de ellos. «Fóllame, zorra», gritaba él, golpeándola contra la puerta. Retrocedí todo lo que pude, pero me pareció que quedarme cerca de la caja de fusibles, la razón por lo que había ido allí, era mejor que adentrarme en las oscuras habitaciones de un sótano cerrado. El sobrino de la casera había vivido allí abajo, me había explicado mi novio. Había sido adicto al crack y alguien había entrado una noche y lo había matado de un tiro.

—Por eso ella ya no quiere alquilar apartamentos a dominicanos —me dijo.

—Pero si ella es dominicana...

—Nada tiene sentido aquí.

Fuera, el hombre gruñía y la mujer no hacía ningún sonido. Luego los dos terminaron y se marcharon. Él la llamó por un nombre en español y se rió de ella.

Por primera vez me permití sentirme asustada. Cambié el plomo y me preparé para volver a casa. Mi único objetivo ahora era llegar a un lugar seguro, y arriba en el edificio estaba más segura que allá abajo, enterrada en el polvo con las ratas, el fantasma de un adicto al crack asesinado y una puerta contra la que acababan de tirarse a una chica.

Lo logré.

Aquella noche decidí irme de Nueva York. Recordé que había leído que muchos de los veteranos, al volver de Vietnam, se habían sentido atraídos por lugares como la rural Hawai o los Everglades de Florida. Recreaban el entorno que mejor conocían, donde sus reacciones ante las cosas parecían más naturales que dentro de las casas suburbanas desparramadas a través del menos verde y exuberante Estados Unidos.

Yo siempre había vivido en barrios humildes excepto una vez que viví encima de un tipo que maltrataba a su mujer en Park Slope, en Brooklyn. Nueva York para mí significaba violencia. En la vida de mis alumnos, en la vida de la gente de la calle era algo bastante común. Toda aquella violencia me había tranquilizado. Encajaba en ella. Mi forma de actuar y de pensar, mi constante estado de alerta y mis pesadillas tenían sentido allí. Lo que agradecía a Nueva York era que no pretendía parecer segura. El mejor de los días era como vivir en medio de una gloriosa contienda. Sobrevivir a aquello año tras año era algo que la gente llevaba con orgullo. Después de cinco años te ganabas el derecho a alardear. A los siete empezabas a integrarte. Yo había llegado a los diez, prácticamente me había afincado desde el punto de vista de la durabilidad prevista por el East Village, luego, de repente y para sorpresa de los que me conocían, me marché.

Volví a California, donde sustituí a Bob en Dorland mientras éste estaba fuera. Viví en su cabaña y cuidé a su perra. Conocí a los miembros de la colonia y les mostré los alrededores, les enseñé a hacer fuego en sus estufas de leña y los atormenté con el espectro de ratas canguros, pumas y los supuestos fantasmas que merodeaban por la zona. No les hablé mucho de mí. Nadie sabía de dónde

venía.

El 4 de julio de 1995 escribía dentro de mi cabaña. Afuera estaba oscuro. El lugar se hallaba desierto. Los miembros de la colonia se habían ido juntos a la ciudad. Yo estaba sola con *Shady*. No había escrito mucho en los últimos años, desde los dos meses que había pasado en Dorland como un miembro más de la colonia. Me parecía incomprensible que hubiera tardado tantos años en aceptar mi violación y la de Lila, pero había empezado a admitir que había sido así. Me dejó con una sensación que no sé describir. El infierno había terminado. Tenía todo el tiempo del mundo por delante.

Shady entró corriendo en la cabaña y apoyó el morro en mi regazo. Estaba asustada.

—¿Qué pasa? —dije, acariciándole la cabeza. Luego también lo oí; parecía un trueno, como si se acercara una tormenta de verano—. Vamos a ver qué es, ¿vale? —Cogí mi pesada linterna negra y apagué la lámpara.

Afuera se alcanzaba a ver hasta lejos. La cabaña tenía un porche y una silla. Muy lejanos y parcialmente ocultos por la ladera de una oscura montaña, vi los fuegos artificiales. Tranquilicé a *Shady* y me senté en la silla.

Los fuegos duraron mucho rato. *Shady* mantuvo la cabeza en mi regazo. Yo habría alzado una copa de haber tenido una.

—Lo hemos conseguido —dije a *Shady*, acariciándole el costado—. Feliz día de la Independencia.

Al final, llegó el momento de seguir mi camino. La víspera de mi partida me acosté con un amigo. No había tenido relaciones sexuales desde hacía más de un año. Un celibato autoimpuesto.

El sexo de aquella noche fue breve, torpe. Habíamos salido a cenar y habíamos tomado una copa de vino. A la luz de la lámpara de queroseno me concentré en la cara de mi amigo, en lo diferente que era él de un hombre violento. Los dos comentamos más tarde, cuando hablamos por teléfono desde costas opuestas, que había sido muy especial. «Fue casi virginal —dijo él—. Como si hicieras el amor por primera vez».

En cierto sentido así fue, aunque aquello era imposible. Pero ha pasado el tiempo y ahora vivo en un mundo donde las dos verdades coexisten; donde el infierno y la esperanza están en la palma de mi mano.

Agradecimientos

La palabra «afortunada» es mi manera de decir bendecida. He sido bendecida por la gente que ha pasado por mi vida.

Glen David Gold, mi verdadero amor.

Aimee Bender y Kathryn Chetkovich, mis seductores titanes. Grandes escritores así como grandes lectores y grandes amigos.

El profesor, Geoffrey Wolff, que vio las primeras cuarenta páginas y dijo «Tienes que escribir este libro», y siguió leyendo con el bolígrafo en la mano.

El embajador Wilton Barnhardt, que, en mi momento más sombrío y quejumbroso, dijo: «¡Envíame ese libro, maldita sea! ¡Se lo llevaré a mi agente!».

Gail Uebelhoer. Quince años después no titubeé. Su ayuda en la recogida de datos ha sido esencial para escribir ese libro.

Pat McDonald. Todo empezó en el piso trece.

Emile Jarreau. Mientras escribía me enseñó el verdadero significado de la palabra «dolor». Es algo así como: «¡Dame más!».

Natombe, mi arrugada musa. Montó guardia a mi lado en la alfombra todas las mañanas, privándose de los paseos que le encantaban.

Eithne Carr. Valiente.

También quiero dar las gracias a las instituciones que me han dado de comer o me han concedido el privilegio del tiempo: Hunter y FIND/SVP de Nueva York, la colonia artística Millay, la Fundación Ragdale y, sobre todo, la colonia artística Dorland Mountain y el programa MFA de la Universidad de California, Irvine.

Mi agente, Henry Dunow, porque aun después de cuarenta minutos de elogios yo seguía creyendo que iba a rechazarme, y porque, cuando se lo confesé, comprendió perfectamente mi estado anímico.

Jane Rosenman, mi editora. Espero que las marcas de pintalabios que he dejado en sus zapatos duren años.

Los amigos que aparecen en estas páginas y unos cuantos que no lo hacen: Judith Grossman, J. D. King, Michelle Latiolais, Dennis Paoli, Orren Perlman y Arielle Read. Vuestro apoyo me llena de gratitud.

Mi hermana, Mary, y mi padre, por ser parte del espectáculo y soportar los golpes inherentes a él. A pesar de no ser partidarios de contarlo todo, me dejaron contar una buena parte de todos modos.

Por último, estoy infinitamente en deuda con mi madre. Ella ha sido mi heroína, mi contrincante, mi inspiración, mi estímulo. Desde el principio —y me refiero al día en que nací—, ella ha creído. De la manera más dura, mamá. Aquí lo tienes.